gerd theissen

la sombra del galileo

las investigaciones históricas sobre jesús traducidas a un relato

ediciones sígueme

NUEVA ALIANZA 110

Otras obras
publicadas por Ediciones Sígueme:

—G. Theissen, *Estudios de sociología del cristianismo primitivo* (BEB 51)
—G. Theissen, *La puerta abierta* (NA 123)
—G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret* (BEB 13)
—H. J. Kraus, *Los salmos* (BEB 53-54)
—X. Pikaza, *El evangelio. Vida y pascua de Jesús* (BEB 75)
—J. Schlosser, *El Dios de Jesús* (BEB 72)
—J. L. Martín Descalzo, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret* (NA 114)

gerd theissen

la sombra del galileo

las investigaciones históricas sobre jesús traducidas a un relato

SEXTA EDICION

ediciones sígueme - salamanca 1995

Tradujo Constantino Ruiz Garrido
sobre el original alemán *Der Schatten des Galiläers*

Apartado 332 - E-37080 Salamanca/España
ISBN: 84-301-1061-5
Depósito legal: S. 181-1995
Printed in Spain
Imprime: Gráficas Varona
Polígono El Montalvo - Salamanca 1995

CONTENIDO

A MANERA DE PROLOGO

Al Sr. Profesor Kratzinger.

Muy estimado compañero en el profesorado:
Muchas gracias por su carta. Son ciertos los rumores que han llegado hasta usted. Estoy escribiendo un relato sobre Jesús. Usted me conmina a no publicar la obra jamás. Tiene usted miedo a que yo ponga en entredicho mi reputación de científico, y le origina a usted serios cuidados el prestigio de la exégesis del nuevo testamento. Sus preocupaciones estarían justificadas, si yo tratara de escribir una de esas novelas acerca de Jesús, en las que la imaginación pinta y da colorido a lo que no aparece en las fuentes históricas, y en donde la verdad histórica se sacrifica para conseguir efectos literarios. A mí me arredra mucho escribir sobre Jesús alguna cosa que no se base en las fuentes. En mis relatos sobre Jesús no hay nada que yo no haya enseñado también en la universidad.
Eso sí: el marco de la acción es inventado. Su personaje principal, Andrés, no vivió nunca. Pero podría haber vivido en tiempo de Jesús. En los relatos sobre ese personaje se han manejado muchas fuentes históricas. Las experiencias de este personaje visualizan lo que las personas de entonces debieron de experimentar constantemente en Palestina.
Me preguntará usted: ¿se dará cuenta el lector de esta trama en que se entretejen la ficción y la realidad? ¿Distinguirá lo que es inventado de lo que es verídico? Pues bien, para facilitar esta distinción, he puesto notas constantemente. Y en ellas cito las fuentes en que me baso. Claro está que el lector podrá saltarse, siempre que quiera, las notas.
Quiere usted saber qué es lo que me propongo al escribir una obra así. En el fondo, sólo una cosa: desearía ofrecer, en forma de narración, una imagen de Jesús y de su época: una imagen que respondiera al estado actual de las investigaciones y que fuera comprensible, además, para nuestros

días. El relato está plasmado de tal forma, que no sólo se presenta el resultado de las investigaciones, sino también el proceso que han seguido las mismas. He escogido la forma narrativa para hacer accesibles al lector, que no puede meterse en estudios históricos, los conocimientos y argumentos de la ciencia.

Permítame que le envíe copia del primer capítulo de mi obra. Dígame, por favor, qué le parece. ¡Me alegraría tanto que usted, después de leerlo, hiciera una valoración positiva de lo que me propongo!

Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

1
El interrogatorio

La celda era oscura. Hace muy poco, la gente me empujaba y atropellaba por el pánico. Ahora estaba solo. Me estallaba la cabeza. Me dolían todos mis miembros. Los soldados, al principio, asistían indiferentes a la manifestación. Incluso tomaban parte en ella. Y gritaban con los demás. Nadie sospechaba que eran agentes provocadores, hasta que sacaron las porras que llevaban escondidas, y comenzaron a apalearnos. La mayoría de los manifestantes se dispersaron huyendo. Algunos murieron pisoteados. Otros eran golpeados brutalmente por soldados provocadores.

Yo no tenía ninguna razón para huir. Pasaba casualmente por allí, en compañía de Timón y Malco. No me interesaba la manifestación. Sólo quería ver a Barrabás, a quien había descubierto entre los manifestantes. Me dirigía precisamente hacia él, cuando estalló el pánico. Todo fue confusión, gritos, golpes de porras, silbidos y atropellos. Cuando recobré la lucidez, estaba preso. Timón también. ¿Habría escapado Malco?

Estaba sentado en cuclillas en medio de la oscuridad. Me dolía todo el cuerpo. No sólo me dolían los golpes y me marcaban las cadenas. Lo que convulsionaba mis miembros era algo más: era la humillación sufrida por una violencia brutal. Era el miedo a más humillaciones, a las que estaba expuesto sin poderme defender.

Un soldado hacía guardia afuera, paseándose. Oí voces. Abrían la puerta. Me arrastraron encadenado para el interrogatorio. Me llevaban a alguna parte de la sede del prefecto romano.

Frente a mí estaba sentado un oficial. Un secretario tomaba nota de las declaraciones.

–¿Hablas griego? –fue la primera pregunta.

–Entre nosotros, todos los que tienen un poco de cultura saben griego –respondí.

El hombre que me interrogaba tenía facciones finas. Sus ojos me miraban penetrantes. En otras circunstancias, me habría caído simpático quizás.

–¿Cómo te llamas?

–Andrés, hijo de Juan.

–¿De dónde eres?

–De Séforis en Galilea.

–¿Profesión?

–Comerciante de frutas y cereales.

El oficial hizo una pausa y aguardó a que el secretario lo hubiera anotado todo con su pluma que rascaba el papel.

–¿Qué estás haciendo en Jerusalén? –siguió interrogándome.

–Vine a la fiesta de pentecostés.

Levantó la mirada y me miró fijamente a los ojos: –¿Por qué participaste en la manifestación contra Pilato?

–Yo no era uno de los manifestantes. Me vi metido por casualidad en la manifestación.

¿Debiera haber añadido que reconocí entre los manifestantes a un viejo conocido? ¡Ni hablar! Barrabás era muy conocido por su odio a los romanos. Su nombre estaba en todos los ficheros de la policía. ¡Que no me relacionaran con él!

–¿Aseguras que no gritabas tú también: '¡Nada de dinero para Pilato!'?

–No tengo idea siquiera de qué se trata –mentí.

El funcionario se sonrió con incredulidad. Todo el que estaba en Jerusalén sabía perfectamente que se trataba del dinero que Pilato quería tomar de las arcas del Templo para construir un nuevo acueducto para abastecer de agua a Jerusalén[1].

1 Véase Josefo, *bell* 2,175-177 (II,9,4) «Algún tiempo después, él (= Pilato) dio ocasión a nuevos alborotos, porque gastaba el tesoro del templo, llamado «corbán», para una conducción de aguas, La multitud estaba encolerizada por este motivo, y cuando Pilato llegó a Jerusalén, un gran gentío se apiñó gritando y lanzando insultos en torno a la sede del tribunal romano Pilato sospechaba ya que se iba a producir ese alboroto entre los judíos e hizo que se mezclaran entre la multitud algunos soldados, armados pero disfrazados

–Sabes perfectamente que hay que mantenerse alejado de esas manifestaciones.

–Nadie iba armado. Todo transcurría pacíficamente hasta que los soldados intervinieron –respondí con precipitación.

—Pero la manifestación iba contra nosotros, los romanos. Un acto así es ya sospechoso. ¿No te habías mezclado nunca en enfrentamientos entre judíos y no judíos? ¿No te conocemos ya?

–¿Qué enfrentamientos?

–Me refiero a los conflictos que hay en nuestras ciudades, y en los que alborotadores de tu edad hacen de las suyas. Todo comienza con algaradas idiotas y termina en batallas campales como en Galilea[2].

–Mi ciudad natal, Séforis, es tranquila. La mayoría de los habitantes son judíos, pero tienen formación helenística.

–¿Séforis, dices? ¿No hubo también alborotos en Séforis? ¿Pues qué pasó a la muerte de Herodes? ¡Vuestra ciudad es verdadero nido de terroristas![3] –me vociferó súbitamente.

–Eso no es verdad. Hace 33 años hubo en toda Palestina un levantamiento contra los romanos y contra los partidarios de Herodes. Los rebeldes, mediante un golpe de mano, se apoderaron de nuestra ciudad y obligaron a sus habitantes a luchar contra los romanos. La ciudad lo pagó bien caro. El general romano Quintilio Varo envió tropas contra ellos, conquistó la ciudad, la arrasó, y a sus habitantes los mató o los vendió como esclavos. ¡Fue una terrible catástrofe para nuestra ciudad!

¿Cómo podría yo apartarle de ese tema? No todos fueron muertos entonces o convertidos en esclavos. Algunos lograron

de civiles Les mandó que no hicieran uso de las espadas, pero aporrearan a los manifestantes. En cuanto se dio, desde la sede del tribunal, la señal convenida, los soldados empezaron a apalear a la multitud Muchos judíos sucumbieron a los golpes Otros, en la huida, fueron pisoteados por su propia gente Horrorizado por lo que había sucedido a los muertos, el pueblo enmudeció».

2. Josefo informa que en Cesarea hubo tumultos poco antes de estallar la Guerra Judía, es decir, el año 66 de nuestra era (Jos *bell* 2,284-292 = II,14, 4s) La ciudad había sido fundada por un judío, Herodes Pero éste había dotado a Cesarea de templos paganos, hecho por el cual los no judíos reclamaban tener también derecho a aquella ciudad. El conflicto en torno a los derechos de ciudadanía se encuentra ya atestiguado en los años cincuenta (véase *bell* 2,266-270 = III,13,7), pero debió de originarse mucho antes.

3 Sobre la insurrección en Séforis véase Jos. *bell* 2,56 (II,4,1), sobre la destrucción de la ciudad y la esclavización de sus habitantes por Quintilio Varo, véase *bell* 2,68 (II,5,1).

escapar. Entre ellos estaba el padre de Barrabás. Barrabás me lo había contado muchas veces. ¿Estarían sometiéndome a interrogatorio por mi relación con él? Pero ¿qué sabían ellos de nuestra amistad? En todo caso, tendré que desviar la atención de todo lo que tenga que ver con Barrabás. Insistí de nuevo.

–Todos los habitantes de Séforis tuvieron que pagar bien caro aquella insurrección. El destino no tardó tampoco en caer sobre Varo: Poco después fue muerto en Germania. Cayó él y tres legiones.

–¡Bien contentos que se pusieron los de Séforis! –la voz del oficial seguía sonando amenazadora.

–De aquello no podía ya nadie alegrarse. Todos estaban muertos o habían sido vendidos como esclavos. ¡La ciudad era un montón de ruinas! Fue edificada por Herodes Antipas, hijo del otro Herodes. Asentó en la ciudad a partidarios de Roma. También mi padre llegó a Séforis por aquel entonces. Somos una ciudad nueva. ¡Pregunta a los galileos de nuestro entorno! Nuestra ciudad es considerada como amiga de los romanos. ¡Y yo he nacido en *esa* nueva Séforis![4].

–Todo eso lo vamos a comprobar. Otra pregunta más: ¿Qué posición ocupa tu familia en la ciudad?

–Mi padre es decurión, miembro del consejo.

Nuestra ciudad estaba organizada a la manera griega. Había una asamblea ciudadana, un consejo, elecciones y funcionarios municipales. Me referí a ello con toda intención. Yo sabía que los romanos apoyaban a las ciudades constituidas en repúblicas, y a los ciudadanos acomodados que vivían en ellas.

–Tu padre debe ser rico, si es uno de los decuriones de Séforis. ¿Qué profesión tiene?

–Comerciante en cereales, lo mismo que yo.

–¿Y dónde comercia?

–Galilea abastece de productos agrícolas a las ciudades de la costa mediterránea: Cesarea, Dor, Tolemaida, Tiro y Sidón. También he provisto de cereales a las cohortes romanas de Galilea.

–Eso se puede comprobar fácilmente. ¿Tenéis relaciones comerciales con Herodes Antipas?

4. Durante la Guerra Judía, Séforis –en contraste con casi toda Galilea– adoptó una postura prorromana; véase Jos. *vita* 346 (= 65).

–¡Claro que sí! Suyas son las más extensas propiedades de Galilea. Herodes Antipas tuvo anteriormente su residencia en Séforis. Yo me relaciono a menudo con sus administradores.

Observo cómo el oficial encargado de la investigación escucha con interés el tema de «Herodes Antipas».

–¿Qué piensan de Herodes Antipas los de Séforis?

–En la ciudad puede confiar en nosotros. Pero en el campo sigue habiendo reservas contra los partidarios de Herodes.

El oficial tomó en sus manos un escrito. Le echó una rápida ojeada. Me miró de manera inquisidora. Prosiguió:

–Aquí tengo por escrito la declaración de vuestro esclavo Timón. Las cosas suenan un poco diferentes. ¿Afirmas realmente que sois fieles partidarios de Herodes Antipas?

Me estremecí. ¡Habían interrogado a Timón! Con los esclavos el interrogatorio se hacía aplicando torturas. Timón debió de contar sobre mí y sobre mi familia todo lo imaginable. Me di cuenta de que me subía la sangre a la cabeza. Temblaba todo mi cuerpo.

–¡Venga, habla ya! ¿Qué tenéis contra Herodes Antipas?

–Nosotros apoyamos su legitimidad. Todas las personas de prestigio en Séforis y Tiberíades la apoyan –dije con encarecimiento.

–¿Y por qué en casa os burláis de él?

–¿Qué?

–Vuestro esclavo dice: le llamáis rey degradado, caña que se inclina al viento, zorro astuto.

Solté la carcajada, con alivio.

–El debía ser, algún día, el sucesor del rey Herodes. Pero Herodes modificó varias veces su testamento. Antipas no heredó ni la dignidad real ni el reino. Ni siquiera la mejor y más grande porción del mismo. Sino una cuarta parte de su extensión: Galilea y Perea.

–¿Y sueña ahora con poseer algún día todo el reino? –De repente todo se quedó en silencio. Hasta el secretario había dejado de escribir y me miraba.

–Tal vez. De todos modos, él acarició una vez esa idea –respondí.

–¿Y qué quiere decir eso de que es una caña que se inclina con el viento?

Tuve la sensación tranquilizadora de que Antipas había llegado a ser más importante que yo. ¿Querría el funcionario recoger informaciones sobre él? Con un poco más de confianza, proseguí:

–Lo de la 'caña que se inclina con el viento' es una manera de hablar. Cuando Antipas, hace diez años, trasladó su sede de gobierno de nuestra ciudad a Tiberíades, ciudad que él había fundado en honor del emperador, hubo críticas. Como es lógico, los de Séforis no nos sentíamos muy felices con ese traslado de la sede. En una ciudad que es sede de gobierno, se hacen mejores negocios que en provincias. Por eso, en Séforis se criticó mucho a Antipas.

–¿Y qué tiene que ver eso con la 'caña que se inclina con el viento'?

–Pues su origen fue el siguiente. Antipas mandó acuñar monedas en la nueva sede de su gobierno. De ordinario, las monedas llevan la efigie de los príncipes. Pero eso está prohibido por la ley de los judíos, que no permite representar la imagen de personas o de animales. Por ello, Antipas eligió para las monedas un motivo inocuo, algo que caracterizaba a su nueva sede de gobierno a orillas del Mar de Galilea: una caña, una caña que se inclina al viento. Y esta imagen se halla representada en las primeras monedas acuñadas por él, en el lado de la moneda donde va de ordinario una efigie. Por eso la gente hace chanza y le llaman 'caña que se inclina con el viento'. Eso es todo[5].

–¿A qué vientos se inclina Antipas?

–Pues unas veces a los que soplan de Séforis y otras a los que soplan de Tiberíades.

–¿Y se agita sólo entre dos ciudades?

–Bueno, a veces también entre mujeres.

–¡Te refieres a los amores con Herodías!

–Sí, se balanceó entre su primera mujer, la princesa nabatea, y Herodías.

–¿Y no se inclina también unas veces a los nabateos y otras a Roma? Es indudable que estuvo casado con una hija del rey de los nabateos.

¡Ya lo sé!, me dije tranquilizándome para mis adentros. ¡Ya sé por qué a los romanos les preocupan las vacilaciones de Antipas! Afirmé tranquilamente, y era la verdad:

5. Las monedas de la fundación de Tiberíades llevan representada la caña como signo de Herodes Antipas.

–¡No! Antipas, lo mismo que su padre Herodes, es absolutamente prorromano.

–Pero ¿cómo se compagina eso con lo de ser judío estricto? ¡Rechaza las imágenes, como acabas de decir!

–Lo hacen así todos los judíos.

–¿De veras? Vuestro esclavo Timón nos contaba que en una habitación retirada de vuestra casa hay un ídolo.

–Se trata de una estatua que nos regaló un comerciante amigo, que es pagano. No quisimos herirle, rechazando su regalo —contesté un poco apurado.

–¡Interesante, muy interesante! ¡En vuestras casas tenéis ídolos ocultos!

–El mismo Antipas tiene imágenes de animales en su palacio[6]. Y como sabéis, su hermano Filipo acuña en su moneda también al César.

–¿Qué? ¿Imágenes de animales? ¿Eso es cierto?

—Yo mismo las he visto. Están en Tiberíades, en el nuevo palacio de Antipas. En la propia casa, las personas acomodadas son más generosas que en la vida pública, a la hora de interpretar las leyes judías.

–Bueno, y ¿qué pasaría si se difunde entre el pueblo la noticia de que Antipas adora en secreto a los ídolos? ¡Y algunos de Séforis no son mucho mejores que él!

–Las imágenes no son ídolos. Las imágenes fueron hechas por artesanos. Son cosas como todas las demás. Por consiguiente, el que una «cosa» así esté en nuestra casa, no significa que demos culto a los ídolos.

–No lo entiendo. Todos veneran a los dioses por medio de estatuas.

–Nosotros no adoraremos nunca lo que han hecho los hombres. Dios es invisible. No podemos representarlo en una imagen.

Hubo un instante de silencio. El oficial me miraba pensativo. ¿No era una estupidez, en mi situación, acentuar aquello que nos separa a los judíos de todos los demás pueblos –incluso de aquel oficial romano que tenía delante de mis ojos? Por fin dijo serenamente:

6. Las imágenes de animales que había en el palacio de Herodes Antipas fueron destruidas por los rebeldes al comienzo de la Guerra Judía. Eran un escándalo manifiesto: a Josefo le habían dado en Jerusalén el encargo de retirarlas. Pero, al llegar a Tiberíades, se habían adelantado ya a él otros grupos de rebeldes (Jos. *vita* 65s = 12).

–He oído la siguiente historia sobre cómo se llamó a ese Dios sin imágenes: Hace ya mucho tiempo hubo una epidemia en Egipto. El Faraón consultó al oráculo del dios Amón y recibió la respuesta de que debía limpiar el país de vosotros los judíos, aborrecidos por el dios. Todos los judíos de Egipto fueron expulsados al desierto, donde quedarían abandonados a su suerte. La mayoría de ellos, desmoralizados, vagaban por el desierto. Pero entonces uno de vosotros, llamado Moisés, les exhortó a no confiar en la intervención de los dioses o en la ayuda de otros hombres. Era evidente que habían sido abandonados por los dioses. Debían confiar en sí mismos y sobreponerse a la desgracia en que se encontraban[7]. Al oír aquella historia, me pregunté: ¿creéis en algún dios?

¿Qué pretendía con aquella caricatura de la historia bíblica? ¿Quería provocarme? ¿Estaba él interesado en nuestra religión? ¡No lo creo! ¿Qué debía responderle? ¿Debía darle una respuesta vaga, indefinida? ¿Decirle algo sobre el Dios invisible, a quien nadie es capaz de entender ni comprender, ni él ni yo? ¿El Dios a quien nadie conoce? ¿Debía decirle algo que desviara la atención de las grandes cuestiones? Y de repente se me ocurrió: Si me meto con él en una discusión de principios, entonces desviaré definitivamente su atención de Barrabás. Me atreví a decirle tercamente:

–Dios no es como los dioses de las naciones. El Dios invisible no está del lado de los poderosos, sino de los marginados a quienes se expulsa al desierto.

Me di cuenta de que el oficial se sobresaltaba.

–¿Dudas de que los dioses están del lado del Imperio Romano? ¿Cómo, si no, se habría extendido tanto? ¿Cómo habría surgido de una pequeña ciudad un gran imperio?

–Todos los pueblos piensan: Los dioses están del lado de los vencedores. Pero nosotros sabemos: ¡El Dios invisible puede estar también del lado de los que pierden!

El oficial me miró atónito. Su voz sonaba como reprimida:

–Hay algo en vuestra fe que se rebela contra todo poder temporal. Pero también vosotros hallaréis vuestro lugar, como

7. Esta versión antisemita de la historia del éxodo, es decir, de la salida de los hebreos de Egipto, existe en varias versiones La que hemos citado libremente, procede de Tácito, *Historias* V,3.

todos los demás pueblos, en el Imperio Romano. Pues nuestra tarea es dar un orden a la paz mundial, perdonar a los vencidos y dominar a los levantiscos[8], en este país y en todo el mundo.

Después de un breve silencio, añadió: –Tu caso necesitará todavía un poco de tiempo. Comprobaremos tus declaraciones y luego decidiremos si vamos a formular contra ti una acusación.

Había terminado el interrogatorio. Me volvieron a llevar a la celda. Ahora lo único era esperar. ¿Cuánto habría que esperar hasta que ellos hicieran sus averiguaciones sobre mí? En realidad, sentía confianza. Yo procedía de una familia de prestigio con buenas relaciones con los romanos. Pero había momentos de incertidumbre: ¿Qué más declararía Timón? ¿Se callaría la boca sobre Barrabás? Lo que es verle, no le había visto nunca. Pero en las conversaciones podría haber oído algo de él. Si las relaciones con Barrabás quedaban en la sombra, ¡no podían ocurrirme muchas cosas! Pero no era más que una hipótesis.

Entonces tuve oscuros presentimientos. Mi destino parecía presagiar tristes desgracias para todo nuestro pueblo. Esas tensiones entre judíos y romanos, que habían conducido a la manifestación contra Pilato, se intensificarían más y más, hasta que se llegase a una rebelión abierta contra los romanos. Vendrían sobre nuestro país desgracias sin cuento: las desgracias de la guerra y de la opresión[9]. En comparación con esas desgracias, la desdicha de mi encarcelamiento era bien pequeña. Pero el consuelo era muy relativo. En la oscura mazmorra de Pilato, el tiempo de la espera se me hacía infinitamente largo. Fueron malos tiempos para mí.

8. Con estas palabras (pacique imponere morem, parcere subiectis et debellare superbos) describe el poeta romano Virgilio (70-19 a C) la misión del Imperio Romano en la historia universal (*Eneida* VI,852s).

9 De hecho, el nubarrón de la guerra entenebreció a menudo el país Cuando el emperador Gayo Calígula, en el año 40 de nuestra era, quiso erigir su estatua en el Templo, muchos judíos acudieron a las armas. Tan sólo la muerte repentina del emperador, en enero del año 41, impidió la guerra En el año 66 estalló una gran insurrección Después que los rebeldes obtuvieran exitos iniciales contra el legado sirio Cestio Gallo, la insurrección fue aplastada en dos grandes campañas llevadas a cabo por Vespasiano y Tito En el año 70 se conquistó Jerusalén, en el año 73 (¿ó 74?) cayó Masada, último bastión de los rebeldes Josefo vivió aquella guerra, primeramente como general judío de parte de los rebeldes, y después de ser hecho prisionero, del lado de los romanos Escribió sobre ella su gran obra *De bello iudaico*

Al Profesor Kratzinger.

Muy estimado Señor:
Muchas gracias por haberme dado su opinión sobre el primer capítulo. En él, usted echa de menos una huella que conduzca a Jesús. Por favor, tenga un poco de paciencia. Si describo al principio la época de Jesús, no hago más que cumplir el deber de todo historiador. Y este contexto, en el caso de Jesús, es el mundo social y religioso del judaísmo.
Los evangelios, en ese punto, nos transmiten una imagen unilateral. Se escribieron en una época (aproximadamente, 70-100 de nuestra era) en que el movimiento interno de renovación del judaísmo en torno a Jesús se había convertido en una religión distinta ya del judaísmo y en competencia con la religión madre. Los escritos del cristianismo ofrecen a menudo una imagen deformada del judaísmo. Por eso, el lector de la Biblia no ve con claridad lo profundamente enraizado que Jesús estaba con el judaísmo.
Además, los evangelios sugieren que Jesús ocupó entonces el centro de la historia de Palestina. Ahora bien, desde el punto de vista histórico, Jesús fue sólo un fenómeno marginal. No se encuentra inmediatamente sus huellas, cuando uno estudia la Palestina del siglo I de nuestra era. Al lector hay que transmitirle esta experiencia del historiador. Pero yo le prometo que, en mi relato, habrá muchas huellas que conduzcan a Jesús.
Entiendo por su carta que usted formulará un juicio definitivo sobre mi obra, cuando haya leído más de ella. ¿Debo entenderlo como una invitación a que le envíe más capítulos? Acabo de terminar el segundo.
Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

2
El chantaje

Lo malo era que no podía hablar con nadie acerca de mi situación. ¿Quién sabía nada de ella? ¿Sospechaban mis padres dónde me encontraba? ¿Habría conseguido Malco llegar a casa? ¿Estaría Timón en algún otro rincón de aquel sótano abovedado? Sombrías imágenes acudían a mi mente: ¿Cuántos judíos habían estado ya encarcelados aquí? ¿Cuántos habían sido torturados? *¿Cuántos habían muerto? ¿Cuántos habían* desaparecido, sin más?

En aquel agujero donde no penetraba el sol y donde no se oía ningún ruido fuera de las pisadas de los centinelas, se perdía toda noción de tiempo. Aquella celda era como un ataúd en el que me hubieran encerrado en vida. Había angustias de muerte en aquel aire sofocante. Desesperado, oré así:

«Señor, Dios mío, hazme justicia,
porque soy inocente.
Confié en ti.
Examíname,
ponme a prueba.
Tú me conoces mejor de lo que yo me conozco a mí mismo.
Defiéndeme ante su tribunal
contra falsas acusaciones y calumnias.
¡Defiéndeme de las intrigas de su policía secreta!
No tengo complicidad con los poderosos.
Desprecio
a quienes desprecian la vida de los hombres,
y la tratan como inmundicia,
a quienes nos arrojan a la cárcel
y nos humillan y maltratan.

¡No permitas que perezca a sus manos!
Por medio de la corrupción acumulan riquezas,
por medio del chantaje ejercen su poder.
El que los critica, desaparece en sus mazmorras.
Al que se levanta, lo eliminan.
Dios mío, haz que vea de nuevo tu Casa,
donde habita tu gloria.
Rescátame de las manos de estos bandidos.
Y yo te alabaré y te ensalzaré
en medio de la comunidad»[1].

Contaba los días por las escasas raciones de alimento que me echaban. Transcurrió la primera semana. Nada. Transcurrió la segunda semana. Me pareció un año. Finalmente, durante la tercera semana vinieron a buscarme.

¿Iban a dejarme en libertad? Concebí ciertas esperanzas. Primero me llevaron por un laberinto de pasillos. Después me empujaron a una habitación más amplia. Me cegaba la luz que entraba por las ventanas. Poco a poco reconocí los detalles. Ante mí había un tribunal, elevado sobre una tarima. A la mesa del tribunal estaba sentado un hombre de baja estatura. Llevaba lujosa toga blanca con franjas de púrpura. En su mano brillaba un anillo de oro: señal de que era un caballero romano. El soldado que me había conducido hasta allí, susurró a mi oído: El Prefecto. Era, por tanto, Poncio Pilato, prefecto de Judea y Samaría[2].

En primer lugar, un interrogatorio. Aquí se iba a decidir mi caso. ¡Ojalá no se hubiera enterado de lo de Barrabás!

Pilato, al entrar yo, leía un rollo. A su izquierda y a su derecha había dos soldados de su guardia personal. Un secretario tomaba nota. Sin alzar la mirada, comenzó Pilato:

–Andrés, hijo de Juan, he leído el acta del interrogatorio. Tú afirmas que por casualidad te viste metido en la manifestación contra mí. Entretanto hemos conseguido informaciones sobre ti.

1. La oración recoge motivos del salmo 26

2 Una inscripción de Pilato, encontrada en Cesarea, indica que su jerarquía fue la de «prefecto» y no la de «procurador». En ambas jerarquías encontramos a menudo representantes del estado de los «caballeros» (*equites*) Era «caballero» todo aquel ciudadano que poseía 400 000 sestercios de fortuna Por encima de los caballeros estaban los senadores, que debían tener –como mínimo– una fortuna de 1.000 000 de sestercios Estos datos son válidos para el siglo I de nuestra era

Nos hemos enterado de muchísimas cosas. ¿Por qué no nos dijiste cosas importantes?

–No tengo ni idea de qué puede ser eso tan importante –dije con vacilación.

–Cosas importantes.

Me miró impasible y prosiguió con voz monótona:

–Falta algo en los datos sobre tu vida que nos has dado.

–No sé qué más cosas pudieran interesar a las autoridades romanas.

–¿Dónde estuviste, al terminar tus estudios en el gimnasio?[3].

¡Ah, conque era eso! Alguien me aconsejó una vez: A la policía hay que decirle la verdad, pero en la menor dosis posible. Así que dije:

–Estuve en el desierto con un asceta, un tal Bannos, durante un año.

–¡Ya! Y practicaste la ascética ¿y nada más?

–Quería hallar el camino hacia la verdadera vida. Estudié la ley de nuestro Dios.

–¿Por qué te callaste eso?

–¿Por qué iba a hablar de ese año? Fue un asunto puramente religioso.

–Ese «asunto puramente religioso» permite también otras interpretaciones. En primer lugar: Desapareciste durante un año para unirte a los guerrilleros de la resistencia. En segundo lugar: Te detuvieron en una manifestación contra el prefecto romano. En tercer lugar: Esa manifestación estuvo organizada por agitadores clandestinos.

–¿Y yo soy uno de esos organizadores clandestinos? ¡Absurdo!

–Pues sí. Es muy posible.

–Estuve en el desierto para meditar en la soledad. No todo el que se aparta durante algún tiempo de la vida ordinaria es un agitador ni un terrorista. Yo estoy a favor de la paz.

3 Los gimnasios son escuelas griegas. Existían en todas las ciudades helenísticas de Palestina. En Tolemaida el rey Herodes el Grande había construido el gimnasio (*bell* 1,422 = I,21,11). En cuanto a Séforis, sospechamos únicamente que existía un gimnasio. De todos modos, la ciudad poseía (quizás más tarde) un teatro y, por consiguiente, una institución íntimamente relacionada con la cultura griega. En el judaísmo hubo ya con seguridad, en aquella época, escuelas de la Torá. El sumo sacerdote, hijo de Gamaliel, llevó a cabo, probablemente en los años 63/65, una reforma del sistema judío de enseñanza.

–Pero pasaste por alto tu permanencia en el desierto. Y eso da que sospechar.

Comencé a sudar. Los pelos se adherían a mi frente. Mis ropas apestaban. Hacía tres semanas que no me mudaba. No me habían permitido lavarme. Mi apariencia exterior debía de ser la de un vagabundo. Pero también dentro de mí, todo era confusión. Es verdad que, como muchos otros, había ido al desierto por razones religiosas, a fin de meditar sobre la vida en la soledad de un oasis, y para preguntarme qué es lo que Dios quería de mí[4]. Pero allí conocí también a Barrabás. ¿Lo sabría Pilato? Pero éste se limitó a repetir:

–¡Todo eso es muy sospechoso!

–Todo es sospechoso, cuando se mira con ojos desconfiados. Yo me vi metido por casualidad en una manifestación. Tengo la conciencia tranquila. Por eso, no eché a correr como todos los demás –dije encarecidamente.

Pilato seguía tan impasible. ¿Qué quería de mí?

–Podría hacer que te juzgaran –dijo después de un breve silencio.

–¡La sentencia será absolutoria!

–Tal vez. Pero podría enviarte a Roma, para que allí siguieran investigando.

–Pues allí también me absolverían.

–Eso durará dos años. ¡Tendrás que contar con dos años de cárcel!

Me miró, sonriendo muy significativamente.

¿A dónde quería ir a parar? No podía enviar a Roma a todos los sospechosos. Tendría que haber embarcado para Roma a media Palestina. Por otra parte, estaba bien claro que el prefecto podía perjudicarme, independientemente de que me declarasen culpable. Pilato prosiguió:

–Te voy a hacer una buena oferta. Quedarás libre inmediatamente, si te declaras dispuesto a facilitaros datos sobre ciertos movimientos religiosos del país.

4 Josefo mismo nos sirve de ejemplo de cómo los hijos de familias acomodadas se retiraban al desierto para estudios religiosos. Josefo cuenta en su «biografía» que él, después de estudiar diferentes tendencias religosas dentro del judaísmo, y al sentirse descontento de ellas, se retiró durante tres años para aprender junto a un eremita del desierto que se llamaba Bannos y que se alimentaba de plantas silvestres y con frecuencia realizaba abluciones de carácter religioso (seguramente en el Jordán) (Jos *vita* 11s = 2)

–¡Eso es un chantaje!

Ardía de cólera e indignación. Me entraron ganas de escupir a Pilato a la cara. Aquel hombre quería chantajearme desvergonzadamente y todavía hablaba de una «buena» oferta.

–Digamos que es un trato que favorece los intereses de ambos.

–Me niego a ser un espía.

–¿Quién habla de «espiar»? Lo único que quiero es que hagas «averiguaciones». No tienes por qué denunciar ni señalar con el dedo a nadie.

¡Con qué cinismo hablaba Pilato! ¡Como si él no supiera que equivalía a una denuncia el facilitar informaciones sobre un grupo de personas, y sobre lo que ellas pensaban de la ocupación romana! Me dominé y procuré decir con la mayor calma posible:

–Ninguno de mis compatriotas entenderá la diferencia que hay entre espiar y realizar averiguaciones.

–Te consideraríamos...–. Pilato ladeó un poco la cabeza como buscando la palabra adecuada. De repente pareció haberla encontrado, —...asesor en cuestiones religiosas.

Guardé silencio.

–¡Bueno, como quieras! Entonces entablaremos contra ti un proceso y examinaremos minuciosamente el tiempo que pasaste en el desierto... o donde fuera.

–¡Por tanto, un chantaje!

¿Habría averiguado algo Pilato sobre mis relaciones con Barrabás? ¿De qué sería capaz aquel hombre? Corrían sobre él malos rumores: rumores de actos de crueldad y mal trato. ¿No era capaz, sencillamente, de hacerme desaparecer? ¿No amañaría en cualquier momento falsas denuncias contra mí? ¿No podría obligarme con torturas a declarar lo que él quisiera? ¿Y si yo cedía? ¡Aparté de mí con toda decisión esa idea!

–Andrés, estás encolerizado. Te comprendo. Eres joven todavía. Pero yo he aprendido en mi larga vida que es muy difícil persuadir a la gente a que colabore voluntariamente en medidas útiles.

Su voz seguía sonando tan distante e impasible como al principio de nuestra conversación. Me daba la impresión de que le tenía completamente sin cuidado mi suerte personal; que le daba lo mismo que aceptara su oferta o que no la aceptara. Y eso me producía angustia.

–Llámalo chantaje, si quieres. Pero intenta comprender las cosas desde mi punto de vista: Estoy a cargo de la paz y el orden

en este país ¡Difícil misión! ¿Por qué? Pues porque los romanos estamos hiriendo constantemente vuestra sensibilidad religiosa, aunque no pretendemos hacerlo. Fíjate, por ejemplo, en el asunto de la traída de aguas. Mi idea era que Jerusalén, por fin, estuviera suficientemente abastecida de agua. Encargaría de ello a mis mejores arquitectos y constructores. Sólo que el dinero no bastaba para la financiación. Algunos expertos me confirmaron que el erario del Templo tiene que correr con los gastos del abastecimiento de agua para Jerusalén[5]. En las arcas del Templo hay dinero de sobra. Cada judío paga anualmente un tributo para el Templo. Por tanto, propuse que el Templo financiara con sus propios recursos la traída de aguas. Eso está plenamente de acuerdo con vuestras leyes. Pero ¿qué sucedió? Unos cuantos fanáticos religiosos olfatearon grandes desgracias. Se echaron a la calle con la consigna: ¡Nada de dinero para el impío Pilato! ¡Ni un solo céntimo de las arcas del Templo para los romanos! ¡Como si hubiera querido confiscar dinero para fines impíos! ¡Como si no se tratara de proporcionar dinero para la traída de aguas, de la que iba a beneficiarse el Templo y toda Jerusalén! Y ahora nosotros los romanos hacemos otra vez el papel de tiranos que no respetan vuestras leyes religiosas... ¡y que se atreven incluso a saquear el tesoro del Templo!

Eso era, pues, lo que él había pretendido con su proyecto de traída de aguas. Quería aumentar su prestigio. Había fracasado por completo. ¿Debía yo ahora colaborar en hacer propaganda en favor suyo y lograr que su idea tuviera éxito? La excitación que por un momento se había sentido en su voz, había desaparecido por completo cuando Pilato siguió hablando:

–Todo fue un fracaso. Pero, a pesar de esos fracasos, debemos seguir haciendo todo lo posible por mantener la paz en este país. Hay posibilidades de lograrlo. Mi confianza se basa en dos consideraciones:

Primeramente en los acreditados principios de la política romana para tratar con los pueblos sometidos. Creemos que el secreto de nuestro éxito está en que sabemos transformar la hostilidad en amistad. Pues ¿quiénes son los aliados más fieles del

5. En el Talmud babilónico, en el tratado «Seqalım» (= sobre el tributo para el Templo) se dice expresamente que la conducción de aguas es una de las obras que deben sufragarse con cargo al erario del Templo (véase *Seqalım* IV, 2).

pueblo romano, sino los que, en otro tiempo, fueron sus más tenaces enemigos? ¿Qué sería hoy del imperio, si la amplitud de miras no hubiera fusionado a los vencidos con los vencedores?[6]. Ahora bien, los judíos no fueron siempre enemigos nuestros. Antes al contrario: como los aliados nuestros, os liberasteis del dominio de los reyes de Siria[7]. Gracias a nuestro apoyo conseguisteis entonces mantener vuestra religión y vuestra cultura. Tan sólo más tarde, cuando vuestros vecinos nos pidieron protección contra vuestras intromisiones militares, quedasteis bajo nuestro dominio, justamente a tiempo para que pudiéramos impedir una guerra civil amenazadora que habría traído las mayores desgracias sobre vuestro país[8]. Pero aun en esa situación no violamos para nada vuestra religión. Nuestra política seguirá siendo: respeto a vuestra religión, a vuestro Dios, a vuestras costumbres, a vuestra sensibilidad. Nosotros respetamos aun lo que nos resulta extraño. Esperamos únicamente que también vosotros respetéis la veneración que nuestros soldados sienten hacia el Emperador, y que permitáis que toda persona pueda adorar en cualquier lugar a sus dioses. El respeto tiene que ser recíproco.

Y ahora mi segunda consideración. Sé muy bien por conversaciones con vuestros sacerdotes principales que también vosotros aceptáis en principio nuestro dominio. Tuvisteis que soportar a babilonios, persas y griegos. ¿Por qué no soportáis también a los romanos, que son mucho más complacientes con los pueblos sometidos que todos los imperios mundiales que habían existido antes? Vosotros decís: Todo lo que sucede, está dispuesto por el único Dios verdadero, que es adorado en Jerusalén. (Hizo una pausa, como si quisiera darme tiempo para reflexionar).

6 Las dos últimas son citas literales de la obra del filósofo romano Séneca (aproximadamente, 4 a.C. = 65 d.C.) titulada «Sobre la ira» II,34,4.

7. Judas Macabeo, caudillo de la insurrección contra los sirios, concertó con los romanos un pacto de ayuda (1 Mac 8, Jos. *ant* 12,414-419 = XII,10,6), pacto que fue renovado luego siendo caudillo Simón (hacia el año 139 a.C) (1 Mac 14, 16ss, 15,15ss).

8. Los sucesores de los Macabeos, principalmente Alejandro Janeo (103-75 a.C), habían sometido a las ciudades vecinas, no judías, de Judea (y de Galilea). Una disputa sobre la sucesión al trono, entre Aristóbulo II e Hircano II, ofreció a los romanos la ocasión deseada, en el año 63 en tiempo de Pompeyo, para someter a su dominio el pequeño reino judío y «liberar» a las ciudades vecinas, no judías, de Judea.

–Entonces tenéis que admitir también vosotros: Ese Dios quiso que los romanos construyéramos nuestro imperio. El quiso que perdierais vuestra independencia por medio nuestro: esa independencia que, con ayuda de nosotros, conseguisteis frente a los sirios[9]. No hay razón para que el pueblo judío no nos acepte como dominadores del mundo, tanto más que nosotros somos comprensivos y aceptamos que, a diferencia de los demás pueblos de Oriente, no tributéis culto divino al emperador.

Fundamentalmente, no tendría que haber problemas. Pero en concreto tenemos cuatro grandes dificultades. Sobre todo, la siguiente: Lo que vuestros principales sacerdotes os dicen, no es lo que mueve al pueblo. Parece que actualmente están cambiando muchas cosas en vuestra religión. Hay ebullición en el pueblo. Aparecen sin cesar nuevas ideas y movimientos. Recorren el país profetas y predicadores. Para nosotros es difícil sentir lo que son esos nuevos movimientos. A vuestros principales sacerdotes no les va mucho mejor. Han perdido la dirección espiritual de algunos sectores de la población. Ahora bien, de esos sectores depende precisamente la estabilidad del país. Necesitamos informaciones sobre ellos. Estamos dispuestos a respetar en todo lo que se pueda vuestros sentimientos religiosos y a eliminar innecesarios escándalos. Mas para eso tenemos que saber qué es lo que pasa en el pueblo. Estamos cansados de oír a expertos en el judaísmo oficial. Ahora necesitamos a alguien que pegue sus oídos al suelo. Sólo si recibimos informaciones adicionales, podremos evitar conflictos, antes de que sea demasiado tarde.

–Pero ¿por qué iba a ser yo la persona adecuada para ello?

–Tú eres una persona culta. Tú hablas nuestro idioma y el idioma de ellos. Conoces a fondo las cuestiones religiosas del judaísmo y conoces también nuestra religión. Eres de una familia que mira con benevolencia a los romanos. No eres fanático. Estás a favor de la paz. El hecho de que en una habitación retirada tengáis un ídolo, os hace más bien simpáticos. Hace ya mucho que ordené que se buscara a una persona como tú. ¡Tú eres la persona idónea!

–¡Pero yo no quiero!

9. Tal es, poco más o menos, la visión de las cosas que nos ofrece Josefo (después de perdida la guerra de los años 66-70). Pone estas ideas en labios de Herodes Agripa II en una gran arenga a los jefes, al comienzo de la Guerra Judía (véase Jos. *bell* 2,345-401 = II,16,4).

En realidad no quería. Era un doble juego insoportable. ¿Cómo podría compaginar ambas cosas: mi amistad con Barrabás y mi trabajo en favor de los romanos? ¡Estaría nadando entre dos aguas! Pero Pilato dijo serenamente:

–Reflexiona: Quedará siempre algo pendiente. Aunque seas absuelto. Basta que yo cuente en Cesarea que eres sospechoso de mantener relaciones con terroristas. Eso no beneficiaría mucho tus negocios. Sería tu ruina. Y la ruina de tu padre.

Por consiguiente, ¡un chantaje! Sentí cómo subía a mi corazón un profundo sentimiento de desprecio. Entre esa gente poderosa, todo era táctica. Todo estaba bien calculado. Quedaban ocultos sus verdaderos sentimientos y actitudes. Lo único cierto es que querían conservar su poder. ¿Averiguaba Pilato mis sentimientos? Comenzó de nuevo:

–¡Encuentra a alguien en este país que, sin ser objeto de chantaje, trabaje para nosotros! Me considerarás probablemente algo así como un monstruo, lo mismo que otros me consideran cruel. Hace poco escuché lo que se dice entre los judíos de Alejandría sobre mi desempeño del poder. Decían que era una cadena de sobornos, actos de violencia, robos, malos tratos, ofensas, ejecuciones sin proceso judicial, crueldad constante e insoportable[10]. Lo concedo: en favor de la paz estoy dispuesto a muchas cosas. Pero no soy un monstruo.

Se sonrió con ironía. Probablemente se dio cuenta él mismo de que sus palabras no eran demasiado convincentes. Quizás era su táctica. Yo trataba de ganar tiempo:

–¿Cómo tendré acceso a todos esos movimientos religiosos?— En ningún caso debía dar la impresión de tener ya contactos con ellos.

–No te preocupes. Te quedarás todavía algún tiempo en la cárcel. Te tratarán bien. No te faltará de nada. Cuidaremos, además, de que se difunda la noticia por todas partes: los romanos tienen encarcelado a un hombre joven que se destaca por su firmeza y fidelidad a la religión judía. Lo está pasando mal. Sin embargo, él no cesa de decir que los romanos se hallan injustamente en este país que pertenece únicamente a Dios. En una palabra: te vamos a procurar una aureola de santo. Después te soltaremos. Todos los sectores piadosos confiarán en ti. Tú, lo

10. Cita de Filón: *Legatio ad Gaium* (= Embajada a Gayo), párrafo 302. Filón era un judío de Alejandría contemporáneo de Jesús.

único que tendrás que hacer, será recorrer el país y escribir un informe sobre el estado de ánimo de la gente en cuanto a los problemas religiosos. Nos interesa todo lo que pueda poner en peligro la estabilidad política del país, todo lo que cuestione nuestro dominio. Un funcionario mío, Metilio, a quien ya conoces, te explicará tu misión. Te proporcionará las informaciones que hemos conseguido hasta ahora. ¿Entendido?

–Desearía tomarme tiempo para reflexionar.

–¡Está bien! ¡Piénsalo detenidamente! Hasta mañana. Y no te olvides: contra lo que dicen los rumores, yo no soy un monstruo.

Otra vez apareció en su rostro una sonrisa irónica. ¿Estaba terminado el diálogo? No, Pilato se dirigió otra vez a mí:

–Leí en el acta algo sobre las imágenes que tiene Antipas en su palacio. ¿Las has visto tú?

–Sí, y hay también otros que podrían atestiguarlo.

–¡Hipócrita! Pone en su casa imágenes de animales y protesta cuando yo, en mi sede de Jerusalén, quiero colgar escudos votivos con el nombre del emperador[11]. ¡Eso estaría en contra de vuestras leyes!

Pero ¡esa hipocresía! Se protesta irritado contra mis monedas, que llevan inocentes símbolos de los sacrificios[12], pero el tributo del templo hay que pagarlo únicamente en moneda de Tiro. ¿Y qué hay acuñado en ella? ¡La efigie del dios Melkart –un ídolo![13]. En el atrio del Templo se cambia toda clase de dinero por esas monedas con ídolos. Una vez que pase por el atrio del Templo, ¡me voy a divertir en volcar las mesas de los cambistas! ¡Esas mesas no irritan a nadie! Pero mis inocentes monedas de cobre han hecho que se arme un griterío infernal. Pero dejemos eso.

Pilato había hablado con enojo. Me pareció casi que se había olvidado de mi presencia. Pero en el instante siguiente volvió a mí. Su voz volvió a sonar impasible, fría, apagada. Me infundió miedo:

11. Acerca de este incidente y de las protestas habla Filón, *Legatio ad Gaium*, párrafos 299-305.

12. Pilato fue el primer prefecto de los judíos que se atrevió a utilizar en sus monedas símbolos paganos: el báculo de los augures y un vaso de los empleados en las libaciones. Los prefectos anteriores y posteriores a él evitaron siempre rigurosamente herir los sentimientos religiosos de los judíos mediante imágenes paganas relacionadas con el culto idolátrico.

13. Véanse las reproducciones en A. Ben-David: *Jerusalem und Tyros*, 1969.

–Reflexiona bien sobre tu decisión. Y no olvides: yo no soy el monstruo que algunos quieren ver en mí. Soy únicamente un prefecto romano que quiere mantener su país en paz y en orden.

Me sacaron de allí y me llevaron de nuevo a la oscura celda de antes. Me habían indicado un camino para salir. Pero aquel camino era un callejón sin salida. Me hallaba en una trampa. Maldije mi situación. Y, al sentir mi impotencia, volví a dirigirme al Dios de mis padres[14]:

«Líbrame, Dios mío, de estos canallas.
Ya no hay personas decentes.
Ha desaparecido todo sentido de humanidad.
Con sus palabras de propaganda, los poderosos oscurecen nuestra mente.
Se ríen de nosotros.
De sus labios brotan bonitas palabras,
pero sus pensamientos maquinan la opresión.
Hablan de paz y amenazan con las armas.
Hablan de tolerancia y se refieren a su poder.
Haz que se ahoguen en sus discursos,
en sus palabras bien ponderadas,
que suenan tanto a pacificadoras,
pero quieren romper nuestra entereza.
Destruye la arrogancia de su poder
y el cinismo de su dominio.
Habla, Señor:
'Por amor a los oprimidos,
por amor a los cautivos,
yo me alzaré,
yo salvaré
a los que suspiran por la libertad'.
Dios mío, tú nos preservarás y nos protegerás
de los malvados y de los dictadores.
Tú serás nuestro apoyo
en medio de personas para quienes nada hay santo.
La infamia se extiende entre los hombres.
Pero tu palabra es fiel,
es luz en las tinieblas».

14. Según motivos del Sal 12.

Al Sr. Profesor Kratzinger.

Muy estimado compañero en el profesorado:
Usted «admira» mi valor por inventar así como así historias sobre Pilato. A usted, como buen historiador y exegeta, le habría faltado atrevimiento para hacerlo sin remordimientos de conciencia.
Desde luego, Pilato no mantuvo nunca las conversaciones que yo le atribuyo. Ahora bien, las circunstancias que constituyeron el marco de su actuación, y que se manifiestan en el diálogo, son las mismas precisamente que yo analizo en mis lecciones de historia contemporánea del Nuevo Testamento. En efecto, el objeto de la ciencia histórica no son únicamente los acontecimientos individuales, sino también las estructuras y los conflictos típicos. Y éstos constituyen las «reglas del juego» según las cuales transcurre la acción inventada por mí.
Si se me permite utilizar nuestro lenguaje especializado de académicos, yo diría: El presupuesto para la «exégesis narrativa –así se denomina actualmente a los relatos como mi obra sobre Jesús– es el paso que se da desde la historia de acontecimientos hasta la historia de estructuras. La estructura profunda de las exégesis narrativas consta de modelos de conducta, conflictos y tensiones reconstruidos históricamente. Y su estructura superficial consta de acontecimientos fingidos en los que se elabora creativamente los materiales de las fuentes históricas. Esta definición de la «exégesis narrativa» me parece demasiado pretenciosa para mi gusto. Pero ya lo sabe usted: Lo que no se formula de manera complicada, no halla aceptación en el mundo académico.
Por lo demás, en una «exégesis narrativa», puede descuidarse un poco la cronología al utilizar los materiales suministrados por las fuentes. Algunos acontecimientos que tuvieron lugar después de la muerte de Jesús, pueden ilustrar muy bien las circunstancias estructurales del acontecer histórico en tiempo de Jesús. No siento ningún remordimiento de conciencia, al retrotraer –por ejemplo– unos 25 años la existencia de Bannos, asceta del desierto, que actuó

en el desierto del Jordán en los años 50. Usted me critica esto, diciendo que es un «anacronismo». Pero la ciencia procede a menudo por medio de anacronismos. ¿No criticaríamos con razón un estudio científico sobre Juan Bautista, que no hiciera referencia –como analogía más próxima– a Bannos, asceta del desierto?

Me interesará mucho conocer su opinión sobre el próximo capítulo.

Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

3
La decisión de Andrés

¿Andrés... espía de Pilato? ¡Nunca jamás! Todo mi ser se rebelaba contra esa idea. Aunque Pilato me encerrara durante años en esa mazmorra, ¡nunca traicionaría yo a nadie para ir con delaciones a los romanos! Es verdad que los romanos habían traído la calma y la paz a nuestro país. Pero ¡qué paz era esa, fundada en la opresión y el chantaje! ¡Qué calma era ésa, que existía sólo porque se obligaba por la fuerza a la gente a callar! Mis pensamientos se embravecían.

Pero ¿qué iba a hacer? ¿Qué ocurriría si decía que no? Pilato me torturaría para arrancarme informaciones sobre mis amigos, sobre mi familia, y posiblemente sobre Barrabás. ¿Me asesinaría en secreto, para que nadie se enterara de sus intentos de chantaje? ¿O me haría crucificar para escarmiento público? ¿Arruinaría económicamente a mi familia? ¿Qué sería de Timón? Sonaban todavía en mis oídos aquellas últimas palabras: ¡Yo no soy el monstruo que algunos quieren ver en mí! ¿No era una clara advertencia? Seguramente quería decir: Ten cuidado conmigo: quizás soy el monstruo que algunos ven en mí.

¿Podría escapar de este suplicio? ¿Podría irme a alguna parte adonde no me alcanzaran los chantajes? ¿Donde nadie me diera órdenes ni me amenazase? ¿Donde enmudeciesen todas las atormentadoras voces que oía en mi interior y todo estuviera en calma?

Ansiaba la muerte. Yo había aprendido de los filósofos[1]: Aun de las peores situaciones hay una salida. Una puerta permanece

1. La filosofía estoica se hallaba difundida entre la clase alta y culta del

siempre abierta: la muerte. Pasando por esa puerta me libraría de los tiranos más crueles. Pero ¿era el suicidio la solución adecuada? Los romanos admiraban a Catón y a Bruto, que se habían dado muerte a sí mismos para salir de una situación sin salida. También entre algunos judíos se observaba una actitud parecida. Pero en el fondo nosotros pensábamos de manera distinta: Hemos recibido de Dios el encargo de vivir. No podemos sustraernos a él, aunque creamos que la vida es insoportable. Porque ¿quién sabe lo que Dios nos reserva todavía? ¡Dios es quien infunde ánimo en los perdedores y marginados! También nuestros antepasados fueron abandonados por todos: abandonados por los numerosos dioses que se adoraban en el mundo, abandonados por todos los hombres. Se hallaban desvalidos y vagaban desesperados por el desierto. Pero no cejaron. Creyeron a Moisés, creyeron lo que él les dijo: que tenían una misión a la que no podían traicionar.

¡Si yo tuviera, al menos, la libertad para vagar por el desierto! Y entonces cruzó por mi mente el pensamiento: ¿Por qué no aceptaba aparentemente la oferta de Pilato..., para desaparecer luego en el desierto, sin dejar rastro? Había aprendido a sobrevivir en el desierto. Bannos me lo había enseñado. Podía acudir a él. Tal vez me encontraba ahora en condiciones de entender su doctrina. En otro tiempo me había parecido una doctrina extraña.

¿Qué me había impulsado a llegarme a él? Había sido una gran inquietud, difícil ahora de explicar. Me había criado en un hogar de ideas liberales. Interpretábamos en ideas filosóficas las costumbres y convicciones de los judíos. Mi padre decía siempre: La Biblia expresa lo que los filósofos griegos piensan. Recuerdo *cómo admirábamos una vez la salida del sol. Habíamos escalado* lo alto de una montaña para esperar el amanecer. Entonces el sol rompió de repente la bruma matutina y transformó el paisaje en un maravilloso conjunto de luces y colores. Mi padre dijo: «Ahora me doy cuenta por qué los paganos adoran al sol. Pero el sol no

Imperio Romano Enseñaba el dominio de sí mismo y el cumplimiento del deber. El suicidio se consideraba como posibilidad lícita e indispensable para escapar de una situación sin salida. Ahora bien, entre los judíos había ideas parecidas los judíos sitiados en la fortaleza de Masada, durante la Guerra Judía, se dieron a sí mismos la muerte, en una situación desesperada, en el año 73 (ó 74) de nuestra era, para no caer vivos en poder de los romanos Según Josefo (*bell* 7,400 = VII,9,2), encontraron entonces la muerte 960 hombres, mujeres y niños.

es más que un destello del Dios verdadero. A través de ese destello, ellos presienten a Dios. Es verdad que confunden al Creador con sus criaturas, pero sienten la belleza de este mundo»[2].

A mi padre le gustaban las cosas bellas. Por eso, un amigo que había estado en nuestra casa nos regaló una pequeña estatua de un dios. Para mi padre, aquella estatua era la representación de una persona bella. Nada más. La ocultó en una habitación retirada. Estaba convencido: Cuando está arraigado en el corazón lo incomparable de Dios, entonces puede representarse en imágenes –sin temor alguno– todas las cosas de este mundo[3].

En esa atmósfera me crié yo. Pero luego descubrí que no todos pensaban como mis padres. Llegué a conocer la fe de personas sencillas que no sentían necesidad de demostrar que su fe era del mismo valor que la filosofía griega. Con una espontaneidad que nunca se había formulado preguntas, creían en un solo Dios verdadero. Y esa fe no necesitaba para ellos defensa ni justificación alguna. Lo decisivo para ellos era cumplir la voluntad de Dios y tomar en serio, en la vida diaria, todos sus mandamientos. Descubrí un nuevo mundo.

Entonces surgió en mí el vivo deseo de conocer a fondo mi fe judía. Quería verla reflejada en toda mi vida. Anhelaba decisión e ideas claras. Oí hablar de Bannos. Me atrajo que él enseñara en el desierto..., lejos de la vida normal. También él creía que nosotros los judíos teníamos que volver a empezar desde el principio: Así como habíamos salido de Egipto, atravesando el desierto, para llegar a este país, también teníamos que volver ahora al desierto. Debíamos volver a escuchar en el desierto la voz de Aquel que desde la zarza había dicho: «Yo soy el que soy».

Las ideas de Bannos eran radicales: No sólo los judíos. ¡No! Todo el mundo tenía que comenzar desde el principio.

Este mundo de ahora era un fracaso. Era un mundo de injusticia y opresión, de explotación y miedo. Perecería víctima

2 Un raciocinio así se encuentra en la «Sabiduría de Salomón» 13,6-9 un escrito cuyo origen se sitúa en los siglos II ó I a C Procede de la diáspora judía, quizás de Egipto

3 De hecho, el judaísmo desarrolló en los primeros siglos de nuestra era un arte floreciente en el que se trasgredía la radical prohibición de la representación por medio de imágenes. Un punto culminante lo constituyen los frescos de la sinagoga de Dura-Europos, junto al Eufrates.

de un gran juicio de Dios, que lo castigaría por sus contradicciones. Y entonces comenzaría un mundo nuevo. Escucho todavía la voz de ese asceta:

«Entonces Dios erigirá un reino eterno
para todos los hombres,
ese mismo Dios que un día dictó la Ley.
Todos los hombres adorarán a este Dios
y afluirán a su Templo.
Y no habrá más que un Templo.
Por doquier conducirán hacia él los caminos.
Todas las montañas podrán atravesarse,
todos los mares podrán navegarse.
Todos los pueblos vivirán en paz.
Todas las armas desaparecerán.
La riqueza estará distribuida con justicia.
Y Dios estará entre los hombres.
Los lobos y los corderos
pacerán juntos entre las montañas.
La pantera pastará junto al cabrito.
Los osos se tumbarán junto a los terneros,
y el león comerá paja en el pesebre
como lo haría un buey,
y los muchachos lo llevarán de una cuerda.
Los dragones y las víboras dormirán junto a los bebés
y no les harán daño.
Pues la mano de Dios estará sobre ellos»[4].

¡Hermosos sueños! ¡Sueños de evasión a un mundo mejor! No mucho mejores que mi sueño de la evasión al desierto. ¡Qué poco realista era! Pues los romanos tendrían noticia de mi permanencia en el desierto. Me buscarían en todas partes. Sería la perdición para Bannos. Y probablemente seguirían entonces las huellas de Barrabás.

Yo llevaba ya algún tiempo viviendo junto a Bannos, cuando llegó a nosotros Barrabás. También él venía de Galilea y era

4. Según motivos inspirados en los «Oráculos sibilinos» III, 767-795, parte judía de ese libro de oráculos muy difundido en el mundo antiguo, lo mismo que todo el libro tercero de esa colección, se compuso seguramente en el siglo II a.C. Los motivos de esa profecía se inspiran en Is 11, 1ss.

oriundo de Séforis, lo mismo que yo. Sus padres, que eran entonces casi recién casados, lograron escapar a duras penas de la catástrofe de nuestra ciudad. Perdieron todo lo que tenían. Ahora vivían modestamente en Guiscala, al norte de Galilea. La huida precipitada de Séforis y las barbaries cometidas contra la ciudad habían marcado la vida de la familia: aborrecían a los romanos... y también a los príncipes herodianos, a los que consideraban como marionetas de los romanos. No es que rechazaran a los extranjeros, por el simple hecho de serlo. Los rechazaban, porque habían traído consigo la esclavitud y la opresión.

¿Qué había buscado Barrabás en el desierto? ¿Quería esconderse de los romanos? ¿Había cometido contra ellos algún delito? Lo ignoraba. Lo único claro era que, mientras yo trataba de hallar una patria en el gran mundo del judaísmo, Barrabás había adoptado ya su decisión. A él lo que le importaba era mantenerse firme contra el mundo seductor de los griegos y romanos. El irradiaba seguridad y certeza. Eso me atrajo. El sabía muy bien lo que iba a dar sentido y contenido a su vida. Yo andaba buscando.

Nuestra relación con la doctrina de Bannos era diferente. El mensaje de un mundo nuevo no me cautivó hasta lo más hondo. Había aprendido en casa a amar ese mundo; Barrabás había aprendido a despreciarlo. Con pasión acariciaba él la idea de un mundo nuevo. Tan sólo en un punto se diferenciaba de Bannos. Decía: Ese mundo nuevo no nos llegará como llovido del cielo. Dios quiere que hagamos algo por él. Y, si es preciso, que lo hagamos llegar por la fuerza[5]. También los judíos que huían de Egipto, peregrinaban en busca de un mundo nuevo. Pero no se les concedió gratuitamente. Tuvieron que aceptar fatigas, tuvieron que luchar contra enemigos del exterior, y estar en guardia contra los traidores que había en su propio campamento.

Aunque Barrabás gozaba de mi simpatía, a mí me aterraba la idea de emplear la violencia para que llegase ese mundo nuevo. La violencia corrompe. Pero lo simpático de Barrabás era que

5. Barrabás representa aquí la «filosofía» de Judas Galileo, cuya rebelión contra los romanos fue la perdición de Séforis. Sobre este personaje nos informa Josefo *ant* XVIII,1ss y *bell* 2,117s = II,8,1. Es característica la siguiente afirmación: «La divinidad contribuiría de buena gana al éxito de este propósito (la obtención de la libertad), pero únicamente si uno mismo cooperara en ella activamente» *(ant* 18,5 = XVIII,1,1).

estaba dispuesto a hacer algo. No estaba dispuesto a seguir y seguir esperando. Estaba convencido de que el mundo, por malo que fuera, ofrecía una oportunidad. Pero yo no estaba convencido de que lo que él iba a emprender tuviera éxito. Me parecía que no se ajustaba a la realidad. Los romanos eran demasiado poderosos.

En mi situación actual comenzaba a comprender mejor a mis compañeros del desierto. Bannos no quería nada con este mundo, lleno de chantajes y opresión. ¿No era lo mejor abandonar ese mundo y lavar en el Jordán sus inmundicias y suciedades? ¿Qué otra cosa merecía el mundo sino perecer? Si yo hubiera tenido poder para eso, habría hecho que bajara fuego del cielo: fuego que devorase a Pilato y a sus soldados.

Y comprendía a Barrabás: ¿No había que hacer algo contra los romanos? ¿No había que defenderse? Pero la resistencia abierta ¿no era un acto de pura desesperación?

Entonces se me ocurrió una nueva idea: Con personas como Pilato ¿no debía fingir que estaba jugando su juego sucio? Si Pilato trabajaba a base de chantajes, ¿qué otra cosa merecía sino que se le engañara? ¿No debía aceptar su oferta, pero darle sólo las informaciones que los judíos teníamos interés en que llegaran a oídos de los romanos? Más aún, con los romanos ¿no podría yo enterarme de algunas cosas que fueran de utilidad para mis conciudadanos? ¡Desde luego, era una juego feísimo! ¡Jugar al engaño y a la distorsión! ¿Debía yo tomar parte en ese juego? ¿Era lícito engañar, en caso de necesidad?

¿Qué pasó con Abrahán? ¿No había hecho pasar a su mujer como hermana suya, para que el faraón no le matara a fin de poder tomarla por esposa?[6]. ¡Eso había sido una mentira! Jacob ¿no se había valido de ardides para conseguir de su padre la bendición? ¡Y él quedó como el hijo bendecido![7]. ¿No había sido David soldado mercenario de los filisteos?[8]. ¡Y no obstante había llegado a ser el gran rey de los judíos! ¡No mostraba la historia de mi pueblo que no sólo los realizadores de grandes hazañas traían bendición, sino también los insignificantes, los perseguidos, los que luchaban más por la supervivencia que por el honor! ¿No se cumplía en mi destino lo que había sucedido constantemente en el destino de mi pueblo:

6. Véase Gén 12,10-20.
7. Véase Gén 27.
8. Véase 1 Sam 27.

renunciar a nobles ideales, sencillamente para sobrevivir y escapar? Yo, Andrés, ¿no era el fugitivo Abrahán, el perseguido Jacob, el cabecilla de maleantes David?

Cuando logré encajar así mi destino en el destino de grandes personajes de mi pueblo, me sentí mucho más tranquilo. De repente me sentí seguro: Si aceptaba el chantaje de Pilato, no estaba traicionando a mi pueblo. Pues en mí se realizaba una vez más el destino de mi pueblo.

Permanecí aún despierto bastante rato. Cuando por fin me quedé dormido, tuve un sueño: Ante mí estaba Pilato, vestido con una toga orlada de púrpura. Repetía sin cesar: «No soy un monstruo. No soy una bestia». Los rasgos de su cara se distorsionaban. En su boca abierta brillaban grandes dientes. Apretaba convulsamente los puños. Su anillo fulgía sobre garras. El cuerpo se le iba hinchando hasta convertirse en una bestia enorme. ¡Ante mí estaba un monstruo que echaba espumarajos! Burlonamente amenazaba a todo el mundo con sus zarpas y no cesaba de bufar diciendo: «¡No soy un monstruo! ¡No soy una bestia!».

Quise huir de allí. Pero mis piernas no se movían. No adelantaba ni un paso. En cambio, la bestia iba acercándose más y más. Ahora husmeaba mis pies. Ahora, con sus zarpas me tocaba las rodillas. Ahora se enderezaba para llegarme a la garganta. Sin embargo, de repente se estremeció, se encogió y se hizo pequeña; gemía y se revolcaba en el polvo. Todo su orgullo y majestuosidad habían desaparecido, como si un poder invisible la hubiera puesto de rodillas: un poder invisible que estuviera a mis espaldas.

Me di la vuelta. Detrás de mí había un hombre. Le rodeaban acompañantes. Llevaban libros. En ellos estaban escritas las crueldades cometidas por la bestia, no sólo las crueldades de Pilato sino también las de todo el Imperio Romano. Se fue leyendo un crimen tras otro –y después de cada uno, la bestia se encogía más y se revolcaba en el polvo. Al final se pronunció la sentencia: la bestia fue arrastrada fuera, y se le dio muerte. El hombre con sus acompañantes se hizo cargo del dominio y señorío.

Me desperté. ¿No había leído en los libros un sueño semejante? Ahora me acordaba: era el sueño de Daniel, el sueño de las cuatro bestias que emergían del abismo[9]. Pero en mi sueño

9. Véase Dan 7.

yo había visto únicamente la última bestia. Estaba desconcertado. Porque se interpretaba generalmente que las cuatro bestias eran los cuatro imperios de los babilonios, los medos, los persas y los helenos. El sueño decía: Todos esos reinos bestiales no tendrán consistencia. Todos estarán destruidos por el reino del Hombre –por una figura misteriosa que venía del cielo y que aparecía como un hombre.

Algunos habían dado la siguiente interpretación: El sueño se había cumplido. Después de la ruina de los reinos helénicos, había llegado el Imperio Romano. Había traído la paz allá donde antes reinaban la guerra y la destrucción. Era un reino humano.

Mi sueño revelaba lo contrario: El Imperio Romano era la última bestia. Su reinado también era bestial. Estaba aún por venir un verdadero reino humano.

Todavía me hallaba en poder de la bestia. Pero ahora ya lo sabía: Esa bestia sería vencida. Había algo más fuerte que ella. Es verdad que la bestia me dominaba aún. Tenía poder sobre mi cuerpo, que estaba encadenado. Pero había perdido todo poder sobre mi interior –sobre aquel ámbito del que emergen los sueños. ¿No sería mi tarea vencer con ardides ese reino?

Cuando llegó el día, di recado a Pilato de que aceptaba su propuesta –a condición de que Timón quedase al mismo tiempo en libertad.

Muy estimado compañero en el profesorado:

Muchas gracias por su amable carta. Acojo agradecido sus propuestas de modificar algunos detalles del texto. He reflexionado también sobre su propuesta de no redactar siempre el relato en primera persona. En efecto, los límites del relato en primera persona se sienten precisamente cuando el personaje principal está en prisión: el narrador y los lectores están encerrados juntamente con él. Un narrador omnisciente que narra en tercera persona podría estar presente en todas partes. Sería comparable a un historiador.
Sin embargo, me gustaría seguir con mi estilo en primera persona: narrando en «yo». Desde luego que con eso el relato se aleja fundamentalmente de una exposición histórica. Pero el historiador ¿no se olvida con harta rapidez de que todo lo que él investiga son actos y padecimientos de individuos entre su nacimiento y su sepultura? Todo acontecer histórico es experimentado y plasmado por hombres desde una perspectiva limitada. Para decirlo con otras palabras: No existe el acontecer histórico en sí, sino únicamente el acontecer percibido desde una perspectiva. También la visión del historiador es una perspectiva junto a otras: una visión en la que posiblemente quede menguada una faceta del acontecer histórico: esa precisamente que se transmite en relatos en primera persona, en relatos en «yo».
A pesar de su consejo, sigo narrando en primera persona. No obstante, sus observaciones han sido muy valiosas para mí. ¿Me permite enviarle el cuarto capítulo?
Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

4
La misión de hacer averiguaciones

Por fin estaba libre. Un día me soltaron, pero Timón continuó encarcelado. Los últimos días en la prisión habían sido soportables. Es verdad que tuve que volver a mi oscura mazmorra. Pero ya dejaban que me lavara, recibía la misma comida que los soldados, y hasta me dieron ropa nueva antes de dejarme en libertad. Pero tan sólo el paso de la libertad me convirtió de nuevo en ser humano, en quien ya podía reconocerme a mí mismo, al que hasta entonces había sido harapiento recluso. Deambulé por las estrechas callejuelas de Jerusalén, aspiré los olores del mercado, me deleité con los ruidos tan familiares, observé a las personas que se apiñaban y me daban empujones por las bocacalles: esa mezcla de peregrinos, comerciantes, labradores, sacerdotes y soldados, que marcan inconfundiblemente la imagen de una ciudad.

¡Qué maravilloso volver a ver el sol! Sentí en todo el cuerpo la caricia de la luz. Bañaba mi rostro y mis manos. Era luz y sombras en el espacio. Corría como calor por la tierra. Me parecía que en todas las cosas había alegría muda que esperaba a que alguien la expresara. Y, así, empecé a murmurar imperceptiblemente, casi sin quererlo, aquellas palabras:

«Señor, Dios nuestro,
los cielos reflejan tu hermosura,
y la tierra se hace eco de ti,
todo granito de polvo es tu morada,
todo día es tu fiesta.
Todas las cosas por ti son hermosas.
Su lenguaje no tiene palabras.

Todo te alaba con voz imperceptible.
Allá va el sol,
enamorado de los esplendorosos colores de la tierra,
rodeado de planetas.
Nada queda oculto para él»[1].

Pero, al día siguiente, me encontré ya con la realidad: Me había metido en una empresa arriesgada, con el fin de ver otra vez el sol. Así me di cuenta al menos, cuando estaba frente al oficial que me había interrogado por primera vez. Se llamaba Metilio.

–Andrés, me alegro de que trabajes con nosotros –comenzó. –Vamos derechos al grano. Deseamos informaciones sobre algunas personas extrañas. Se denominan a sí mismos esenios y habitan en el desierto–. Desenrolló sobre la mesa un mapa y me señaló el ángulo noroccidental del Mar Muerto:

–¿Conoces esa región?

Sentí inseguridad. Porque no lejos del Mar Muerto había vivido yo durante un año en compañía de Bannos. Preferí hacerme el ignorante. Tal vez pudiera vender más tarde como informaciones obtenidas tras penosas averiguaciones cosas que ya sabía. Me limité a decir:

–Conozco muy poco el terreno.

–Aquí hay un oasis donde los esenios tienen su centro. Los informes de que disponemos por el momento, proceden de turistas romanos. Según ellos, los esenios viven allí sin mujeres, sin niños, sin bienes privados, rodeados de palmeras, a la orilla del Mar Muerto. Sin cesar llegan a ellos personas hastiadas de la vida normal o que han perdido el valor para afrontar los reveses del destino[2]. Observa bien a esos santos varones. Por lo visto, son pacíficos, no utilizan armas, no hacen juramentos, rechazan la esclavitud, observan con rigor los preceptos religiosos[3]. A

1. Según motivos del Sal 19.

2. La descripción de la colonia de esenios a orillas del Mar Muerto procede de Plinio el Viejo, *Naturalis Historia* V,73. Las excavaciones llevadas a cabo a orillas del Mar Muerto (en Qumrán) han revelado la colonia de los esenios. Además, se han encontrado en cuevas cercanas numerosos escritos de los esenios, de forma que sabemos ya bastantes cosas sobre esa comunidad del desierto.

3. Véase Filón, *Quod omnis probus liber sit* (= Sobre la libertad del

nosotros nos interesa saber qué personas son esas que se retiran de la vida ordinaria. ¿Qué las mueve a ir al desierto? ¿Reveses del destino? ¿O se infiltran algunos que quieren escapar de nosotros, porque han hecho algo? ¿Podemos dar crédito a los informes que nos dicen que, por principio, son personas pacíficas? Recógenos informaciones sobre todas estas cosas.

–Eso es casi imposible. Los esenios no facilitan informaciones a los de fuera. Han llegado incluso a jurar solemnemente que mantendrán en secreto todo lo que se refiere a su comunidad[4]. Todo el mundo lo sabe. Incluso los judíos apenas tenemos idea acerca de ellos.

–Por eso es muy importante que tengamos datos sobre los esenios. ¡Quién sabe lo que ocultan en secreto! ¡Quizás no sean únicamente secretos religiosos!

–Va a ser difícil acercarme a ellos.

–Sabemos que, además de las personas que viven a orillas del Mar Muerto, hay también esenios que viven desperdigados por el país. Tal vez con ellos puedas enterarte de algo[5].

–Lo intentaré. Pero habrá que tener en cuenta que los esenios que viven dispersos no estarán iniciados posiblemente en todos los secretos.

–Algo se sacará de ellos. A nosotros nos han llegado incluso algunas informaciones. Sacerdotes de Jerusalén nos han contado que los esenios rechazan el culto actual del Templo y a los sacerdotes en funciones. La razón debió de ser la siguiente: Hace unos doscientos años, un sumo sacerdote de la familia sadoquita fue despojado de su ministerio por un advenedizo. En protesta,

hombre bueno) párrafos 75-87: «Entre ellos no puede encontrarse nadie que haga flechas, lanzas, puñales, cascos, corazas o escudos y no forjan armas en absoluto ni construyen máquinas de guerra y no hay nadie que fabrique cosas de las que se emplean en la guerra» (78). «Entre ellos no hay esclavos, sino que todos son libres y se prestan servicios unos a otros. A los amos que poseen esclavos, ellos los menosprecian no sólo por ser injustos, ya que vulneran la igualdad, sino también por ser impíos, ya que destruyen el orden de la naturaleza, que parió a todos iguales y los alimentó como madre y los hizo verdaderos hermanos, y no sólo de nombre sino en la realidad» (79). He ahí uno de los pocos pasajes del mundo antiguo en que se rechaza clarísimamente la esclavitud por considerársela injusta.

4. Véase Jos. *bell* 2,141 = II,8.7.

5. A diferencia de los esenios que vivían a orillas del Mar Muerto (en Qumrán), que vivían en celibato, había otros esenios dispersos por el país y que contraían matrimonio (véase Jos. *bell* 2,160.161 = II,8,13).

el depuesto se retiró al desierto, encontró allí a unos cuantos inconformistas y creó con ellos la comunidad esenia, en sustitución del Templo en el que él ya no podría ejercer sus funciones[6] Este punto nos interesa ¿De qué fuerza dispone esa oposición contra el Templo y contra el sacerdocio del orden establecido? ¿Tiene apoyo entre la población? ¿Podemos aprovecharnos de la rivalidad de los esenios contra los sumos sacerdotes? O en caso de conflicto, ¿aquéllos se pondrían de parte de la aristocracia sacerdotal?

Sabemos más cosas los esenios han apoyado a Herodes Un profeta esenio llamado Menajén le profetizó que llegaría a reinar, cuando todavía Herodes no era monarca[7] Herodes menciona constantemente esa profecía El no desciende de una familia real La profecía legitima su realeza

Pues bien, yo me pregunto Los esenios ¿han apoyado a Herodes porque éste ha recortado el poder de los sumos sacerdotes, es decir, el poder de los adversarios de los esenios? ¿Qué actitud adoptan ante los príncipes de la familia de Herodes? ¿Habrá que contar con que, por medio de profecías, fomenten las pretensiones al trono de alguno de los actuales herodianos?

La palabra «profeta» se lleva al segundo conjunto de cuestiones Queremos tener información sobre un profeta que pudiera estar relacionado con los esenios Habita, lo mismo que ellos, en el desierto, unos cuantos kilómetros al Norte de los esenios

Me llevé un sobresalto mortal ¿Querrían los romanos que me pusiera tras la pista de Bannos? Pregunté con prudencia

–¿Qué es lo que de él os interesa?

–Esa persona nos interesa porque no sólo se opone radicalmente a la sociedad sino también a Antipas

¿Se trataría de Bannos? Oponerse a la sociedad eso es lo que hacía Bannos Pero ¿qué tenía él que ver con Antipas? Para andar con tiento, seguí preguntando

–¿Y qué tiene él contra Antipas?

6 El sumo sacerdote desposeído de su cargo es el llamado «Maestro de Justicia», que –segun los escritos de los esenios hallados en Qumran– fundo la comunidad esenia y la organizo en lo esencial Como antagonista suyo aparece en los escritos de Qumran un sacerdote malvado, que se identifica seguramente con uno de los sumos sacerdotes de los judios Se discute quien fue ese sumo sacerdote Probablemente fue Jonatan, que en el año 152 a C llego a ser sumo sacerdote, o quizas fue su sucesor Simon (143 135 a C)

7 Vease Josefo *ant* 15,373-374 = XV,10,5

Metilio hizo con su mano un gesto que bien podía significar Habría muchísimo que contar Y comenzó a soltarme la historia

–Sabes quizás que las relaciones entre Pilato y Herodes Antipas, príncipe de Galilea y Perea, no son de lo mejor[8] Palestina, despues de la muerte de Herodes el Grande, quedó repartida entre tres hijos, de los cuales Arquelao recibió la mayor parte, a saber, Judea y Samaría Arquelao fue depuesto al cabo de diez años Fue sustituido por un prefecto romano Claro está que los otros dos hijos de Herodes, Antipas y Filipo, habían esperado hacerse con la parte de Arquelao El más decepcionado fue Antipas, a quien se había considerado ya una vez hacer heredero universal Desde entonces Antipas aprovechaba todas las ocasiones para mostrar que los prefectos romanos gobernaban mal el país, y que el era capaz de hacerlo mucho mejor, pues estaba familiarizado con las costumbres judías y conocía la sensibilidad de la gente Transmitía inmediatamente al emperador todas las cosas negativas que llegaba a saber sobre Pilato

Pilato había tenido ya ocasión de enterarse Tú has oido hablar, seguramente, del conflicto de los escudos en los que se habían grabado las iniciales del emperador Pilato los había traído a Jerusalén y colgado en la Torre Antonia, en la que presta su servicio la cohorte Es difícil entender cómo se quebranta de esta manera la prohibición de las imágenes o se rinde culto divino al emperador Sin embargo, hubo protestas, capitaneadas por Herodes Antipas, que hacía el papel de defensor de la fe judía Se llegó a decir incluso que se trataba de vulnerar ostentosamente la ley judía Y que esa vulneracion ponía una vez más de manifiesto lo poco que Pilato entendía de la religión judía Antipas llegó a formular una protesta formal ante el emperador Pilato recibió de sus superiores la orden de retirar los escudos[9] Y eso no se lo perdonó nunca a Antipas Tanto más que nos hemos enterado por ti, mientras tanto, que Antipas no toma tan en serio el cumplimiento de la ley, si pensamos en las estatuas de animales que tiene en Tiberíades Pero hay más Se casó con la mujer de su hermano, viviendo todavía éste Eso fue una grave infracción de vuestra ley Hubo críticas ¿Cómo reacciona Antipas? En-

8 Vease Lc 23,12

9 En su obra *Legatio ad Gaium* parrafos 299 305 Filon nos refiere el intento de instalar en la Torre Antonia, en Jerusalen, escudos sin imagenes pero con una dedicacion al emperador

carcela a quien le criticaba, a un varón llamado Juan, un santo, un profeta, que predicaba en el desierto junto al Jordán. Dicen que ese tal Juan halló muy buena acogida entre el pueblo. Pero en nuestros archivos no tenemos más que un informe muy general sobre él. Te lo leeré:

Juan, llamado el Bautista, es persona ejemplar. Su doctrina es: Los judíos deben practicar el bien, es decir, ser justos con otras personas y adorar a Dios. Una vez presupuesto esto, deben reunirse para ser bautizados. Este bautismo, según sus enseñanzas, tiene valor únicamente ante Dios cuando el hombre se ha purificado ya en su interior mediante el ejercicio de la justicia. Y el bautismo sirve tan sólo para la santificación del cuerpo, pero no para el perdón de todos los posibles pecados[10].

Hablando sinceramente: Con una descripción tan vaga no sabemos qué hacer. Todo eso pudiera decirse de muchos santos varones. Necesitamos datos más precisos. En efecto, nos hemos enterado de que Herodes Antipas encarceló a Juan porque temía alborotos en el pueblo[11]. Nos preguntamos: ¿Cómo un santo, inocente, puede provocar alborotos? Estoy seguro de que el informe que acabo de leerte pasa por alto algo muy importante. Deja sin contestar tres preguntas:

En primer lugar: ¿Por qué Juan predicaba en el desierto? ¿Por qué se retiró de la vida ordinaria, exactamente igual que los esenios? ¿Por qué ese menosprecio de las personas? Y, sobre todo: ¿Hay alguna relación con los nabateos, con los vecinos del Sur?

En segundo lugar: ¿Qué ha pasado con los partidarios de Juan, desde que su líder se encuentra en prisión? ¿Hay organizaciones de seguidores? ¿Han trasladado sus actividades a Judea, porque en el territorio de Herodes Antipas han tenido que dispersarse antes de que fuese demasiado tarde? ¿Habrá que temer que organicen alborotos?

En tercer lugar: ¿Qué hace Herodes Antipas? ¿Quiere tener encerrado eternamente a Juan? El gobierno de Antipas ¿peligrará por la oposición suscitada por Juan? Como es lógico, nos inte-

10. Casi literalmente según Josefo *ant* 18,117 = XVIII,5,2. Josefo describe al Bautista de forma que pudieran entenderle los lectores griegos y romanos de su obra.

11. Esta es la razón que da Josefo para el encarcelamiento y ejecución del Bautista (véase *ant* 18,118 = XVIII,5,2).

resan todos los datos que puedan comprometer a Antipas. Es un bocazas que no pierde ocasión de denunciarnos en Roma. Hay que hacer lo mismo con él. Tal vez nos fuera de utilidad la historia del santo varón cargado de cadenas en una mazmorra. Herodes Antipas ¡se jacta tanto de su gran habilidad y tacto para abordar las complicadas cuestiones religiosas de los judíos!

Bueno, pues de eso se trata. Puedes viajar por el país, de comerciante de cereales. Cuando hayas obtenido los primeros resultados, nos los envías por medio del servicio de comunicaciones del ejército romano. Por lo demás, te esperamos dentro de unos dos meses para que presentes tu informe en Jerusalén.

Me iba ya, cuando Metilio reanudó otra vez el diálogo.

–Desde nuestra primera conversación he reflexionado mucho sobre vuestra religión. Cuando estaba reuniendo datos sobre los esenios, se me ocurrió la siguiente idea: en el comportamiento de ese grupo ¿no se expresa algo que es típico de vuestro pueblo? Esas personas se retiran de todas las demás. Marchan al desierto, lo mismo que antaño el pueblo entero salió de Egipto para dirigirse al desierto. ¿No hay en todo ello menosprecio de los hombres? ¿Un rechazo de los extranjeros y de otros pueblos; más aún, un rechazo de la humanidad en general?

Las palabras de Metilio fueron muy duras para mí. Me dolió oír de sus labios prejuicios contra nosotros los judíos. Pues Metilio era un funcionario romano capaz, que probablemente tenía ante sí una gran carrera. No era antipático. Se veía que había leído mucho. Y se esforzaba en comprender nuestra religión. Sin embargo, cometía la indiscreción de poner en juego contra nosotros nuestras más sagradas tradiciones. Le dije con amargura:

–El reproche de xenofobia, de antipatía a los extranjeros, es una vulgar calumnia. Nuestra ley nos enseña a respetar en todos y cada uno de los hombres la imagen de Dios.

Metilio se justificó:

–¿Por qué, entonces, uno de nuestros mejores historiadores escribe sobre vosotros diciendo que estáis dispuestos a manteneros muy unidos unos con otros y a ayudaros mutuamente, pero que aborrecéis y sois hostiles a todas las demás personas?[12]. ¿Por

12. Así Tácito, *Historias* V,5,1s. La acusación de «xenofobia» aparece también en otras partes. Aparece incluso en el judío Pablo que formula contra su propio pueblo este reproche nacido de un prejuicio antisemita (véase 1 Tes 2,15).

qué tuvo él esa impresión? Yo trato de entenderlo. Por eso, me pregunto: Este hecho ¿tiene algo que ver con vuestra expulsión de Egipto? ¿Dejó en vosotros un trauma profundo[13], un temor de que se vuelva a repetir algo parecido: de que os expulsen de nuevo de todos los sitios y os consideren como personas fuera de la ley?

Con una especie de gesto de perplejidad, Metilio enrolló de nuevo el mapa y lo guardó en un estuche de piel. Yo expliqué:

–La salida de Egipto nos marcó de manera decisiva. Significó para nosotros la liberación de la esclavitud y de la opresión. No recordamos esa salida para mantenernos alejados de otras personas, sino para no hacer a otros la injusticia que nosotros mismos sufrimos en Egipto.

–¿Qué significa eso concretamente? –preguntó mientras cerraba con una correa de cuero la boca del estuche.

–Que tratemos como hermanos a los forasteros que viven en nuestro país. Moisés nos mandó: «Cuando un emigrante se establezca con vosotros en vuestro país, no le oprimiréis. Será para vosotros como uno de los del país; le amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis vosotros en Egipto»[14].

–Bueno, ¿y por qué hay en este país tanto odio contra los romanos?

Hablábamos sin entendernos:

–Se nos dice: No oprimirás al forastero. ¿Oprimimos nosotros a los romanos? ¿Quién oprime a quién?

Mi tono agresivo le irritó. Levantó la cabeza y me miró:

–Nosotros no oprimimos. Nosotros establecemos la paz. Vuestro legislador Moisés no se halla lejos de nosotros. También nosotros pensamos que los forasteros que viven en nuestro imperio deben verse amparados por el derecho.

Le miré con escepticismo. Metilio estaba guardando el estuche en un armario de la pared. Hubo así unos momentos de silencio. Luego se volvió a mí, me puso la mano en el hombro y me dijo:

–Desde nuestra primera conversación me he documentado un poco sobre Moisés. He llegado a conocer otra interpretación

13. Incluso Hecateo de Abdera (hacia el año 300 a.C.), que adopta una actitud positiva ante los judíos, explica por su expulsión de Egipto la forma de vivir que los judíos adoptan: una forma de vivir «poco sociable y hostil a los extranjeros» (en Diodoro XL,3,4).

14. Lev 19,33s; véase Dt 10,18s.

distinta de vuestra salida de Egipto[15]. Según ella, Moisés fue un sacerdote egipcio que, con sus seguidores, emigró a Judea porque estaba insatisfecho de la religión egipcia. Criticó a los egipcios porque representaban a sus dioses en forma de animales, y criticó también a los griegos porque esculpían a los dioses en forma humana. El Dios que lo abarca todo, la tierra y el mar, el cielo y el mundo y todo cuanto existe, es un Dios invisible y no puede compararse con nada visible. No debe hacerse de Dios ninguna imagen. Por eso, Moisés instituyó en Jerusalén un culto divino sin imágenes. Y Dios le enseñó cómo quería ser adorado. Ahora bien, los sucesores de Moisés fueron sacerdotes supersticiosos. Incitaron al pueblo a que se segregara de los demás pueblos, mediante tabúes alimentarios y con la circuncisión. La grandiosa idea de Moisés de un culto divino sin imágenes quedó oscurecida con tales costumbres. Esta interpretación la encontré fascinante. Pienso así: Si se tratara únicamente de la adoración del Dios que no puede ser representado en imágenes, entonces los judíos y los griegos podrían unirse. También algunos filósofos griegos afirman que es ridículo representarse a Dios en forma de animal y en forma humana. ¿Tu qué piensas?

–¿Acaso los filósofos enseñaron a los griegos a renunciar a sus imágenes de dioses? ¿Disuadieron a la gente de adorar a muchos dioses? ¡No! Les faltaba valor para oponerse a la religión tradicional y enseñar que existe un solo Dios. Unicamente Moisés tuvo ese valor. Unicamente nosotros, los judíos, sacamos las consecuencias que se derivan de esa idea de Moisés[16].

Metilio retrocedió un paso. Su voz tenía acento apasionado: –¡Ahí está la cuestión, Andrés! Ponte en el lugar de otros. ¡Qué efecto causa sobre ellos vuestra religión! Vosotros adoráis a un Dios que está solo. No tiene padre, no tiene madre, no tiene hijos entre los demás dioses. ¡No tiene parientes! ¡No tiene familia! Se halla tan aislado entre los dioses como vosotros lo estáis de los demás pueblos. Si los dioses de los pueblos no tienen familia, ¿cómo van los pueblos a unirse en una sola familia? ¿Cómo reinará la paz entre los pueblos?

15. Esta versión aparece en los *Geographica* XVI,2,35ss de Estrabón de Amasia (nacido hacia 64/63 a.C.).

16. El argumento de que los filósofos poseyeron el verdadero conocimiento de Dios pero que, a diferencia de Moisés, les faltó valor para deducir de ahí las debidas consecuencias, aparece en Jos. *c. Ap.* 2,168-171 = II,16.

Protesté: –Vuestros dioses no constituyen una familia pacífica. Luchan e intrigan unos contra otros. Tan sólo cuando todos los hombres reverencien al único Dios, habrá paz en la tierra.

–¿De veras? El que rechaza, como vosotros, a otros dioses, ¿no rechaza también a las gentes que los adoran? Quien proclama el señorío universal de su Dios, ¿no está reclamando también para sí mismo el dominio sobre todos los demás? ¿No comprendes que los demás se sientan amenazados por ello?

–Si el Dios invisible no está del lado de los dominadores, sino del lado de los perdedores y de los débiles, ¿quién amenaza a quién?

–Los judíos no fueron siempre débiles. Llegaron a formar reinos poderosos.

–Pero ahora nuestro pueblo está sometido. ¿Para quién somos una amenaza? ¿Para quién soy yo un peligro: yo que estoy en vuestras manos?

Metilio se sobresaltó.

–Sí, sois un pueblo sometido. Pero el objetivo de la política romana es convertir a los sometidos en amigos. A eso desearía yo hacer mi aportación en este país. Por eso me ocupo de vuestra religión. Hoy he aprendido muchas cosas más. Comprendo por qué hay muchos que dicen: los judíos son un pueblo de filósofos[17]. Los filósofos no tienen una vida fácil. Se les considera por menos de nada como ateos y agitadores: a Anaxágoras lo desterraron. Sócrates tuvo que beber la cicuta. Y todo ¿por qué? Porque tuvieron ideas nuevas, ideas que se apartaban de lo común. También vosotros, los judíos, tenéis una idea nueva y que se aparta de lo común: la fe en un solo y único Dios que ayuda a los débiles. Es una idea grandiosa. Pero lleváis con vosotros una carga pesada: la carga de ser distintos de los demás pueblos.

–Sí, a menudo es una carga pesada. Pero es verdaderamente grandioso tener la misión de ser testigos del Dios vivo hasta que todos los pueblos lleguen a reconocerlo.

17. El aristotélico Teofrasto (372-288/287 a.C.) considera a los judíos como «linaje de filósofos» (en Porfirio, *de abstinentia* II,26). Y también para el escritor judío Aristóbulo (siglo II a.C.) los judíos son una «escuela filosófica» (en Eusebio *praep. ev.* XIII, 12,8).

Antes de que nos separásemos, pregunté por Timón. Metilio dijo que sería puesto en libertad al día siguiente. Insistí en que recibiera la libertad inmediatamente. Metilio vaciló. Pero yo le insté, lo mismo que Moisés instaba al Faraón: ¡Déjanos ir! Hoy mismo podemos comenzar a cumplir nuestra misión. Por fin él accedió.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Después de la lectura del último capítulo que le envié, me pregunta usted irónicamente si no habría sido mejor titular la obra «Controversia en torno al judaísmo» que ponerle por título «La sombra del Galileo». Lo cierto es que, cuando la teología cristiana mantiene una controversia en torno al Jesús histórico, debe estudiar sus orígenes judíos. Pero cuando no se interesa por el Jesús histórico, entonces se inclina a dejar al margen tales orígenes.
Para que se comprenda hoy día la predicación de Jesús, es objetivamente necesaria una introducción en la fe judía. Al judaísmo le debemos la fe en un solo y único Dios. Esta fe parecía la cosa más natural, hace mucho tiempo. Hoy día, es patrimonio de una minoría. Habrá que exponerla de nuevo, como la condición previa más importante –desde el punto de vista histórico y de la realidad de las cosas– para entender la predicación de Jesús.
Además, el origen judío de esta fe sirve de ayuda. La fe cristiana en Dios se vio a menudo comprometida a fondo por su entrelazamiento con el poder y el dominio. Los judíos, por haber sido durante siglos una minoría perseguida, testimoniaron con credibilidad que el Dios de la Biblia no está de parte de los poderosos y de los dominadores.
Usted sugiere en su carta que en mi valoración del judaísmo vibra el horror por el «holocausto». Pues ¡sí señor!, tiene usted razón. Es verdad que llevo puestos «determinados lentes», como usted dice. Pero ¿no es mejor la simpatía que el aborrecimiento y el odio? Quizás sea mejor disputar menos sobre «los lentes» que llevamos puestos, y más sobre la ayuda que nos prestan para ver. Tal vez, a través de esos lentes veamos cosas nuevas en el Jesús histórico.
El capítulo que viene a continuación, servirá también para revivir el judaísmo de entonces. Espero con muchísimo interés su dictamen.
Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

5
La comunidad del desierto

Estábamos de nuevo los tres. En la misma tarde en que dejaron en libertad a Timón, comenzamos a buscar a Malco. Le encontramos en Jerusalén en casa de unos conocidos. Ahora cabalgábamos por el desierto del Jordán en dirección del Mar Muerto. Nuestra meta eran los esenios. No sabíamos todavía si lograríamos llegar hasta ellos. ¿Cómo lograríamos acercarnos? ¿Cómo venceríamos su desconfianza hacia todos los de fuera? Esta preocupación me hizo cavilar durante todo el camino.

¿Lo intentaríamos ofreciéndoles un donativo? El dinero abre muchas puertas. ¿Por qué iban a ser excepción las gentes de Qumrán? Pero, según parece, ellos despreciaban el dinero y los bienes privados. Todo pertenecía a la comunidad. Y me habían contado que la comunidad era rica. Los esenios trabajaban como agricultores, alfareros y amanuenses. Cultivaban la piscicultura y vendían sal y asfalto extraídos del Mar Muerto[1]. Contaban con ingresos propios. Y esto los hacía inmunes al dinero.

¿Debería fingir que me interesaba ingresar en su comunidad? ¡En ese caso me informarían sobre todos sus secretos! Pero sospechaba que ellos recogerían más informaciones sobre mí que yo sobre ellos. Era bien sabido que el período de prueba para la admisión duraba varios años[2]. Costaría mucho tiempo ganar la confianza de los esenios.

1. En Qumrán se encontró un taller de alfarería y un escritorio. Es de suponer que vendieran los manuscritos de la Biblia que copiaban. Desde siempre se había extraído sal y asfalto del Mar Muerto. Con seguridad, aquellas gentes cultivaban también la agricultura.

2. Un nuevo miembro, según Josefo (*bell* 2,137s = II,8,7), tenía que

¿Y si a través de Bannos lograra acercarme a ellos? ¡Aceptarían por su afinidad espiritual a un asceta del desierto! ¿Pero cómo convencer a Bannos para que viajase conmigo a Qumrán? Además, tenía que lograr llegar primero hasta él. Y aun entonces no estaban superados todos los obstáculos: ¿no me consideraría Bannos como un renegado?

Era difícil llegar hasta los esenios.

El camino conducía por un paisaje tan desolado y muerto como el Mar Muerto: dunas desiertas que apenas dejaban ver unos cuantos cientos de metros. No había ni un árbol ni un matorral. Tan sólo en la inmediata cercanía del Jordán crecía una espesa franja boscosa. En un terreno así, entre el Jordán y el desierto, había pasado yo algún tiempo con Bannos. Pero aquello fue mucho más arriba, al norte del valle del Jordán.

Cabalgábamos lentamente por aquel terreno desolado y muerto. ¡Allí! ¿Qué era aquello? ¿Una persona? ¿Un espejismo del desierto? Pero ahora ya podía vérsele bien: a alguna distancia se movía una figura oscura. ¿Alguien que se había extraviado? No tenía ni caballo ni asno.

Al acercarnos más, pudimos ver que la figura se movía lentamente. Vimos cómo se sentaba sobre la tierra. Cabalgamos más aprisa. ¿Podríamos prestarle ayuda? Pero ¿por qué aquel hombre alzaba sus manos? ¿Querría hacernos señas para que nos acercásemos? Parecía más bien que nos rechazaba. Ahora estábamos ya lo suficientemente cerca para reconocerle: Una figura enflaquecida estaba sentada en cuclillas sobre el suelo. Indudablemente necesitaba ayuda. Sin embargo, aquel hombre levantó sus brazos como rechazándonos.

¿Creería que éramos enemigos? ¿Bandidos que querían robarle y maltratarle? Me apeé del caballo y dejé a los demás atrás. Llevaba en la mano, ostentosamente, un pellejo con agua, para hacer ver que mis intenciones eran buenas. Y, así, me fui acercando despacio.

El hombre seguía haciendo señas de que me marchara. Oí cómo me gritaba: «¡No, no!».

someterse primero durante un año a su estilo de vida, viviendo fuera de la comunidad (probablemente en el desierto); luego, era admitido a prueba durante dos años. Tan sólo después de aquellos tres años de probación, era admitido a la vida plena de la comunidad, como miembro propiamente tal.

No sabía qué hacer. Aquel hombre ¿tenía ya alucinaciones? ¿O era un pobre poseso, a quien un demonio había empujado al desierto? Personas así morían desgraciadamente, si no se las llevaba cerca de un lugar habitado, donde pudieran vivir de la mendicidad.

Al acercarnos más, aquel extraño quiso echar a correr. Se levantó tambaleándose. ¡Estaba exhausto! Pronto le alcancé.

–Shalom –dije. –Soy Andrés, hijo de Juan.

El hombre callaba.

–¿Quieres comer o beber algo?

Movió negativamente la cabeza: –No debo hacerlo –susurró.

Le miré desconcertado: –Tienes aspecto de necesitar urgentemente comer o beber algo.

–No, no debo hacerlo. Estoy obligado a no hacerlo. Me está prohibido.

–¡No lo comprendo!

–¡Nadie lo comprenderá! No os pido más que una cosa: Idos. Dejadme a mi destino. Idos. Es mejor para todos.

Sentí mucha inquietud. ¿No estaría loco? ¿No tendría en el cuerpo algún demonio que le impulsaba inexorablemente a la autodestrucción? ¿Habría hecho algún voto? ¿O sería uno de aquellos que ayunaban hasta lo extremo para llegar a estados liminales de conciencia y tener visiones y penetrar en los misterios celestiales? Una cosa era segura: que aquel hombre estaba pereciendo de hambre y de sed. ¿Por qué no quería que le ayudáramos? Cambié de táctica:

–Nos hemos extraviado –le dije en tono suplicante. –¿No podrías ayudarnos?

Aquel hombre extraño titubeó. Yo había dado con el tono acertado. Muchas personas sensibles permiten únicamente que se les preste ayuda, cuando ellas pueden representar el papel de ayudadoras.

–¿Adónde vais? –preguntó el hombre extraño.

–Vamos donde los esenios.

Se llenó de asombro.

–¿Puedes conducirnos donde ellos?

Movió negativamente la cabeza. Pero luego dijo: –Os mostraré el camino. Pero no voy con vosotros. Sólo os pediré una cosa: ¿Podréis dar un recado a los esenios?

–¡Claro que sí! ¿Qué recado hemos de darles?

–Decid a los esenios: Yo, Baruc, hijo de Berequías, deseo paz a todos los hermanos. Os suplico: Volved a admitirme. Mis energías están casi agotadas. Ya no podré resistir mucho tiempo[3].

–Tú eres entonces un esenio. ¿Te han echado? ¿Te han hecho ir al desierto?

–¡Sí!

–Pero ¿por qué andas vagando por estas tierras desoladas en vez de ir a Jericó o a Jerusalén?

–El que es expulsado de la comunidad, no puede tener contacto con otras personas. No debe aceptar de ellas alimento. No debe beber un vaso de agua que ellas le den. ¡De lo contrario, no tendrá posibilidad de que le vuelvan a admitir!

–Pero ¡eso es inhumano! –exclamé–. ¿Qué mal has hecho, para que te traten de esa manera?

–Al ingresar en la comunidad hicimos un juramento que me obliga a callar[4].

¿Era Baruc un delincuente? ¡No! ¡Ni hablar! Un delincuente ¿se sentiría obligado por un juramento? En caso de extrema necesidad, ¿seguiría teniendo escrúpulos de conciencia? ¡Qué poder siniestro ejercía aquella comunidad sobre este hombre joven, que prefería morir de manera tan atroz antes que separarse de ella! Aquel poder le dominaba como un demonio, de forma que no tenía más que una alternativa: ¡O regresar a la comunidad o morir en el desierto! ¡Si yo supiera inspirarle nuevos deseos de vivir!

Se me ocurrió una idea:

–Si pasara a tu lado un asceta del desierto, que, lo mismo que vosotros, aguarda a Dios en el desierto, ¿podría ayudarte?

Baruc movió negativamente la cabeza: –¡Todos los que no pertenecen a la comunidad son hijos de las tinieblas!

3 Josefo escribe acerca de los esenios «A quienes sorprenden en faltas graves, los expulsan de los lugares. El expulsado suele perecer de tristísima suerte. Porque, al estar atado por juramento y por obligaciones, no puede aceptar alimento de otras personas, sino que tiene que alimentarse sólo de hierbas y así pierde por el hambre todas las energías de su cuerpo y perece. Evidentemente por esta razón, los esenios sienten compasión y vuelven a admitir a muchos que se encontraban casi agonizantes, considerando que es suficiente expiación por faltas aquel tormento sufrido hasta el límite casi de la muerte» (*bell* 2,143-144 = II,8,8).

4. Véase Josefo, *bell* 2,141 = II,8,7.

Me sentí impotente contra el espíritu de esa comunidad. Pero no cedí todavía.

–Está bien. No debes recibir comida ni bebida de manos de ningún hombre. Pero ¿rechazarás también la mano de Dios? Dios hace que crezcan frutos y hierbas, sin la participación de los hombres. ¿No quieres comer la comida de Dios?

—Pero aquí no crece nada.

–Ven –le dije– te llevaré donde encuentres comida que no ha sido mancillada por la mano del hombre–. Bannos me había enseñado cómo puede uno alimentarse de plantas, langostas y miel silvestre. El lo había aprendido de los beduinos[5].

Por la reacción de Baruc me di cuenta de que yo había ganado. Le llevamos sucesivamente en uno de nuestros caballos y cabalgamos en dirección al Jordán. Pronto nos acercamos a la franja verde que cruza el desolado desierto como recuerdo de vida incorruptible. Llevamos a Baruc hasta la orilla. Se arrodilló y bebió con su boca de las aguas del Jordán. La corriente del agua llegaba hasta él. Y él la bebía a grandes sorbos. Mientras tanto, Timón, Malco y yo explorábamos el terreno en busca de algo comestible: recogimos hierbas, frutos y langostas que, asadas al fuego, sabían admirablemente. Y Baruc comió. ¡Comió todo lo que la naturaleza produce espontáneamente! ¡Comió y bebió! Daba gozo mirarle. Era como si la vida hubiera triunfado de la muerte.

Acampamos a la sombra de unos árboles. Ante nosotros se hallaba el desierto como campo de ruinas de una catástrofe anterior a todos los tiempos. Detrás de nosotros estaba la vega del Jordán. ¡Qué maravilla que en ese terreno crecieran plantas, matorrales y árboles! Bastaba un poco de agua para que un terreno muerto se convirtiera en vergel. Me vino la idea: Toda vida florece en la frontera de la muerte. El bosque se convierte en desierto. El agua viva, en Mar Muerto. La luz, en calor sofocante y paralizador.

Estaba bien claro que a Baruc no debíamos dejarle en aquel desierto. Perecería. Pero ¿qué haríamos? ¿Debíamos llevar su recado? ¿Debíamos ayudarle a regresar a su comunidad? En mi interior, todo se rebelaba contra esa idea. Aquella comunidad

5. Josefo cuenta de Bannos (*vita* 11) que se alimentaba de lo que crecía «espontáneamente». Compárese también lo que servía de alimento a Juan Bautista (Mc 1,6).

ejercía un poder funesto, un poder que impulsaba hacia la muerte. Tal vez un poder que contenía vida oculta. Pero ¡qué rápidamente esa vida se convertía en destrucción y aniquilamiento!

Además, me preguntaba si ellos le querrían readmitir. ¿Qué había cometido? ¿Quizás algo horrible? Pero, aun en ese caso, Baruc podía serme útil. Podía darme toda clase de informaciones sobre los esenios. ¡Y tanto más abiertamente cuanto más se hubiera distanciado de la comunidad! ¿Qué delito había cometido? Yo me enteraría.

Su respuesta a mi pregunta era evasiva: –No puedo decir nada sobre ello. Revelaría secretos que se cuentan entre los secretos más guardados por la comunidad.

No cejé en mi empeño: –¿Por qué echáis sobre todo el velo del secreto?

–El que viene a nosotros, ha dejado para siempre la vida normal. Ve cómo las personas se precipitan, sin saberlo, hacia la perdición. ¡No podemos tener comunión con esas personas! Seducirían al miembro de la comunidad a abandonar el camino emprendido. Hay que quemar todos los puentes. Hay que interrumpir todos los contactos. Al ingresar en la comunidad, el postulante hace el siguiente juramento: Sólo amaré a los miembros de mi comunidad, y odiaré a todos los hijos de las tinieblas. ¡Y no revelaré nada sobre la comunidad a los de fuera![6].

–¿Vosotros juráis odiar a todos los demás?

–¡Sí!

Timón y Malco habían seguido con atención el diálogo, mientras comían de los frutos recogidos. Les gustaban especialmente algunos frutos de cactus; en cambio, no probaban las langostas asadas. En este momento intervino Timón: –¿Tú nos odias realmente?

Baruc movió negativamente la cabeza:

–Yo odio a los hijos de las tinieblas, que quebrantan el precepto divino –murmulló.

Ahora intervino también Malco: –¿Deseas realmente volver donde los tuyos?

–¿Qué voy a hacer, si no?

6. Véase 1QS I, 9-11: Según este texto, los esenios están obligados a «amar a todos los hijos de la luz, a cada uno según su rango, en el consejo de Dios, y a odiar a todos los hijos de las tinieblas, a cada uno según su culpa, en la venganza de Dios».

–¿No podrías regresar a tu aldea natal?

–Lo abandoné todo. Vendí mi heredad. Todo lo que saqué de la venta se lo entregué a mi comunidad. Dependo enteramente de ella.

–¿No tienes padres? ¿Hermanos?

–Rompí con mi familia. No hay camino de retorno. O regreso a la comunidad,... o tengo que seguir viviendo en el desierto.

Bajó la cabeza y calló.

También Timón y Malco callaron.

Nuestro silencio fue absorbido por el silencio del desierto. Finalmente dije:

–Baruc, yo dejé una vez, como tú, la vida normal. Marché al desierto, donde un asceta. Buscaba la vida verdadera. Regresé. Me di cuenta de que, aun en el desierto, no escapa uno de las contradicciones de la vida. Te hago una propuesta: Ven con nosotros. Vivirás con nosotros. Te ayudaremos a comenzar de nuevo.

Baruc rechazó mi propuesta: –No debemos confiar en personas que no pertenezcan a nuestra comunidad.

–Pero, ¡Baruc! –le repliqué. –Tú tienes ya confianza.

Con perplejidad nos dijo: –Tal vez tenéis razón.

Seguí instando: –¿Y confías de veras en los esenios?

Exclamó: –Precisamente por eso fue el conflicto. Yo quería una comunidad en la que uno pudiera confiar.

Y de repente empezó a desahogarse: Nos contó la historia de por qué le expulsaron. A menudo en frases cortadas. La excitación le interrumpía una y otra vez. Pero poco a poco fuimos entendiendo.

El que ingresa en la comunidad, renuncia a todos sus bienes. Por eso, los miembros de la comunidad se denominan a sí mismos «pobres en espíritu». La riqueza se considera como un paso hacia la perdición. Ahora bien, durante el noviciado, se da a conocer a los miembros, exigiéndoles el máximo secreto, unas enigmáticas planchas de cobre a las que sólo tienen acceso los que las guardan[7]. En esas planchas de cobre hay grabados datos sobre

7. En una de las cuevas de Qumrán se encontraron efectivamente tres láminas de cobre, los llamados rollos de cobre (en abreviatura: 3Q 15). En escritura hebrea contienen datos sobre la magnitud y los lugares de tesoros escondidos. Hasta ahora no los ha encontrado nadie. Una de dos: o se trata de los tesoros de los esenios o del Templo, o bien de tesoros imaginarios que nunca han existido.

tesoros increíbles, indicaciones de dónde hay que cavar para encontrar esos tesoros. Datos sobre el número y calidad de los metales preciosos. Nadie vio jamás los tesoros pero todos creen en su existencia.

Baruc quiso decirnos: la comunidad, consecuente con sus doctrinas, tenía que renunciar a las riquezas. ¿Cómo podían llamarse «pobres», si poseían una fortuna muy superior a todos los ingresos juntos que se percibían en Judea, Galilea y Palestina? Por tanto, los tesoros había que emplearlos para ayudar a los pobres.

Hubo una gran discusión. En el trascurso de la misma, Baruc había manifestado la sospecha: Quizás no existen en absoluto tales tesoros. Tal vez se hablaba de ellos a los novicios, para facilitarles la renuncia a sus bienes. ¡Debían tener confianza en que estaban bien provistos de recursos materiales! Pero él no quería que su vida en común se basara en ilusiones. Una de dos: O se probaba que esos tesoros existían realmente, o no debía hablarse más de ellos.

La sospecha del fraude irritó a la mayoría. Baruc fue expulsado por constituir una amenaza para la paz comunitaria. ¡Y fue expulsado indefinidamente!

Pregunté cuáles eran, en concreto, las circunstancias que determinaban la expulsión de un miembro. Baruc enumeró algunas:

–Por dar indicaciones falsas sobre los bienes que se poseen, al ingresar en la comunidad, el castigo es de un año de expulsión y la reducción vitalicia de la ración de alimentos en un cuarto. Hay castigo de medio año de expulsión por mentir, por encolerizarse con un miembro de la comunidad, o por andar desnudo. Hay castigo de un mes de expulsión por indisciplinas en las asambleas comunitarias, por ejemplo, cuando uno se ausenta sin permiso, cuando se escupe durante una asamblea, o cuando uno se ríe a carcajadas[8].

–Castigos bien rigurosos –dije. –¿Quieres volver realmente a esa comunidad? ¿Por qué te apegas tanto a ella? ¿Por qué te decidiste a ingresar?

–Lo primero que oí de los esenios era: Rechazan la esclavitud. Y la rechazan porque va contra la igualdad de los hombres. Está

8. Estas prescripciones relativas a los castigos están tomadas de la «Regla de la comunidad» (en abreviatura: 1QS), hallada en Qumrán; véase 1QS VI,24-VII,25.

en contradicción con la ley de la naturaleza. Esta hace que todos los hombres nazcan y crezcan. Todos son hijos de la naturaleza. Todos los hombres son hermanos. Tan sólo las riquezas los divide, y ha convertido la confianza en desconfianza y la amistad en enemistad[9]. Me fascinó. ¿Dónde hay otra comunidad que rechace también la esclavitud? ¡En ninguna parte!

–Pero ¿no habéis trocado la esclavitud de hombres por la esclavitud de leyes rigurosas y duras?

–Nuestra comunidad está en contradicción con el estilo de vida que existe en otras partes. Quien se aparta tan intensamente de ese estilo de vida, tiene que separarse tajantemente de su entorno. ¡Nuestras leyes tienen que ser duras!

Y después de un breve silencio, añadió:

–Vosotros veis únicamente las facetas duras de nuestra vida. No veis lo demás. ¡Qué gozo da haberse evadido de un mundo en el que los hombres se oprimen, se explotan y se atormentan unos a otros! Nosotros aguardamos una maravillosa transformación del mundo. Y vivimos ya desde ahora como se vivirá en ese mundo nuevo.

Por eso cantamos himnos maravillosos, que el fundador de nuestra comunidad nos legó[10]:

Te ensalzo, oh Dios mío,
porque arrebataste de la muerte mi vida.
Me has liberado de un infierno.
Pertenezco a un mundo nuevo.
Viviré como corresponde a tu mundo nuevo.
Sé: Hay esperanza para mí,
aunque fui formado del polvo.
Pues tú me liberas de todos los yerros,
para que pueda ingresar en la comunidad de los santos.

9. El último párrafo es una cita libre de Filón, «Sobre la libertad del hombre bueno», párrafo 79. Los esenios, de hecho, ganaron reputación por rechazar aun la forma más inhumana de posesión de bienes, a saber, la posesión de seres humanos. En los escritos hallados en Qumrán, este punto no desempeña ningún papel. En la comunidad del desierto no existía la esclavitud.

10. Los himnos de alabanza (*Hodayot*, de ahí la abreviatura 1QH) hallados en Qumrán contienen un lirismo religioso admirable, al estilo de los salmos del Antiguo Testamento. Algunos de esos himnos tienen como autor al «Maestro de justicia». El texto es versión libre de 1 QH III,19ss.

Tales himnos los cantamos algunas veces en nuestras comidas[11] Nos dan particular gozo. Todos se han lavado para purificarse. Acaban de tomar un baño y se han quitado la ropa de faena. El panadero trae los panes; el cocinero sirve a cada uno su comida. El sacerdote bendice los alimentos. Todo está en paz Uno de fuera no observaría apenas nada. Pero nosotros sentimos esas comidas comunitarias como anticipación de las comidas futuras. En el mundo nuevo, el Mesías se sentará a la mesa con nosotros. Pero, como dije todo esto es imposible de describir para los no iniciados. Esta alegría la experimenta únicamente quien es miembro de la comunidad.

Le interrumpí: –Yo también sentiré esa alegría, si tú comes con nosotros.

Baruc me miró atónito. Saqué de nuestra bolsa unos cuantos dátiles y se los ofrecí. Timón, Malco y yo mirábamos tensamente a Baruc. ¿Los aceptaría? Vaciló. Nadie decía nada. Todo estaba en silencio La tensión hacía vibrar el aire entre nosotros Todavía tenía yo los dátiles en la mano Por fin Baruc extendió la mano.

–¡Gracias! –dijo, cogió los dátiles y los repartió a todos nosotros. Reímos. Comimos. Baruc era uno de los nuestros.

Aquel mismo día regresamos del desierto a la vida: a Jericó. Baruc se quedó con nosotros Hablamos largo y tendido y me enteré de muchas cosas sobre los esenios, de más cosas de las que yo habría esperado. Me fascinaba aquella comunidad, aunque seguía pareciéndome inquietante En una posada de Jericó esbocé sobre una hoja de papiro un primer informe sobre ella. Para ello me había retirado un poco. Los huéspedes, comerciantes en su mayor parte, con pequeñas caravanas, estaban tumbados a la sombra delante del albergue Yo estaba sentado, en una pequeña habitación, y escribía.

Acerca de los esenios

Los esenios son una comunidad muy disciplinada que se concentra en cuestiones religiosas Se han retirado al desierto, porque piensan que en la vida normal no pueden cumplir los mandamientos divinos. Se diferencian principalmente de los demás judíos por tener un calendario propio celebran

11 Josefo describe esas comidas de los esenios en *bell* 2,129-133 = II,8,5 El convite futuro con el Mesías se describe en la llamada «Regla de la Congregacion» (1QSa II,11-21)

sus fiestas según el calendario solar, mientras que todos los demás siguen el calendario lunar Por eso, no pueden participar en el culto del Templo Cuando en él se celebran fiestas sagradas, es para ellos día de trabajo. Cuando ellos celebran fiestas, tienen los demás un día normal[12]
Sus relaciones con la aristocracia sacerdotal de Jerusalén no son tan tensas como antes. Es verdad que no participan en el culto de los sacrificios, pero envían ofrendas al Templo
No constituyen ningún peligro para el Estado. Todos los miembros, al ingresar en la comunidad, tienen que jurar que no participarán en actos de bandidaje (y entre ellos se cuentan también los atentados contra los romanos) No poseen depósitos secretos de armas Sino que cada uno se contenta con una espada para protegerse de los atracos[13]
Los esenios interpretan de manera muy rigorista nuestras leyes sobre el matrimonio Rechazan la poligamia y afirman Dios creó al ser humano como varón y mujer, es decir, no lo creó como un varón y dos mujeres Y argumentan de la siguiente manera Las leyes del matrimonio se aplican tanto al hombre como a la mujer Si la mujer no puede tener más que un marido, el marido no puede tener más que una mujer. En consecuencia dicen Si el hombre no puede casarse con su tía, la mujer no puede casarse tampoco con su tío. Rechazan también el divorcio[14]. Con esta interpretación de las leyes matrimoniales, no pueden menos de criticar la vida de familia de nuestros príncipes herodianos Herodes el Grande vivía con muchas mujeres Sus hijos se casaron frecuentemente con sus propias sobrinas Lo cierto es que rechazan el matrimonio de Herodes Antipas con su cuñada

Sin embargo, no escribí que los esenios odiaban a los romanos. Es verdad que, por el momento, renunciaban a la resistencia armada Pero, en cambio, soñaban en que, al fin de los tiempos, habría una gran guerra. Entonces ellos, juntamente con todos los hijos de la luz, vencerían a los hijos de las tinieblas y los matarían. La cuestión era únicamente: ¿Cómo llegarían ellos a saber que habían llegado los últimos días? Porque, cuando llegaran a esa persuasión, podrían resultar peligrosos[15].

12 La razon para adoptar el calendario solar se encuentra en el «Libro de astronomía» de 1 Henoc (1 Hen 72-82), hallado también en Qumrán Ahora bien, el Libro (y otros escritos que presuponen también el calendario solar) se hallaban también difundidos fuera del ámbito de Qumrán

13 Según Josefo (*bell* 2,142 = II,8,7) los esenios tenían que jurar «no cometer ningun latrocinio» Según *bell* 2,125 (= 8,5) los esenios, en sus viajes, no llevaban nada consigo «con excepción de armas para protegerse de los bandidos», ya que contaban con la posibilidad de que en todas partes les acogieran otros esenios

14 Estas leyes sobre el matrimonio se encuentran en el llamado «Documento de Damasco» CD IV,20-V,2, V,7-11

15 La descripción de la lucha del fin de los tiempos aparece en uno de

No informé tampoco sobre la crítica radical del poder y de la riqueza: esa crítica que había cristalizado en su vida de comunidad. Quien, como ellos, constituía una prueba viva de que era posible vivir sin bienes privados, tenía que ser rechazado por todos los poderosos y no podía menos de representar un peligro para ellos.

Pasé en silencio, además, la ardiente esperanza de un pronto cambio súbito de todas las cosas, de la llegada de un nuevo rey mesiánico y de un nuevo pontífice mesiánico. Las profecías sobre el cambio de todas las cosas seguían siendo consideradas peligrosas por los políticos. Hubo emperadores que prohibieron todas las adivinaciones y profecías.

Estaba inmerso en mis pensamientos sobre los esenios, cuando se oyó jaleo delante de la posada. Algo había sucedido. Presté atención. Sólo escuché palabras sueltas. Habían matado a alguien. Se oían voces encolerizadas. Luego, lamentos. Luego, un sordo murmullo. Quise salir a toda prisa. Entonces vino Baruc a mi encuentro.

–¿Sabes la última novedad? ¡Le han matado!

–¿A quién?

–¡A Juan el profeta!

los escritos hallados en las cuevas de Qumrán, en el llamado «Manuscrito de la Guerra» (en abreviatura: 1QM).

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Los esenios le recuerdan a usted las modernas religiones de jóvenes. Indudablemente: Al componer el último capítulo tuve muy en cuenta experiencias concretas con «adeptos a sectas». ¿Quiere esto decir que he retroproyectado sobre el pasado experiencias actuales?
En primer lugar, una observación fundamental: Si en el pasado encontráramos únicamente lo que corresponde a nuestras experiencias, perderíamos el interés por el pasado. Si encontráramos únicamente lo que contradice a nuestras experiencias, entonces el pasado permanecería incomprensible. Lo que interesa es lo extraño. Pero se comprende por su relación con lo que nos resulta familiar.
Pues bien, a propósito del último capítulo: Los esenios no son una moderna secta de jóvenes. No ofrecen una base autoritaria a que asirse, en medio de un clima de desorientación «liberal». Los esenios, a pesar de todas sus peculiaridades que los segregan de la sociedad, se hallan integrados en un gran consenso, a saber, que Dios, en la Torá, dio instrucciones válidas para la vida. Podrá ser discutible la interpretación de la Torá, pero indiscutible es su validez. Y esa validez hay que defenderla contra la penetración de la cultura helenístico-pagana.
La pregunta entonces era si se cumplía rectamente el marco de orientación previamente dado. Para muy pocos la alternativa real era adherirse a la manera de vivir pagano-helenística. En cambio, hoy día los jóvenes preguntan: ¿Qué nos servirá de orientación? Aunque los esenios nos recuerden una moderna religión de jóvenes, son en realidad algo muy distinto. Lo que hace que la investigación histórica sea de especial valor es precisamente esa interacción dilucidadora que existe entre el pasado y el presente. Todo lo que aprendemos sobre la vida pasada, proyecta siempre luz sobre nosotros mismos.
Para terminar, permítame asegurarle lo importantes que son para mí las observaciones críticas que usted me formula. Espero que encuentre usted también un poco de tiempo para decirme su opinión sobre el capítulo que ahora sigue.
Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

6
Un asesinato y su análisis

Baruc venía sin aliento: –¡Herodes Antipas ha mandado ejecutar a Juan Bautista! ¡Corren rumores por toda la ciudad!

Me quedé pasmado. ¡Otra vez había ocurrido algo horrible! Tenía que enterarme de más cosas. Aquello significaba mucho para Pilato. Ahora tenía él en sus manos un triunfo contra Antipas. ¡Aquel hombre había mandado ejecutar incluso a un santo!

Delante del albergue se había ido reuniendo una multitud. El joven que había traído la horrible noticia se hallaba en medio y contestaba lo mejor que podía a las preguntas que caían sobre él. Me abrí paso a empujones hasta entender bien todo lo que se decía. El joven gesticulaba con ambas manos: –Detrás de todo está Herodías, su nueva mujer. Ella quería casarse a toda costa con él, aunque va contra las leyes. Pues tenía que divorciarse primero del medio hermano de Antipas[1]. Esa mujer no se arredra ante nada: ella es la culpable de la muerte del profeta. ¡Quería hacer que enmudeciese la crítica contra su nuevo matrimonio!

De la multitud brotaban gritos de asentimiento. Otra persona intervino: –Herodías ha sido muy astuta. Antipas es demasiado bonachón. No podía tener nada contra el Bautista. Debió de ordenar la ejecución contra su propia voluntad. Una vez que estaba eufórico, su mujer le arrancó la promesa de que le cumpliera un deseo. ¡Y pidió entonces la cabeza del Bautista!

–Algo así no lo logra una mujer sola –gritó un tercero. –Para eso hacen falta dos: Herodías y su hija Salomé. La flor y nata

1. En Lev 18,16 se dice: «No tendrás relaciones con la esposa de tu hermano; es la misma carne que tu hermano». Herodías se había casado en primer matrimonio con uno de los hijos de Herodes llamado también «Herodes».

de Judea y de Perea se habían reunido para un banquete. Iba creciendo la euforia. Antipas estaba ya un poco bebido. Entonces comenzó a bailar en público Salomé. Los comensales estaban entusiasmados. Antipas prometió a la muchacha que cumpliría cualquier deseo que tuviera, aunque fuera la mitad de su reino. Probablemente esperaba un deseo inocente, un deseo como los que tienen las muchachas de su edad. Pero Salomé hizo que su madre le dictara el deseo: Quería la cabeza del profeta.

Lo vi claramente: Todo aquello eran habladurías[2]. Como siguieran corriendo los rumores, iban a terminar por decir que Salomé había seducido a su tío Antipas. Todas esas historias correspondían a los clisés habituales: Para fingir una intriga palaciega, hacen falta unas cuantas mujeres refinadas, un príncipe bonachón, una víctima, una promesa imprudente, etc. Eso no podía ser toda la verdad. Me dirigí al que había hablado primero. Todas sus palabras parecían, en el mejor de los casos, exageradas.

–¿Dónde te enteraste de la noticia?

–Han llegado a Jericó algunos funcionarios de Antipas.

–¿Están aquí todavía?

–Se han alojado en el palacio de invierno de la finca de Herodes[3].

–¿Sabes cómo se llaman?

–Creo que uno de ellos se llama Jusá. Es administrador de Antipas.

Era buena noticia. Yo conocía bien a Jusá. Había sido mi socio comercial en muchas ventas de cereales. Nadie podía estar mejor informado que él sobre las cosas que pasaban en casa de Antipas. Inmediatamente envié a Timón al palacio de Herodes para que diera recado a Jusá de que yo me encontraba en Jericó. ¿Tendría oportunidad de hablarle? Jusá me respondió en seguida que estaría encantado de verme. Se hallaba de regreso a Tiberíades. ¿Aceptaría yo cenar con él y con su mujer?

2 El resultado de estas habladurías, que siguieron circulando y aumentándose entre el pueblo sencillo, podemos verlo condensado en Mc 6,17-29 tales fueron, en la mente de la gente sencilla de Palestina, las razones que habían inducido a dar muerte al Bautista. Josefo, seguramente, se acerca más a la verdad cuando da como razón verdadera el que Herodes Antipas temía un levantamiento del pueblo (Jos *ant* 18,118 = XVIII,5,2).

3. El rey Herodes había edificado en Jericó un palacio de invierno, que ha sido objeto de excavaciones.

Jusá y su mujer Juana me recibieron en un lujoso triclinio: Tres sofás rodeaban una pequeña mesa, como en una casa romana. El pavimiento estaba ornado por un artístico mosaico de motivos florales[4]. En las paredes, mármoles de color rosa y azul adornaban con muy buen gusto la sala. ¿O era sólo imitación de mármol? Nos recostamos para comer. Acudieron esclavos trayendo los manjares: ensalada, caracoles, huevos, pudín de sémola con miel, y como entremeses, aceitunas, remolacha, pepinillos y cebolletas[5]. Todo, acompañado por un vino excelente. Desde mi estancia en la cárcel, no había comido yo tan espléndidamente. ¡Qué gozada! Tuve que contenerme para no comer con ansia.

En una de las copas de las que bebíamos se hallaba grabado en letras griegas[6]:

¿PARA QUÉ ESTÁS AQUÍ?
¡A GOZARLA!

Esa copa era muy del gusto de Jusá: Uno de sus dichos favoritos estaba tomado del Eclesiastés de Salomón: «Anda, come tu pan con alegría y bebe contento tu vino»[7]. El apreciaba mucho los escritos de Salomón: sus sentencias, sus cánticos, su sabiduría. Jusá era saduceo[8]: una tendencia religiosa común en las clases altas de nuestro pueblo. Su consigna era disfrutar de la vida. Y él disfrutaba de ella, en compañía de su joven esposa.

4. Todos los mosaicos de los palacios de Herodes tienen únicamente motivos florales Evidentemente, Herodes observó en sus palacios la prohibición de las imágenes Por lo demás, es histórico que Herodes mandaba pintar de tal modo las paredes, que dieran la impresión de estar recubiertas de mármol, como puede comprobar todo el que visite Masada (una de las fortalezas a las que se retiraba Herodes), junto al Mar Muerto.

5 El «menú» de esta comida corresponde a datos que nos da Plinio el Joven (*Cartas* I,15)

6 Conocemos copas con tal inscripción, que fueron halladas en Siria en el siglo I de nuestra era Véase A Deissmann, *Licht vom Osten,* Tubingen [4]1923, 104

7. Ecl 9,7.

8 Según Josefo (*ant* 13,293 = XIII,10,6), los saduceos tienen sus partidarios entre la gente acomodada. No creen en el destino (*ant* 13,173 = XIII,5,9), no creen en la supervivencia después de la muerte (*bell* 2,165 = II,8,14, véase Mc 12,18-27, Hech 23,8) y reconocen únicamente como escritos sagrados los cinco libros del Pentateuco

Nuestra conversación giró primeramente en torno a cosas sin importancia. Claro está que ambos queríamos llegar al tema del día. Pero primero hablamos de otras cosas.

–Pilato ha vuelto a tener problemas en Jerusalén. ¿Conoces los detalles?

Me quedé perplejo. ¿Sabría él que yo me había visto complicado en los acontecimientos? ¿Debía hablarle de eso? Pero, de algún modo, él se enteraría. Así que le dije: –En una manifestación contra él fueron muertos cinco policías de sus fuerzas de seguridad. Yo estaba cerca y fui detenido preventivamente. Y luego le conté toda la historia. Observé cómo Jusá la escuchaba ansioso. Como partidario de Antipas, se interesaba por las malas noticias relativas a Pilato. Me encontraba en un apuro: ¿Hasta qué punto podía denigrar a Pilato sin ponerme yo mismo en peligro? Pilato podía enterarse de lo que yo iba propalando sobre él. Por eso, supliqué encarecidamente a Jusá:

–Por el amor de Dios, no cuentes a nadie la historia que te he referido. Pilato puede hacerme atrocidades. ¡Que no se entere nunca de lo que te he dicho!

Jusá asintió con la cabeza y dijo: –Por lo demás, ha vuelto a perpetrar actos vergonzosos. Acabo de enterarme que ha matado a unos cuantos peregrinos galileos y, además, a los animales que llevaban para los sacrificios[9].

–¿Eh? ¡Querrá que todo el país se alce contra él!

–Están las cosas que arden. Las pequeñeces provocan reacciones exageradas. De todos modos, se trata de galileos. Quedan bajo la jurisdicción de Antipas. Elevaremos una protesta.

Aquí intervino Juana: –No lo hagas como si os importara demasiado. Precisamente Antipas acaba de mandar ejecutar a un profeta, y Pilato a unos cuantos peregrinos. Lo uno se compensa con lo otro. Ninguno estará en situacion de denigrar al otro ante el emperador o ante el legado de Siria. Un lobo muerde a otro lobo.

Jusá admitió: –¡De acuerdo! Que Pilato tenga dificultades, nos viene que ni pintado. Pues lo de Juan Bautista nos va a traer quebraderos de cabeza.

–¿Le conocías? –pregunté.

–¡Claro que sí! ¡Un tipo estrafalario! Comenzando por su manera de vestir. Un cinturón de cuero y una piel de camello:

9. Véase Lc 13,1ss.

eso es todo lo que llevaba sobre el cuerpo. Tenía, además, cabellos largos, barba, y era vegetariano.

–Algunos de esos tipos estrafalarios no son tan malos. (Yo pensaba en Bannos). Debajo de la dura cáscara hay a veces una excelente persona. ¿Cómo te caía Juan? ¿Te resultaba simpático?

–En parte sí y en parte no. Como saduceo que soy, no tengo nada que ver con esos profetas que vaticinan el fin del mundo. En primer lugar, abundan más que los hongos. En segundo lugar, no viene el fin del mundo. Pero una cosa me gustaba. Sabes que en cuestiones religiosas soy bastante liberal. Por este motivo, nuestros santones no me quieren. Y yo a ellos, aún menos. A sus ojos, nosotros somos judíos de segunda clase. Precisamente en este punto, Juan era impresionante. Predicaba que Dios no hace distinción entre santones y personas poco devotas. Los devotos serían nido de víboras, si creyeran que podían escapar del juicio. Todos debían cambiar radicalmente de manera de vivir, los devotos y los no devotos. ¡Todos estarían bajo la amenaza de un inexorable juicio!

–¿Por qué, entonces, hizo Antipas que le matasen? ¿Qué hay detrás de todo ello? La gente dice que la culpable es Herodías.

En este punto protestó Juana: –¡Claro, otra vez las mujeres tendrán la culpa de todo!

Jusá se rió: –En este punto, mi mujer es muy sensible –dijo–. Sabes que Antipas estaba casado con una princesa nabatea, la hija del rey Aretas IV. Fue una buena jugada diplomática. Aretas es vecino nuestro en el Sur, y tiene una desagradable inclinación a extender su reino hacia el Norte. Con este matrimonio se quiso tenerle en jaque: No haría la guerra contra un yerno, ni le reclamaría tierras. Por eso, los romanos estuvieron de acuerdo con ese matrimonio, aunque miran siempre con recelo cualquier contacto entre sus príncipes protegidos y los reyes independientes. ¡Y luego se interpuso la historia con Herodías!

Pregunté: –¿Fue aquello amor a primera vista?

Juana respondió: –¡Amor sí había! De lo contrario, Antipas no hubiera cargado con todos los inconvenientes políticos que le proporcionaba aquel matrimonio.

Jusá completó: –No sólo había amor, sino que había también motivos políticos. Ambos se entendían muy bien, porque tenían la misma ambición política: Sabes que Herodes modificó varias veces su testamento. Cada vez era distinto el heredero universal. Antipas

llegó a serlo también una vez, pero no logró imponerse en el reparto de la herencia y llegó a ser únicamente tetrarca. Herodías estaba casada con otro que había sido también una vez heredero universal, el hermano de Antipas, que en el reparto definitivo de la herencia salió aún peor parado: no le correspondió absolutamente nada. Pues bien, Herodías desciende, por su madre Mariamne, de la familia real asmonea. Es auténtica princesa. Por el contrario, los de la familia de Herodes son únicamente advenedizos. ¿Qué querrá ser una auténtica princesa? Como es lógico, querrá llegar a ser reina. Y eso no llegaría nunca a serlo en el matrimonio con su primer marido, pero sí, tal vez, casándose con un príncipe. Los dos se enamoraron, no casualmente, en el preciso momento en que Antipas marchaba a Roma, (según se rumorea) con la esperanza de suceder al prefecto Valerio Grato, y convertirse en rey de Judea y Samaría. Ambos querían llegar muy alto.

Juana objetó: –Pero precisamente en el aspecto político, el casamiento fue un chasco para Antipas.

Jusá aclaró: –La cuestión era espinosa. En primer lugar, Antipas le había quitado la mujer a su hermano. Eso quebrantaba nuestras leyes. En segundo lugar, Herodías tomó la iniciativa. Ella era la fuerza impulsora. Eso contradice a las costumbres judías[10]. En tercer lugar, Herodías exigía que Antipas repudiara a su primera mujer, aunque, según el derecho judío, pudiera cohabitar al mismo tiempo con varias mujeres. Todas esas infracciones de las leyes irritaron al pueblo. El Bautista se convirtió en portavoz de la oposición en materia de política interna.

Juana entonces intervino con viveza: –La cuestión puede enjuiciarse también de otra manera. Herodías reclamaba para sí derechos que toda mujer posee en el Imperio Romano. En Roma, la

10 Herodías se comportó igual que otras mujeres de la familia de Herodes también Salomé, hermana de Herodes I, y Drusila se divorciaron, cosa que Josefo critica como quebrantamiento de la ley judía (véase *ant* 15,259 = XV,7,10 y *ant* 20, 143 = XX,7,2). Acerca de Herodías dice Josefo expresamente que esa mujer, con su divorcio, maquinó la disolución de las leyes paternas (*ant* 18,136 = XVIII,5,4), lo cual suena a que Herodías fue consciente de la significación radical que tenía el paso dado por ella Posiblemente, no sólo siguió la tradición jurídica helenístico-romana, sino también las tradiciones jurídicas arameas El derecho de la mujer al divorcio se halla atestiguado también en lo que respecta a los judíos que vivían en la colonia egipcia de Elefantina, en el siglo V a.C Existe también un testimonio de lo mismo, en lo que respecta a la Palestina de la época de la insurrección de Bar-Kokhba (132-136 de nuestra era)

mujer puede solicitar el divorcio, mientras que entre nosotros, hasta el día de hoy, sólo el hombre puede repudiar a su mujer. Eso es injusto. Debe existir igualdad de derechos. Eso es, ni más ni menos, lo que Herodías reclama para sí. Y lo mismo se aplica al último punto: En Roma, un hombre no puede tener al mismo tiempo varias mujeres. Creo que es un avance. Pues así queda claro que la mujer tiene el mismo valor que el hombre. Herodías hizo bien al negarse a ser la segunda mujer de Antipas, junto a la primera. En una palabra, Herodías trató de introducir un poco de adelanto en nuestro país, que se ha quedado tan retrasado. ¿Y qué sucede? Un profeta arranciado se opone al adelanto de la mujer. Yo no creo que Juan sea el gran santo que quieren hacernos creer.

Jusá hizo un gesto de reserva: –Cualquiera que sea el juicio moral que se haga del asunto, lo cierto es que Antipas ha subestimado los sentimientos del pueblo.

Yo confirmé: –En este punto emergen en el alma popular imágenes muy antiguas: Elías que se opone a la influencia pagana de Jezabel. Una impresión parecida causó el Bautista, al convertirse en antagonista de Herodías. Corren rumores de que él es Elías que ha vuelto a venir. Con esto queda Antipas por completo del lado de la injusticia.

Jusá prosiguió: –Fueron también fatales las repercusiones en materia de política exterior. La mujer nabatea de Antipas olfateó que querían repudiarla y se adelantó al repudio huyendo donde su padre[11]. Desde entonces tenemos en el Sur un poderoso enemigo. La situación de Antipas es precaria: Tiene que contar, en el exterior, con la guerra. Pues su antiguo suegro no le perdonará nunca el humillante repudio de su hija, repudio del que no había ninguna necesidad según nuestras leyes. Y en el interior se mueve una fuerte oposición, apoyada por el poder desenfrenado del fanatismo religioso.

–Pero ¿podrá resultarle peligrosa esa oposición que hay en el interior? ¿Qué puede hacer un profeta aislado?

–Recuerda la suerte de Arquelao[12]. Perdió su trono hace casi 25 años. Muchas causas hicieron que fuera depuesto. Pero una de esas causas fue, indudablemente, su matrimonio desdichado con Glafira. Nos recuerda en algunos aspectos el matrimonio de Antipas con Herodías. También Arquelao tuvo que divorciarse

11 Así lo narra Josefo (*ant* 18, 111s = XVIII,5,1)

12. Véase, para lo que sigue, Josefo (*ant* 17,349-353 = XVII,13,4).

de su primera mujer para casarse con Glafira. Y lo que fue más importante todavía: Glafira estuvo casada en primer matrimonio con Alejandro, medio hermano de Arquelao: uno de aquellos hijos de Herodes el Grande que éste había mandado ejecutar. Era, pues, un matrimonio de levirato, que según nuestras leyes es lícito únicamente en un caso, a saber, cuando el hermano ha muerto sin descendencia[13]. Pero no era así. Glafira tenía hijos de Alejandro. Arquelao no podía casarse lícitamente con ella. Ese matrimonio, contrario a las leyes, le perjudicó mucho. Su prestigio entre el pueblo disminuyó rápidamente. Sus enemigos pudieron acusarle fácilmente ante el emperador. Arquelao fue depuesto. Todo eso es bien sabido. Si ahora Antipas contrae un matrimonio parecido al que contrajo su hermano, será una ocasión magnífica para que sus enemigos en materia de política interior intriguen para que sea depuesto.

–Pero ¿creéis en serio que el Bautista hubiese podido incitar una rebelión violenta o que hubiese colaborado con enemigos del exterior?[14].

–Ese peligro no existió nunca. Pero hubiera podido llegarse a una desdichada cooperación entre la oposición interna y el enemigo externo, sin que se pudiera hablar de conjura propiamente tal. Una de las frases predilectas de Juan se halla en el libro del profeta Isaías[15]:

Voz del que clama en el desierto:
¡Preparad el camino para el Señor!
¡Allanad sus senderos!

Imagínate que Aretas llega del desierto al frente de un ejército. Y Juan predica como música de acompañamiento: «¡Preparad el camino para el Señor!». Evidentemente, Juan se refiere a Dios. Para él hay que preparar el camino en el desierto. Pero el pueblo

13. A propósito, del «matrimonio del cuñado» (llamado también «levirato», según el término latino *levir* = cuñado), véase Dt 25,5-10.

14 Según Josefo, Antipas mandó ejecutar al Bautista porque temía un levantamiento del pueblo (*ant* 18,118 = XVIII,5,2) Esto tiene credibilidad histórica y no se opone en absoluto a la tradición neotestamentaria según la cual el Bautista fue ejecutado por su crítica del matrimonio de Antipas El matrimonio y la crítica de ese matrimonio fueron, qué duda cabe, un elemento político de primer orden.

15 Is 40,3 (véase Mc 1,3)

supersticioso difundiría en seguida la consigna: ¡Se refiere a Aretas! Con él llega el castigo divino contra Antipas. Esta consigna desmoralizaría a cualquier ejército judío. Habría desertores. Sufriríamos una derrota aniquiladora[16].

–Pero ese peligro ¿no sigue existiendo todavía? Con la ejecución del Bautista, se ha ganado Antipas nuevos enemigos.

Jusá me dio la razón: –La situación sigue siendo tensa. Antipas cuenta con que va a enmudecer la crítica contra su matrimonio.

–¿Crees que lo conseguirá?

Jusá se encogió de hombros: –Tal vez sí. Tal vez no.

Sus temores eran justificados. Antipas, por su matrimonio con Herodías, se buscó la ruina. Su antiguo suegro no tardó en alegar derechos sobre ciertos territorios de la frontera meridional. Se llegó a la guerra. Antipas sufrió una aplastante derrota. Algunos de sus soldados desertaron. Todo el pueblo decía entonces: Esa derrota es castigo de Dios por el asesinato del Bautista. Los romanos tuvieron que intervenir para asegurar la frontera contra los nabateos[17]. Pero Antipas comenzó en secreto a reunir armas para estar mejor preparado para una nueva guerra. ¡Eso fue su perdición! Cuando, a ruegos de Herodías, pidió al emperador que le permitiera llevar el título de rey, entonces sus enemigos (principalmente su sobrino) difundieron en Roma rumores sobre un arsenal secreto de armas. Antipas no pudo desmentirlos. El emperador presintió una conjura contra sí. Antipas fue depuesto y desterrado a las Galias. Herodías podía escoger entre seguirle al destierro o regresar a Galilea. Prefirió el destierro. Y demostró con ello más carácter y amor de lo que le atribuían maliciosamente las habladurías. Todo eso ocurrió casi diez años más tarde[18]. Pero ahora estábamos sentados en Jericó. Juana se puso otra vez a defender a Herodías:

–Una cosa está clara. Herodías no es culpable de la ejecución del Bautista. La responsabilidad la tiene Antipas. El ordenó la ejecución por razones políticas, en la situación apurada en que

16. Antipas sufrió efectivamente, en el año 36, una aniquiladora derrota en la lucha contra su antiguo suegro. Una de las causas fue la deserción en masa. Véase Jos. (*ant* 18,114 = XVIII,5,1)

17. A propósito de la Guerra Nabatea entre Antipas y Aretas, véase Josefo (*ant* 18,113ss = XVIII,5,3) Se impidió una guerra mayor gracias a la muerte de Tiberio en el año 37 de nuestra era

18 La caída de Antipas y su destierro se describen aquí siguiendo a Josefo (*ant* 18,240-256 = XVIII, 7,1)

le había puesto el fanático Juan. Créeme: Antipas ha hablado a menudo con el Bautista en la prisión, para moverle a que tolerara tácitamente su matrimonio. Pero todo fue inútil. Ahora se le quiere cargar la culpa a Herodías.

Objeté: –Tal vez se haga ahora silencio en torno a toda la historia. Pero eso depende de los partidarios del Bautista. ¿Hay discípulos?

Juana asintió con un movimiento de cabeza: –He conocido a uno de ellos. Discutí con él sobre si era justo que, entre nosotros, un hombre pudiera repudiar a su mujer, pero que una mujer no pudiera repudiar a su marido. ¡Fíjate lo que me respondió!:

El que se divorcia de su mujer y se casa con otra,
comete adulterio contra aquélla;
y si una mujer se divorcia de su marido y se casa con otro,
también comete adulterio[19].

Eso me gustó. Por lo menos, la igualdad de derechos para ambos.

Jusá miró un poco atónito a su mujer: –Pero ése es más radical todavía que Juan Bautista. El Bautista insistía únicamente en que se cumplieran las leyes tradicionales. Pero su discípulo quiere modificar las leyes, además con poco sentido realista. Porque es ignorar por completo la realidad el querer prohibir los divorcios.

Juana se defendió: –No hay divorcio bueno. Es siempre triste que dos se separen.

Jusá prosiguió: – Creo que ese discípulo de Juan es también uno de esos chiflados que nos tienen hartos.

Observé cómo Juana se sobresaltaba un poco. Durante un instante pensé: ¿Habrá problemas entre ellos? Había que dejar a un lado el tema del «divorcio». Por eso pregunté:

–¿Cómo se llama ese seguidor del Bautista?

–Creo que su nombre es Jesús de Nazaret.

–¿Dónde vive?

–Recorre la región de Galilea.

Jusá suspiró: –¡Precisamente por nuestro país! ¿No podía difundir en Judea sus nuevas ideas? Entonces sería Pilato el que tuviera que disgustarse con él.

19. Mc 10,11-12.

Yo opiné: –Si no tiene domicilio fijo, quizás vaya también a Judea.

Jusá tuvo una idea: –¿Por qué no tratamos de espantarle un poco? Esparcimos el rumor de que Antipas quiere darle muerte. Y, al mismo tiempo, le indicamos discretamente que cruce la frontera y desaparezca[20]. Nos desharíamos de él. ¿Qué te parece si tú te encargas de eso? –dijo volviéndose a mí.– Nazaret queda sólo a diez kilómetros de Séforis. Tú conoces bien el terreno.

Me estremecí: Se me abría una trampa. Si Pilato se enteraba de que yo andaba importunando a un profeta y quería echarle,... ¡No, eso no podía ser! Objeté:

–Ese tal Jesús debe recibir la indicación de que se largue de personas en quienes él confíe. Nazaret es una aldea pequeña. Los de ciudad no tenemos mucho que decir a los de pueblo. Para ellos somos los ricos, los que tenemos cultura griega, los que colaboramos con herodianos y romanos.

Jusá reflexionó: –Habrá que buscar unos cuantos hombres piadosos. Quizás unos cuantos fariseos. Jesús dará oídos, seguramente, a las advertencias que ellos le hagan.

Yo tenía otra objeción más: –El, Jesús, ¿no le creará a Antipas más dificultades en Judea que en Galilea? Imagínate que Pilato se sirviera de él contra Antipas: ¿Qué más podría desear Pilato si no que la opinión pública de los judíos se enterara de que Antipas se apartaba de las costumbres de los antepasados?

Jusá se rió: –Quien mata a peregrinos galileos, ¿por qué no iba a matar también a un profeta galileo? Por lo demás, los profetas no se dejan contratar por los romanos para difamarnos a nosotros. Conoces mal a nuestros profetas.

Seguimos conversando largo y tendido, mientras comíamos y bebíamos. Jusá, para terminar, tomó la cítara y cantó sus cánticos favoritos: los cantares de Salomón. Se los dedicó a Juana:

«¡Qué bella eres, amada mía,
qué bella eres!
Palomas son tus ojos
a través de tu velo...»[21].

Indudablemente: Juana era muy bella.

20. Es posible que se hubiera intentado tal cosa; véase Lc 13,31-33.
21. Cant 4,1.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

La casualidad ha querido que, precisamente en este semestre, tenga usted que dirigir un seminario sobre Juan Bautista. Usted tuvo la tentación de leer a sus estudiantes universitarios el capítulo anterior. Pero usted temía que mi relato –prescindiendo del minucioso análisis de las fuentes– ofrezca ficción poética en vez de conocimientos históricos.
No comparto esos temores. Al escribir, me he dado cuenta de que los diálogos del libro reflejan más adecuadamente, en un aspecto, el debate científico que los tratados eruditos: En los tratados, después de sopesar las razones en favor y en contra, se llega a un resultado que se expone de la manera más plausible que se puede,... y que al pasar de las ideas a la letra de imprenta se hace mucho más plausible de lo que en realidad es. En cambio, un diálogo en forma narrativa puede terminar en suspenso. Nadie tendrá la última palabra. Quedará por decidir cuál de los interlocutores dice la verdad.
Este final «abierto» corresponde al proceso real de la investigación. Porque ¿qué es la ciencia histórica sino un diálogo permanente sobre el pasado, un diálogo en el que nadie tiene la última palabra? A diferencia de los diálogos narrados, el coloquio científico transcurre según estrictas «reglas del juego», a las que denominamos «métodos históricos». Son convencionalismos, basados en largas experiencias, que determinan qué tipos de argumentos se admiten, y qué tipos, no. Los juicios de valor, por ejemplo, no son argumentos para la reconstrucción de realidades históricas. Una variante textual podrá agradarme más, pero no por eso representa el texto original.
Cuando Andrés, a través de numerosos diálogos, se forma una idea de los acontecimientos, refleja el proceso de la investigación histórica, sin tener que someterse a sus reglas metódicas del juego. La reflexión sobre sus diálogos me ha sugerido muchas ideas científicas. Tengo tema para nuevos estudios.
Quizás lea usted todavía a sus alumnos el capítulo, cuando termine el seminario.
Disponga de su amigo y servidor:

Gerd Theissen

7
Jesús - ¿peligro para la seguridad?

Volví a Jerusalén para presentar mi informe a Metilio. Como Juan Bautista estaba muerto, consideré que mi misión estaba terminada. Pronto, pensaba yo, volvería a recorrer Palestina, en compañía de Malco y Timón, como simple comerciante en cereales.

La carretera que conduce a Jerusalén se empina cuesta arriba. Llegando del fértil oasis de Jericó se adentra uno en un desolado desierto de montaña. Rocas mordidas por la erosión limitan la mirada. El intenso calor dificulta los movimientos. Según nos acercamos a la cumbre de la cadena montañosa, aumentan las señales de vida. Se intensifica el verdor de los huecos de las laderas. Las sendas serpentean por el terreno como huellas de pisadas humanas. Un ligero soplo de viento mitiga el intenso calor. El horizonte hace promesas. Presentimos que, al llegar a lo alto, encontraremos una tierra distinta.

Y, por fin, ¡ahí está! Se ve ya la ciudad. Sobre el oscuro laberinto de callejuelas y casas se alza el Templo. La resplandeciente luz del sol se refleja en sus piedras. Una majestuosa plataforma levanta a las alturas los edificios del Templo. Una galería columnada enmarca la plataforma. Rodea una enorme plaza, el «atrio de los gentiles», accesible a todas las personas. En su centro se halla el recinto interior del Templo. A él tienen acceso únicamente los judíos. Allí se encuentra el Templo propiamente tal. Al Templo tienen acceso únicamente los sacerdotes. Pero también ellos están excluidos del «lugar santísimo» (o «sancta sanctorum»): misterioso espacio en el interior del Templo, adonde sólo entra el sumo sacerdote una vez al año para reconciliar al pueblo con Dios. Y, no obstante, muchos pensamientos

se posan durante el día en ese lugar. Pues allí está Dios presente. De allí dimana la energía cuyo poder orienta el corazón hacia un centro desconocido, que nadie verá jamás, ni oirá, ni experimentará, ni sentirá.

Me detuve. Siempre que veo Jerusalén es como si regresara a mi patria. Con mis labios tarareaba un cántico compuesto por nuestros antepasados durante el destierro. Lo que entonces era Babilonia, es hoy Roma, lo que entonces era el destierro, es hoy la opresión en mi propio país[1]:

«Junto a los ríos de Babilonia,
nos sentábamos a llorar,
acordándonos de Sión.
En los sauces de las orillas
teníamos colgadas nuestras cítaras.
Allí los que nos oprimían
querían que cantáramos hermosos cantos.
Pero ¿cómo íbamos a cantar hermosos cantos,
si estábamos desterrados?
Que se pegue mi lengua al paladar,
si te olvido,
Jerusalén,
si no pusiera a Jerusalén
por encima de todas mis alegrías.
¡Oh Babilonia,
opresora!
¡Dichoso el que te haga pagar
por lo que nos has hecho!
¡Dichoso el que no respete siquiera a tus niños,
sino que los estrelle contra las rocas!»

Mientras los romanos decidieran mi destino, ¡yo era como prisionero en mi propia tierra! Pero tenía confianza. Pronto tendrían fin todas las contrariedades. ¿No había cumplido bien mi misión? Gracias a Baruc y a Jusá, ¿no me había enterado de más cosas de las que jamás hubiera esperado acerca de los esenios y del Bautista? De mí dependía enteramente lo que quisiera trans-

1. Según motivos del salmo 137. «Babilonia» era entonces una forma encubierta, muy corriente, de designar a Roma (véase el Apocalipsis de Juan 18, 1 Pe 5,13).

mitir a los romanos. Tenía confianza en seleccionar bien las informaciones. De mis labios no saldría nada que pudiera perjudicar a mi país. ¡Nada, absolutamente nada! Con estos sentimientos llegué donde Metilio.

–Andrés, llegas justo a tiempo. La situación es grave. Herodes Antipas nos ha comunicado oficialmente que se ha anticipado a una revuelta mandando ejecutar a Juan Bautista.

Conté a Metilio algo de lo que me había enterado sobre los antecedentes de esa ejecución. Metilio me escuchó atentamente. Luego dijo:

–Lo que nos preocupa es que la ejecución del Bautista coincide con acontecimientos que indican mayor actividad por parte de los luchadores de la resistencia:

Poco antes había tenido lugar aquella malhadada manifestación contra Pilato, en la que te detuvieron a ti. Durante tu ausencia, ha habido un nuevo incidente en las cercanías de Jerusalén: Una patrulla de soldados romanos cacheaba a un grupo de peregrinos galileos, buscando armas. Se vio que algunos llevaban armas. Se trataba, como suponemos, de terroristas. Hubo lucha. Varios peregrinos fueron muertos, probablemente personas inocentes que no tenían ni idea de quiénes iban en su grupo de peregrinos. Ahora la gente está indignada contra nosotros los romanos, y no contra los terroristas[2].

Metilio se paseaba nervioso. Prosiguió: –Para completar la desgracia, hace poco fue asaltado y desvalijado por terroristas, en la carretera entre Cesarea y Jerusalén, un esclavo del emperador, que se hallaba de camino por importantes asuntos administrativos[3]. El esclavo y sus acompañantes pudieron escapar con vida, pero gran cantidad de dinero cayó en manos de los terroristas. Enviamos inmediatamente a la zona una cohorte. Pero a los terroristas parecía que se los había tragado la tierra. A los

2 Semejante incidente podría constituir el fondo de la noticia que leemos en Lc 13,1ss, según la cual Pilato habría dado muerte a unos peregrinos galileos y a los animales que llevaban para los sacrificios.

3 El atraco cometido contra el esclavo imperial sucedió en tiempo de Cumano (48-52 de nuestra era) «En el camino que conduce a Bejorón, unos salteadores atracaron a un esclavo imperial y le robaron el equipaje El esclavo se llamaba Esteban. Cumano envió en seguida un destacamento de soldados con orden de prender a los habitantes de las aldeas vecinas y llevarlos a su presencia Censuró a los soldados por no haber perseguido ni apresado a los salteadores» (Josefo *bell* 2,228s = II,12,2)

del lugar no se les pudo sacar nada. Nadie había visto nada; nadie se había enterado del asalto. Nuestros soldados se pusieron nerviosos y, para amedrentar a la gente, incendiaron todas las aldeas que quedaban cerca del lugar del asalto. La gente del lugar sabrá que, en caso de futuros ataques terroristas, tendrán que escoger entre entregar a los terroristas o...

Metilio dejó la frase sin terminar. Era evidente que le repugnaban las represalias tomadas por los romanos. No eran dignas del sabio ejercicio de la autoridad. Carraspeó y resumió:

–Todas las noticias indican que la resistencia terrorista se propone llevar a cabo algo. Con asaltos y atracos logra obtener dinero. Además, transporta armas. Y podría utilizar la indignación existente en la población para iniciar acciones en mayor escala. Estamos muy preocupados.

Las sospechas de Metilio estaban en lo cierto. En el país fermentaba algo bajo la superficie.

–En esta situación difícil, es decisivo para nosotros el saber cómo enjuiciar a los posibles partidarios del Bautista: ¿Harán causa común con los terroristas? ¿O se dispersarán y perderán?

Era evidente que los romanos tenían miedo de que diversos grupos se coaligaran contra ellos y encontraran apoyo en la población. La situación era impenetrable para ellos. Su miedo podía inducirles a adoptar medidas todavía más drásticas. Y eso sería, a su vez, un estímulo mayor para la resistencia. Por eso, yo traté de tranquilizar:

–Por lo que respecta a los esenios y al Bautista, estoy seguro de que no harán causa común con los terroristas. Se trata de movimientos religiosos cuya finalidad consiste en que los hombres vivan de conformidad con los mandamientos de Dios. No aspiran a cambios políticos.

–¿Pero no fomentan la esperanza de que es inminente un gran cambio? –objetó Metilio.

–No intentarán jamás provocar ellos mismos ese cambio. Tienen puesta su esperanza en Dios, que hará que se produzca el gran cambio.

–Pero si alguien se lanza a la calle y dice: Ahora va a producir Dios el gran cambio, ¿no creerían todos que se había acabado el tiempo del dominio de los romanos?

Metilio tenía razón. Pero yo tenía que apartarle de sus ideas acertadas. Tenía que intentar tranquilizarle. En una larga con-

versación aduje todas las razones que hacían aparecer como grupos inocentes a los esenios y a los discípulos del Bautista. Metilio siguió en su escepticismo. El se había informado:

–Lo que no deja de hacerme pensar es: ¿Por qué esa gente se retira al desierto? Mientras tanto he leído algo de vuestras Escrituras sagradas–. Al ver mi mirada interrogante, añadió: –No en el texto original hebreo sino en los Setenta, la versión griega[4]. El desierto tiene en las Escrituras una significación muy determinada: Dios condujo por el desierto a vuestros antepasados para traerles a esta tierra, y expulsó de delante de vosotros a todos los enemigos. Antes de que David fuera rey, vivió en el desierto como cabecilla de bandoleros y le hizo la vida difícil al rey Saúl. Los israelitas piadosos, desde el desierto, pelearon contra el dominio de los reyes de Siria y consiguieron expulsar a los sirios. En una palabra, el que quiere llevar a cabo una oposición radical, se retira al desierto y espera que Dios acuda del desierto para expulsar del país a los enemigos. Más aún, se puede decir: Vuestro Dios es un Dios del desierto. Habita en el Sinaí.

Yo objeté: –Hay un viejo oráculo profético que dice: «En el desierto preparad el camino para el Señor». Tanto el Bautista como los esenios se basaban en él. Los esenios entienden que ese preparar el camino es estudiar la ley. El Bautista dice: Se prepara el camino para Dios confesando los propios pecados, haciéndose bautizar en el Jordán y enmendando la vida[5]. Esos movimientos no encierran peligro alguno para los romanos[6].

4. La versión de los Setenta (en abreviatura: LXX), según la Carta de Aristeas, fue realizada por 72 traductores jerosolimitanos, por encargo del rey Tolomeo II (283-246), para la famosa biblioteca de Alejandría. La traducción estuvo terminada en 72 días. Se trata de una leyenda. Fue la traducción griega del Antiguo Testamento para su utilización en el culto divino de los judíos que vivían fuera de Palestina, y que a menudo sabían únicamente griego y no habían aprendido el hebreo.

5. El oráculo profético está tomado de Is 40,3. Tanto el Bautista (véase Mc 1,3) como la comunidad de Qumrán se apoyaban en ese oráculo. Esta comunidad creía que, mediante el cumplimiento riguroso de la ley en el desierto (es decir, en el oasis del desierto que queda junto a Qumrán) preparaban el camino para Dios (véase 1QS VIII,12-14).

6. Cuando estalló la gran insurrección contra los romanos, cuarenta años más tarde, los esenios participaron también en ella. Uno de ellos, denominado Juan el esenio, fue gobernador militar de los rebeldes en el distrito de Tamna (Jos. *bell* 2,567 = II,20,4). Probablemente, los esenios creían que había llegado el tiempo de la lucha suprema entre los hijos de la luz y los hijos de las

Metilio era porfiado. Seguía sin confiar en el Bautista y preguntó:

–¿No tiene razón Antipas, al mandar ejecutar a Juan, predicador del desierto, por considerarle un rebelde peligroso?

–Antipas justificará siempre ante los romanos la opresión que él ejerce, alegando que se trata de prevenir revueltas. Pero la razón decisiva para la ejecución del Bautista es de índole privada: es la cuestión del matrimonio de Antipas. Los seguidores del Bautista insisten también en ello. Uno de esos seguidores considera el divorcio como una concesión a la imperfección humana y lo rechaza radicalmente.

–¿Has hablado con ese discípulo del Bautista?

–No, pero he oído cosas de él de fuentes fidedignas.

–¿Cómo se llama?

–Jesús de Nazaret.

Metilio se quedó pensativo.

–No he oído jamás ese nombre. ¿Dónde está Nazaret?

–En Galilea, no lejos de Séforis.

–¡Galilea! –Metilio tuvo un pronto. –Tenemos sospechas fundadas de que los terroristas tienen asilo en Galilea y que desde allí emprenden acciones.

–Los terroristas no se interesan por las leyes del matrimonio. El tal Jesús parece un maestro judío completamente normal. Nuestros rabinos discuten sobre todas las cuestiones de la convivencia entre personas.

–Te equivocas: Los terroristas se interesan quizás de momento por las cuestiones matrimoniales. Si preparan una rebelión contra Antipas y contra nosotros, tienen que lograr que Antipas sea mal visto entre el pueblo. ¿Qué manera mejor de hacerlo que denunciando públicamente su matrimonio?

–Pero no por eso será un terrorista el tal Jesús.

–No, no necesariamente. Pero el hecho de que proceda de Galilea, da que pensar. Acuérdate de que, hace poco, unos terroristas venían ocultos entre un grupo de peregrinos procedente de Galilea.

tinieblas. En esa lucha desaparecieron. Las excavaciones de Qumrán muestran que la colonia esenia fue destruida. Muchos esenios fueron ejecutados, después de crueles torturas. Ellos se negaron, hasta el último instante, a reconocer como señor suyo al emperador. Y, a la hora de sufrir las torturas, mostraron admirable valor y entereza (véase Jos. *bell* 2,152s = II,8,10).

–Pero si todos los galileos son sospechosos de terrorismo, ¿no sería una estupidez querer pasar inadvertidos entre un grupo de galileos?

Metilio hizo caso omiso de mi objeción.

–La primera rebelión contra los romanos la llevó a cabo Judas el galileo[7]. Conoces su nombre. Y sabes perfectamente dónde hizo su aparición por primera vez: en Séforis. Y ahora, de una pequeña aldea cerca de Séforis, viene ese tal Jesús, discípulo de un profeta ejecutado por incitar a la rebelión–. Hubo breves momentos de silencio. Después se volvió a mí. –Vas a tener inmediatamente una nueva misión: Debes averiguar si ese Jesús constituye un peligro para la seguridad del Estado y si tiene contactos con los luchadores de la resistencia.

Me sentí horrorizado. Esperaba reemprender mi vida normal. Lo que ahora me encomendaban era mucho más desagradable que hacer averiguaciones sobre los esenios y el Bautista. Aquí entraban en juego personas armadas. Puse objeciones:

–Mi familia es considerada en Galilea como prorromana. ¿Cómo me ganaré la confianza de los luchadores antirromanos de la resistencia?

–No será un problema muy grande: Hemos cuidado de que corra la noticia de que fuiste detenido en una manifestación antirromana.

–Desconfiarán de todo el que proceda de las clases altas y acomodadas.

–¡Todo lo contrario! Los luchadores de la resistencia ponen sus esperanzas precisamente en la joven generación de las clases altas. Sabemos que algunos de sus cabecillas proceden de esos círculos[8].

El tenía toda la razón del mundo, pensaba yo. Barrabás procedía de una familia venida a menos. Pero, en el fondo, era de mi misma clase social. Ahora tenía yo que hacer de espía contra él y contra su gente. Eso podía poner en peligro mi vida. En el

7. Véase Jos. *bell* 2,56 = II,4,1: «En Séforis de Galilea, Judas, hijo de Ezequías, que antaño había recorrido el país como cabecilla de bandoleros y había sido vencido por el rey Herodes, reunió una banda considerable, forzó la entrada de los reales arsenales de armas, armó a sus seguidores y atacó a los que querían ejercer la autoridad».

8. De hecho, un pacto concertado en el año 66 de nuestra era, entre los integrantes más jóvenes de las clases altas y el movimiento de resistencia del país condujo al estallido de la Guerra Judía.

caso de un campesino cargado de deudas, estaban claros los motivos de por qué se echaba al monte para unirse a los terroristas. Pero, si llegaban a ellos personas de las clases altas, entonces no podían menos de sospechar que se trataba o de enemigos o de candidatos a cabecillas... o de traidores. Estarían llenos de desconfianza hacia mí, a no ser que abiertamente me pusiera de parte de la banda. Y eso no podía hacerlo. Yo debía aportar algo, para ganarme su confianza. Tuve una idea:

–¿Qué pasaría si voy a los terroristas y finjo de manera bien calculada que les traigo informaciones sobre un golpe que piensan asestarles inminentemente? ¡Les convencería entonces de que simpatizo realmente con ellos!

–Pero ¡no podemos delatarles nuestros planes!

–No es necesario. Podría tratarse de una acción militar fingida, por ejemplo, de controles más rigurosos entre Tolemaida y Galilea. Yo los anuncio anticipadamente. Y, si luego se llevan a cabo en la realidad, entonces los terroristas tendrán confianza en mí.

–La idea no es mala –opinó Metilio.– ¿Qué te parece si dentro de tres semanas efectuamos tales controles?

–Está bien. Pero para entonces tengo que haber entrado ya en contacto con los luchadores de la resistencia. No será fácil. Porque se esconden en cuevas inaccesibles. Nadie sabe dónde. A lo mejor necesito más tiempo. ¿Qué tal, si se establecieran los falsos controles dentro de unas seis semanas?

–¡De ninguna manera! La primera acción militar basta. Si se lleva a cabo según se había anunciado y si, conforme a lo previsto, es un fracaso, entonces los terroristas se llenarán de optimismo y se volverán incautos. Eso nos vendría de maravilla.

Había oído suficiente. Si Metilio hablaba de una primera acción militar, es que habría también una segunda. Y esa segunda acción tendría lugar al cabo de seis semanas.

Metilio se levantó entretanto para buscar una hoja de papiro con anotaciones: –Debo informarte todavía sobre los datos más importantes que acerca de los terroristas he hallado en nuestros archivos:

Cuando Arquelao, hijo de Herodes, fue depuesto hace unos 24 años, Judea y Samaría quedaron bajo la administración directa de los romanos. Este paso a la administración romana hizo necesaria una evaluación de la cuota tributaria de toda la población,

como solemos hacerla en todas las provincias. Se encargó de ella Quirinio, legado en Siria. Como enseña la experiencia, con ocasión de tales evaluaciones tributarias y censos de población se producen a menudo alborotos, como ocurrió por ejemplo en Lusitania y en Dalmacia. Lo mismo sucedió en Judea. El principal instigador fue Judas el galileo[9], que al principio ya del gobierno de Arquelao había originado alborotos en Séforis. Procedía de una familia de bandidos con abundante historial. Su padre Ezequías, como ladrón de primer orden, le había ocasionado ya quebraderos de cabeza al rey Herodes. En cuanto a él, se asoció con un escriba judío llamado Sadoc y propagó la siguiente doctrina: Pagar tributos a los romanos estaba en contradicción con el primer mandamiento de la religión judía. Quien paga tributos al emperador, reconoce que, además de Dios, existe otro dueño y señor. La tierra pertenece únicamente a Dios. Tan sólo Dios tiene derecho a recibir impuestos sobre los frutos de la tierra, en forma de impuestos que se pagan al Templo. Estos grupos de resistentes se autodenominan a veces zelotas, es decir, «personas celosas». Sienten celo de que se reconozca a Dios y se respeten las leyes judías, entendidas con extremado rigor. Su rebelión fue entonces ahogada en sangre. Probablemente, pereció Judas en la intentona[10]. Suponemos que sus hijos siguen acaudillando hoy día la resistencia, en la clandestinidad[11].

Metilio seguía teniendo en sus manos la hoja de anotaciones. Con aire pensativo manifestó: –Hace sólo 25 años que gobernamos esa provincia, y sigue sin haber genuina paz en el país.

9. Véase Josefo *bell* 2,118 = II,8,1: «Durante el tiempo de su mandato (es decir, del mandato de Coponio, 6-9 de nuestra era), un galileo llamado Judas indujo a la rebelión a los habitantes de la provincia que se acaba de mencionar (a saber, el territorio sometido a Arquelao: Judea y Samaría), afirmando que era un ultraje el seguir pagando tributos a los romanos y el reconocer, junto a Dios, a cualesquiera dominadores mortales».

10. Josefo no refiere la muerte violenta de Judas el galileo, pero sí la refieren los Hechos de los apostoles (5,37). Es probable que la noticia de Hechos concuerde con la realidad de lo sucedido.

11. Dos hijos de Judas el galileo, llamados Jacobo y Simón, fueron crucificados (Jos. *ant* 20,102 = XX,5,2) durante el mandato del procurador Tiberio Alejandro (46-48). Por consiguiente, después de la muerte de Judas el galileo, la resistencia continuó, dirigida por miembros de su familia. Nietos de Judas ocupan puestos destacados durante la Guerra Judía (66-70). Entre ellos se cuenta el defensor de Masada, fortaleza que no fue conquistada por los romanos sino en el año 74.

Siempre hay algo que fermenta bajo la superficie. Hay algo que no hacemos bien. Pero ¿qué es? ¿Qué es lo que Pilato no hace bien? ¡Dímelo, Andrés!

No estaba preparado para responder a esa pregunta. ¿Quería humillarme Metilio, pidiéndome consejos para oprimir mejor a mi pueblo? ¿Quería sondear lo que yo pensaba sobre Pilato? ¿Quería poner a prueba mi lealtad al prefecto romano? ¿O tenía dudas de si era acertada la política que él también tenía que seguir? Tuve que andarme con prudencia:

–Creo que Pilato va por el camino acertado. Pero, a veces, escoge métodos equivocados.

–¿Qué quieres decir?

–Me refiero, por ejemplo, a su política en materia de acuñación de moneda. Todos los prefectos anteriores a él renunciaron a representar en sus monedas símbolos paganos. Se contentaban con representar espigas o palmas u otras cosas inocentes. Pero Pilato, nada más comenzar a gobernar, mandó acuñar monedas con una copa para las libaciones y un báculo de augur.

–Pero el príncipe herodiano Filipo ¿no ha representado en sus monedas un templo pagano? ¡Y, no obstante, goza de gran prestigio!

–Con los herodianos sabemos hasta dónde llega la cosa. Pero Pilato es para nosotros un desconocido. Nació la sospecha de que Pilato abriga un plan para introducir en nuestro país costumbres y símbolos paganos.

–Lo único que quiere es que, en este país, se toleren también las costumbres y símbolos paganos. ¡Nada más!

–Pero ¿por qué provoca tanto? ¿Por qué hace que, en el secreto de la noche, se traigan a Jerusalén imágenes del emperador: imágenes en la ciudad del Dios que no quiere ser representado por medio de imágenes? Bueno, las retiró cuando protestamos. Pero ¿aprendió algo con todo eso? ¡No! Intentó otra vez lo mismo con escudos votivos en los que estaba grabado el nombre del emperador. ¿Por qué hace todo eso? ¿Por qué vulnera lo que para nosotros significa tanto?

Metilio parecía comprender bien mis argumentos. Pero era porfiado.

–¿A qué viene esa protesta contra el plan de utilizar dinero del Templo para la construcción de un acueducto? ¿Cuál es nuestro error?

–La cuestión del acueducto no hubiera salido mal en circunstancias normales. Pero flotaba ya en el aire la desconfianza. Esa desconfianza se confirma día a día por las monedas que pasan por nuestras manos. ¡Hay que eliminar esa desconfianza! ¡Esa es la tarea más urgente!

No me atreví a decir que, para eliminar esa desconfianza, no había más que un camino: destituir a Pilato. Había contribuido mucho a destruir la confianza. Pero esta última consecuencia se la dejaba yo a Metilio. Metilio seguía dándole vueltas al problema:

–Si entiendo bien las cosas, nuestros problemas están íntimamente relacionados con el Templo. Nosotros, a los ojos de muchos judíos, estamos vulnerando la santidad del Templo. Pero intenta ver una vez las cosas desde nuestro punto de vista: Queremos respetar el Templo, lo mismo que respetamos todos los templos del mundo. Lo hacemos así en todas partes mediante la costumbre de que el gobernador de una provincia ofrezca ostensiblemente un sacrificio al correspondiente dios local. Participa en el culto. Es admitido al círculo de los adoradores de ese dios. ¿Por qué, entre vosotros, no se puede hacer eso sino de manera limitada? ¿Por qué no dejáis que entre en el Templo nadie que no sea judío? Todos los demás dioses ven con buenos ojos que los extranjeros ofrezcan sacrificios en nuestros altares. ¡Tan sólo vuestro Dios es muy poco hospitalario![12].

–Nuestro Dios no sólo exige sacrificios y ofrendas. Unicamente quien toma en serio en toda su vida los mandamientos divinos, está capacitado para ofrecer sacrificios a Dios. Nuestra religión está íntimamente asociada con toda nuestra conducta. Y eso no se da en otras partes. Los dioses de los gentiles no exigen

12. Los extranjeros podían hacer que en el Templo de Jerusalén se ofrecieran sacrificios por ellos, es decir, los extranjeros compraban los animales para el sacrificio, y los sacerdotes los ofrendaban en ausencia de los extranjeros, que no podían entrar en el recinto sagrado. La actitud ante esos sacrificios, en el año 66 de nuestra era, fue la señal para la insurrección contra los romanos (véase Jos. *bell* 2,409s = II,17,3). Entre los sacrificios que por aquel entonces se ofrecían por encargo, estaban también los sacrificios por el emperador y el pueblo romano, que debían ofrecerse dos veces al día (Jos. *bell* 2,197 = II,10,4). Al principio, el emperador ordenó ofrecer a su costa los sacrificios por el emperador (Filón, *Legatio ad Gaium* 157). Pero más tarde, tales sacrificios se hicieron a expensas del pueblo judío (se deduce de lo que dice Josefo *c. Ap* 2,77 = II,6).

que toda la vida sea conforme a sus mandamientos. ¡Aceptan sacrificios de cualquiera!

–Pero veo, no obstante, que ni vosotros mismos cumplís consecuentemente los mandamientos de vuestro Dios. ¡También vosotros tenéis en casa algo así como un pequeño ídolo!

–Sabemos que no cumplimos nunca perfectamente los mandamientos. Precisamente por eso el Templo es tan importante. Una vez al año, el sumo sacerdote entra en el Lugar santísimo para obtener gracia por todas las trasgresiones de los mandamientos cometidas por nuestro pueblo. Pero no sólo el pueblo en conjunto sino que cada individuo puede satisfacer por sus pecados ofreciendo en el santuario sacrificios expiatorios. Precisamente porque tomamos tan en serio los mandamientos de Dios, tenemos que acudir al Templo. ¡Sin el Templo no habría reconciliación!

–¿Enseñan eso todos vuestros maestros?

–¡Cualquier judío me dará la razón!

–¿También Juan Bautista? ¿No contaste antes que el Bautista exigía a la gente que se hiciera bautizar en el Jordán para conseguir el perdón de los pecados? ¿No cuestiona así toda vuestra religión? ¿Para qué valdrá el Templo, si, independientemente de él, se puede lograr la reconciliación? ¿Y qué pasa con vuestros esenios? Ellos hacen ostentación de no participar en el culto del Templo.

Tuve que felicitar a Metilio. Tenía razón. Había en todo ello una contradicción.

Metilio, ahora, había cogido bríos: –Así, pues, por un lado hay entre vosotros quienes minan la significación del Templo. A ésos les llamáis santos. Por otro lado, nosotros los romanos, mediante actos poco hábiles, violamos la santidad del Templo. Pero a nosotros se nos llama sacrílegos.

Objeté: –Ninguno de nuestros santos llevará jamás un símbolo pagano a los alrededores del Templo. ¡Ahí está la diferencia!

–¡Es posible! –dijo Metilio. Y se puso a pasear nervioso por la habitación. Finalmente exclamó: –¡Ahora sé por qué nuestra política choca constantemente con la santidad de vuestro Templo! ¡El Templo es cuestionado incluso entre vosotros! Y porque es puesto en tela de juicio en el interior del pueblo, ¡reaccionáis alérgicamente cuando se hace algo desde el exterior! El fanatismo

con el que defendéis a vuestro Templo contra nuestros supuestos ataques, se dirige en realidad contra vosotros mismos.

Metilio lo afirmó con insistencia, como si por fin hubiera dado en el clavo. A mi parecer, él subestimaba el papel desempeñado por los romanos.

–Es posible que el Templo sea objeto de discusión entre nosotros. Pero es objeto de discusión, precisamente por tener valor infinito para nosotros. Y lo tiene, porque nuestro Dios es invisible y quiere ser adorado sin imágenes. Precisamente por eso, nuestro corazón se apega al único lugar visible del mundo, en donde Dios ha prometido estar cerca.

Seguimos conversando todavía bastante tiempo sobre la situación religiosa y política del país. Metilio era inteligente. Comprendía en seguida las cuestiones de nuestra religión. En un punto merecía él completo crédito: Pretendía mantener la paz y el orden en el país con la menor opresión y el menor derramamiento de sangre posible. Tenía buenas intenciones. Y, no obstante, él estaba al servicio de un sistema que, en el sueño, se me había manifestado como la bestia salvaje: esa bestia que me tenía sujeto todavía entre sus despiadadas garras. Hoy había vuelto a sentir algo de esa crueldad despiadada. En el instante en que había esperado verme libre de ella, la bestia me había vuelto a atrapar. Otra vez me exigía que fuera traidor a mi propio pueblo. Y que, esta vez, fuera traidor quizás a personas que estaban cerca de mí. ¿Y todo ello, en nombre de la paz y el orden? ¿Era ésa una paz humana?

En el sueño vi entonces a un «hombre» que vencía a la bestia y me libraba de la pesadilla. Pero ahora no sentía ya nada. Me alegré al encontrarme de nuevo con Timón y Malco en nuestro barrio y al poder distraerme un poco con conversaciones inocuas. Sin cesar vagaban mis pensamientos hacia Barrabás, a quien conocía, y hacia Jesús, a quien no conocía, y sobre el que debía reunir datos en las próximas semanas. ¿Qué clase de persona era? ¿Un asceta como Bannos? ¿Un profeta como el Bautista? ¿Un tipo chiflado? ¿Un terrorista?

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Plantea usted de nuevo la cuestión fundamental: Dos siglos de exégesis histórico-crítica nos han hecho escépticos en cuanto a la posibilidad de dar valor histórico a nuestras fuentes. Sabemos: Las fuentes son tendenciosas, unilaterales y contienen no tanto una información histórica cuanto un mensaje religioso. Este escepticismo me lo habría yo pasado por alto en mi relato sobre Jesús. Usted pregunta en concreto: ¿Qué sabemos realmente acerca de Pilato?
Ciertamente, todas las fuentes proceden de hombres falibles. Pero si los hombres son incapaces de transmitir sin falsificaciones la verdad histórica, son igualmente incapaces de transformar de tal manera las fuentes, que se pierda por completo la verdad histórica. Ambas cosas tienen sus límites, dada la imperfección humana.
¿Me permite invitarle a un experimento con ideas? En el supuesto de que en la Palestina del siglo I de nuestra era se hubiera constituido una «Comisión para Inducir a Error a los Futuros Historiadores», una Comisión que hubiera conspirado para legarnos una imagen errónea de los acontecimientos de entonces, esa poderosísima Comisión no sería lo suficientemente poderosa para controlar y deformar todas las fuentes. ¿Podría haber convencido de hecho esta Comisión a escritores muy diferentes o a sus copistas a recoger en sus obras informaciones sobre Pilato: esas informaciones que leemos ahora en Filón, Josefo, Tácito y en los evangelios? La Comisión ¿habría recorrido Palestina para ocultar en lugares escogidos al azar monedas de cobre acuñadas por Pilato? ¿Habría encargado que se grabara una inscripción que se conservó para la posteridad al ser utilizada casualmente, más tarde, como peldaño de una grada del teatro de Cesarea? ¡Imposible!
El carácter casual de los restos arqueológicos y de las fuentes sobre Pilato nos dan la certeza de que Pilato vivió. Lo que los evangelios escriben sobre él, no contradice a las demás fuentes, pero tampoco pueden derivarse de ellas.

Los evangelios tienen, indudablemente, en lo que se refiere a Pilato, un «trasfondo histórico». Por lo que repecta a Herodes Antipas, podríamos aducir una prueba semejante. Pues también en este caso podemos contrastar los enunciados protocristianos con fuentes ajenas al Nuevo Testamento. ¿Y no habría que deducir entonces por analogía que las tradiciones sobre Jesús, contenidas en los evangelios, tienen también un trasfondo histórico? Esto no quiere decir que se identifiquen con la verdad histórica. Ve usted que mis juicios no son tan enteramente escépticos como los suyos. Precisamente por eso no desearía yo renunciar a su juicio crítico.
Hasta la próxima vez.
Disponga ahora y siempre de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

8

Indagaciones en Nazaret

Por fin me hallaba de nuevo en casa, en Séforis. Mi familia se había enterado de que yo estaba en prisión y se sintió extraordinariamente feliz de volver a verme. No dije el precio que había tenido que pagar para mi puesta en libertad. La prudencia calculadora y la vergüenza cerraron mi boca. Deseaba con toda mi alma que todo fuese un error, una pesadilla que se sacude al despertar. Pero no era una pesadilla. No era un error. Era realidad.

Acordamos con Baruc que él se incorporase a nuestro negocio. Era inteligente, sabía escribir y calcular. Sobre todo, había aprendido con los esenios cómo se administra un almacén de mercancías. Era un buen administrador.

Pero pasaré en seguida al tema principal: a mis indagaciones sobre Jesús. Lo más obvio era visitar, ante todo, su ciudad natal. Allí vivirían parientes o personas que le conocieran. Por lo demás, íbamos con frecuencia a Nazaret a comprar aceitunas. Luego las prensábamos en los lagares de Séforis para obtener aceite y lo vendíamos con pingües beneficios a los judíos que vivían en las ciudades de Siria. Ellos preferían comprar aceite de oliva galileo, porque lo consideraban puro y no había entrado en contacto con gentiles. Más aún, pagaban por nuestro aceite «puro» un precio muy superior al que vendía la competencia en los comercios paganos[1]. Y eso estaba muy bien. El negocio florecía.

1. Durante la Guerra Judía, el caudillo rebelde Juan de Guiscala logró grandes beneficios vendiendo aceite puro a judíos que vivían en Siria. Lo vendía a un precio ocho veces superior del que él había pagado por el aceite (Josefo *bell* 2,591s = II,21,2).

Marché a Nazaret, en compañía también de Timón y Malco. Generalmente comprábamos las aceitunas a alguno de los grandes agricultores. Pero, esta vez, tenía yo mucho interés en entrar en contacto con personas sencillas. No era difícil. Un agricultor llamado Tolomeo estuvo dispuesto inmediatamente a venderme toda su cosecha. Habitaba con su mujer Susana en una casa pobre. Tenían unos cincuenta años de edad y vivían solos. ¿Quizás no tenían hijos? ¿Quizás los hijos eran ya mayores? Regateamos mucho sobre el precio. No se lo rebajé demasiado. No quería que Tolomeo se pusiera de mal humor. Así me enteraría por él de muchas cosas. Después de cerrado el trato, nos pusimos a hablar. Estábamos sentados delante de su casa. Le acompañaba su mujer. Hablamos sobre el tiempo, la cosecha, el mercado de aceitunas, etc., mientras Timón y Malco cargaban en las cabalgaduras las aceitunas compradas.

Tolomeo y Susana parecían atribulados. Se lamentaban: –Ahora tenemos que hacerlo todo nosotros.

Les miré preguntándoles. Tolomeo explicó:

–Teníamos tres hijos robustos. Pero ahora no están ya.

–¡Qué horrible! ¿Se han muerto?

–No, están vivos. Pero se marcharon, así por las buenas. Y nos dejaron solos.

–¿Hubo conflictos?

–Nunca, en absoluto. Nos arreglábamos bien. Pero ¡hay tantos que hoy día se van!

–No podemos decir que la culpa la tuvieran los jóvenes —intervino Susana. –El primero que se largó de la aldea fue nuestro vecino Eleazar. Se marchó de repente, llevándose a la mujer y a los hijos.

–¿Y por qué se larga la gente?

–Eleazar era un labrador modesto, que vivía a duras penas de lo que le daba la tierra. Hace algún tiempo, tuvimos malas cosechas durante unos cuantos años sucesivos. Eleazar tuvo que comerse los granos para la siembra, a fin de no morirse de hambre. Comprar más granos de siembra resultaba caro, por la escasez general de cereales. El que tenía cereales de más, ganaba mucho dinero, pero a los más pobres les fue peor aún que antes. Eleazar se cargó de deudas. No podía pagarlas. ¿Qué hacer? ¿Vendería sus hijos en el mercado de esclavos de Tiro, como

otros habían hecho? ¡Jamás! ¿Se vendería él a sí mismo y vendería su familia a un judío más rico para volver a quedar libre, lo más tarde al cabo de siete años?[2]. ¿Aguardaría a que los acreedores le arrastraran ante el juez para que éste le metiera en la cárcel por deudas? ¿Y para ver luego cómo su mujer se quedaba en la miseria? Eleazar era un hombre consciente. Se rebelaba contra la miseria que le amenazaba. Desapareció juntamente con su familia, para ir a las montañas.

Yo sabía muy bien lo que eso quería decir: Allí había desaparecido también Barrabás, después de separarse de Bannos. Eleazar se había unido a los zelotas. Todos en Galilea sabían de qué iba la cosa. Y, así, dije:

–¡Qué bien que Eleazar se haya largado con toda su familia! De esta manera, nadie podrá presionar a su familia a causa de él. Hace poco oí que en Egipto había sucedido un caso semejante[3]. Un hombre empobrecido se había retrasado en los pagos. Por temor a los castigos puso tierra de por medio. Pero entonces el recaudador de impuestos, a quien él le debía el dinero, se llevó por la fuerza a la mujer de aquel hombre, a sus hijos, padres y parientes. Los golpeó y maltrató para que delataran dónde estaba el fugitivo o pagaran las deudas atrasadas. Pero ellos no podían hacer ni lo uno ni lo otro. Porque no sabían dónde estaba aquel hombre, y eran tan pobres como el fugitivo. Pero el recaudador de impuestos no les dejó libres, sino que los torturó y les dio muerte cruel. Ató con cuerdas un cesto repleto de arena, les colgó

2. A los esclavos judíos había que dejarlos en libertad, sin rescate, al séptimo año, a menos que ellos eligieran voluntariamente la esclavitud permanente (véase Dt 15,12ss). Los esclavos no debían venderse a no judíos, porque entonces no tendrían esperanza, fundada jurídicamente, de liberación. En cambio, los esclavos paganos seguían en perpetua esclavitud. Pero muchos de ellos se convertían al judaísmo. De esta manera disfrutaban de los privilegios de los esclavos judíos. Comprobamos, en general, que el judaísmo había limitado la esclavitud en forma asombrosa para su época. La esclavitud tenía un límite de tiempo. Pero, además, dentro del plazo de esclavitud, había también días de descanso fijados por la ley: los sábados.

3. La siguiente historia se debe a Filón, *de specialibus legibus* (Sobre leyes particulares) III,159-162. Claro está que esta historia se basa en acontecimientos típicos que ocurrían en Egipto. Pero la situación de las personas cargadas de deudas, en Palestina, solía ser también desesperada, como vemos por Mt 5,25-26 y 18,23-35. La prisión por deudas, que se supone en estos pasajes, es desconocida en el derecho judío y muestra que los judíos habían quedado bajo la aplicación de leyes extranjeras.

de la cerviz esa pesada carga y los expuso al aire libre en la plaza del mercado para que desesperaran, castigados por el azote del aire y del sol abrasador, por la vergüenza pública y por la carga que pesaba sobre ellos. Para los que veían el triste espectáculo, aquello servía de escarmiento en cabeza ajena. De hecho, algunas personas endeudadas se han quitado a sí mismas la vida por la espada o por veneno o ahorcándose, porque una muerte sin torturas les parecía una dicha en medio de la desdicha. Y los que no habían atentado contra sí mismos, fueron buscados uno por uno, como en los casos de herencia, primero los parientes más cercanos y, después de ellos, los parientes en segundo y tercer grado hasta llegar a los parientes más lejanos; y cuando ya no quedaron parientes, se empezó con los vecinos. Ciudades y pueblos enteros perdieron de esta manera sus habitantes, porque se habían marchado todos para esconderse.

El matrimonio me había escuchado con atención: –Si siguen así las cosas entre nosotros, pronto las aldeas se quedarán vacías,... como en algunas regiones de Egipto. Desaparecerán todavía más, lo mismo que desapareció Eleazar.

Me atreví a hacer otra pregunta: –¿Se marcharon vuestros hijos por razones parecidas?

–Las razones eran distintas –explicó Tolomeo.– Somos pobres, pero hasta ahora hemos ido tirando. Nuestros hijos podían haberse quedado. Pero nuestro vecino Eleazar les sirvió de ejemplo. Mostró a todos los de la aldea que había una salida, cuando uno no sabe ya por dónde tirar.

Susana asintió: –Sin el ejemplo de Eleazar, nuestros hijos se habrían apañado quizás. Pero desde entonces empezaron a decir que estaban cansados de aguantar y aguantar.

Tolomeo continuó: –El primero en desaparecer fue nuestro hijo mayor, Filipo. Juntamente con otros de nuestra aldea, había firmado un contrato de arrendamiento con un terrateniente: Debían entregar al propietario la mitad de los productos de la tierra arrendada, y podían disponer de la otra mitad. De ella tenían que vivir como pudieran. Conviene saber que el propietario vive muy lejos, en Tolemaida, en la costa del Mar Mediterráneo, y hace que sus propiedades se las administre un encargado. Todos los años viene de Tolemaida un enviado para recoger la mitad de la cosecha. Lo único importante para él es obtener ganancias. Cuando vende los productos en un momento favorable y a principios

de temporada, suele ganar más algunas veces que dejando que todos los cereales maduren y esperando a que el mercado esté abarrotado de ofertas. Cuando la cosecha es tempranera, los precios que se pagan son mucho más elevados. En cambio, los arrendatarios están interesados en recoger la mayor cosecha posible. Porque tienen que vivir de ella. Quieren recogerla cuando ya esté en sazón. Por eso, despidieron al enviado con las manos vacías. El propietario envió otros dos encargados, que se presentaron llenos de amenazas: Si no entregaban inmediatamente los productos de la cosecha, los llevaría a los tribunales y los arruinaría. Filipo y los demás arrendatarios estaban indignados. Azotaron a los dos encargados y los echaron de nuestra aldea[4]. Ahora es cuando les podían llevar a los tribunales. ¿Qué hacer? El tribunal de Tolemaida había dado siempre la razón al propietario, tanto más que era un hombre de ciudad el que procedía contra unos pueblerinos. Sólo quedaba una posibilidad: desaparecieron y se echaron al monte.

–Yo también tengo amigos que se han echado al monte –dije. Pensaba en Barrabás, que se había hecho «zelota» no por necesidades económicas sino por convicción.

Tolomeo me miró agradecido por no condenar a su hijo: –Muchos creen que los que se han echado al monte son bandidos. Pero hay también personas que no sabían cómo salir de la desesperación. Eleazar y Filipo son buenos muchachos.

Su mujer tomó la palabra: –No todos se echan al monte. El caso de nuestro hijo Jasón fue distinto. Para poder existir, no sólo cultivamos nuestras tierras sino que además aceptamos los trabajos eventuales que se nos ofrecen, como temporeros o jornaleros. Por eso, Jasón acudía con frecuencia a la plaza del mercado, donde se reunían todos los que buscaban trabajo[5]. Allí los agricultores ricos y los administradores contratan los trabajadores que necesitan. A veces hay que aguardar muchísimo tiempo. Y a menudo no sale en todo el día ningún trabajo. Entonces había quien le llamaba «holgazán». ¡Qué más hubiera

4. Semejantes incidentes se presuponen en la parábola de los «viñadores homicidas» (Mc 12,1-9). Se conservan cartas de Zenón, escritas en papiro y que datan del siglo III a.C., en las que se ve que él se esfuerza inútilmente en cobrar deudas: el encargado de pasar a cobrarlas es expulsado de la aldea (véase CPJ I, n.° 6, p. 129s).

5. El desempleo se considera un problema social en Mt 20,1-16.

querido él que trabajar! Cuando se reunía con otros desempleados, conversaban de las grandes ciudades, donde hay más posibilidades de trabajar. Cuanto menos trabajo encontraban aquí, tanto más soñaban en aquello. Tampoco Jasón veía aquí ninguna perspectiva. El sabía que, un día, heredaría parte de nuestras tierras. Pero aun eso sería poco para alimentar una familia. Un día recogió sus cosas y se marchó a Alejandría. El año pasado nos escribió diciendo que le iba bien; que, cuando reuniera un poco de dinero, nos visitaría; pero que ahora no era posible.

Tolomeo inclinaba su cabeza en señal de asentimiento: –No sé si los jóvenes no se habrán creado una imagen de ensueño de lo que sucede allá. Hablan constantemente de los que en el extranjero han logrado riqueza y prestigio. Pero de muchos otros no se ha sabido nada.

Susana prosiguió: –De todos modos, es mejor marcharse al extranjero que volverse loco aquí. Cuando salgas de la aldea, encontrarás unos cuantos mendigos dementes. También ellos tuvieron su casa y su labranza. Pero, al verse en apuros, se volvieron locos. Están poseídos. Se les ha metido dentro un demonio. Ahora andan por los sepulcros y salen a los caminos. La mayoría de ellos mueren muy pronto. Hasta que llega ese momento, se alimentan malamente de lo que les dan sus antiguos conocidos de la aldea. ¡Gracias a Dios, ninguno de nuestros hijos se volvió loco! Pero yo estuve a punto de perder el juicio, cuando nuestro último hijo nos abandonó.

La mujer tenía los ojos empapados en lágrimas. Miré a Tolomeo como para preguntarle. El me explicó:

–Lo peor fue que también Bartolomé nos dejó. Mi mujer sigue todavía sin comprenderlo.

–Pero, ¿por qué se fue él? Una vez que se habían ido los otros dos, él habría podido alimentar bien con vuestras tierras a una pequeña familia.

–Precisamente por eso, no hay quien lo comprenda –dijo Susana.– Los otros dos se marcharon por necesidad. Se encontraban en situación apurada. Pero el más joven habría podido quedarse. Por lo menos uno tendría que haberse quedado con sus padres.

Tolomeo dijo con voz apagada: –Seguro que volverá. Estuvo ya una vez de visita. Es cierto: No se marchó lo que se dice por necesidad. Pero una especie de necesidad le impulsaba a hacerlo.

Bartolomé era un joven sensible. Tenía amistad con los hijos de nuestro vecino, con los hijos de Eleazar. No pudo comprender jamás por qué ellos tuvieron que convertirse lo que se llama en «bandidos». Sufrió mucho por ello. Fue para él otra conmoción, cuando sus hermanos nos dejaron. Bartolomé dudaba de este mundo, que está organizado con tantas injusticias. El sabía: Las cosas no pueden seguir así. Los ricos no pueden oprimir siempre a los pobres; los jueces no pueden estar siempre en favor de los poderosos; los extranjeros no pueden sojuzgar eternamente el país. Esto tiene que cambiar alguna vez. Las injusticias de la tierra claman al cielo. Dios lo ve y lo oye todo. El no permitirá que sigan así las cosas. El hará que todo cambie de manera decisiva y cuidará de que todos sean saciados; de que los jóvenes encuentren un lugar en este mundo; de que los ricos cedan, y de que los opresores pierdan el poder. Dios mismo se enseñoreará entonces.

–Muchos aguardan el reino de Dios –dije.– Pero no por eso abandonan a sus padres.

–¡Ahí está la cuestión! –dijo Tolomeo.– El no lo hizo tampoco espontáneamente. Uno de nuestra aldea le convenció. Se llama Jesús. Recorre el país y proclama que el reino de Dios comienza ya ahora. No hay que aguardar hasta un futuro lejano para que las cosas cambien. El cambio decisivo se está produciendo ya. Es lo más importante que hay en el mundo: más importante que el trabajo y la familia, más importante que el padre y la madre. Bartolomé, con ocasión de su visita, me refirió algunas palabras de Jesús. Son muy hermosas:

¡Felices vosotros, los pobres,
porque el reino de Dios os pertenece!
¡Felices vosotros, los que ahora tenéis hambre,
porque seréis saciados!
¡Felices vosotros, los que ahora lloráis,
porque reiréis![6].

6. Véase Lc 6,20-21. La versión que encontramos en el lugar paralelo de Mateo, hace de los pobres en sentido económico «pobres en espíritu» (Mt 5,3). Se trata, evidentemente, de una nueva formulación de la bienaventuranza, que no corresponde ya al tenor original.

Diciendo estas palabras, Jesús recorre el país, y les dice a algunos jóvenes que aquí ya no aguantan más: ¡Sígueme! Todo será distinto. Los pobres no serán ya pobres; los que tienen hambre, no tendrán ya nunca hambre; los que lloran, no llorarán ya más.

Entonces intervino Susana. Estaba excitada, evidentemente: –Ese tal Jesús es un seductor perverso. Echa a perder a los jóvenes. Sus palabras suenan muy bonitas: ¡Felices los que lloráis, porque reiréis! Pero ¿qué logra de hecho? Logra que haya padres que lloren por los hijos que han perdido. Promete que todo va a cambiar. Pero ¿qué es lo que él hace que cambie? Hay familias que quedan deshechas, porque los hijos han escapado de casa de sus padres.

Tolomeo defendía a su hijo: –¿No es mejor que se haya ido en pos de ese Jesús que no que se hubiera echado al monte? ¿No es preferible que el muchacho viva con nueva esperanza que no que pierda el juicio? ¿Y no es mejor que se quede en Galilea que no que se marche al extranjero? El muchacho puede volver en cualquier momento. Yo no he perdido la esperanza.

Susana le contradijo: –¡Por qué no quiere quedarse con nosotros!–. Tolomeo apartó la mirada. No quería discutir sobre esas cosas ante un extraño. Pero Susana se había disparado ya y exclamó llena de indignación: –Cuando el muchacho estuvo aquí, le hablé con dureza para pedirle explicaciones. Le dije: Lo que estás haciendo es inmoral. Nos estamos haciendo viejos. Os hemos criado. Sois nuestros hijos. ¡Y ahora nos abandonáis! ¿Sabéis lo que me dijo? Una vez vino a ver a su Maestro alguien que quería seguirle, pero quería enterrar primero a su padre, que había fallecido, y entonces Jesús le dijo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos»[7], y le exigió que le siguiera inmediatamente. ¿No es inhumano? ¿Es que los padres ya no son nada? ¿Somos los padres como cadáveres de animales, a los que no hay por qué darles sepultura?

Luego me vino con otra sentencia de Jesús, no menos repulsiva:

Si alguno viene a mí,
y no aborrece a su propio padre, y madre,

7. Mt 8,21-22.

y esposa, e hijos,
y hermanos, y hermanas,
y hasta su propia vida,
no puede ser mi discípulo[8].

¿Qué tiene vigencia aún en la vida, si uno no puede fiarse ni de sus propios familiares? Es triste que esos jóvenes nos hayan abandonado. Pero que lo hayan hecho movidos por tales consignas, ¡es horrible!

Pregunté: –Ese tal Jesús es oriundo de vuestra aldeas. ¿Qué dicen sus familiares acerca de tales doctrinas?

Susana se rió: –Creen que ha perdido el juicio. Una vez quisieron obligarle a que volviera a casa. Pero no pudieron llegar hasta él. ¡Había a su alrededor tantos que le escuchaban! Entonces le mandaron recado: Tu madre y tus hermanos están aquí y quieren hablarte. ¿Qué respondió? Preguntó: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?» Y señalando entonces a sus oyentes, añadió: «Cualquiera que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre»[9].

Susana prorrumpió en sollozos. Tolomeo la abrazó al mismo tiempo que acariciaba suavemente sus cabellos. También él tenía lágrimas en los ojos.

Entretanto Timón y Malco habían terminado su faena y me hacían señas de que ya podíamos partir. Queríamos llegar a Séforis antes de la puesta del sol. Así que nos despedimos.

¡No cabía duda! ¡Ese tal Jesús tenía aspectos repulsivos! Recordaba en algunas cosas a los esenios. Tanto en un caso como en otro había un poder siniestro que se ejercía sobre los jóvenes, y la ruptura radical con todo lo de alrededor, y el menosprecio de la riqueza. Tanto en un caso como en otro se tenía puesta la esperanza en un cambio radical. Y, no obstante, había una gran diferencia: Jesús no estaba respaldado por una comunidad bien organizada con tesoros ocultos. Jesús no ofrecía casa, no ofrecía seguridades. No ofrecía absolutamente nada. Tampoco se retiraba al desierto, sino que iba recorriendo el país. Al parecer, donde

8. Lc 14,26.
9. Mc 3,21.31-35. Pudiera ser histórico el que la familia de Jesús hubiera tenido relación tensa con él, durante su vida. Pero vemos más tarde que hay familiares de Jesús que pertenecen a la comunidad cristiana (por ejemplo, Santiago, hermano del Señor; véase Gál 1,19).

más se detenía era en las cercanías del lago de Genesaret, entre Cafarnaún y Betsaida. Si me encuentro alguna vez con él, saludaré a Bartolomé. Así me lo había encargado Susana, al despedirnos.

Yo no podía juzgar si Jesús constituía un peligro para la seguridad del Estado. Pero sí lo constituía, desde luego, para las familias de Nazaret. Recordé entonces un viejo oráculo profético sobre el fin de los tiempos: «El hijo trata con desdén al padre, la hija se levanta contra la madre, y la nuera contra su suegra; los enemigos del hombre son los de su casa»[10]. ¿Se estarían cumpliendo ahora estas palabras sobre la escisión de las familias?

10. Miq 7,6. En Lc 12,53 se presupone que la profecía del libro de Miqueas se cumplió en la predicación de Jesús.

Muy estimado Profesor Kratzinger:

Usted considera otra vez con escepticismo histórico radical mi tesis de que Jesús se relacionaba con las clases bajas de la sociedad. Según usted, sabríamos demasiado poco acerca de Jesús, para encuadrarlo socialmente de esta manera. A diferencia de lo que ocurre con Pilato, sigue diciendo usted, no habría fuentes extrabíblicas acerca de Jesús; sólo unas cuantas observaciones hechas por escritores antiguos y que, en opinión de la mayoría de los especialistas, no dirían nada de importancia sobre él.

Estamos de acuerdo en que la gran sección en que Josefo habla de Jesús (*ant* 18,63s = XVIII,3,3) fue elaborada e incluso interpolada por cristianos. Pero no considero sospechoso el relato de Josefo sobre la ejecución de Santiago, hermano del Señor, en el año 62 de nuestra era (*ant* 20,197-203 = XX,9,1). Josefo habla en él de «Jesús, que fue llamado el Cristo». Tampoco es sospechoso el pasaje en que Tácito habla de los «cristianos», a quienes Nerón echó la culpa del incendio de Roma en el año 64. Tácito dice que el nombre de «crestianos» se deriva de «Cristo» y nos informa que «(Cristo) fue ejecutado durante el reinado de Tiberio, a iniciativa del procurador Poncio Pilato» (*ann* XV,44,3).

Por estas observaciones podemos deducir que Jesús entró en conflicto con las clases dominantes. Un procurador romano es responsable de su muerte. La aristocracia judía persigue más tarde a sus adeptos. También Suetonio (*Claudius* 25) y Plinio el Joven (*ep.* X,96) mencionan a Jesús al referirse a los conflictos que sus seguidores tenían con las autoridades.

Estas fuentes ¿no dicen realmente nada de importancia? Dicen que Jesús, con gran probabilidad, no pertenecía a las clases altas, y que los responsables de su ejecución no fueron «los judíos» sino un funcionario romano. La historia del cristianismo sería diferente, si ambas cosas se hubieran tenido siempre en cuenta. Estas escasas fuentes antiguas dicen mucho acerca de Jesús –y dicen también mucho acerca de los exegetas de métodos histórico-críticos a quienes dicen tan poco.

La cuestión sobre el encuadramiento social de Jesús será importante también para la continuación de este relato. ¿Podré convencerle de mi manera de ver las cosas?
Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

9
En las cuevas de Arbela

Aproveché la primera ocasión para hacer un viaje de negocios de Séforis a Betsaida-Julias. En compañía de Timón y Malco crucé la llanura de Asoquis en dirección al lago de Genesaret. Durante el regreso pensaba visitar a Juana y a Jusá en Tiberíades.

Tenía esperanza de encontrar a Jesús en la ribera septentrional del lago o hallar, al menos, vestigios de él. Sin embargo, no ardía en deseos de conocerle. Probablemente, no llegaríamos a entendernos. Procedíamos de dos mundos distintos: yo, de una familia acomodada que vivía en la ciudad más moderna de Galilea; él, nacido en condiciones modestas en una aldea insignificante. Sonaban todavía en mis oídos las palabras de Jesús que Tolomeo me había referido: palabras duras e implacables:

«Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja,
que un rico entre en el reino de Dios»[1].
«Nadie puede servir a dos señores,
porque aborrecerá a uno y amará al otro,
o será fiel a uno y menospreciará al otro.
No podéis servir al mismo tiempo a Dios y a los bienes»[2].
«¡Ay de vosotros los ricos,
porque ya habéis recibido vuestra porción»[3].

1. Mc 10,25: Estas palabras dicen que es imposible que un rico entre en el reino de Dios.
2. Mt 6,24.
3. Lc 6,24. En el trasfondo se halla la idea de que a cada uno se le da una determinada porción de «felicidad». Los ricos han recibido ya su porción. Por eso, ahora les toca a los pobres.

En tales sentencias ¿no se expresaba el menosprecio de la población rural pobre hacia los habitantes ricos de las ciudades? Cuando se era rico, no se escuchaba con mucha satisfacción palabras como esas. ¿No sería Jesús uno de esos que se aprovechan de la necesidad y miseria de la gente sencilla para suscitar alborotos? ¿No sería uno de los que atizan el odio contra los ricos? ¿No sería uno de los que fomentan esperanzas nada realistas de que todo cambiará si se priva de sus bienes a los ricos y de su poder a los poderosos? ¡Se comprende que corran en pos de él los jóvenes que viven en pobreza agobiante!

Cabalgaba así, absorto en mis pensamientos, por el camino que conduce de Séforis a Betsaida. Era una día hermoso. El verdor de los campos fulgía con los rayos del sol. En las colinas tremulaban los huertos escalonados en terrazas como motivo de un cuadro de pinceladas paralelas. Los árboles frutales ponían una nota de sombra en aquella claridad. Galilea era un país maravilloso: un país en el que todos sus habitantes podían tener suficiente para comer[4]. ¿Aquella tierra no debía alimentar a todos? Al contemplarla, ¿no se le ocurría a uno que la necesidad y la miseria no fueron designio de la creación?

Creador del mundo,
eres infinitamente grande,
estás revestido de hermosura
y te envuelves con un manto de luz.
Te sentimos en el enigma del tiempo
y en el misterio del espacio.
Te manifiestas en las maravillas del mundo
y te ocultas en el sufrimiento de las criaturas.
Tú duermes en la piedra, y sueñas en la flor.
Tú te mueves en el animal
y hablas al hombre.
La luz la trasformas en vida

4. Consúltese la descripción de Galilea que hace Josefo: Galilea «es fértil en toda su extensión y rica en pastos y está cubierta, además, de árboles de todas clases, de forma que su abundancia alegra aun al que no tiene afición a las labores del campo. Por eso, todo el terreno es cultivado por sus habitantes, sin excepción alguna, y ninguna porción queda baldía. También las ciudades son numerosas y la población de las aldeas es considerable, porque la tierra es fértil, de forma que aun la aldea más pequeña cuenta, por lo menos, con 15.000 habitantes» (*bell* 3,42-43 = III,3,2). Las cifras son quizás un poco exageradas.

y la lluvia en crecimiento.
Haces que crezca grano y vino
para todos los hombres,
para los ricos y para los pobres,
para los negros y para los blancos.
Señor, tuya es la tierra,
tu vergel, que tú nos diste[5].

Era realmente un día magnífico. Y habría seguido siendo una día magnífico, si de repente un grito atroz no me hubiera sacado de mis pensamientos. Todo pasó vertiginosamente. Cayó sobre nosotros una banda de hombres armados. Unos quince contra nosotros tres. No teníamos ninguna posibilidad. Antes de que pudiéramos pensar siquiera en ofrecer resistencia, nos atacaron, nos derribaron de nuestras cabalgaduras, nos maniataron y nos vendaron los ojos, llevándonos por una senda que conducía a lo alto de la montaña.

Volví a sentir miedo. Mi corazón latía aceleradamente como si fuera a estallar. De todos los poros brotaba sudor frío. Los músculos se habían agarrotado. ¿Qué nos harían aquellos malhechores? ¿Eran bandoleros corrientes? ¿Por qué no nos habían robado el dinero inmediatamente, dejándonos luego escapar? Hablaban entre ellos con gritos breves e ininteligibles. Nada revelaba el sentido y la finalidad de aquel asalto. Traté de dirigirles la palabra. Ni caso.

Caminamos durante tres horas por la serranía. La altitud era cada vez mayor. El camino se hacía más empinado. De repente nos detuvimos. Alguien dijo: –Ahora tenéis que descender por unos escalones muy estrechos y descolgaros por escalas. ¡Cuidado! Un paso en falso os costaría la vida. Al fondo hay un abismo–. Pero ni aun entonces nos quitaron las vendas de los ojos. No debíamos ver en absoluto por dónde íbamos. El sendero descendía tallado en parte en la roca. Y a ratos había que descolgarse por escalas de cuerda. Avanzábamos lentamente, tanteando como ciegos. Nuestros acompañantes nos avisaban de los pasos difíciles, indicándonos dónde había que posar los pies. Mientras tanto se me ocurría: Si quisieran desembarazarse de mí, no tendrían que darme más que un empujón.

5. Según motivos del salmo 104.

Por fin tuvimos terreno firme bajo los pies. Tuvimos que agacharnos mucho para arrastrarnos a través de una estrecha abertura. Oí cómo Timón, Malco y algunos acompañantes se alejaban en otra dirección. Me dieron vueltas hacia un lado y el otro hasta que perdí toda orientación. Entonces me quitaron la venda de los ojos. Me hallaba en una habitación oscura, iluminada débilmente por una lamparita de aceite. Las paredes eran de roca viva. Los ruidos delataban la presencia también de otras personas. Pero por el momento me dejaron solo, no sin atarme antes los pies.

Se me ocurrió una idea: ¡las cuevas de Arbela! Debían de ser éstas. En ellas se habían guarecido ya desde siempre los luchadores de la resistencia. Mi padre me había contado muchas veces cómo había luchado contra ellos el rey Herodes el Grande. Era una historia triste. En mi interior escuchaba su voz, que me la refería[6]:

–Las cuevas de Arbela se hallaban en empinadas laderas, cortadas a pico, y no eran accesibles directamente desde ninguna parte. Había que trepar hasta ellas por laderas muy abruptas y estrechas. La masa rocosa en la que se abría el acceso a estas cuevas estaba rodeada de muy profundos precipicios y era accidentada y abrupta. Por eso, Herodes se vio en apuros durante mucho tiempo y no pudo atacar a los rebeldes por lo accidentado del terreno. Por fin tuvo una ocurrencia muy peligrosa. Mandó que descolgaran en cajones a los soldados más valientes. De este modo, sus mejores hombres pudieron penetrar en las cuevas. Los soldados arrojaban dardos encendidos sobre todos los que les ofrecían resistencia y los masacraron, a ellos y a sus familias. En realidad, Herodes quería apresar vivos a algunos y dio orden de que se les permitiera salir. Pero nadie se entregó voluntariamente. Muchos prefirieron la muerte al cautiverio. Entre los luchadores de la resistencia se hallaba también un anciano con sus siete hijos. Su mujer y sus hijos le pidieron que les permitiera acogerse a la oferta de gracia y les dejara salir de la cueva. Pero él los mató a todos de la siguiente manera: Les dijo que fueran

6. Lo que sigue a continuación está tomado casi literalmente de Josefo *bell* 1,310-313 = I,16,4. Las cuevas de Arbela eran mucho más pequeñas que las que aquí se describen. Sin embargo, en el desierto de Judá hay conjuntos de cuevas utilizadas por los luchadores de la resistencia. Nosotros, en cierto modo, las hemos «trasladado» a Galilea.

saliendo uno por uno. Y él se colocó a la puerta y fue matando de un lanzazo a cada uno de sus hijos, según salía. Herodes lo veía todo desde lejos y sintió compasión. Prometió perdonar la vida también al anciano y le pidió que no siguiera matando a sus hijos. Pero estas palabras no causaron impresión alguna en aquel hombre. Antes al contrario: insultó a Herodes por su vil origen, terminó de matar a sus hijos y mató a su mujer, arrojando los cadáveres al abismo, y por fin se despeñó él mismo.

¡Y ahora me encontraba yo en las cuevas de Arbela! Habíamos caído en manos de fanáticos. El que está dispuesto a matar a sus propios hijos, matará también a quien sea, si sus convicciones se lo exigen. Aquel anciano fanático ¿no podría haber dicho también las palabras de Jesús: «El que no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos..., no podrá ser mi discípulo»? Ese tal Jesús ¿no sería un zelota? Sólo que no se ocultaba en cuevas sino que enseñaba públicamente y, con eso, su mensaje no parecía tan claramente revolucionario.

Oí pasos. Un leve resplandor dibujó imprecisas siluetas sobre las paredes de roca. Se me acercó un hombre. Llevaba una lámpara de aceite, apantallándola para que yo no viera su rostro. Dijo:

–Serás nuestro prisionero hasta que tu familia pague por ti un rescate. Hemos examinado vuestro equipaje. Sois gente adinerada. Exigimos medio talento de plata, pagadero en un plazo de treinta días. Enviaremos a casa a tus dos esclavos para que lleven el mensaje. Ahora vas a escribir una carta con todas nuestras condiciones para el rescate.

Me atreví a poner una dificultad: –¿Y si mi familia no paga? ¡Medio talento de plata es mucho dinero!

El otro respondió calmudamente: –También eso le saldrá caro a tu familia. Las tumbas cuestan mucho dinero. El cadáver lo suministramos nosotros.

–¿Y si no escribo la carta?

–Entonces habrá tres entierros.

–¿Vais a matarnos realmente por dinero?

–Tengo orden de no discutir contigo sobre nada. ¡Escribe la carta! De ti depende que todo termine bien.

Aquellas palabras fueron como un latigazo en la cara. Sólo podía una cosa: pagar con odio la gélida frialdad de mis secuestradores. En aquel instante dejaron de ser para mí seres humanos.

Se transformaron en demonios y bestias. Tan sólo el recuerdo de la historia sobre el anciano y sus siete hijos atenuaba un poco mis sentimientos. En una ocasión admiré el heroísmo de aquel hombre. Nuestros secuestradores ¿tendrían esa misma madera de héroes? La idea me alentó a tratar de entablar otra vez un diálogo:

–¿Por qué hacéis todo eso?

Pero el otro me fulminó en seguida: –¡Se acabó de hablar! ¡Escribe!

En silencio empezó a desatar las ataduras de mis manos. Me dieron una hoja de papiro, pluma, tinta y una pequeña mesa de escritorio. Mientras lo preparaba todo para escribir, reflexionaba agitadamente: ¿Preguntaría por Barrabás? Sabía muy bien que los zelotas solían estar divididos en grupos rivales. ¿Pertenecería Barrabás a otro grupo? ¿Y si había abandonado ya a los zelotas, y éstos le consideraban traidor? No, podía salir del lodo y caer en el arroyo. No debía precipitarme a jugar mis bazas... tan escasas. Por tanto, escribí la carta:

Andrés saluda a su padre y a su madre: Espero que os vaya bien. No dejo de pensar en vosotros. Pero lamento deciros que me ha sucedido una desgracia muy grande. Me han secuestrado unos bandoleros. Exigen como rescate medio talento de plata y os dan un plazo de 30 días para reunir el dinero. Han amenazado con matarme a mí y a los demás. Pero tened confianza: Escapé de las prisiones de los romanos y escaparé también de este cautiverio.
Saludos a Baruc.
Timón y Malco os llevarán personalmente la carta.
La paz sea con todos vosotros.

Estaba seguro de que los secuestradores leerían la carta, antes de enviarla. Si se enteran de que Pilato me metió hace poco en la mazmorra, quizás me traten mejor. Entregué la hoja de papiro al guardián que me vigilaba con cara adusta. Recogió la carta sin mirarla. A lo mejor ni sabía leer. Me sentí decepcionado. Antes de marcharse, volvió a atarme las manos. Después oí cómo desaparecía en el laberinto de recovecos de las cuevas. Estaba solo.

Cavilaba: Aquellos hombres ¿serían los jóvenes que habían desaparecido de las aldeas galileas? ¿Serían gente como Eleazar y Filipo, que habían sufrido injusticias? ¿Y que ahora cometían, a su vez, injusticias? ¿Qué les había pasado que, a sangre fría, amenzaban con asesinar a personas de lo más natural del mundo?

Hace sólo unos cuantos días, cuando me hallaba en casa de Tolomeo, sentí comprensión y simpatía por los zelotas: El que se rebela contra una situación desesperada, merece nuestro aprecio. Pero ahora me daba cuenta de que ese aprecio y esa simpatía se habían desintegrado. El que, maniatado de pies y manos, estaba cautivo en sus cuevas y no sabía cuál sería su destino, perdía toda admiración por el heroísmo de los luchadores de la resistencia. Se sentía intenso menosprecio hacia ellos: menosprecio como frente a Pilato. Se sentía angustia por verse desvalido y a merced de un poderoso que podía disponer de la vida y la muerte. Se sentía encono y amargura por la desvergonzada explotación de los que estaban entregados al capricho de otros. ¿Acaso Pilato no me había chantajeado y amenazado de la misma manera, aunque, eso sí, con un poco más de habilidad y finura? ¿No había puesto en juego, también él, todo su poder? ¿En qué estaba la diferencia?

Cerré los ojos. En mi imaginación estaban todavía algunas escenas de Galilea: aquella claridad maravillosa de los valles y de las colinas; el sol que brillaba en una atmósfera purísima. ¡Qué hermoso todo aquello! Pero ¡qué horrible lo que sucedía debajo del sol! ¡Cómo se explotaban los hombres unos a otros! ¡Cómo se chantajeaban, se amenazaban y se aprovechaban unos de otros! Y sobre todo ello amanecía y se ponía el sol, como si todas esas maldades no le importaran. Recordé viejas palabras:

«Yo volví mis ojos a todas las opresiones que se cometen bajo el sol: ahí están las lágrimas de los oprimidos, y no hay quien los consuele. La fuerza está del lado de los opresores, y no hay nadie que les dé su merecido. Entonces tuve por más felices a los muertos, porque ya están muertos, que a los vivos, porque viven todavía; y consideré más feliz aún al que todavía no ha existido, porque no ha visto las infamias que se cometen bajo el sol»[7].

Con los ojos de mi imaginación veía el sol. ¡Qué hermoso, si volviera a verlo en la realidad!

No sé cuánto tiempo me quedé mirando a la débil luz de la lámpara de aceite. Era cerámica extranjera, de Tiro. Probable-

7. Ecl 4,1-3.

mente era obra de un artesano fenicio. Y un comerciante galileo la había traído a Palestina. ¿O sería parte del botín de un atraco? Ahora, aquella lamparita de aceite lucía en las cuevas de Arbela. Y mi esperanza se mezclaba con aquella luz débil pero constante.

Otra vez se acercaban pasos. Me libraron de las ataduras y me llevaron a una habitación. Varios hombres, sentados en círculo. No podía reconocer sus rostros. El espacio estaba muy tenuamente iluminado. Parecía el escenario de un juicio. ¿Me someterían a interrogatorio? Delante de mí estaba sentado alguien, a una altura superior. Seguramente era el presidente. Me dirigió la palabra:

–Andrés, hijo de Juan. ¿Es verdad que los romanos te prendieron?

Me habían salido las cuentas. Me sentí aliviado. Habían leído la carta y mordido el anzuelo. Les referí detalladamente la manifestación contra Pilato y terminé con la idea de que el motivo propiamente tal de la manifestación no había sido el acueducto de Pilato. Lo decisivo fue el dinero: Los romanos, por medio de tributos, estaban esquilmando injustamente el país. Y ahora se proponían nada más y nada menos que reclamar para sí el único tributo justo: el tributo que había que pagar al Templo. Había que resistirse a eso.

El presidente se dirigió a uno de los miembros de aquella especie de tribunal: –Tú estuviste en la manifestación. ¿Confirmas la veracidad de esa declaración?

El interpelado contestó afirmativamente. Es verdad que no me reconoció entre los manifestantes. Pero había oído decir que dos jóvenes de Séforis habían sido encarcelados injustamente. No porque hubieran cometido ningún delito, sino porque eran notoriamente enemigos de los romanos.

De nuevo hizo uso de la palabra el presidente:

–Puesto que tú estás contra los romanos, vamos a renunciar a pedir rescate. Pero necesitamos una prueba de que estás de nuestra parte. Los romanos nos exigen tributos injustos. Te pedimos a ti y a tu familia que nos paguéis a nosotros, todos los años, como impuesto revolucionario la misma suma que pagáis como tributo a los romanos. Como contraprestación, de ahora en adelante dejaremos pasar libremente vuestras caravanas de mercaderías y vuestros mensajeros. Es una buena oferta.

En realidad era un chantaje. Pero ¿qué podía hacerse? En toda Galilea corrían rumores sobre tales acuerdos. Los bandoleros

y los zelotas cobraban periódicamente un canon a los comerciantes. Tan sólo así podía disminuir el número de atracos. La oferta, hasta cierto punto, se atenía a las «prácticas comerciales» corrientes. Tan sólo el precio era desvergonzadamente alto. Comencé a regatear.

–Las autoridades nos imponen tributos injustos únicamente a los judíos, pero no a los gentiles. Tenemos en Séforis unos cuantos esclavos gentiles. A ésos no tenemos que declararlos a efectos tributarios.

Me guardé muy bien de decir que Timón era un esclavo gentil sólo a medias. Era una de aquellas personas a las que llamamos «temerosos de Dios»: creen en un solo Dios y observan los diez mandamientos, participan en el culto de la sinagoga, pero no se dejan circuncidar. Mientras Timón estuviera en poder de esa gente, no debía conocerse este detalle. Pues se contaba que los zelotas ponían a la gente ante la disyuntiva: ¡o circuncidarse o morir!, en cuanto se habían enterado de que alguien aceptaba la fe judía.

Para sorpresa mía, los zelotas aceptaron mi argumento. Los que tenían uno o dos esclavos gentiles, no tenían que declararlos para calcular la cuantía del tributo. Seguí apretando:

–Nosotros, en Galilea, no pagamos los tributos directamente a los romanos sino a Herodes Antipas, quien da a su vez a los romanos una parte de los mismos. Por tanto, hay que deducir también por este concepto cierta cantidad. Herodes Antipas es judío. Es nuestro príncipe legítimo.

–¡Es un idumeo! –me respondieron. –Los de la familia de Herodes se han hecho por la fuerza con el poder.

Después de unos cuantos forcejeos, logré otra pequeña reducción del impuesto revolucionario, al prometer que de vez en cuando les suministraría informaciones. Para ello, podía venderles bien mi falsa información sobre los inminentes controles en el territorio limítrofe entre Tolemaida y Galilea. Me di cuenta de cómo me iba sintiendo cada vez más seguro durante aquella negociación. Cuando los hombres comienzan a comportarse como negociantes, se pueden predecir mejor sus reacciones. Un pícaro comerciante es más agradable que un fanático terrorista.

Al final, el presidente dijo con satisfacción:

–Ha sido un buen negocio: un negocio que redunda en interés de ambas partes.

Añadí: –Y que se basa en el hecho de que me habéis traído a rastras a esta cueva.

El presidente se rió: –Créeme, Andrés. Tengo ya muchos años y he aprendido que las personas se prestan voluntariamente muy pocas veces a hacer provechosas acciones. Conviene darles un toquecito.

Exactamente lo mismo que había dicho Pilato.

Interrumpió sus palabras y continuó diciendo en serio: –Una cosa más: Si no cumplís las condiciones de este trato comercial, esparciremos el rumor, en Cesarea y en otras partes, de que sois sospechosos de tener contactos con terroristas. Esto no beneficiará mucho a vuestros negocios. ¿Entendido?–. Volvió a reír: –¡Bueno, y ahora vamos a comér y beber!

El ambiente se hizo más apacible. Trajeron a Timón y a Malco. Muchas lamparitas de aceite iluminaban la habitación, y ahora podía reconocer ya las caras. La mayoría tenían aproximadamente la misma edad que yo. Tan sólo el cabecilla había pasado claramente de los 30 años. Pero ¿a quién estaba viendo? ¡No podía dar crédito a mis ojos! ¿No era Barrabás? ¡Sí, era él! Quise arrojarme a sus brazos. Pero él se volvió y se marchó indiferente. ¿Me habría equivocado? Empecé a dudar y esperé hasta que pude mirarle otra vez disimuladamente. No, no cabía duda: era Barrabás. Pero volvió a darme las espaldas. Caí en la cuenta: No quería que nadie se enterase de que nos habíamos conocido. Quizás no habíamos superado aún todos los peligros. Me hallaba confuso. Pero no dejé traslucir nada, cuando me preguntó inocentemente:

–¿Dónde naciste?

¿Qué profesión tiene tu padre?

¿Cuántos hermanos tienes?

Ahora estaba seguro: Barrabás quería suscitar la impresión de que yo era un desconocido. Tendría sus razones. Le seguí el juego. Cuando nuestros ojos se encontraron fugazmente, observé en los suyos una expresión amistosa, como si quisieran tranquilizarme: soy tu amigo. Mi cuerpo se estremeció con un calor agradable. ¡Qué bien tener un amigo en medio de esa banda de salteadores! Ahora nada iría mal.

Se acordó que pasáramos la noche en la cueva. A la madrugada siguiente nos pondríamos en camino. Todos se echaron a dormir. A Timón, a Malco y a mí nos dieron una habitación aparte. Pronto escuché la respiración regular de los dos jóvenes.

Muy estimado Profesor Kratzinger:

Le molesta que haya convertido a un rico comerciante en el personaje principal de mi relato, en el que –al mismo tiempo– contemplo a Jesús desde una «perspectiva de abajo». La razón es sencilla: De esta manera podemos identificarnos con Andrés. Este personaje vive a cierta distancia del mundo social de Jesús. No observa íntegramente sus tradiciones religiosas. No conoce (todavía) directamente a Jesús. Es un «investigador» que indaga las huellas de Jesús. Podría comparársele perfectamente a un investigador histórico-crítico.

Andrés, basándose en tradiciones diferentes, tiene que reconstruir una imagen de Jesús. Tiene que combinar y valorar críticamente las afirmaciones que se le hacen. En efecto, la historiografía comienza cuando no se afirma ya sencillamente: «Fue de tal o cual manera», sino: «En virtud de tales y cuales fuentes, yo –a reserva de que se conozcan mejor las cosas– trazaría la siguiente imagen de los acontecimientos».

Andrés trata de dilucidar mediante analogías históricas el movimiento de renovación asociado con Jesús, exactamente igual que lo hace la ciencia histórica. Reflexiona incesantemente sobre los puntos que hay en común entre Jesús, los zelotas y otros movimientos religiosos de la Palestina de aquellos tiempos.

Descubre conexiones que no son evidentes por sí mismas, por ejemplo, las conexiones entre la miseria económica, la inquietud religiosa y la resistencia política. Como un historiador, va descubriendo la trama de condicionamientos e interacciones.

La crítica, la analogía y la correlación son las categorías fundamentales de la conciencia histórica. En las investigaciones llevadas a cabo por Andrés actúan también esas tres categorías. No por eso es un científico. Para ello tendría que explicar su metodología (cosa que hago yo en estas cartas). Además, tendría él que permitir la verificación de sus afirmaciones, indicando cuáles son las fuentes, accesibles para todos, en las que él basa sus conclusiones (cosas que hago yo en las notas). Pero, en general, Andrés encarna

en sí la aventura de la investigación histórico-crítica. Así ocurre también con la distancia y la cercanía con respecto del objeto de sus investigaciones: Una desagradable misión de investigación se trasforma para él en un encuentro existencial. El investigador es atraído hacia el tema que él quiere investigar.
La próxima vez hablaré sobre las cuestiones políticas que usted ha señalado. El capítulo que viene a continuación ofrecerá a este propósito nuevos aspectos.
Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

10

El terror y el amor a los enemigos

Poco a poco concilié el sueño. No sabía si soñaba o si mi imaginación volaba medio dormida. Las imágenes del día anterior desfilaban confusamente. Unas veces me veía ante el tribunal de los zelotas. Otras veces comparecía ante Pilato. Y otras veces, finalmente, recorría el soleado paisaje de Galilea. Luego volvió a oscurecerse todo. No sabía si me hallaba en la prisión de Jerusalén o en las cuevas de Arbela. De la oscuridad surgían cabezas: El cabecilla de los zelotas me miraba burlonamente. Después apareció Pilato. También él se sonreía irónicamente. Sus rostros se trasformaban. Volví a oír el gruñido de la bestia; vi sus grandes colmillos y garras que querían destrozarme. Ya las sentía sobre mi rostro.

Entonces me desperté horrorizado. Alguien me había tocado. Me sobrecogió la idea: Quieren asesinarme, en secreto, en medio de la noche. Pero una voz familiar me susurró: –¡Pst! Sígueme muy sigilosamente–. Era Barrabás.

Nos fuimos deslizando con cuidado por un corredor que nos condujo al aire libre. Allí seguimos trepando por rocas hasta entrar en una pequeña cueva.

–Aquí estamos seguros –susurró Barrabás. –Tengo la guardia de noche.

–¡Barrabás! –le abracé.

Nos sentamos y nos miramos en medio de la noche. Sobre Galilea había una clara bóveda de estrellas. La luna derramaba pálida luz sobre las rocas. El reflejo de la luna se posaba sobre la superficie inmóvil del lago de Genesaret. Estábamos sentados en lugar de sombra. Nadie podía vernos. Barrabás susurró:

–No me tomes a mal que hoy haya renegado de ti. No deben saber que nos conocemos. De lo contrario, habrían querido ganarte para nuestra causa. Habrían querido que te unieras a nosotros, empleando incluso el chantaje y la violencia. Y si hubieras dicho que no, ¡quién sabe lo que te habría pasado!

Guardé silencio.

–Fue idea mía conmutar el rescate por un trato a largo plazo.

–Muchas gracias. Pero dime: ¿Me habríais matado, si yo me hubiese negado a todo?

Barrabás no respondió. Insistí en la pregunta: –¿Me habrían matado?

Suspiró: –No sé lo que estarás pensando. Creerás que somos asesinos a sangre fría. Te concedo: Yo he matado a hombres. El primero fue un soldado romano que me perseguía. Tuve que matarlo, porque si no me habría matado él a mí. El segundo fue un rico terrateniente a quien habíamos condenado a muerte. Había arrastrado al suicidio a toda una familia. Iban a ir a la cárcel por deudas. Pero prefirieron la muerte a la prisión.

–Pero yo no he amenazado a nadie; yo no he perseguido a nadie; yo no he oprimido a nadie. Y vosotros me habéis amenazado con matarme. ¿Por qué? Unicamente porque soy de familia acomodada. ¡He ahí mi único delito! –protesté.

Barrabás puso su dedo anular sobre los labios e hizo con las manos un gesto para apaciguarme. Teníamos que ser prudentes. A alguna distancia se soltó una piedra que rodó golpeteando hasta lo hondo del barranco. Contuve la respiración. Pero todo volvió a la calma. Estábamos solos.

–Nosotros no te hemos matado. Lo único que queremos es tu dinero. Quizás lo llames robo. Pero a los ricos os quitamos únicamente lo que vosotros habéis arrancado a los pobres, a menudo sin quebrantar una sola ley. Nosotros nos cuidamos de que los bienes de este mundo vuelvan a su verdadero propietario. Fíjate en todos los muchachos que están con nosotros. La mayoría de ellos fueron expulsados de su casa y de su labranza. Se unieron a nosotros, porque no tenían otra salida. Nosotros somos su último apoyo, su última esperanza.

–Pero tú habrías tenido otras posibilidades. A tu familia no le va tan mal.

–Yo soy una excepción. Precisamente por eso me quedo aquí. Tengo una gran misión. Mi idea es: Castigamos a todos los ricos,

a todos los jueces y a todos los funcionarios que cometen injusticias. Propiamente tendría que hacerlo el Estado. Pero no lo hace. Más aún, el Estado aumenta la situación de injusticia por medio de leyes que perjudican a los pobres. Nosotros hemos de saltar en su ayuda. Debemos velar por la justicia. Si la gente se da cuenta de que no quedarán sin castigo si siguen practicando el mal, entonces tendrán más cuidado en el futuro con explotar a los pobres. Por eso tengo que quedarme aquí. Yo me cuido de que estos desesperados no se dediquen únicamente a saquear y matar, sino que también realicen una idea.

–¿Llamas tú justicia a amenazar con la muerte a dos jóvenes esclavos? ¿Contra quién cometieron injusticias Timón y Malco? ¿A quién oprimieron?

Barrabás guardó silencio. Yo no cejé:

–¿Es tan fácil apuntar sólo contra los malos? Todo hacendado rico vive en su casa con sirvientes y esclavos, con sus padres y sus hijos. Si vais vosotros por la noche y prendéis fuego a la casa, corréis el riesgo de que perezcan personas inocentes: no sólo personas ricas, no sólo personas opresoras, no sólo chupadores de sangre, sino también personas oprimidas, esquilmadas y explotadas. Y tenéis que matarlos también a ellos. Cuando destruís la cosecha de un rico, destruís también la base para la subsistencia de todos los que trabajan en la finca. Me parece horrible lo que hacen muchos de nuestra clase social. Pero ¿qué mejora la situación, si nos combatís con terror?

Volvimos a estar callados durante un instante. Entonces dijo Barrabás:

–Hace poco se ha largado uno de los nuestros. Hablaba lo mismo que tú. Yo tenía amistad con él.

–¿Qué hace ahora?

–Sigue a un curioso profeta, a quien conoció cuando pescaba para nosotros en el mar de Galilea.

–Dime: ese profeta ¿se llama Jesús?

–¿Le conoces?

–No le he visto jamás. Pero he oído hablar de él. Pensé que sería también zelota. Lo que él dice sobre los ricos suena casi lo mismo que tus palabras.

–Andrés, te equivocas. Ese tal Jesús es un chiflado. Jamás vi a nadie que tuviera ideas tan alocadas como él.

–¿Pero no dice él exactamente lo mismo que vosotros: que se va a producir un gran cambio? ¿Que Dios no va a tolerar por más tiempo la injusticia? ¿Que llega finalmente el reino de Dios?

–Pero hay una gran diferencia. También nosotros queremos que Dios sea el único en reinar, y que no reinen los romanos, que oprimen nuestro país. Pero nosotros estamos convencidos de que Dios ayuda únicamente a los que se hacen protagonistas de sus propios destinos[1]. Dios ayuda únicamente a los que están dispuestos a rebelarse y a emplear la violencia contra sus enemigos. Pero ¿sabes lo que dice ese tal Jesús? Simón me contó una de sus parábolas:

El reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce primero un tallo, luego una espiga, y al fin grano abundante en la espiga. Cuando el fruto está a punto, él aplica en seguida la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha[2].

¡Tan inocentemente se imagina él las cosas! El reino de Dios llega por sí mismo. Con tanta suavidad y silencio como brotan del suelo las plantas. Más aún, Jesús habla a veces de ese reino con palabras enigmáticas, como si hubiera llegado ya, aunque todos saben que los romanos siguen dominando en nuestro país. Todos ven que el reino de Dios no ha llegado. Está chiflado. Y Simón también.

–¿Quién?

–Simón es mi amigo, el que nos dejó. Entre los seguidores de Jesús se le denomina «Simón el zelota»[3]. Simón preguntó una

1. Los zelotas enseñaban, según Josefo (*ant* 18,5 = XVIII,1,1): «Dios contribuiría únicamente al éxito de este propósito (el logro de la libertad frente a los romanos), si la gente ponía también su parte, o –mejor dicho– si los que con su manera de pensar son adeptos de una gran causa, no eluden el esfuerzo necesario para su realización».

2. Mc 4,26-29: La parábola de la semilla que crece por sí sola.

3. Véase Lc 6,15. Mateo le llama Simón «el cananeo» («Kananaios», del hebreo «kana» = tener celo, pertenecer a un grupo radical). Por consiguiente, confirma también el dato de Lucas de que Simón era «zelota», es decir, radical (véase Mt 10,4). Por lo demás, el zelota mencionado en el Nuevo Testamento demuestra que los «zelotas» no se formaron sólo durante el transcurso de la

vez a Jesús si no hay que defenderse contra la injusticia. ¿Sabes lo que le respondió? Jesús dijo:

Habéis oído que se dijo:
Ojo por ojo y diente por diente.
Pero yo os digo:
No hagáis frente al que os hace mal.
Al contrario, si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha,
preséntale también la otra.
Al que quiera hacerte un juicio para quitarte la túnica,
déjale también el manto.
Y si te exige que lo acompañes un kilómetro,
camina dos con él[4]

Andrés, el que dice cosas así, ¡está chiflado! Nosotros decimos: Si alguien te pega, ¡devuélvele el golpe! Si alguien te quita la túnica, ¡pega fuego a su casa! Si alguien te hace un chantaje, ¡secuestra a sus hijos y hazle tú también un chantaje! ¡Sólo así pondremos freno a la injusticia!

–Y Simón el zelota ¿aprueba esas ideas peregrinas que Jesús difunde?

–Lo de «peregrinas» es una expresión muy pálida. Podría concebirse, llevando las cosas al extremo, que uno prefiera sufrir injusticias de un amigo antes que hacérselas a él. Pero ¿con los enemigos? ¿Acaso no es nuestra obligación ayudar a los amigos y hacer daño a los enemigos? Cuando Simón le hizo a Jesús esta pregunta, él respondió:

Habéis oído que se dijo:
Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo.
Pero yo os digo:
Amad a vuestros enemigos,
rogad por vuestros perseguidores:
así seréis hijos del Padre que está en el cielo,
porque él hace salir el sol sobre malos y buenos
y hace caer la lluvia sobre justos e injustos[5].

Guerra Judía como grupo de luchadores de la resistencia, aunque Josefo parece sugerir lo contrario.

4. Mt 5,38-41.
5. Mt 5,43-45.

¿Quién puede permitirse ser tan magnánimo con sus propios enemigos? Se lo podrá permitir únicamente el que sea lo suficientemente fuerte e independiente para que sus enemigos no puedan hacerle nada. Y eso lo consiguen sólo los grandes triunfadores, los reyes y emperadores. Pero ese Jesús recorre nuestro oprimido país y quiere que las gentes modestas adopten una actitud que sólo los muy encumbrados se pueden permitir de vez en cuando como un lujo. Una actitud que paraliza lo único que puede traer el cambio: la solidaridad de los oprimidos frente a sus torturadores, y el odio contra los poderosos.

–¿Enseña, entonces, él que hay que someterse sencillamente a los poderosos? ¡Corren unas palabras suyas muy duras contra los ricos!

–Así es, en efecto. Jesús expresa muy bien el disgusto del pueblo contra los ricos. Dice, por ejemplo:

Sabéis
que aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños,
y los poderosos les hacen sentir su autoridad.
Entre vosotros no debe suceder así.
Al contrario, el que quiera ser grande,
que se haga servidor vuestro;
y el que de vosotros quiera ser el primero,
¡que se haga servidor de todos![6].

A la gente le gusta oír estas cosas. Y creen entonces que sin violencia se puede acabar con la opresión y la explotación. Pero ¿en qué consiste concretamente esa opresión? Consiste en que la gente tiene que pagar tributos, y no saben de dónde van a sacar el dinero; en que se llenan de deudas, y pierden sus propiedades[7].

6. Mc 10,42-43.

7. La relación íntima que hay entre el endeudamiento por tributos, el empobrecimiento y el unirse a «banda de malhechores», es decir, echarse al monte para unirse a la lucha de la resistencia, se ve claramente por lo que nos dice Josefo (*ant* 18,247 = XVIII,8,4): Mientras que a causa de constantes manifestaciones de protesta no se cultivan los campos, teme uno que «el abandono de la agricultura tenga como consecuencia necesaria el bandidaje, pues ellos (es decir, los campesinos que participan en las manifestaciones) no podrán pagar los tributos».

Opresión: esto significa que los poderosos se adueñan de tal modo de los frutos de la tierra, que el pueblo debe temer constantemente por lo estrictamente necesario para sobrevivir. Tal opresión se renueva en un círculo vicioso. El peso de los tributos e impuestos debe ser siempre tan abrumador, que la población se divida en dos grupos: por un lado, los que están interesados en que se mantengan las cosas como están; por otro lado, la gran multitud de los que temen por su subsistencia. Las preocupaciones por ir consiguiendo lo mínimo para subsistir les quitan el valor para cambiar todo el sistema. Y las mezquinas condiciones en que viven, les sugieren que, en las circunstancias actuales, se puede ir tirando a costa de mucho esfuerzo y un poco de suerte. El que no lo logra, ¡allá se las arregle! ¡Ha tenido muy mala suerte! ¡He ahí la opresión que reina en este país! Ves lo decisiva que es la cuestión de los tributos.

Preguntamos a Jesús qué es lo que pensaba hacer contra esa opresión. Le planteamos así la pregunta: ¿Es lícito o no pagar tributos al emperador? Dijo que le trajeran un denario y preguntó a su vez: «¿A quién representa la efigie que hay en la moneda? ¿Y a quién se menciona en la inscripción?». Respondimos: «¡Al emperador!». Y entonces nos dijo:

Dad al emperador lo que es del emperador,
y dad a Dios lo que es de Dios[8].

¡Siempre escurre el bulto, cuando se trata de respuestas concretas! ¡Quiere tirar por el camino fácil!

–¿Es realmente tan inocuo cuando dice: Por todas partes los soberanos dominan a sus pueblos, pero entre vosotros no debe ocurrir lo mismo? Muchos afirman que es ilusión engañosa querer hacer política sin practicar la opresión. Pero Jesús dice: Aunque todos los demás pueblos y sociedades practiquen la opresión, no debe ocurrir lo mismo entre vosotros. Vuestra misión consiste en superar la escisión del pueblo en oprimidos y opresores.

–Jesús formuló lo que nos ha caracterizado a nosotros desde siempre. Todos nuestros vecinos fundaron Estados en los que los

8. Mc 12,13-17. En la actual versión de la historia según el evangelio de Marcos, son los fariseos y los herodianos los que formulan la pregunta. Es posible que, originalmente, los interlocutores de Jesús hubieran sido simpatizantes del movimiento de resistencia.

reyes y sus camarillas eran dueños del país, y los campesinos que trabajaban la tierra eran poco más que los esclavos que se compran en el mercado. Pero nosotros nos opusimos a ello desde el principio y no quisimos vivir en tales condiciones. ¡Y seguiremos luchando por esta causa!

–¿Pero no permitió Dios que cayéramos bajo el dominio de otros pueblos? ¿Cómo nos rebelaremos contra esa realidad?

–Dios permitió que fuéramos esclavos en Egipto. Pero su verdadera voluntad la reveló Dios cuando nos libró de esa esclavitud. Al llegar luego a este país, vivimos durante 200 años sin un gobierno central, como campesinos libres que se protegían mutuamente contra sus enemigos. Demostramos entonces que un pueblo es capaz de vivir también con un mínimo de gobierno.

–Pero luego tuvimos que aceptar también soberanos que nos gobernaran. Y nos dimos cuenta de cómo, con la realeza, se iba formando una clase dominadora.

–Sin los reyes, habríamos pasado a depender de otros pueblos. Pero desde un principio nos opusimos a que nuestros reyes vivieran como faraones. Con los reyes llegaron también los profetas. Estos, en nombre de Dios, criticaban a nuestros soberanos, cuando su poder se hacía demasiado grande. Y cuando los reyes sufrían algún descalabro, los profetas lo consideraban como un castigo por sus abusos de poder en el interior y en el exterior. Dios volvía a mostrarnos que él no está del lado de los poderosos.

–Pero luego caímos bajo el dominio de los babilonios, de los persas y de los griegos.

–Dios nos envió nuevos profetas, cuando vivíamos cautivos en el destierro babilónico. Prometió que habría una nueva salida de Egipto. Se sirvió de Ciro, rey de los persas, que venció a los babilonios y nos devolvió la libertad.

–Pero los persas siguieron siendo nuestros amos. ¡Y Dios lo quiso!

–Los persas permitieron que organizáramos nuestra vida según los mandamientos de Dios. Cuando el pueblo, por el empobrecimiento y las deudas, estaba en peligro de dividirse en dos clases, el gobernador persa Nehemías llevó a cabo en nombre de Dios una gran reforma. Se condonaron todas las deudas. Todos los israelitas llegaron a ser libres[9].

9. Neh 5.

–La reforma de Nehemías ¿no nos demuestra que hay otro camino, además del camino de la violencia?

–En circunstancias favorables, sí. Pero ahora se dan pocas veces esas circunstancias favorables. Todo cambió bajo el dominio de los griegos y los sirios. Los conquistadores griegos se asombraron de los muchos agricultores modestos, de condición libre, que había entre nosotros[10]. Pero no respetaron nuestras tradiciones. Toda la tierra conquistada la consideraron como propiedad de ellos. Y todos los que vivían en esta tierra, como personas de las que podían disponer a su antojo. Tan sólo en las pequeñas ciudades concedieron la libertad a un pequeño grupo de ciudadanos. Quisieron introducir también en nuestro país las mismas circunstancias. Algunos judíos ricos les permitieron fundar en Jerusalén una ciudad griega libre. Aceptando la forma griega de vida, debían fusionar su religión con las creencias griegas: Nuestro Templo fue consagrado entonces a Zeus. Todo el país se alzó en contra. Juntamente con la fe en Dios se hallaba en juego la libertad de todos: la libertad y las posibilidades de vida de muchos labradores modestos[11]. Desde entonces lo sabemos muy bien: Si abandonáramos la fe en Dios, no tendríamos ya medio alguno para defendernos contra la servidumbre en que viven todos los pueblos circundantes. Tan sólo el respeto a nuestras tradiciones religiosas impide hasta el día de hoy a los romanos suprimir de un plumazo todas nuestras libertades. Y, por eso, nos defendemos tan fanáticamente de todo ataque contra nuestra fe.

–Pero ¿no volverían a correr tiempos de reforma? ¿De una reforma como la que se llevó a cabo con Nehemías?

–Creo que eso es una ilusión engañosa. Sin la presión de la violencia, no cambiará nada en este país. Te das cuenta de cómo los romanos, con esfuerzos cada vez más perseverantes, van incorporando nuestro país a su imperio: Primeramente permitieron que nos rigieran nuestros propios soberanos. Después sustituyeron nuestros príncipes por los de la familia de Herodes, la

10. Hecateo de Abdira, que vivió en tiempo de Alejandro Magno, hablando de los judíos dice que Moisés asignó a cada uno de ellos una porción de tierra, y a los sacerdotes una porción algo mayor para que se pudieran dedicar al culto divino. Sin embargo, a los judíos les estaba prohibido vender su tierra, para que los más ricos no pudieran oprimir a los más pobres (en Diod. *Siculus* XL,3,7).

11. La historia de la insurrección se narra en los libros primero y segundo de los Macabeos.

cual debe todo su poder a los romanos. Finalmente, en Judea y en Samaría se hicieron cargo, ellos mismos, de la administración. Durante veinte años respetaron nuestras tradiciones religiosas. Pero ahora intentan cuestionar la condición especialísima del Templo. Acuñan monedas paganas. Traen a Jerusalén imágenes del emperador. Paso a paso van suprimiendo todo lo que nos separa de otros pueblos. Pronto no podrá ya nadie decir: «En todas partes, los gobernantes oprimen a sus pueblos. Entre vosotros no tiene que ocurrir así». Sino que habrá que decir: En todas partes gobiernan los romanos como benefactores de los pueblos. También entre vosotros. Nadie llamará entonces a la opresión, opresión, ni a la explotación, explotación. Por eso, ha llegado la hora de resistir violentamente. No es la hora de Nehemías. No es la hora de Jesús de Nazaret.

–Pero también Jesús quiere que las cosas cambien.

–Eso es lo malo precisamente: Jesús despierta esperanzas de que se puede cambiar algo sin resistencia ni derramamiento de sangre. Es peor que los que dicen que hay que someterse a todo. Porque Jesús quiere, al mismo tiempo, el cambio y la paz. ¡Y eso es una ilusión! ¡Una ilusión peligrosa!

–Pero ¿no tenéis también vosotros vuestras ilusiones? ¿No se ha dado cuenta quizás Simón de que con vuestros métodos no se adelanta nada? ¿No se unió a Jesús, porque parecía el único camino de salir de estas cuevas?

–Simón es un problema. Si su ejemplo cunde, nos abandonarán aún muchos más. Por eso, algunos propusieron que le matáramos por traidor.

–¡Por el amor de Dios!

–Yo me opuse y lo impedí.

Barrabás lo había dicho con voz casi imperceptible. Pero a mí me causó honda impresión. La simpatía y la gratitud brotaban de mi corazón, contrastando con la indiferencia de la noche. Todo parecía tener puesta su mirada en nosotros, como si el universo entero se hallara interesado en salvar una vida. ¿No esperaban también todas las cosas que yo sacara de allí a Barrabás?

–Barrabás, ¡escúchame, por favor! ¡Deja esto de vivir en cuevas! No tienes por qué seguir el mismo camino que siguió Simón. Hay también más caminos.

–Eso no es tan fácil: Si me largo de aquí, no habrá ya nadie que impida ejecutar a los que ellos creen que son traidores. En

otras palabras: intentarán matarme. No necesitan siquiera hacerlo. Basta con que denuncien a las autoridades que di muerte a un soldado romano y a un rico terrateniente. No tengo más remedio que quedarme aquí.

Interrumpimos nuestra conversación para retirarnos antes de que clarease el día. Antes de trepar a la cueva, susurré a los oídos de Barrabás: –Ocurra lo que ocurra, te ayudaré. Podrías desaparecer en la diáspora. Confía en mí. Te ayudaré siempre. Te lo prometo.

Trepamos de regreso, muy sigilosamente. Nadie se dio cuenta. Volví a echarme, pero no pude ya conciliar el sueño. Imágenes confusas e incoherentes danzaban en mi mente despierta. Pero cada vez se iban aclarando más. Al fin me vi ante un claro dilema.

Viajaba recorriendo aquel país para los romanos. Internamente, rompí mi lealtad hacia ellos. No quería subordinar a intereses romanos la suerte de mi pueblo. Aquí encontré un grupo que se identificaba por completo con los intereses de nuestro pueblo... y que me había tratado exactamente igual de mal que los romanos. ¿Qué diferencia había entre los procedimientos de esta gente y los de Pilato? No veía más que chantajes contra chantajes, opresión contra opresión, terror de los de arriba contra terror de los de abajo.

En ambos lados había personas inteligentes. Metilio no era un monstruo. Funcionarios romanos como él ¿no podrían establecer la paz? ¿Podrían, al menos, organizar sabiamente la opresión para evitar sufrimientos innecesarios? ¿Era capaz la política de conseguir algo más? ¿Era Metilio una excepción?

Y Barrabás: ¿no era, también él, una excepción? ¿No estaba él sólo con sus ideas? También Barrabás quería oponer sólo un mínimo de violencia a la violencia, un mínimo de terror al terror. ¡Y, no obstante, él no era capaz de sustraerse ya a las funestas consecuencias del camino una vez emprendido!

Yo tenía que andar mi camino entre dos frentes. Volvía a no encontrarme a gusto ni en un lado ni en otro. Entonces hablé así a Dios[12]:

Señor, Dios mío,
¿cómo seguiré siendo fiel a mí mismo?

12. Según motivos del salmo 73.

Adonde quiera que vaya,
encuentro caminos torcidos.
¡Si pudiera hablar como otros,
no sentiría ya dolor!
Ellos afirman
que el mundo está organizado de tal manera,
que sólo la violencia y la opresión consiguen lo que se proponen.
Consiguen éxitos.
Consiguen riquezas.
Consiguen prestigio.
Consiguen poder.
¿No es absurdo
que yo trate de vivir sin culpas?
¿Que no aúlle con los lobos?
Por eso, estoy destrozado,
y me duele el alma.
Si yo hablara como todos los demás,
me parecería que estoy traicionando todo lo que he llegado a ser.
Señor, ¡me quedo contigo!
Tú me conduces adonde yo no quiero ir.
¡Tú restauras mi honor
y me devuelves el respeto!

Volví a pensar en nuestros antepasados: en Abrahán, que engañó a los egipcios; en Jacob, que hizo una trampa a su hermano; en David, que estuvo al servicio de los enemigos del país. ¡También ellos tiraron por caminos torcidos! También ellos anduvieron errantes entre diversos frentes. Los caminos extraviados que yo he seguido quizá conduzcan a un buen final; ¿no podría Dios llevarlo todo a buen término?

Esta idea hizo que pronto conciliara el sueño. Pero pronto me despertaron. No clareaba aún el día. Dos zelotas nos condujeron –a Timón, a Malco y a mí– con los ojos vendados y nos sacaron de la cueva. Había contemplado en la noche aquellas laderas de roca cortadas a pico. En realidad eran peligrosas. Tuvimos que andar por sendas peligrosísimas y deslizarnos con cuerdas por las paredes de roca. Sentí alegría al verme otra vez en la explanada. Allí nos devolvieron nuestras cabalgaduras. Me di cuenta de cómo los guías nos llevaban intencionadamente de

un lado para otro, con el fin de hacernos perder toda orientación. Finalmente, al cabo de dos horas, nos quitaron la venda de los ojos.

Estábamos en la pendiente de una montaña. Ante nosotros, el mar de Galilea. En él reverberaba el sol de la mañana, que se había levantado en Oriente sobre las alturas del Golán. Todo estaba tranquilo. Como hechizados comtemplábamos aquel juego de colores sobre las aguas.

Finalmente, se dirigió a mí uno de los zelotas: –Soy Matatías, hijo de Matías. ¿Puedes hacerme un favor?–. Señalaba hacia el extremo septentrional del lago: –Allí, en medio de la bruma, está Cafarnaún. En esa ciudad viven mis padres con mis hermanos. Llévales esta carta y este dinero. Sin mi ayuda no podrán vivir. Yo no podía soportar ya su pobreza. Por eso me uní a los zelotas.

Prometí cumplir todos sus deseos. Me quedé mirando mucho tiempo en la dirección que él me había señalado: Allá, en algún lugar, en medio de la bruma de la mañana, estaban las casas de aquellas personas. Allí trabajaban afanosamente, sufrían, se lamentaban y se desesperaban. Pero, sin preocuparse de nada de ello, salía el sol, como si nada de aquello le afectara, como si no le importaran «las infamias que se cometen bajo el sol»[13].

Miré atrás. Timón y Malco se despedían de nuestros acompañantes. La luz matutina trasformaba todos los rostros. También los dos zelotas parecían personas distintas. Junto a Timón y Malco, parecían de repente mucho más jóvenes. Presentía en sus rostros curtidos el vestigio de la tez suave de los niños. Allí estábamos todos juntos: terroristas, personas inocentes y yo. ¿Sería indiferencia al sufrimiento humano lo que hacía que el sol saliera sobre todos? ¿No era, más bien, la expresión de una bondad incomprensible, que no hacía diferencia entre aquellos bandidos y nosotros?

Alabé a Dios, porque hace que el sol amanezca sobre buenos y malos, sobre justos e injustos, y que brille cada día de nuevo sobre todos. Se apoderó de mí el pensamiento: Si el sol luce sobre romanos y zelotas, sobre pobres y ricos, sobre amos y esclavos, si está del lado de unos y de otros, ¿no era justo también que yo oscilara como un péndulo entre romanos y judíos, entre autoridades y zelotas, entre ricos y pobres? ¿No sería posible hacer caso omiso de todas aquellas fronteras, sin perderme por ello? Me sentí de nuevo enardecido.

13. Ecl 4,3.

Muy estimado Profesor Kratzinger:

El último capítulo que le envié le ha desagradado. Usted critica la «politización» de la predicación de Jesús. Usted me señala que las palabras de Jesús que hablan de que los primeros tienen que llegar a ser los esclavos de todos, no se refieren a las relaciones políticas de poder. Se refieren a las relaciones entre las personas que forman una comunidad. Ahora bien, yo entiendo las palabras de Jesús de otra manera. Y en favor de mi interpretación habla el hecho de que Jesús se distancie de la política practicada entre los «gentiles». El concepto opuesto al de los «gentiles» es el concepto de «Israel». Lo de que «no debe ocurrir así entre vosotros» significa: En Israel no debe suceder lo que sucede en otros pueblos. Jesús, además, dirigía su palabra a los discípulos, que representaban a todo Israel. Jesús escogió a los «Doce» para que representaran a las Doce Tribus.
Tropezamos aquí con un problema fundamental de hermenéutica: Jesús no quería fundar una comunidad cristiana; quería renovar a Israel. El que aplique únicamente a la Iglesia las palabras de Jesús, desconoce el hecho de que tales palabras se dirigieron una vez a toda la sociedad judeo-palestinense.
En relación con esa sociedad espera Jesús un cambio maravilloso: en ella sobresaldrán los pobres, los niños, los mansos y los extranjeros. Eso será el reino de Dios. No se trata simplemente de una «dimensión espiritual». En ese Reino se come y se bebe. Está en Palestina. Afluyen a él personas de todas partes. Y en ese Reino se alza un nuevo Templo.
Jesús aguarda circunstancias políticas radicalmente distintas. Pero no aguarda que esas circunstancias se realicen por medio de cambios políticos. La meta es «política». Pero su realización se lleva a cabo sin la política: Dios realizará el objetivo. Y esto quiere decir: Los hombres no pueden realizar este objetivo empleando la violencia contra otros hombres. Pero tampoco son enteramente pasivos.
Me pregunto a menudo por qué grandes teólogos concedieron tan poca importancia al Jesús histórico. Desde luego,

un factor importante fue la dificultad de proyectar un papel de ese Jesús, una imagen sostenible históricamente. Pero ¿no podría ser también que se vislumbrase que, si nos adentramos en el Jesús histórico, entonces vamos a encontrarnos con una predicación que no sólo va a tener repercusiones sobre la Iglesia, sino también sobre toda la sociedad?
Tal vez volveremos en otra ocasión sobre este mismo problema.
Disponga de su amigo y servidor:

Gerd Theissen

11
Conflicto en Cafarnaún

Cafarnaún se hallaba en el camino que conducía a Betsaida Julias, a unos doce kilómetros de Arbela. Desde allí había cinco kilómetros hasta la meta de nuestro viaje. Queríamos estar en Betsaida antes del atardecer, para guardar el reposo del sábado[1].

Por eso, nos dábamos prisa, a fin de despachar lo antes posible lo que teníamos que hacer en Cafarnaún. La familia de Matatías habitaba en una casita de pescadores, a orillas del lago. El padre estaba a pescar. Su mujer Ana se había quedado en casa, en vez de trabajar en los campos. Una hija estaba enferma. Se llamaba Miriam y tenía unos doce años. Estaba acostada pálida y con ojos de fiebre, en un rincón de la casa. Los hermanos mayores se movían sigilosamente por la casa. Todo guardaba silencio. Yo conocía aquel estado de ánimo. Era el estado de ánimo de una familia que temía la muerte. Nadie se atrevía a declararlo. Pero todos lo sabían. En cuanto se entraba en la casa, se sentía la sombra de la muerte... y la obstinada esperanza de salvación.

No obstante, los ojos de todos brillaron un poco cuando les entregué la carta y el dinero. No necesité darles demasiadas explicaciones.

–Un forastero me dio esto en Arbela para que os lo trajese. Os manda saludos.

La familia estaba enterada. Me recibieron cordialmente y tuve que tomar asiento. Timón y Malco cuidaban de las cabalgaduras.

Miriam me miraba con grandes ojos. Me di cuenta de que quería preguntarme algo y le sonreí. Entonces me dijo:

1. Según la división del tiempo que se hacía entonces, el día terminaba con la puesta del sol, y comenzaba entonces el día siguiente.

–¿Eres tú el Mesías?

¡Dios mío!, pensé. ¡Qué enferma está! ¡Delira por la fiebre! Le respondí con cariño:

–Soy Andrés, un comerciante de Séforis.

–¿Sabes cuándo viene el Mesías? –me preguntó decepcionada.

Contesté con ingenuidad:

–El Mesías vendrá al fin de los tiempos.

–¡No, ha venido ya!

Miré a Ana como preguntándola con los ojos. Ella me dijo: –La niña se refiere a un profeta, a quien algunos consideran como el Mesías. Cura a los enfermos y echa fuera los demonios. Muchos de la aldea creen en él. Unos cuantos jóvenes le siguen. La niña tiene esperanzas de que él venga y la cure.

–¿Te refieres a Jesús?

Miriam asintió con un gesto: –¿Le has visto?

–No –dije. –Pero me gustaría verle. Todos hablan de él. Parece que viene con frecuencia por aquí.

–Nunca se queda mucho tiempo en un lugar –comentó Ana.

Miriam decía en voz baja: –¿Por qué no está aquí? ¿Por qué no me cura a mí?

La madre se sentó en el suelo junto a Miriam y le acariciaba el cabello con mucho cariño: –El ha dicho:

Los ciegos ven y los paralíticos caminan;
los leprosos son purificados y los sordos oyen;
los muertos resucitan
y la Buena Noticia es anunciada a los pobres.
¡Y feliz aquel para quien yo no seré ocasión de escándalo![2].

–¡Si viniera aquí! –susurró la niña.

Ana envolvió en un paño a su hija y la cogió en brazos: –No sé cómo hacerle venir. Créeme, no sé cómo. Pero puedo contarte una historia de él. ¿Quieres que te la cuente?

Miriam asintió, y Ana comenzó así[3]:

–*Una mujer padecía hemorragias desde hacía doce años. Había sufrido mucho en manos de numerosos médicos y gastado todos*

2. Mt 11,5-6.
3. Mc 5,25-34.

sus bienes sin resultado; al contrario, cada vez estaba peor. Como había oído hablar de Jesús, se le acercó por detrás entre la multitud, y tocó su manto, porque pensaba: «Con sólo tocar su manto quedaré curada». Inmediatamente cesó la hemorragia, y ella sintió en su cuerpo que estaba curada de su mal. Jesús se dio cuenta en seguida de la fuerza que había salido de él, se dio vuelta y, dirigiéndose a la multitud, preguntó: «¿Quién tocó mi manto?» Sus discípulos le dijeron: «¿Ves que la gente te aprieta por todas partes y preguntas quién te ha tocado?» Pero él seguía mirando a su alrededor, para ver quién había sido. Entonces la mujer, muy asustada y temblando, porque sabía bien lo que le había ocurrido, fue a arrojarse a sus pies y le confesó toda la verdad. Jesús le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y queda curada de tu enfermedad».

Miriam había escuchado con ansia, como si todo aquello se lo dijeran a ella. No aguantó más. Y gritó.

–¿Por qué él no viene? ¿Por qué no puedo yo tocarle como esa mujer, para quedar curada? ¿Por qué no?–. Y comenzó a sollozar.

Entonces tuve una ocurrencia: Fui adonde ella, puse mi mano sobre su frente y dije:

–Miriam, tú eres como la mujer de la historia. Tú crees que tocar con la mano cura. ¿Pero no oíste lo que Jesús dijo al fin? Jesús dijo: Tu fe te ha salvado. No dijo: Tocarme con la mano te ha salvado.

Confieso que fue una ocurrencia desesperada. Yo mismo no estaba muy convencido de lo que había dicho. Quise decir algo agradable a la muchacha que tenía miedo de morir.

Miriam me miró con agradecimiento. Se quedó más tranquila. Quiso que le contaran más historias. Ana se las contó. Le contó la historia de una mujer que pidió a Jesús que curase a su hijita... Y Jesús la había curado desde lejos, sin necesidad de venir a verla[4]. Ana añadió:

–¿Por qué tiene él necesidad de venir a nuestra casa? ¿No puede curarte también desde lejos?

Y luego le contó lo de los ciegos, que habían recobrado la vista, de los leprosos, que habían sido curados, de los paralíticos,

4. Mc 7,24-30.

que volvieron a andar. Sus historias iban siendo cada vez más maravillosas e inverosímiles. Miriam escuchaba con ansia cada una de aquellas historias. Eran sus historias. Ella había sido ciega, y había recobrado la vista. Ella había estado paralítica, y había vuelto a andar. Ella había estado muy enferma, y había recobrado la salud. Cada una de las palabras de su madre le infundía nueva esperanza.

Yo también escuchaba cautivado: Algunas cosas de esas historias me desagradaban. Sonaban a cosas supersticiosas y primitivas. Pero con el tiempo fui quedando no menos cautivado que Miriam. Me di cuenta: en esas historias estaba toda la esperanza de aquella gente pobre. En ellas escuchaba el ansia de la gente de triunfar del sufrimiento y de la muerte. Sentí profundamente: Mientras se sigan narrando esas historias, la gente no se conformará con que las personas pasen hambre y sed; con que estén mutiladas e impedidas; con que estén enfermas y desvalidas. Mientras tengan estas historias, tendrán esperanza.

Me preguntaba si Ana habría escuchado todas sus historias de Jesús: esas historias que contaba Miriam. ¿No habría inventado algunas para consolar a la pequeña Miriam? Creo que, si se le hubieran acabado las historias, yo habría podido sentarme a la cabecera de la enferma y habría inventado más historias. Sé perfectamente que las historias no curan por sí solas. Pero tenía la sensación de que, sin esas historias, Miriam no se curaría nunca.

Mientras tanto, el padre había regresado de la pesca. Venía preparado para escuchar malas noticias. Pero su rostro se animó, al ver tranquila a Miriam y al encontrar la carta y el dinero de su hijo.

Yo, entretanto, había concebido un plan para ayudar a Miriam. Conocía en Tiberíades a un médico llamado Hipócrates. Era griego, como podía verse ya por el nombre. Con la barca podía llegarse a Tiberíades en cuatro horas. Si uno de los hijos mayores de Matatías partía aquella misma tarde para Tiberíades, en compañía de Timón y Malco, y pasaban la noche a la orilla del lago, podrían ir muy de mañana a buscar a Hipócrates y traerle a Cafarnaún.

Matatías puso dificultades a mi plan: –Andamos muy mal de dinero para pagar a un médico. El poco dinero que tenemos, lo necesitamos para ir viviendo... y para pagar los tributos.

Le tranquilicé. El dinero lo pagaría yo. Escribí inmediatamente una carta a Hipócrates y le rogué encarecidamente que viniera y prestase asistencia médica. Yo me haría cargo de los honorarios y de todos los gastos. Además envié recado a Jusá y a Juana, diciéndoles que a la semana siguiente les visitaría en Tiberíades.

Faltaba todavía una hora para la puesta del sol. Los jóvenes acudían a la orilla del lago. El sol, ya muy bajo, arrojaba sobre el lago fulgores de oro, y en la superficie de las aguas se iba haciendo cada vez más imperceptible una barca como gotita negra. Encendimos las luces del sábado, recitamos la bendición y nos pusimos a cenar.

No había pasado mucho tiempo cuando llamaron a la puerta de la casa. Dos hombres querían hablar con Matatías. El mayor se llamaba Gamaliel, y el más joven, Daniel. Matatías les pidió que entrasen. Se sentaron.

Gamaliel comenzó: –Tu hijo ha salido a pescar en sábado, en compañía de dos forasteros. ¿No sabes que está prohibido trabajar en sábado?

Matatías le tranquilizó: –No han ido a pescar. Se dirigen a Tiberíades para buscar un médico para Miriam. Nadie ha trasgredido el sábado.

Daniel objetó: –¿No pudiste esperar a que pasara el sábado?

Intervine: –Yo les envié. Miriam necesita asistencia médica. Cuando se trata de una curación, es lícito no atenerse a las normas del sábado.

–¡No! –replicó Daniel. –Sólo es lícito cuando no hay otra posibilidad.

Me enojé. En Séforis lo más natural era llamar al médico en día de sábado. ¡Qué mente más estrecha tenía aquella gente de campo! Pero tal vez aquellas dos personas querían únicamente justificarse por haber interrumpido nuestra cena.

Gamaliel dijo con aire reflexivo: –Hay casos lícitos: Cuando una oveja cae en un pozo en día de sábado, es lícito sacarla.

Daniel protestó: –Yo no opino lo mismo. Si la voluntad de Dios es que la oveja sobreviva, sobrevivirá. Hay que preocuparse ante todo de observar el sábado[5].

5. Los esenios eran realmente de esa opinión, como sabemos –entre otras cosas– por el «Documento de Damasco» (en abreviatura, CD) hallado en Qum-

Gamaliel le contradijo: –¿Cómo va a sobrevivir la oveja? ¡Se ahogará! ¿Quieres obligar a Dios a que obre un milagro? Vosotros los esenios sois más rigurosos que nosotros los fariseos. Nosotros queremos soluciones que puedan ponerse en práctica. La mayoría de los doctores de la ley están de acuerdo conmigo en que está permitido salvar en sábado a un animal. Si argumentamos ahora, pasando de lo menor a lo mayor, llegaremos a la siguiente conclusión: Si es lícito salvar a un animal, ¡cuánto más lícito será curar a una persona!

Miriam había seguido la discusión. Intervino con una exclamación: –¡También Jesús ha curado a personas en día de sábado! ¡Mamá, cuéntales la historia!

Era evidente que a Ana le resultaba un poco enojoso hablar de Jesús delante de aquellos dos visitantes. Pero, en una situación así, la madre no podía negarse a un deseo de su hija. Así que refirió la siguiente historia:

En día de sábado entró Jesús en una sinagoga, y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. La gente observaba atentamente a Jesús para ver si quebrantaba el sábado. Jesús dijo al hombre de la mano paralizada: «Ven y colócate aquí delante». Y dijo a los demás: «¿Está permitido en sábado hacer el bien o el mal, salvar una vida o perderla?» Pero todos callaron. Entonces, dirigiendo sobre ellos una mirada de indignación y apenado por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: «Extiende tu mano». El la extendió y su mano quedó curada[6].

Todos la habían escuchado atentamente. Gamaliel dijo con afabilidad: –Miriam, ¿no es un caso distinto al de nuestra oveja que había caído en un pozo? La oveja se ahogaría, si nadie la sacaba inmediatamente. Pero el hombre de la mano paralizada ¿no habría podido esperar un día? No se trata de hacer el bien o

rán: «Nadie ayudará al ganado a parir en día de sábado. Y si un animal cae a un pozo o a un hoyo, no es lícito sacarlo en día de sábado» (CD XI,13s). Lo mismo se aplica a los seres humanos: «Nadie intentará sacar con una escalera o con una cuerda o con (algún otro) objeto, (en día de sábado), a un hombre que haya caído a un pozo» (CD XI,16s). Mt 12,11 presupone, en relación con el siglo I de nuestra era, que es lícito prestar ayuda activa a un animal en día de sábado.

6. Mc 3,1-5.

hacer el mal, de curar o de matar. Se trata de hacer el bien hoy o de hacerlo mañana.

Daniel objetó: –Ya ves lo que pasa cuando comienzan a hacerse concesiones. Se abusa de ellas. Ese tal Jesús lo sabe perfectamente: Todos los doctores de la ley están de acuerdo con él en que es lícito prestar ayuda a una persona en día de sábado. Pero él da una interpretación extrema: cada cual podría decidir cuándo debe observar las normas del sábado y cuándo no, cuándo está obligado a prestar ayuda y cuándo no.

Ana había escuchado con impaciencia: –Yo no comprendo esas sutilezas. Está bien claro: Se puede prestar ayuda en día de sábado. El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. La vida humana es mucho más valiosa que el sábado[7].

Gamaliel se defendió: –¿Qué significa, en este caso, prestar ayuda? Alguien podría decir: quiero prestar ayuda a mi vecino en la recolección. Y, por tanto, podrá quebrantar las normas del sábado. No, lo importante es que reglamentemos minuciosamente cada caso en particular.

Yo traté de mediar: –Por eso, asentemos bien, por lo menos, en este caso particular: Es lícito ir a llamar al médico en día de sábado. No hemos hecho nada malo al mandar llamar a Hipócrates.

¡En mala hora lo dije! Daniel saltó inmediatamente contra mí: –¡Hipócrates, un médico pagano! ¡Un extranjero! ¿Es que no hay médicos judíos en Tiberíades? ¡No, eso ya es demasiado! Primero, quebrantar el sábado. Y luego, vulnerar los preceptos de pureza. ¿No sabes que los extranjeros y los judíos no deben rozarse? ¡Tienen que permanecer apartados como lo puro y lo impuro. Pero, ¡hombre!, ¿tú quieres que, a una muchacha judía, la trate un médico pagano? ¿Vas a permitir que ese médico entre en esta habitación?

Yo repliqué con dureza: –Hipócrates presta asistencia médica a judíos en Tiberíades. ¿Por qué no iba a hacerlo también en Cafarnaún?

Ostensiblemente, Matatías se volvió de espaldas, buscó un taburete y se sentó junto a Ana, que todavía tenía en sus brazos a la niña que ardía por la fiebre.

7. Mc 2,27.

Gamaliel dijo en tono serio: –Los de Tiberíades no son demasiado escrupulosos en observar los preceptos de pureza. Herodes Antipas, al fundar la ciudad, sabía perfectamente que aquel asentamiento quebrantaba nuestras leyes. Porque Tiberíades se construyó sobre numerosos sepulcros[8]. Nuestra ley dice que los que viven en esa ciudad son impuros. Pero nadie lo tiene en cuenta. ¡Tiberíades es una ciudad impura!

Daniel corroboró esta opinión: –La negligencia se va difundiendo por el país. Los seguidores de Jesús no hacen caso de la distinción entre lo puro y lo impuro. No se lavan las manos antes de comer[9]. Van por los campos en día de sábado y no tienen dificultad en cortar espigas.[10]. No se segregan de los extranjeros. Y ahora ¡llegan incluso a llamar médicos paganos para que entren en casas judías!

La cólera no me dejó callarme: –Yo no soy seguidor de Jesús. No he visto nunca a Jesús. Y llamaría siempre a un médico pagano, sin que me importe lo que diga Jesús o lo que digáis vosotros. Y, a propósito, ¿qué ha dicho Jesús sobre los preceptos de pureza?

Gamaliel declaró: –Yo le oí discutir sobre este tema. Atajó todas nuestras razones y las desbarató con el siguiente argumento:

«Ninguna cosa externa que entra en el hombre
puede mancharlo;
lo que hace impuro
es aquello que sale del hombre»[11].

Pregunté: –¿Dice con eso Jesús que no hay diferencia entre lo puro y lo impuro?

–Así es, en efecto. Si Jesús tuviera razón, no habría ya manjares impuros, personas impuras, lugares impuros. Todo sería puro. A los gentiles se les podría comprar de todo, y se les podría vender de todo.

La pesqué al vuelo: –¿Entonces se podría comprar también a los extranjeros aceite de oliva?

8. A propósito de la fundación de Tiberíades sobre un cementerio, véase Josefo *ant* 18,38 = XVIII,2,3.
9. Véase Mc 7,1ss.
10. Mc 2,23-28.
11. Mc 7,15.

Gamaliel asintió: –¡Tal sería la consecuencia!

–¿A mí qué me importa esa discusión sobre lo puro y lo impuro? ¿No estáis quebrantando el sábado, vosotros mismos, al importunar a otras personas con vuestras discusiones eruditas, en vez de dejarnos en paz, a nosotros y nuestra niña enferma? ¡No os dais cuenta de lo enferma que está! ¡No os dais cuenta de que nosotros tenemos preocupaciones muy distintas! ¡Y vosotros venga a discutir sobre lo de prestar ayuda y no prestar ayuda, sobre lo que está permitido y lo que no lo está! ¿Por qué, en vez de toda esa palabrería, no prestáis ayuda? ¡Por lo menos, dejadnos en paz! ¡Jesús dice algo muy distinto sobre vosotros![12]:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro estáis llenos de codicia y desenfreno!... ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que parecéis sepulcros blanqueados: hermosos por fuera, pero por dentro llenos de huesos de muertos y de podredumbre!»

¡Jesús tiene razón!

Aquello estaba bien claro: era echarles a patadas. Los dos doctores de la ley se volvieron para marcharse. Gamaliel dijo todavía:

–Eres injusto, Matatías. Está hablando por tu boca la preocupación que sientes por tu hija. ¡Ojalá se cure pronto!–. A continuación, salieron los dos apresuradamente.

Intenté salir detrás de ellos. Me hubiera gustado decir algunas palabras de conciliación. Pero ahora lo más importante era tranquilizar a Miriam. Me senté a su lado y le conté historias inocentes, no historias de milagros, sino fábulas y cuentos. Pronto se quedó dormida. Y también nosotros nos acostamos.

En la mañana del sábado asistí al culto divino. Aquella tranquilidad solemne transformaba la aldea. Personas que durante seis días habían trabajado duro, salían ahora de sus casas, con sus mejores ropas. Todos se iban reuniendo en la sinagoga. Gamaliel leería y comentaría las Escrituras. Comenzó con una bendición:

12. Mt 23,25-27.

«Alabado seas, Señor, Dios nuestro,
Rey del universo,
Creador de la luz
y Hacedor de las tinieblas,
Tú que estableces la paz
y creas todas las cosas.
Tú que difundes luz
sobre la tierra
y sobre los que moran en ella,
y que en tu bondad
renuevas a diario
la obra de tu creación»[13].

Después leyó el libro del Exodo. Se trataba de la revelación de Dios en el Sinaí. Su exégesis se concentró en una sola frase:

«Toda la tierra me pertenece. Vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación que me está consagrada»[14].

Gamaliel habló así:

–Cuando los israelitas peregrinaban por el desierto, ¿cómo pudo hablar Dios de sacerdotes? En el desierto no había Templo. No había sacrificios. Y, sin embargo, el mundo entero es el Templo de Dios. El Señor dice: «Toda la tierra me pertenece». Por eso, debemos comportarnos siempre como si estuviéramos en el Templo, donde todo es sagrado: el sol y la luz, el día y la noche, las montañas y los ríos, el mar y el continente, las plantas y los animales. Todo debemos contemplarlo con respeto.

Tal vez digáis: En el Templo penetran únicamente los sacerdotes. Sólo a ellos les exige Dios que tengan especial consideración con la santidad del Templo. Pero Dios quiere que todos lleguemos a ser un pueblo santo. No tiene que haber dos clases de personas: sacerdotes con santidad especial, y otros que aguardan fuera. ¡Ante Dios somos todos iguales!

13. Bendición que se recita por la mañana, antes de dar lectura a porciones de la Biblia; cita según R. Rendtorff (ed.), *Arbeitsbuch Christen und Juden*, Gütersloh 1979, 154. El texto, en hebreo y en alemán, aparece en S. Bamberger, *Sidur Sefat Emet*, Basel 1972, 33s.

14. Ex 19,5s.

Quizás penséis algunos de vosotros: ¿No bastará con que el sábado comparezcamos ante Dios? Pero, si el mundo es Templo de Dios, entonces nos hallamos constantemente ante el acatamiento de Dios, aunque no nos demos cuenta. Ahora bien, el sábado nos recordamos unos a otros que hemos de pensar en Dios. De lo contrario, podríamos olvidarle. Creeríamos que había muchas cosas más importantes que pensar en Dios, si por una *rigurosa observancia del séptimo día no nos abstuviéramos* de toda clase de trabajo.

Después del culto divino, Gamaliel se dirigió a mí. Me preguntó cómo estaba Miriam. Y dijo:

–Ayer me sentí muy triste, porque nuestra conversación no tuvo un final conciliador. Hoy voy a ir a casa de Matatías para explayarme con él.

Tranquilicé a Gamaliel. Matatías era buena persona. Miriam se había quedado dormida en seguida y por la mañana tenía ya mejor aspecto. También a mí me hubiera gustado seguir conversando. Yo sabía perfectamente que para los doctores de la ley es mucho más importante prestar ayuda a otras personas que observar las normas del sábado. Pero ¿por qué hay que reglamentar con tanta precisión las excepciones? ¿Por qué no se confía a cada persona la tarea de decidir por sí misma qué es compatible y qué es incompatible con el sábado? Gamaliel hizo señal de asentimiento y dijo:

–Fíjate en la vida que se vive en otras naciones. No conocen el sábado. Conocen únicamente las solemnidades en que ofrecen sacrificios a los dioses. Cuenta los días en que se celebran tales solemnidades. Quizás sumen veinte días, quizás treinta. Pero nada más. En la mayoría de los días del año, la gente modesta trabaja. Sólo en raras ocasiones disfrutan del descanso que es obvio para los acaudalados y poderosos. Pero entre nosotros los judíos las cosas ocurren de otro modo: cincuenta y dos veces al año celebramos el sábado. Lo celebran no sólo los amos y los ricos. El sábado es también para la gente modesta y sencilla. Incluso para los criados y esclavos. Y a esos cincuenta y dos sábados se añaden otras fiestas:

Las grandes fiestas de otoño: Ros Hassaná, la fiesta de año nuevo, el Yom Kippur, el día de la reconciliación, y los Sukkot, la fiesta de los tabernáculos. A estas se añaden las fiestas de primavera y de principios de verano: la Pascua (*pasaj*) y la

Fiesta de las Semanas. Unos 60 días de descanso tienen anualmente entre nosotros las personas modestas. No tiene nada de extraño que las demás naciones recelen de nosotros creyendo que somos holgazanes[15].

–Nadie entre nosotros pretende abolir esos numerosos días de descanso. ¿Para qué sirve, entonces, la reglamentación detallada de los casos concretos? ¿Por qué tanta excitación, si no se observan todas las reglas?

–¡Nadie quiere abolirlos! Pero muchos ricos querrían que sus esclavos, sus criadas, sus arrendatarios, trabajasen para ellos en día de sábado. ¡Acrecentarán sus ganancias! Sobre todo viendo como ven que los paganos les hacen la competencia y los que son sus socios comerciales explotan a sus trabajadores y les hacen trabajar incluso en día de sábado. No pretenden, ¡qué duda cabe!, abolir el sábado, pero desearían socavarlo. Admitirían miles de excepciones al descanso sabático. Cuando se trata de dinero, hay que oponerse con normas precisas y tajantes. De lo contrario, se sobrepone la riqueza y el dinero.

–¿Tienes miedo, entonces, de que personas como Jesús socaven el sábado en este sentido?

–El, desde luego, no lo hace intencionadamente. ¡Antes al contrario! Los ricos y los poderosos encuentran en él poco apoyo. Pero hay algo que él tiene poco en cuenta: Su ejemplo podría cundir. Podría ponerse de moda la laxitud en interpretar la prohibición de realizar trabajos en sábado. Otros podrían aprovecharse de ello para sus propios intereses.

–Según tu opinión, ¿está prohibido lo que hace Jesús?

–Yo no diría eso. Cualquiera de nosotros podría decir también todo lo que Jesus enseña sobre el sábado y los mandamientos de pureza. Es verdad que él tiene una concepción radical. Pero entre nosotros hay muchos que tienen concepciones radicales.

–Pero ¿por qué hay siempre controversias en torno a la doctrina de Jesús?

–El no piensa demasiado en las consecuencias. No se da cuenta de que, si se da poca importancia a las normas para proteger la observancia del sábado, eso podría conducir a que en adelante viviéramos como gentiles. Y es frecuente encontrar en Jesús imprudencias como esa. Dedica mucho tiempo a personas

15. Tácito (*hist* V,5,) y Juvenal (sat XIV,105s) sostienen que los judíos observaban el sábado por holgazanería.

de vida dudosa: bebedores, prostitutas, estafadores. No está prohibido hacerlo. El que hace que los pecadores vuelvan al buen camino, merece nuestra admiración. Sabemos que Dios es misericordioso con los que tienen fallos. Nos alegramos de que los malos se conviertan. Pero Jesús come a la mesa con ellos, sin cerciorarse antes de que esas personas se hayan apartado de su mal camino. No les impone condiciones. Jesús espera que ellos, espontáneamente, se van a convertir. A eso lo llamo proceder con ligereza. Quizás ayuda él de esta manera a unas cuantas personas. Pero ¿qué repercusiones tiene su conducta sobre otras muchas? ¿No dirán esas personas: Para qué me voy a esforzar en obrar el bien? Si Jesús tiene razón, entonces Dios estará contento también conmigo.

Gamaliel había puesto más temperamento en sus ideas. Sus palabras llevaban más carga de emoción.

–Sí –decía. –Ese tal Jesús podría ser mi discípulo. Yo podría defender todas sus opiniones. Pero le obligaría a pensar bien en las consecuencias que todo ello tiene para nuestro pueblo y para la vida cotidiana. Mencioné otro ejemplo. Un día llega a él un centurión pagano que vive en Cafarnaún[16]. Le pide que cure a su muchacho. ¡Claro que hay que prestar ayuda a los gentiles! Pero ¿por qué precisamente a ése? Todos saben que la mayoría de esos oficiales paganos son homosexuales. Sus muchachos son sus amantes. Pero a Jesús no le interesa nada de eso. No pregunta siquiera qué clase de muchacho es. Le curó... y no pensó en que más tarde alguien podría tener la idea de enseñar, apoyándose en la conducta de Jesús, que hay que aceptar la homosexualidad.

–¿Estás seguro de que el centurión es homosexual?

–¡Claro que no lo estoy! Pero cualquiera podría sospecharlo. Y sin preocuparse de esa clase de sospechas, Jesús se vuelve hacia él. Yo le aconsejaría ser más prudente en esos casos.

–Bueno, tal vez fue imprudente. Pero ¿fue una acción ilícita?

–No, yo no diría eso. Dios quiere que se preste ayuda a todas las personas.

–¿También a los recaudadores de impuestos y a las prostitutas?

–¡También a ellos y a ellas!

–¿Y por qué se critica, entonces, a Jesús por sentarse a la mesa con ellos?

16. Véase Mt 8,5-13.

–Si lo hiciera una persona corriente, no tendríamos nada que objetar. Pero Jesús es persona influyente. Es Maestro. Es uno de nosotros. Le criticamos únicamente porque está cerca de nosotros.

–¿Y qué hay de malo en que los maestros judíos traten con recaudadores de impuestos? Nosotros los comerciantes tenemos que tratar a menudo con ellos.

–¡Piensa en las consecuencias! No tenemos nada que objetar contra algunos recaudadores de impuestos. Son personas como todas las demás. Pero en nuestro país representan a los romanos. Lo que recaudan, va a parar en gran parte a los extranjeros. No debemos causar la impresión de que los maestros judíos acatan el dominio extranjero. Los romanos no deben recibir de nosotros el certificado sacrosanto de que obran por legitimidad divina.

–¿Tienes miedo de que Jesús pudiera darles tal certificado sacrosanto?

–No, pero la multitud que le sigue podría entender algunas cosas erróneamente. Quien goza del prestigio popular de enseñar la voluntad de Dios, no debería prestar ayuda ostensiblemente a soldados extranjeros. Jesús no se da cuenta de lo mucho que está en juego, cuando nos acercamos a los paganos, cuando nos comportamos lo mismo que ellos. Yo critico la espontaneidad con que Jesús lo hace. ¡Jesús lo hace como si estuviera entre dos frentes!

Como un relámpago cruzó por mi mente la idea: También yo estaba entre dos frentes. También yo era, necesariamente, una figura crítica a los ojos de Gamaliel. ¿Podría comprenderme Gamaliel? Yo preguntaba acerca de mí mismo, al seguir formulando preguntas.

–¿Y cómo, entonces, justifica Jesús su conducta?

–Lo subrayé una vez más: Las opiniones que Jesús sostiene, podrían ser mantenidas por cualesquiera de nosotros, fariseos y doctores de la ley.

Estamos acostumbrados a discutir muchas opiniones. Pero Jesús elude nuestros métodos corrientes de discusión. El manifiesta su opinión, no como una opinión más junto a muchas otras. El no las discute alegando razones en pro y en contra. Sino que habla como si Dios mismo hablara por su boca. Este menosprecio de nuestras formas tradicionales es lo que más nos escandaliza en él.

Seguimos hablando largo y tendido sobre Jesús. Sentí cómo me atraía esa figura. Yo también oscilaba entre dos frentes. ¿No me parecía a un recaudador de impuestos, sólo que yo no recogía dinero sino informaciones, para transmitírselas a los romanos? Ese tal Jesús ¿no sería comprensivo conmigo?

Regresé, en compañía de Gamaliel, a la casa de Matatías. Gamaliel trajo frutas para regalárselas a Miriam: –En día de sábado tiene que haber paz entre nosotros –dijo. Y Matatías respondió: *Shalom!* ¡La paz sea contigo!

La tensión de ayer se había disipado.

Pronto llegaron de Tiberíades los jóvenes, en compañía de Hipócrates. El médico reconoció a Miriam y dictaminó: –Lo peor ya ha pasado.

Volvió la claridad a aquella pequeña casa, como si la vida comenzara de nuevo.

Muy estimado Profesor Kratzinger:

Me alegra mucho que estemos de acuerdo en la valoración de los fariseos. Me doy cuenta de que las investigaciones se hallan aún en curso. Nos hemos hecho más prudentes, a la hora de enjuiciar textos más tardíos sobre los fariseos y aplicarlos a las circunstancias anteriores al año 70 de nuestra era. Independientemente de todo ello, la exégesis tiene un deber de reparación en lo que respecta a los fariseos. Con harta frecuencia, ha violado los principios más elementales de las ciencias históricas, aceptando como moneda de valor legal lo que, históricamente, era polémica contra los fariseos. El descubrimiento de los textos de Qumrán aportó las primeras correcciones: En comparación con los esenios radicales, los fariseos aparecen como una corriente atenta a la moderación y los compromisos. Los fariseos, después de la catástrofe del año 70 de nuestra era, volvieron a fundar el judaísmo. En la actualidad, la nueva comprensión que tenemos del judaísmo ha modificado también el juicio histórico sobre los fariseos.
La teología, en los tiempos modernos, se ha visto ante la incesante tarea de distinguir entre los aspectos superados y los aspectos que seguían siendo válidos de la religión cristiana. ¿Qué era más obvio que considerar que el judaísmo de cuño farisaico era el responsable del fardo del que uno se quería desprender? Se creyó que lo que había de herencia judía en el cristianismo era lo superado. El hecho de desligarse de la dependencia de la «ley» se consideraba como una anticipación de la emancipación del hombre que, en la cultura moderna, se liberaba de toda autoridad extrínseca.
Por eso, muchos eruditos profesores de teología desarrollaron su moderna comprensión de sí mismos eliminando el judaísmo. Y encontraron resonancia en la pequeña burguesía cristiana, que por razones muy distintas aborrecía a los judíos. Esa burguesía se sentía económicamente amenazada por el desarrollo moderno y quiso echar la culpa a los judíos de todo lo que era motivo de lamentación: el liberalismo, el capitalismo, la democracia, la decadencia religiosa, etcétera.

Hubo un curiosa coalición entre los teólogos liberales, que pretendían ser modernos, y la pequeña burguesía, que se sentía insegura y tenía miedo de adentrarse en los tiempos modernos. En la polémica del Nuevo Testamento contra los fariseos (y contra los judíos, en general) hallaron satisfacción unos y otros a sus apetencias.

Ahora comprenderá usted, seguramente, por qué me alegro de que también usted se halle a favor de una revisión de nuestra imagen del judaísmo farisaico.

Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

12
Personas en la frontera

De Cafarnaún marchamos a Betsaida, con unos dos días de retraso. Betsaida es una pequeña ciudad situada junto a la orilla septentrional del mar de Galilea, al otro lado de la frontera. Forma parte del territorio de Herodes Filipo. Hacía no mucho tiempo, Filipo había transformado la aldea judía en una pequeña ciudad helenística. En honor de Julia, hija del emperador Augusto, la ciudad recién fundada recibió el nombre de Julias Betsaida[1]. En realidad, seguía siendo un pueblo grande.

De camino a Betsaida tuvimos que pasar por la aduana. Conocíamos muy bien al aduanero: un hombre simpático que, después del regateo normal de los aranceles aduaneros y del soborno habitual, dejaba que le invitáramos a un trago de vino.

Pero esta vez quedamos sorprendidos. En vez del aduanero (o «recaudador de impuestos») habitual, en vez de Leví, encontramos a un desconocido. Se nos presentó:

–Me llamo Costabar. Soy el nuevo arrendatario del cobro de impuestos[2] en este paso de frontera. ¿Qué mercancías traéis?

Este va derecho al grano, pensé. Le contesté con otra pregunta:

–¿Y qué ha sido de Leví?

–Leví ya no es recaudador de impuestos. En adelante tendréis que arreglároslas conmigo.

–¿Le ha pasado algo?

1. Sobre la fundación de Betsaida Julias véase Josefo *bell* 2,1.8 = II,9,1; *ant* 18,28 = XVIII,2,1.

2. Los aduaneros o recaudadores de impuestos, en el mundo antiguo, no eran funcionarios del Estado sino empresarios que adquirían del Estado en arriendo el derecho a la recaudación de impuestos, pagando por ello determinadas sumas de dinero al erario público y quedándose con todo lo que podían sacar por encima de esa suma. Como es lógico, eran muy impopulares.

Costabar se encogió de hombros: –No le pasó nada precisamente. Sólo que ya no quería ser recaudador de impuestos. Se marchó.

¡Otro que se había marchado de repente! Hice una pregunta indiscreta:

–¿Se ha echado al monte con los bandidos?

–No lo sé. No he vuelto a saber nada de él. Ahora tengo yo en arriendo la recaudación de impuestos. Otra vez: ¿Qué mercancías tenéis que declarar?

Le enseñamos todo lo que traíamos. Costabar me preguntó:

–¿Eso es todo?

En realidad era muy poco. Para un comerciante como yo, era increíblemente poco. Le expliqué:

–Parte de nuestras mercancías encontraron en Galilea clientes inesperados. Esto es lo único que nos queda.

Nuestros «clientes» habían sido los zelotas, que habían confiscado buena parte de nuestras mercancías como anticipo del impuesto revolucionario que debíamos pagar anualmente. Costabar seguía desconfiando:

–¿Y dónde habéis ocultado las demás cosas?

Sonreí con ironía. Ahora iba a sacar la treta con la que solía «hacer negocios» con los recaudadores de impuestos:

–Tal vez he olvidado algo.

Costabar se puso a revolver nuestro equipaje. ¡Lo encontró! Sacó de entre las demás cosas un pellejo de vino de mediano tamaño:

–¿Qué es esto?

–Esto no se destina a la venta.

–No importa. Pero tiene que pagar impuestos.

–No pagaré.

–Claro que pagarás. Si no, te confiscaré la mercancía.

–Pagan impuestos únicamente las mercancías que se importan al país. Por consiguiente, no pagaré.

–¿Es que vas a derramar el vino y tirarlo al suelo?

–¡No voy a derramarlo en el suelo!

Costabar me miraba, tardo para comprender. Entonces dije entre risas:

–Este vino está destinado a que todos juntos lo bebamos sin pagar impuestos. Hay también frutas y pan.

Costabar movió negativamente la cabeza: –La aduana no es para una reunión de bebedores.

Le repliqué: –¡Un vaso de vino no es una juerga de bebedores!

–Pero por un vaso se empieza.

–¿Qué?

–Que sí, hombre. Que he encontrado aquí un desbarajuste enorme.

Hice el gesto de quien no termina de entender: –Eres el primer recaudador de impuestos que me dice que echar un trago en la aduana es armar un desbarajuste. El que estuvo antes que tú no era así.

–Precisamente por eso.

Costabar seguía terco. Me di cuenta de que habría sido mejor no mencionar el nombre del que le había precedido en aquel cargo. Algo había sucedido. En todo caso, no lograba mover a aquel recaudador a que bebiera una copa. Costabar estaba firmemente decidido a permanecer sobrio. El sabía muy bien que un recaudador ebrio acepta mejor un chanchullo que una persona que está en sus cabales. Nos pusimos otra vez a hablar de negocios. Costabar pedía el diez por ciento del valor de la mercancía, en concepto de aranceles.

Protesté: –¡Hasta ahora siempre se me había pedido el seis por ciento!

–Precisamente por eso.

–¡No comprendo!

–¿Por qué dejó mi predecesor el cargo? ¡Pues porque no podía vivir de ese miserable seis por ciento! Ese porcentaje es muy poco.

–Pero hay aranceles bien determinados.

–¿Y qué? Estoy de acuerdo. Los aranceles fijan el seis por ciento. Con él podría vivir el recaudador, si no hubiera contrabando constantemente. Yo cuento con que el contrabando me quita un cuatro por ciento de ganancia. No me queda más remedio que incluir en los aranceles ese cuatro por ciento... como indemnización por lo que pierdo.

–Eso es una injusticia con los que pagan sus impuestos como es debido.

–Más injusto todavía es estafarnos a los que hemos tomado en arriendo la recaudación de impuestos, y encima criticarnos porque, sobriamente, queremos calcular y resarcirnos de nuestras pérdidas.

Transigí: –¿Qué te parece un incremento del dos por ciento: aranceles especiales para comerciantes honrados como yo? Y,

además, un trago de vino para consolar al recaudador Costabar por lo que otros le quitan.

Parecía que Costabar iba entrando en razón. Nos pusimos de acuerdo. Después de cerrar el trato y despachar el asunto, nos sentamos a la sombra, delante del puesto aduanero, comimos pan y frutas, y bebimos el vino que Costabar había descubierto. Mientras estábamos sentados, vi de repente cómo una extraña procesión se movía hacia el puesto aduanero. Delante iba un muchacho que, como se veía ya desde lejos, estaba en la frontera entre la normalidad y la locura. Detrás venía cojeando un viejo desdentado que se apoyaba en muletas. Luego caminaba torpemente un harapiento. Evidentemente, era ciego. Unos cuantos niños mendigos, vestidos de harapos, rodeaban al trío.

–¡Dios mío! –gimió Costabar. –Otra vez vienen. Eso me pasa por beber vino en el puesto aduanero.

–¿Qué dices? –le pregunté. –Yo he bebido vino infinidad de veces en los puestos aduaneros.

–Esos quieren también beber y comer –dijo Costabar desesperado. –Acuden siempre que sospechan que hay alguien aquí. Son como lapas. No logro desasirme de ellos.

–¿Desde cuándo vienen?

–Desde que estoy aquí. O, más exactamente, desde que Leví introdujo esta nueva costumbre.

Mientras tanto, se oían ya a lo lejos las voces de los que se acercaban. Uno de ellos preguntó a gritos:

–¿Ha vuelto a venir Jesús?

–¿Qué tiene Jesús que ver con eso? –pregunté a Costabar.

–Mi predecesor Leví era seguidor de Jesús. Conoció a Jesús porque él pasa a menudo por aquí. Jesús cruza mucho la frontera. Pasa constantemente por el puesto fronterizo.

–¿Por qué?

–Sospecho que no se siente seguro en Galilea. Quizás Antipas anda detrás de él. Por eso, desaparece constantemente cruzando la frontera. Suele dirigirse al territorio de Herodes Filipo. Unas veces pasa por aquí y otras cruza el lago en barca, algunas veces de noche, para que nadie se dé cuenta. Algunas veces se retira también a los territorios de las ciudades limítrofes, dirigiéndose a Tiro y Sidón, a Hippos y Gádara. Propiamente no va a las ciudades sino a los campos de alrededor, donde viven muchos judíos.

–Yo vengo de Séforis. Nadie entre nosotros se acuerda de que Jesús haya estado alguna vez en Séforis, aunque es oriundo de una aldea de las cercanías.

–Es típico suyo. Jesús evita las ciudades. Va por las aldeas y trata con la gente modesta[3].

–Pero ¿qué tiene que ver todo eso con esa loca procesión?

Señalé hacia el grupo, que se acercaba lentamente al puesto de aduana.

–Como dije, Leví había conocido a Jesús y se había sentido impresionado por sus enseñanzas. Cambió radicalmente de conducta, por influjo de Jesús. Comenzó a organizar periódicamente comidas para los pobres. Pronto corrió la noticia. De todas partes acudían a él montones de gente. Pero eso fue sólo el principio. Una vez que Jesús pasaba, Leví se decidió a seguirle. Pero antes quiso organizar un gran banquete de despedida[4]. Debió de ser algo memorable. Los pobres todavía lo recuerdan muy bien. Desde entonces, a Jesús se le conoce en nuestra región como «comedor y bebedor, y amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores»[5].

Fue, en realidad, una fiesta de locos. Asistieron también esas tres ruinas humanas que ves allí. Fue el gran acontecimiento de su vida. Ahora esperan a que vuelva a pasar Jesús. Saben que él pasa a menudo por este puesto fronterizo. Y siguen esperando que se repita otra vez el banquete,... aquí en la oficina de la aduana. Me preguntan a todas horas cuándo voy a organizar ese gran banquete. ¡Como si yo fuera Leví!

Mientras tanto el grupo se había acercado ya bastante. Oíamos con más claridad sus voces. Me preguntaron a gritos:

–¿Eres tú Jesús?

Respondí: –No, yo no soy Jesús.

–¿Nos vas a dar de comer y beber?

3. Es sorprendente que las dos mayores ciudades de Galilea, Séforis y Tiberíades, no se mencionen nunca en los evangelios sinópticos.

4. A propósito del banquete que dio Leví y al que asistieron muchos recaudadores de impuestos, véase Mc 2,13-17. La historia, tal como se refiere ahora, sintetiza el encuentro de Leví con Jesús y la decisión de aquél de seguirle y los presenta como un único acontecimiento. Pero es muy posible que esta decisión fuera madurando poco a poco. Los relatos evangélicos condensan lo más importante en un breve espacio de tiempo.

5. Eso debieron de echárselo ya en cara a Jesús durante su vida terrena, como vemos por Mt 11,19.

–Os repito que yo no soy Jesús.

–¡Es Jesús todo el que nos da de comer y beber!

Me di cuenta: No se podía hablar normalmente con ellos. Habían formado un círuclo alrededor de nosotros y nos miraban con esperanza de recibir algo de nuestra comida. Los niños andrajosos jugaban entre ellos, correteando. Dije:

–¿No nos vais a dejar en paz?

Los niños reprimieron sus risas y me preguntaron a gritos:

–¿Nos has traído algo?

Costabar me susurró: –¡Por lo que más quieras, no les des nada! ¡Van a estar viniendo a todas horas! A ti quizás te dará lo mismo. Tú te marchas. Pero a mí me van a dar la tabarra. No habrá manera de deshacerse de ellos.

–¿No sería mejor entrar en la oficina de la aduana? –propuse. –Tal vez se larguen, cuando ya no nos vean.

–Hicimos como si hubiéramos terminado de comer y nos retiramos al interior de la casa. Timón y Malco tuvieron que quedarse fuera para cuidar de los asnos y de las mercancías. Dentro de la casa nos sentamos en esteras. Se estaba fresco allí dentro. Costabar dijo:

–No creas que esa gente se muere de hambre. En Betsaida tenemos un fondo de asistencia para los pobres[6]. Yo también contribuyo, aunque no directamente sino a través de otra persona. Con ese fondo damos de comer a los pobres. Pero el sueño dorado de los mismos es que vuelva a pasar Jesús y organice un gran banquete. Casi todas las semanas vienen y me asedian.

Habíamos comenzado de nuevo a comer y a beber. No tenía ninguna gana de hacerlo. Pero debía mantener buenas relaciones con Costabar. Indudablemente, no sería la última vez que tuviera que pagar aranceles en su puesto aduanero. Pensaba para mis adentros. Pero ¡volvían a molestarnos! El viejo desdentado se había arrastrado hasta la ventana. Metió la cabeza dentro y comenzó a decir como un graznido:

6. La labor de socorro a los pobres estaba bien organizada entre los judíos. A los pobres del lugar se les repartían víveres semanalmente, que alcanzaban para dos comidas diarias. A los pobres que eran forasteros se les distribuía diariamente alimentos para dos comidas. Los recaudadores de impuestos eran tan despreciados, que se prohibía aceptar donativos suyos para los fondos destinados a obras de caridad. Pero podían prestar ayuda indirectamente (a través de otras personas).

«Cuando des una comida o una cena,
no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes,
ni a los vecinos ricos,
no sea que ellos te inviten a su vez,
y así tengas tu recompensa.
Al contrario, cuando des un banquete,
invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos.
¡Feliz de ti,
porque ellos no tienen cómo retribuirte,
y así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos»[7].

Después de proclamar este mensaje dentro de la habitación, con una voz que parecían graznidos, sacó la cabeza del hueco de la ventana. Costabar me explicó:

–Es una de las sentencias de Jesús que ellos me repiten machaconamente.

Mira, ahora viene la continuación.

En efecto, ahora podía escucharse un coro de voces. Declamaban unos versos, como quienes repiten a gritos la consigna en una manifestación:

«Venid a mí
todos los que estáis afligidos y agobiados,
y yo os aliviaré.
Venid a mí
todos los que estáis afligidos y agobiados,
y yo os aliviaré»[8].

Repetían sin cesar las mismas palabras. No había quien lo aguantara. Finalmente, Costabar se levantó y salió fuera. Había perdido la paciencia. Oí cómo gritaba con voz amenazadora:

–¡Si no os calláis inmediatamente, yo os aliviaré a palos! ¡Marchaos!!Idos al cuerno! ¡Dejadnos en paz!

El coro enmudeció. Sólo una voz infantil preguntó: –¿No nos invitas hoy a comer?.– Entonces se escuchó otra vez el graznido del viejo: –Costabar, ¿no sabes aquella parábola de Jesús? ¡Te la repetiré![9]:

7. Lc 14,12-14.
8. Mt 11,28.
9. Lc 14,16-24.

«Un hombre preparó un gran banquete y convidó a mucha gente. A la hora de cenar, mandó a su sirviente que dijera a los invitados: 'Venid, todo está preparado'. Pero todos, sin excepción, empezaron a excusarse. El primero le dijo: 'Acabo de comprar un campo y tengo que ir a verlo. Te ruego me disculpes'. El segundo dijo: 'He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego me disculpes'. Y un tercero respondió: 'Acabo de casarme y por esa razón no puedo ir'. A su regreso, el sirviente contó esto al dueño de casa, y éste, irritado, le dijo: 'Recorre en seguida las plazas y las calles de la ciudad, y trae aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los paralíticos'. Volvió el sirviente y dijo: 'Señor, tus órdenes se han cumplido y aún sobra lugar'. El señor le respondió: 'Ve a los caminos y a lo largo de los cercos, e insiste a la gente para que entre, de manera que se llene mi casa. Porque os aseguro que ninguno de los que antes fueron invitados ha de probar mi cena'».

Observé cómo todos prestaban atención al viejo. También Costabar parecía escucharle. Cuando hubo terminado, Costabar añadió:

–¡No has contado la parábola hasta el fin! ¡Todavía sigue!:

«Pero cuando el que daba el banquete entró para ver a los comensales, encontró a un hombre que no tenía el traje de fiesta sino que iba vestido de harapos. 'Amigo –le dijo–, ¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?' El permaneció en silencio. Entonces el señor dijo a los criados: 'Atadlo de pies y manos y arrojadlo afuera, a las tinieblas. Allí habrá llanto y rechinar de dientes'»[10].

La voz de Costabar sonó dura y fría: –Así que ya os estáis marchando. Porque, si no, llamaré a los soldados, que os atarán de pies y manos y os encerrarán en la cárcel.

Uno de los niños protestó: –Ese final no lo contó nunca Jesús. Te lo has inventado. No es así. Es mentira.

10. Esta adición a la parábola aparece únicamente en la versión del evangelio de Mateo (donde el dueño de la casa se ha convertido, por lo demás, en un rey). Según opinión unánime de la mayoría de los especialistas, se trata de una adición posterior a la parábola de Jesús (véase Mt 22,11-14).

Costabar comenzó a echar improperios: –Es el auténtico final. Y lo vais a vivir vosotros inmediatamente. ¡Ya os estáis marchando, inmundicia humana! ¡Idos al diablo!

Yo estaba sentado dentro de la casa, como sobre ascuas. ¿Debía salir y apaciguar los ánimos? La parábola me había llegado al corazón. El niño tenía razón: El final añadido por Costabar no encajaba. Pero yo comprendía también a Costabar: ¡Era un verdadero castigo el que aquellos harapientos vinieran a molestarle una y otra vez!

De momento, Costabar había logrado su propósito. Oí cómo aquel grupo se alejaba. Costabar entró en la casa:

–¡Se van! Esa gente son una auténtica plaga. Antes le agradecían a uno que les diera un trozo de pan. Pero, desde que personas como Leví avivaron sus esperanzas, no dejan de importunar: esperan el gran cambio repentino, el reino de Dios. Entonces se sentarán con Jesús a la mesa para celebrar un gran banquete: ellos que andan renqueando y llenos de harapos, que se ahogan de tos y son una miseria humana. Entonces les tocará a ellos disfrutar de su porción de felicidad: esa felicidad que Dios había previsto para ellos y que les había sido negada por los de aquí abajo. Desde entonces viven con esas esperanzas imaginarias. Tienen pretensiones que ninguna aldea, ningún Estado, ninguna persona es capaz de satisfacer. Tienen pretensiones que son de otro mundo, pero no de nuestro país.

–Me dan lástima los niños –dije. –Ellos no pueden remediar haber nacido pobres.

–Tienes razón –dijo Costabar. –¿Crees que me resulta agradable echarles? Pero ¿qué voy a hacer? Si comienzo a repartir aquí comida para mendigos y niños, acudirán a montones de toda la región. Leví lo hizo. Acostumbró a la gente a que aquí se les iba a dar de comer. Algunas veces pienso que él se largó precisamente por eso. Ya no pudo resistirlo. Posiblemente, confió demasiado en sus fuerzas. ¿Cómo iba, a la larga, a mantener a toda esa gente? Quizás le quedaba una sola alternativa: o arruinarse por completo o renunciar al negocio de la recaudación de impuestos. Sea lo que sea, el hecho es que se ha largado. Fue en pos de Jesús. Comprenderás que yo no podía meterme en una situación así. Yo tengo que alimentarme a mí y alimentar a mi familia con lo que saque de la recaudación de impuestos. Yo no puedo decir: ¡me voy y ahí queda todo eso! Yo no puedo arruinar

mi negocio, como hizo Leví, dedicándome a la beneficencia. Lo único que puedo es pagar mi cuota al fondo de ayuda a los menesterosos. Más, imposible.

Ya era tarde. Teníamos que marcharnos para llegar a tiempo a Betsaida. Cabalgábamos despacio por el camino que bordea el lago. Las aguas reverberaban por los rayos del sol. Las montañas se recortaban al fondo como pálidas sombras. Era un atardecer tranquilo y agradable.

De repente aparecieron los niños mendigos que habíamos encontrado en el puesto aduanero. Se habían cogido de la mano y nos cortaban el paso.

–¿Qué hacéis? –pregunté.

–Jugamos a aduaneros.

–Pues ¿qué frontera hay aquí?

–¡Aquí comienza el reino de Dios!

Empezaba a enojarme, pero me contuve. ¿Por qué no iba a dar gusto a aquellos niños? Así que seguí el juego.

–¿Y qué hay que hacer para entrar en vuestro Reino?

Los niños se echaron a reír. El mayor de ellos dijo:

–Si no os hacéis como niños,
no entraréis en el reino de Dios[11].

–¿Quién reina en vuestro Reino?

–En ese Reino reinamos nosotros, los niños. A nosotros nos pertenece el reino de Dios[12].

–¿Y qué hay que pagar como impuesto?

–¡Danos algo de comer!

–¿Eso es todo el impuesto que hay que pagar?

–No hay otro reino en el que sea más fácil entrar. Sólo tienes que dar algo de lo que posees. Entonces formas ya parte del Reino.

No sabía si todo aquello era juego o realidad. Dije:

–¡De acuerdo! ¡Aquí tenéis mi impuesto para entrar en vuestro Reino!

Les di dos hogazas de pan y un montón de fruta. Los ojos de los niños brillaban. Nos dejaron libre el camino. ¡Ya podíamos pasar! Habíamos cruzado otra frontera.

11. Mt 18,3.
12. Véase Mc 10,14.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Me alegra mucho que le haya gustado el capítulo pasado. Ahora bien, sus rigurosas normas científicas le obligan a plantear la pregunta de si el banquete de los recaudadores de impuestos (Mc 2,15-17) no será quizás expresión de los problemas de la comunidad: en el cristianismo primitivo hacía falta disponer de una historia en la que Jesús se sentara a la mesa con recaudadores de impuestos y con pecadores. Podían justificarse entonces los banquetes en que se sentaban juntos los paganocristianos y los judeocristianos, aunque los gentiles no observaran los preceptos judíos relativos a los alimentos. El problema se hizo muy agudo en Antioquía, a fines de los años 40 (véase Gál 2,11ss). ¿Surgió la historia para resolver este problema?

La historia presupone un puesto aduanero a orillas del mar de Galilea (en Cafarnaún). Tiene que tratarse, por fuerza, de un puesto fronterizo: entre Cafarnaún y Betsaida había, en tiempo de Jesús, una frontera, que desapareció en el transcurso del siglo I de nuestra era. No existió entre los años 39 y 44, cuando Agripa I unificó las regiones de la ribera oriental y de la ribera occidental del Jordán. La frontera se suprimió en tiempo de su hijo, Agripa II, desde el año 54 hasta el fin del siglo I de nuestra era. Los diez años entre el 44 y el 54 son difíciles de juzgar. Probablemente, ambas partes del país se habían unido en una sola provincia romana. Esto quiere decir: La historia del banquete de los recaudadores de impuestos presupone –al parecer– circunstancias que existían en tiempo de Jesús, pero que desaparecieron ya a partir del año 39 de nuestra era. Esa historia nos remonta a la situación existente en los años 30. Llegamos, pues, a una época en que todavía no constituían un problema, en la comunidad cristiana primitiva, las comidas en que se sentaban a la mesa, juntos, judíos y gentiles. En todo caso, ese problema no es tan agudo en tiempo del concilio apostólico (en los años 40).

Por consiguiente, la tradición del banquete de los recaudadores de impuestos ¿no podría conservar un recuerdo histórico? ¡No negamos que ese recuerdo se utilizara más tarde para resolver problemas relativos a los banquetes comunitarios que se celebraban en la comunidad cristiana!
Disponga, como siempre, de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

13

Una mujer protesta

Aunque en todas partes preguntábamos por Jesús, no le encontramos en ninguna parte. No le hallamos ni en el camino de ida a Betsaida ni en el camino de regreso, cuando nos dirigimos a Tiberíades bordeando el mar de Galilea. Todos habían oído hablar de Jesús; muchos le habían visto. Parecía casi que Jesús había estado en todas partes. Si dábamos crédito a los rumores sobre los lugares en que había estado, había que creer que él se trasladaba de un lugar a otro con increíble rapidez. No es, pues, de extrañar que alguien nos dijera que Jesús podía caminar sobre las aguas[1]. De ahí que apareciera insospechadamente en algunos lugares, para desaparecer al poco tiempo. Otro enigma era cómo Jesús podía dar de comer a tanta gente que le seguía por el país. Se rumoreaba que Jesús era capaz de multiplicar el pan. En un lugar se contaba de él que con siete panes había dado de comer a 4000 personas. En otro lugar, fueron cinco los panes que bastaron para 5000 personas[2]. Como es lógico, yo no creía una palabra de todo eso. La gente pensaba, creo yo, que cuando una persona es capaz de devolver la salud a los enfermos, entonces es capaz de hacerlo todo. Todas esas historias de milagros surgían porque Jesús tenía ya fama de taumaturgo, de obrador de milagros.

1. Véase Mc 6,45-52.

2. Compárense las dos versiones del «milagro de la multiplicación de los panes». El pasaje de Mc 8,1-9 habla de siete panes que dieron de comer a 4000 personas; el de Mc 6,35-44, de cinco panes que alimentaron a 5000 personas. Palpamos cómo va desarrollándose el elemento milagroso.

Para uno de esos milagros encontré yo quizás una explicación, aunque no estoy seguro. Cuando llegamos a Tiberíades, llevamos el equipaje y la mercancía a nuestra sucursal de aquella ciudad. Timón y Malco se quedaron en las oficinas. Yo me dirigí a casa de Jusá. Era una casa moderna de estilo greco-romano: varias habitaciones se abrían a un atrio porticado. En el segundo piso había un cuarto de estar, con una vista magnífica al mar de Galilea. Allí estaba sentada Juana y aguardaba a Jusá, que volvería en cualquier momento de las fincas rurales de Antipas.

Pronto orienté la conversación hacia Jesús. En efecto, Juana había sido la primera persona que me había hablado de él. No podía dar crédito a mis oídos, cuando escuché que ella apoyaba económicamente a Jesús. Con toda naturalidad me contó:

–Le envío dinero y víveres[3]. Mi marido no lo sabe. No me delates. Cuando es posible, voy a ver a Jesús para escuchar sus palabras.

Todos los partidarios de Jesús que yo había conocido hasta entonces, eran gente modesta. Pero Juana pertenecía a la clase alta. Pregunté:

–¿Hay más personas acomodadas que le apoyen económicamente?

–Unas pocas. Recibe apoyo de todas partes.

–Pero entonces no es verdad lo que la gente cuenta de que él, con poderes mágicos, da de comer a sus seguidores. He oído historias muy inverosímiles. Jesús habría llegado a multiplicar los panes.

–La gente habla mucho. Yo te diré únicamente lo que sé: Cuando yo u otras personas le enviamos víveres, panes, peces y frutos, y mi gente las saca de los capazos para entregárselos, entonces a la multitud le parece un milagro que haya tanto para comer. Esa pobre gente no han visto nunca tantos víveres juntos. Si lo prefieres, sucede de hecho un milagro.

–¿Cómo?

–Una vez que la gente se persuade de que hay suficiente pan para todos, pierden el miedo al hambre. Sacan entonces las reservas de pan que llevaban ocultas para no tener que compartirlas con otros. Reparten de su pan. No tienen miedo ya de que no les alcance.

3. Según Lc 8,3 «Juana, mujer de Jusá, administrador de Herodes Antipas», se contaba entre las mujeres que ayudaban con sus bienes a Jesús.

–¿Crees tú que de esa manera se explica la historia de la multiplicación milagrosa de los panes?

–No directamente. Yo diría que, de vez en cuando, esa historia ha sucedido realmente. La gente, cuando está con Jesús, experimenta sin cesar que él encuentra apoyo de manera sorprendente, y que lo encuentra sin trabajar, sin mendigar, sin organizar sus campañas.

–¿Pero no se le ocurrirá a nadie la idea de que habría que distribuir uniformemente el pan por todo el país?

–¡Claro que sí! La gente así lo espera. Algunos aguardan con ansia a que Jesús se manifieste como Mesías. A que instaure la justicia. A que se preocupe de la fertilidad de las cosechas. A que todo cambie radicalmente para bien. Y a que expulse a los romanos[4].

–¡Pero eso es peligroso!

No pude seguir la conversación. Oímos que llegaba Jusá. Nos saludamos con afecto. Después que él tomara asiento, fui derecho al grano:

–En Galilea todos hablan de Jesús. El es el gran tema de las conversaciones. ¿Qué opinas tú de él? ¿Crees que es un alborotador? ¿Un rebelde?

–Jusá respondió: Herodes Antipas está preocupado. Tiene remordimientos de conciencia por haber ejecutado al Bautista. No ha disminuido ninguno de sus problemas. Una vez manifestó la absurda idea de que Jesús era el Bautista que había resucitado de entre los muertos; por eso, tendría poder para obrar milagros[5]. Antipas tiene miedo. Se ha hecho casi supersticioso ¡y cree incluso en la resurrección de los muertos!

–Pero en la resurrección creen también los fariseos y muchos otros.

–Nosotros no. Antipas y yo simpatizamos con la fe religiosa de los saduceos[6]. Nosotros los saduceos creemos que el alma

4. El llamado Salmo de Salomón 17 (que data del siglo I a.C.) nos permite ver cuáles eran las esperanzas mesiánicas en tiempo de Jesús. El Mesías expulsará a los enemigos (PsSal 17,25), congregará al pueblo y lo santificará. «Ni el emigrante ni el extranjero habitarán ya con ellos» (PsSal 17,28).

5. Véase Mc 6,14. Si se tiene a Jesús por el Bautista que hubiera resucitado, esto significa que Jesús, antes, era completamente desconocido. Por eso, esa observación sobre el miedo de Herodes Antipas pudiera ser eco de una antiquísima reacción ante la actividad pública de Jesús, incluso durante su vida terrena.

6. A propósito de las doctrinas de los saduceos, véase Josefo *ant* 18,16-

perece juntamente con el cuerpo. Rechazamos la esperanza de un mundo nuevo y mejor. Nuestra doctrina tiene pocos adeptos. Casi todos son gente de clase alta. En cambio, los fariseos tienen sus seguidores entre las clases bajas. Creen en la inmortalidad del alma y en la recompensa y castigo en la otra vida, según hayan sido las obras de cada uno. Ese tal Jesús y sus seguidores se hallan más cerca de los fariseos que de nosotros.

–Pero los fariseos, políticamente, no son un peligro. Están representados en el Sinedrio[7]. Colaboran con las autoridades. Hay entre ellos algunos extremistas que se han unido a los zelotas. Pero son la excepción. ¿Crees que Jesús se cuenta entre esos extremistas?

–No. Tengo a Jesús por un chiflado incapaz de hacer daño a nadie. Podríamos olvidarnos de él, si no hubiera tantas personas que le consideran profeta o que creen incluso que es el Mesías. Esas personas son nuestro problema, no Jesús. Sobre todo, las personas que le ayudan con sus bienes. Si no hubiera constantemente tantas personas excéntricas que le envían dinero y víveres, ese movimiento de nobles vagabundos habría desaparecido ya hace mucho tiempo. Pero, como hay tantas personas que les apoyan, ellos saben vender bien sus ideas y viven incluso a costa de las mismas.

Las mejillas de Juana habían enrojecido. Se tragó lo que pensaba y procuró que no se apreciaran al exterior cuáles eran sus sentimientos. Pero el tono de su voz se hizo más apasionado:

–Quizás las ideas no sean tan malas–. Jusá habló entonces con temperamento. Dijo, subiendo el tono de voz:

–¿Ideas buenas? ¿Sabes lo que predica ese profeta de la destrucción del mundo? ¡El reino de Dios! Todas las cosas van a cambiar. ¡La vida eterna comenzará pronto! ¿Has pensado alguna vez por qué esas ideas encuentran tanta aceptación entre la gente sencilla? ¿Por qué nosotros, los saduceos, con nuestra doctrina:

17 = XVIII,1,4, a quien seguimos en las formulaciones que se hacen a continuación.

7. El Sinedrio (o Sanedrín) era el Consejo Supremo de los judíos. Formaban parte de él los principales sacerdotes (de orientación saducea) y los representantes de la nobleza laica. Desde los tiempos de la reina Salomé Alejandra (77-67 a.C), los fariseos formaban parte también del Sinedrio. Esto, probablemente, contribuyó mucho a que los fariseos, que originalmente fueron un partido de la oposición, se conviertan en una tendencia que aceptaba, al menos provisionalmente, el orden establecido.

«Los hombres y los animales tienen todos la misma suerte: como mueren unos, mueren también los otros»[8], no encontramos adeptos sino en las clases altas? ¡Nosotros somos los únicos que no nos hacemos ilusiones sobre el hombre y sobre la muerte! Únicamente nosotros damos un consejo verdaderamente realista de la vida: «Ve, entonces, come tu pan con alegría y bebe tranquilamente tu vino. Así agradarás a Dios»[9]. Nosotros somos casi los únicos que no creemos en la resurrección ni en la inmortalidad.

Juana objetó: –¡Pero ni siquiera Herodes Antipas se cree que Juan Bautista esté definitivamente muerto!

–¡Ahí está precisamente el escándalo! ¿Cómo es posible que Antipas se deje llevar por tales supersticiones? –replicó Jusá. –La gente insignificante se aferra a esa superstición. No disfrutan de nada. No tienen más que trabajos, preocupaciones y afanes. Por eso, se consuelan con la esperanza de una vida futura mejor, en la que puedan hartarse de todo. Esas esperanzas son morbosas. Nacen de una vida enferma. Jesús sigue urdiendo esas ideas morbosas. Proporciona a la gente materia para sus sueños. Les anima:

Venid a mí
todos los que estáis afligidos y agobiados,
y yo os aliviaré[10].

Dejemos para él a todos los que están afligidos y agobiados. ¡Que difunda entre ellos sus ideas alocadas! Pero en nuestra vida tales ideas no tienen nada que hacer.

Juana saltó. Sus facciones estaban alteradas:

–Escucha, Jusá. No puedo oír semejantes cosas. Tal vez nosotras las mujeres sabemos comprender mejor los sueños y las esperanzas de la gente modesta que vosotros los hombres. ¡Lo que tú dices, no es cierto!

Jusá replicó tercamente: –¿No es cierto que Jesús da falsas esperanzas a la gente, consolándola con el reino de Dios? ¿No es cierto que lo hace, como lo han hecho muchos otros antes que él?

8. Ecl 3,19.
9. Ecl 9,7.
10. Mt 11,28.

Juana contestó: –Muchos han anhelado el reino de Dios. Pero Jesús dice: Ahora comienza. No hay que esperar hasta un día muy lejano. Uno le preguntó una vez cuándo llegaba el reino de Dios. Jesús dijo:

El reino de Dios no viene con señales visibles,
ni dirán: ¡Mirad, aquí está! o, ¡Allí está!
Porque el reino de Dios está dentro de vosotros[11].

Alguien dudaba de que el reino de Dios hubiera llegado ya, pero que no fuera posible verlo. Entonces respondió Jesús:

Si expulso a los demonios con el poder del Espíritu de Dios,
quiere decir que el reino de Dios ha llegado a vosotros[12].

Jusá no daba su brazo a torcer: –¡Eso es precisamente lo que yo pienso! ¿Con qué despierta Jesús las esperanzas? ¡Con milagros! ¡Con magia! La gente modesta desconfía de sus propias fuerzas. Por eso, desean vivamente que aparezcan grandes taumaturgos. Estos lograrán lo que ellos no se sienten capaces de conseguir. Por esto, inventan historias sobre Jesús: historias que son producto de ficción, cosas que él nunca ha realizado. Hace poco me contaba alguien la historia de un milagro obrado por Jesús, historia que yo había oído ya antes, pero referida a un sirio[13]:

Conoces a ese sirio que atiende a personas lunáticas que ponen los ojos en blanco y echan espuma por la boca. El los levanta del suelo adonde se han desplomado y los envía a casa, después de haber cobrado una buena suma de dinero. Todo sucede de la

11. Lc 17,21. Se discute si hay que traducir «el reino de Dios está dentro de vosotros». Muchos traducen: «está entre vosotros». En las palabras de Jesús citadas a continuación, Jesús afirma: El reino de Dios sucede al reino de los demonios. Si los demonios tienen que salir del interior del hombre, entonces es que comienza el reino de Dios. Por consiguiente, el reino de Dios –en este caso– comienza clarísimamente en el interior del hombre, aunque no sea nada interno: el reino de Dios está asociado con una maravillosa transformación del universo entero.

12. Mt 12,28.

13. Esta historia de milagros es trasmitida por el antiguo satírico Luciano de Samosata (aproximadamente, 120-180 de nuestra era) en el capítulo 16 de su diálogo «El amigo de engañar».

siguiente manera: Cuando se halla ante el enfermo tirado en tierra y pregunta de dónde ha venido el demonio que se le ha metido en el cuerpo, el enfermo calla. Pero contesta por él el demonio y lo hace en griego o en algún otro idioma extranjero, según el país de procedencia, en el que estaba antes de meterse en el enfermo. El sirio pronuncia entonces conjuros. Si el demonio no obedece, él le amenaza gravemente y lo expulsa. Y añadía mi interlocutor giñando el ojo: «Yo mismo vi salir a un demonio. Era de color negro de humo».

No pude por menos de reír. Juana sonrió también. Pero luego se puso seria:

–¿Has escuchado las historias sobre Jesús? Suenan algo parecido. Pero Jesús no pide dinero por sus curaciones. Y lo que es aún más importante: El sabe muy bien que la gente es exageramente crédula en los milagros, porque desconfían de sus propias fuerzas. Por este motivo, Jesús recalca a menudo: «Tu fe te ha sanado»[14]. El lo dice expresamente: No soy yo el que ha obrado el milagro; en ti mismo está oculta la fuerza para ser sanado. ¡Jesús quiere curar a esa gente modesta de su desconfianza supersticiosa!

Jusá respondió: –¿Pero no les convence Jesús de que la presente vida carece de valor; de que la buena vida comenzará más tarde?

De nuevo protestó Juana: –Jesús dice todo lo contrario. Dice que ahora se ha cumplido el tiempo; que ahora es tiempo de gozo; por eso, ahora es tan imposible ayunar como cuando se celebra un festín de bodas[15]. ¡Tan feliz se puede ser ahora! En una ocasión exclamó Jesús dirigiéndose a la gente:

Felices vuestros ojos,
porque ven lo que vosotros veis.
Os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver
lo que vosotros veis, y no lo vieron,
oír lo que vosotros oís
y no lo oyeron[16].

14. Véase Mc 5,34; 10,52; Lc 7,50; 17,19; Mt 9,29.
15. Véase Mc 2,18-19. Jesús se diferenciaba así de Juan Bautista. Este último ayunaba. Jesús rechazaba el ejercicio del ayuno (por lo menos, el ejercicio extraordinario del ayuno).
16. Lc 10,23-24.

¿Qué quiere decir Jesús con estas palabras sino que: Vuestra vida es más valiosa que la de los reyes y los profetas? Vosotros sois más felices que ellos. Más felices que la reina de Saba, que vino desde muy lejos para escuchar la sabiduría de Salomón[17].

Jusá seguía sin convencerse: –Estás confundiéndolo todo. Ese tal Jesús hace que la gente tenga conciencia engañosa de sí mismos. Son unos pobretones, y se imaginan que valen más que reyes. Pero, en su vivir cotidiano, tienen que seguir humillándose. ¿No dice ese tal Jesús que no está permitido defenderse? ¿No enseña una moral típica de gente insignificante? ¿Una moral de gente que tiene que encajar todos los golpes?

Juana no se dio por vencida, sino que habló aún más apasionadamente:

–Lo que en Jesús os irrita es precisamente lo contrario de una moral de gente insignificante y llena de limitaciones. ¡Jesús inspira a la gente insignificante ciertas actitudes que hasta ahora habían sido privilegio vuestro!

¿No es privilegio de las clases altas el vivir sin preocupaciones? Pero Jesús afirma: Tal privilegio es para todos, incluso para los que no tienen nada:

No os inquietéis por vuestra vida,
pensando qué vais a comer o qué vais a beber,
ni por vuestro cuerpo, pensando con qué os vais a vestir.
¿Acaso no vale más la vida que la comida
y el cuerpo más que el vestido?
Mirad los pájaros del cielo;
ellos no siembran ni cosechan,
ni acumulan en graneros.
Y sin embargo vuestro Padre que está en el cielo los alimenta.
¿Acaso no valéis vosotros más que ellos?[18].

¿Es esto moral de gente insignificante? Jesús mismo compara con Salomón a esas personas que viven sin preocupaciones: Si los lirios del campo lucen galas más esplendorosas que las del mismo rey Salomón, ¡cuánto más las lucirán los hombres!

¿No es privilegio de los poderosos el no temer a sus enemigos? Los poderosos pueden ser magnánimos. Pues saben que sus ene-

17. Véase Mt 12,42.
18. Mt 6,25-26.

migos no podrán hacerles daño, sino que tendrán que avenirse con ellos. Pero Jesús dice a todos, no sólo a los poderosos:

Amad a vuestros enemigos
y orad por vuestros perseguidores.
Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo[19].

Todos serán hijos de Dios. Antes se llama hijos de Dios a los reyes de Israel únicamente. Pero Jesús llama hijo de Dios a todo el que es tan magnánimo con sus enemigos. Y entonces todos son reyes.

¿Y no es privilegio de los poderosos dictar leyes y abolir leyes antiguas? ¿Qué hace Jesús? Jesús promulga nuevas leyes. Dice así:

Habéis oído que se dijo a los antepasados:
¡No matarás!
Y el que mate, debe ser llevado ante el tribunal.
Pero yo os digo
que todo el que se irrita contra su hermano,
merece ser castigado por el tribunal[20].

Jusá se había quedado pálido. Con gran esfuerzo balbuceó:

–¿Y por qué Jesús enseña su doctrina únicamente al pueblo sencillo? ¿Por qué no viene a Tiberíades? ¿Por qué no propone sus enseñanzas a Antipas? Sólo conozco una respuesta: Jesús sueña los sueños de gente insignificante.

Juana se mostró de acuerdo con él: –Claro está que Jesús sueña los sueños de gente insignificante. Jesús no se dirige a los ricos y poderosos. ¿Qué pretende, entonces? Esa gente insignificante vive humillada. Jesús quiere que vuelvan a andar erguidos. Son personas abrumadas por las preocupaciones. Jesús quiere librarles de ellas. Son personas que sienten que su vida no es importante. Jesús les da conciencia del gran valor de su vida. Y a eso es a lo que tenéis miedo. Todos vosotros y Herodes Antipas: todos tenéis miedo de que la gente insignificante comprenda que no son insignificantes. Por eso habéis esparcido el rumor de que os proponéis matar a Jesús. Para que él tenga que cruzar la

19. Mt 5,44-45.
20. Mt 5,21-22.

frontera y desaparecer. Así os dejará en paz. Para que la gente insignificante no tenga la idea de rebelarse y llegue a ser peligrosa para vosotros.

Jusá trató de apartarse del tema: Se volvió sonriendo hacia mí y me dijo:

–Me preguntaste hace poco si ese tal Jesús era un alborotador y un rebelde. Una cosa está clara: Ha hecho que mi mujer se rebele.

Juana vaciló un poco antes de hablar y luego dijo con voz tranquila: –No, tú eres quien ha hecho que me rebele.

–¿Yo? –preguntó Jusá atónito.

–Cuando tú, al principio, estuviste denigrando a Jesús y a sus ideas, me ofendiste.

–Yo no podía saber lo importante que eran para ti esas ideas.

–Jusá, tenía miedo de que me despreciaras.

–¿Por qué iba a hacerlo? –Jusá seguía sin entender a su mujer.

–¿No desprecias a las mujeres excéntricas?

–¡Pero yo nunca te he considerado excéntrica! ¡No se me ha pasado jamás por la imaginación! –decía Jusá encarecidamente.

–Sí, pero te burlas de las personas excéntricas que envían a Jesús dinero y víveres.

Jusá se quedó boquiabierto: –¿Quieres decir que tú...?

Juana asintió con un gesto: –Quiero decir que yo ayudo a Jesús.

–¡Cómo iba a adivinarlo!

Hubo un momento de silencio. Luego dijo Juana con voz serena: –Lo hice secretamente. No me atrevía a hablarte de ello. No quería que me despreciaras.

Jusá la miró sentido: –¡No tienes derecho a pensar eso de mí! Si tú le aprecias, preferiría cambiar mis ideas sobre Jesús antes que despreciarte.

–Pero cuando uno escucha cómo te burlas de él...

Sentí alivio. Yo había puesto en marcha la discusión, pero la había seguido luego con el sentimiento de desagrado de quien debía mantenerse al margen de ella. Me despedí y los dejé solos a los dos. En todas partes había crisis y dificultades entre padres e hijos, entre marido y mujer, entre amigos y vecinos, más aún, entre los mismos recaudadores de impuestos y entre los comerciantes. Ese predicador itinerante lo trastocaba todo.

Me fui a pasear un poco por la orilla del lago. No había brisa que estremeciera la superficie. Todo se reflejaba con claridad en las aguas: los montes de Golán a lo lejos, los girones de nubes que flotaban tranquilamente en las alturas, los colores del crepúsculo en el cielo. Vi mi sombra en el lago. Pero en esa serenidad no se reflejaba nada más de lo que estaba sucediendo en mi interior. Mis pensamientos se agitaban de un lado para otro, con desasosiego. Miré en la dirección en que se hallaba Cafarnaún. ¡Por allí tenía que estar Jesús!

Al volver al lugar donde me hospedaba, pasé de nuevo por delante de la casa de Jusá. Oí desde lejos su voz. Cantaba una de sus canciones favoritas: un cántico de Salomón. En voz baja acompañaba yo también el texto y la melodía[21].

«¡Ponme cual sello sobre tu corazón,
como un sello en tu brazo!
Porque es fuerte el amor como la muerte;
obstinado como el seol, el celo;
saetas de fuego, sus saetas,
una llamada del Señor.
Grandes aguas no pueden apagar el amor,
ni los ríos anegarlo.
Si alguien diera todos los haberes de su casa por comprar el amor, sólo lograría desprecio».

¡Qué cántico más hermoso! ¿Querría Jusá reconciliarse así con Juana? ¿O cantaba únicamente su dolor a la luz del crepúsculo? Una cosa era segura: aquel cántico era un mensaje para Juana. Y estaba seguro de que ella respondería.

Había oscurecido. El aire siguió siendo tan cálido como durante el día. La calma fue mayor. Pero dentro de mí no había más que inquietud. Me eché en la cama, pero no podía conciliar el sueño. No era el intenso calor lo que me mantenía despierto. Era aquella controversia en torno a Jesús. Muchas voces resonaban en mi interior. Oía la voz de Juana y la de Jusá, la voz del recaudador de impuestos, la de los mendigos, la de los niños, la voz de Barrabás. Voces extrañas se apoderaban de mis sueños

21. Véase Cant 8,6-7.

y de mis ideas. Traté de sacudírmelas y de ahogarlas en las profundidades del sueño que comenzaba. No lo conseguí. Eran las voces de mi interior, mis propias ideas y sentimientos, mis temores y esperanzas. La controversia en torno a Jesús era una controversia en mi interior; las discusiones acerca de él eran una discusión conmigo mismo. Había algo en mí que se sentía repelido y atraído por Jesús. Había algo en mí que se burlaba de las ideas de Jesús y que se sentía fascinado por ellas. Tenía miedo a la inquietud que de él dimanaba, y anhelaba esa inquietud, como si de ella naciera la esperanza. Y, así, la imagen de Jesús se movía, dentro de mí, en sentidos contradictorios.

Hacia el amanecer me dormí con un sueño inquieto. Al despertar, tuve la sensación vaga de que algo había cambiado en mi vida.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Recuerdo con agrado las conversaciones que mantuvimos en el reciente congreso de profesores de Nuevo Testamento. Vi claramente que usted no propugna un escepticismo radical, sino que reconoce como histórica la tradición sobre Jesús, por cuanto no puede derivarse ni del judaísmo ni del cristianismo primitivo y por cuanto ofrece una imagen que encaja sin contradicciones con las tradiciones históricas conocidas. Se apoya usted en los criterios de diferencia y de coherencia que se aplican corrientemente en las investigaciones acerca de Jesús.
Usted reconoce que el capítulo que precede proyecta una imagen coherente de la predicación de Jesús. Juana nos está mostrando constantemente que Jesús reclama para la gente modesta actitudes y comportamientos que son propios de las clases altas, por ejemplo, que los que no poseen nada se vean libres de preocupaciones materiales, que la gente inculta posea sabiduría. Jesús lleva a cabo una «revolución de valores», una apropiación de los valores de las clases altas por parte de las clases bajas.
Usted objeta con razón que la coherencia interna de una imagen de Jesús no garantiza su historicidad. Habría que tener primero un sólido punto de partida basado en datos históricos fundamentales, antes de que podamos formularnos la pregunta: ¿Qué es lo que encaja con esos datos?
Tales datos fundamentales serían para mí no sólo las tradiciones que no pueden derivarse del judaísmo ni del cristianismo primitivo. En todo caso constan dos datos fundamentales: Jesús comenzó como seguidor de Juan Baustista, el cual fue ejecutado más tarde. Y Jesús terminó, él mismo, en la cruz. Entre estos dos datos fundamentales tiene lugar la predicación de Jesús.
Y ahora yo le pregunto a usted: La imagen de Jesús esbozada en el último capítulo ¿no encaja magníficamente con esos datos fundamentales? El Bautista se halla en oposición a la aristocracia. Su discípulo hará que el pueblo tenga a su disposición una «revolución de valores»; que el pueblo bajo disponga de lo que sólo puede encontrarse «en

la altura». Y Jesús, como no pocos revolucionarios, termina en la cruz.

Esta congruencia interna de la imagen de Jesús ¿se basa quizás en que yo, con mis estimaciones, haya escogido de las tradiciones aquello únicamente que se acomoda? ¿Tendrá valor histórico una imagen de Jesús que no explica por qué el Bautista y Jesús fueron ejecutados por la clase dominante? Usted ha visto acertadamente que yo también abogo por un equilibrio entre las clases sociales. Pero queda aún por resolver si, en todo ello, Jesús me toma como su aliado, o yo le tomo a él.

Con saludos afectuosos,

disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

14
Informe sobre Jesús o: encubro a Jesús

Nunca me encontré con Jesús durante mis viajes por Galilea. En todas partes lo único que hallaba eran vestigios de él: anécdotas y relatos, tradiciones y rumores. El seguía siendo impalpable. Pero todo lo que de él oía, era congruente. Incluso historias absolutamente exageradas que de él se contaban, tenían una impronta característica. Sobre nadie más se hubiera narrado de esta manera.

Mi misión consistía en indagar si Jesús constituía un peligro para la seguridad. No había duda: Jesús era un peligro. Todo el que sigue los dictámenes de su conciencia, antes que los preceptos y las leyes; todo el que no considera definitiva la actual distribución del poder y las riquezas, todo el que proporciona a la gente insignificante una conciencia de sí mismos como la que tienen los príncipes: ese tal es un peligro para la seguridad.

A los romanos no les contaría yo nada de eso. No me sentía obligado a cumplir la misión que ellos me habían confiado. Si estaba en nuestras manos decidir cuándo hay que observar y cúando no el precepto divino del descanso sabático, ¡cuánto más habría que decir lo mismo respecto a las misiones confiadas a los romanos!

Sin embargo, ¿cómo encubriría yo a Jesús? ¿Cómo haría de un rebelde un inocuo predicador itinerante? Lo que yo contase, tenía que ser verdadero. Indudablemente, Metilio recibiría también de otras fuentes informaciones sobre Jesús. Tal vez se encontraría alguna vez con él. Yo tenía que contar la verdad. Pero debía ser sólo una verdad a medias: una verdad dosificada para

que encubriese la verdad total. Durante mucho tiempo estuve cavilando sobre este problema.

Finalmente se me ocurrió una idea. Yo representaría a Jesús de manera que él llegase a ser una figura familiar para los romanos: alguien que encajara bien en las ideas que ellos tenían. Cuando queremos que los extranjeros comprendan las corrientes religiosas que hay en nuestro país, solemos compararlas con escuelas filosóficas: a los fariseos con los estoicos, a los esenios con los pitagóreos, a los saducesos con los epicúreos[1]. ¿Por qué no iba yo a presentar a Jesús como filósofo itinerante al estilo de la escuela cínica?[2] ¿Acaso no era Jesús un filósofo itinerante?

En general, debía presentar las enseñanzas de Jesús de forma que concordasen en el mayor número posible de puntos con las afirmaciones de escritores griegos y romanos. Eso tranquilizaría a los romanos. Tal vez «vender» también a Jesús como literato. ¿No contaba él numerosas parábolas y símiles? Lo había visto bien claro: tenía que hallar el mayor número posible de analogías con las sentencias de Jesús.

Tenía ante mí un enorme trabajo. Regresé a Séforis, dejé los negocios en manos de Baruc, y me dediqué a leer todos los libros que pude. En todos ellos buscaba sentencias que se parecieran a las enseñanzas de Jesús. Una vez reunidos suficientes elementos, comencé a redactar un breve informe para Metilio.

Acerca de Jesús como filósofo

Jesús es un filósofo comparable a los filósofos itinerantes de la escuela cínica. Lo mismo que ellos, Jesús enseña a prescindir absolutamente de todo, recorre el país sin tener morada fija, vive sin familia, sin ejercer una profesión y sin tener bienes. Exige a sus discípulos que se las arreglen sin dinero, sin llevar calzado, sin mochila y con una sola túnica[3].

1. Josefo compara a los fariseos con los estoicos (*vita* 12), a los esenios con los pitagóreos (*ant* 15,371 = XV,10,4): También los pitagóreos constituían una especie de «sociedad secreta» y tenían el ideal de la comunidad de bienes.

2. Los cínicos (así llamados por el mote que se daba a Diógenes en el tonel: «kyon» = perro) enseñaban a prescindir de todas las necesidades y no avergonzarse por nada, es decir, a apartarse ostensiblemente de las costumbres corrientes. En el siglo I de nuestra era hubo muchos filósofos cínicos mendicantes, que con larga y desgreñada barba, con un manto roído, con un morral y con una vara de nudos vagaban por el imperio romano.

3. Mt 10,10. Cuando Jesús enseña que los discípulos deben ponerse en

Jesús enseña que el amor a Dios y el amor a nuestros semejantes son los mandamientos más importantes y compendian todo lo que se puede exigir a los hombres. Esto se halla en consecuencia con la tradición griega: La piedad con Dios y la justicia con los hombres se consideran en ella como las virtudes más importantes[4].

En cuanto a las relaciones con otras personas, la norma de Jesús es la «regla de oro»: Tratad a los demás como queréis que os traten a vosotros. Esta regla se halla difundida en todo el mundo. Muchos sabios la enseñan[5].

Cuando se padecen injusticias por parte de otras personas, Jesús dice: Si alguien te golpea en la mejilla, ofrécele también la otra mejilla[6]. Por consiguiente, Jesús opina lo mismo que Sócrates: es preferible sufrir injusticias que hacerlas[7].

Jesús enseña, además: Hay que amar a los propios enemigos. Pues también Dios hace que el sol luzca sobre buenos y malos. Algo parecido escribe Séneca: Si quieres imitar a los dioses, haz buenas acciones incluso con los desagradecidos, pues hasta para los delincuentes amanece el sol y hasta para los piratas se hallan abiertos los mares[8].

Cuando veas que otros cometen injusticias, no te precipites a condenarlos. Nadie es perfecto. Todos corren peligro de ver la paja en el ojo del hermano, pero de negar la viga que hay en el propio ojo[9].

Acerca de los bienes, Jesús enseña que no sólo debemos estar dispuestos a desprendernos de ellos externamente. Sino que además, internamente,

camino sin llevar mochila ni bastón, pretende quizás diferenciar conscientemente a sus discípulos de los filósofos cínicos itinerantes con los que fácilmente se podían confundir.

4. Véase Mc 12,28-34. Los escribas judíos y Jesús están de acuerdo en esta doctrina, como vemos por la historia. Síntesis análogas se hallan, por ejemplo, en el Testamento de Isacar 5,2: «Amad al Señor y al prójimo». La piedad hacia los dioses y la justicia hacia los hombres eran las virtudes más importantes, como vemos por Jenofonte, *Memorabilia* IV,8,11; Filón *spec. leg.* II,63.

5. La «Regla de oro» se halla difundida en todo el mundo antiguo, casi como un proverbio. Antes de Jesús la encontramos ya en escritos judíos véase Tob 4,15; *Carta de Aristeas* 207.

6. Mt 5,39.

7. A propósito de la doctrina de Sócrates, véase Platón, *Critón* 49 A ss. De Sócrates se ha trasmitido la siguiente anécdota: «Y Sócrates, cuando Aristóteles le dio una patada, no se vengó ni le hizo otro reproche que decir a los que por allí pasaban: Este hombre está enfermo de la enfermedad de las mulas» (*Temistios*: Sobre la virtud 46). El filósofo Epicteto enseñaba que el filósofo cínico itinerante «debe dejar que le pisoteen como a un perro, y que, cuando le están pisoteando, debe amar incluso a los que le pisotean, como un padre de todos, como un hermano» (Epicteto, *Diálogos* III,22,54).

8. Séneca, *beneficiis* IV,26,1. Claro que Séneca establece en lo que sigue una limitación: Dios no pude conceder al digno algunos bienes sin comunicárselos también automáticamente al indigno (*beneficiis* IV,28,1).

9. Mt 7,3-5.

debemos estar desasidos de ellos superando las preocupaciones a las que los bienes nos tienen encadenados[10]. Su doctrina nos recuerda a Diógenes en el tonel y su desprecio por todos los bienes.

Sobre los actos de agresividad, Jesús enseña que no sólo es culpable el que mata a una persona, sino también el que aborrece a alguien. Esto recuerda la doctrina del filósofo Cleantes. Es ya un ladrón el que tiene intención de robar y matar. El mal comienza con la intención[11].

Sobre el adulterio enseña Jesús que no sólo se adultera cuando alguien duerme con otra mujer, sino también cuando tiene deseo de dormir con ella. También esto recuerda a Cleantes: Quien da entrada en sí a un deseo, lo pondrá en práctica cuando llegue la ocasión oportuna[12].

Sobre la sinceridad, Jesús enseña que cada una de nuestras palabras deben ser tan veraces como si las estuviéramos pronunciando bajo juramento. Jesús rechaza el juramento. Algo parecido enseña Epicteto: En cuanto sea posible, debe evitarse por completo el juramento[13].

Sobre la pureza, Jesús dice que no hay cosas puras o impuras, sino que únicamente las actitudes internas son las que hacen que algo sea puro o impuro[14]. Recuérdese una sentencia atribuida a Foclides: No son las purificaciones las que hacen puro el cuerpo, sino el alma[15].

Sobre la oración, Jesús enseña que es superfluo pronunciar muchas palabras. Pues Dios sabe de antemano lo que los hombres necesitan[16].

Sobre las limosnas, Jesús enseña que no hay que dar donativos para lograr prestigio ante los hombres, sino que hay que hacerlo de tal manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha[17].

Sobre las costumbres relativas a los ayunos religiosos, Jesús enseña que no hay que ayunar porque otros hombres esperan que practiquemos el ayuno, sino que hay que hacerlo en lo oculto, donde únicamente Dios nos ve[18].

Acerca del sábado, Jesús enseña que puede quebrantarse el sábado para prestar ayuda o cuando hay razón urgente[19].

10. Mt 6,25ss.
11. Véase Mt 5,21s. Cleantes enseñaba: «Es ladrón, antes de que su mano se manche de sangre, aquel que se arma para matar y tiene intención de robar y matar. La maldad se lleva a cabo y se hace ostensible por medio del hecho, pero no comienza con el hecho» (citado según M. Pohlenz, *Stoa und Stoiker* [Zürich 1950] 128).
12. Mt 5,27ss. Véase Cleantes, *Fragmento* n. 573.
13. Epicteto, *Manual de moral* 33,5.
14. Mc 7,15.
15. En el siglo I a.C., un judío helenista llamado Foclides escribió sentencias; la que lleva el n. 228 dice así: «Las purificaciones no hacen puro al cuerpo, sino únicamente el alma».
16. Véase Mt 6,5ss.
17. Véase Mt 6,1ss.
18. Véase Mt 6,16ss.
19. Véase Mc 3,1ss; 2,23ss; Lc 13,10ss; 14,1ss.

Hasta aquí todo sonaba a doctrina inocua. Algunas cosas tenían que parecerles simpáticas a los romanos. Por ejemplo, la disposición de ánimo para no observar rigurosamente los preceptos del descanso sabático. En muchas cuestiones había puntos de vista análogos entre los griegos y romanos. Jesús quedaba bien encubierto. ¡Demasiado bien! Su imagen resultaba demasiado inocua. Metilio preguntaría: ¿Y por qué se excitan tanto los ánimos en torno a ese apacible filósofo itinerante? ¿Por qué suscita él tanta contradicción? Para tener visos de credibilidad, tenía yo que informar también sobre rasgos provocativos de la predicación de Jesús.

Con eso entraba en un campo delicado: Era provocativa la exigencia de Jesús de cambiar radicalmente de conducta y de actitudes, porque con el reino de Dios todo será distinto. ¿Cómo se lo explicaría yo a un romano, para quien la finalidad de la historia universal no era el reino de Dios sino el imperio de Roma? Naturalmente, los romanos creían también en el reino de los dioses. Allá donde imperaban los romanos, reinaban también los dioses romanos. Pero la idea de que había de llegar alguna vez el reino de un Dios extraño para suceder a todos los demás reinados: esa idea era para ellos muy extraña. Significaba para ellos rebelión y motín. Me propuse, pues, expresarme en términos muy vagos sobre el reino de Dios y continué escribiendo:

Jesús enseñaba sus mandamientos para someter los hombres al reino de Dios. Jesús piensa que el reino de Dios está en lo oculto. Se va difundiendo por los corazones de los hombres. Conduce a un nuevo enjuiciamiento de nuestros semejantes, que se aparta de los juicios que normalmente se emiten.

La opinión corriente es: Los niños valen menos que los adultos. Pero Jesús enseña: «Dejad que los niños vengan a mí, porque a ellos les pertenece el reino de Dios». Según Jesús, los adultos entrarán en el reino de Dios, únicamente si se hacen como niños[20].

La opinión corriente es: Hay que despreciar a los recaudadores de impuestos y a las prostitutas. Pero Jesús dice: «Los recaudadores de impuestos y las prostitutas llegarán antes que otros al reino de Dios»[21].

La opinión corriente es: Los extranjeros y los incrédulos son malas personas y quedan excluidos del reino de Dios. Pero Jesús dice: Muchos extranjeros se sentarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de Dios[22].

20. Véase Mc 10,13-16; Mt 18,3.
21. Mt 21,31.
22. Véase Mt 8,11s.

La opinión corriente desprecia a las personas sexualmente impotentes y a las personas castradas. Pero Jesús dice: Hay personas castradas de nacimiento, por intervención humana, y castrados por amor al reino de Dios. Jesús no los desprecia[23].
La opinión corriente es que las personas que no logran imponerse no merecen consideración ni respeto, porque siempre fracasan. Pero Jesús dice: Felices los humildes, pues poseerán la tierra[24].

Creo que he reunido suficientes afirmaciones provocadas para hacer que se comprenda la irritación de algunos acerca de Jesús. Concedido: se trata de provocaciones que no herían a los romanos. Para acentuar lo inocuo que era Jesús, añadí para terminar:

Muchas sentencias de Jesús recuerdan las doctrinas de conocidos filósofos. Así como los filósofos griegos y romanos no representan un peligro para el Estado, Jesús no representa tampoco un peligro para el mismo.

Releí atentamente mi informe. ¿Era acertado? ¡Indudablemente! Lo que yo había escrito se basaba en informaciones sobre Jesús. Ahora bien, mi informe ¿sonaba lo bastante inocuo para no despertar sospechas innecesarias sobre Jesús?

En el supuesto de que alguien quisiera denunciar a Jesús ante los romanos, no le sería difícil hacerlo. No tenía más que informar sobre todo lo que yo había pasado en silencio.

Yo silencié las manifestaciones negativas de Jesús sobre la familia: que él menospreciaba la obligación de dar sepultura al propio padre, con palabras como «¡Dejad que los muertos entierren a los muertos!»[25]. En todos mis estudios no encontré jamás una analogía a estas duras palabras.

Yo silencié que Jesús había denunciado el dominio estatal como opresión y explotación: «Los gobernantes oprimen a sus pueblos y abusan de su autoridad sobre ellos. ¡Entre vosotros no debe suceder así!» ¿No era muy significativo que yo no hubiera encontrado analogías a tales afirmaciones? En ningún sitio encontré palabras que dijeran: El que quiera ser el primero, ¡que sea el último y el esclavo de todos![26]. ¡En ninguna parte encontré

23. Véase Mt 19,10-12.
24. Véase Mt 5,5.
25. Véase Mt 8,21-22.
26. Véase Mc 10,42-43.

afirmación alguna que cuestionara de manera parecida el fundamento del Estado!

Yo silencié la crítica de Jesús a nuestras instituciones religiosas: Jesús había profetizado que el Templo actual desaparecería. Sería sustituido por un nuevo Templo, construido por Dios[27]. No se podía decir más claro que Dios estaba contra los sacerdotes actuales y funcionarios del Templo. Estos ataques contra el Templo eran ataques contra las instituciones más importantes de nuestra religión.

¿No bastaba todo esto para mandar prender a Jesús? ¡Jesús no era un inocuo filósofo itinerante! No organizaba directamente la rebelión. Pero era un profeta plenamente convencido de que Dios llevaría a cabo pronto una gran rebelión contra los señores de este mundo. ¿No bastaba todo esto para detener a Jesús y condenarlo a muerte?

No cabía duda: Jesús estaba en peligro. Tanto más experimentaba yo la necesidad de protegerle. Jesús rechazaba la violencia. No predicaba el odio a los romanos. Los zelotas se mantenían distanciados de él. Es verdad que Jesús era un rebelde. Pero se rebelaba como Juana, no como Barrabás. Es verdad que de labios de Jesús salían palabras hirientes. Pero más impresión aún hacían sus historias: pequeñas piezas literarias llenas de bondad y humanidad. Sobre ellas podría yo escribir todavía algo más para Metilio. En efecto, él se interesaba por los libros y la literatura. Así que me senté otra vez a mi escritorio y comencé a escribir una nueva hoja de papiro con el título:

Acerca de Jesús como literato

Jesús es un literato rústico que enriquece la literatura judía con maravillosas historias breves. Estas historias no presuponen que los oyentes poseen cultura adquirida en las ciudades. Hablan de la siembra y de la cosecha, del buscar y encontrar, de padres e hijos, de amos y esclavos, de anfitriones y huéspedes. Aunque esas historias nacen de la vida ordinaria, pretenden decir algo extraordinario, a saber, que Dios es completamente distinto a como nos lo imaginamos. Las historias de Jesús son parábolas que nos hablan de la conducta de Dios y del hombre.

Jesús reviste sus enseñanzas con relatos. Y este hecho está relacionado íntimamente con la convicción de nuestro pueblo de que no podemos

27. Véase Mc 14,58.

hacernos imagen de Dios. Lo único que podemos hacer es comparar a Dios con otra cosa. Y tales comparaciones suelen ser inadecuadas. Pues no hay ninguna cosa, ninguna persona, ningún ser que pueda servir como símil de Dios. Tan sólo un acontecimiento puede hacernos intuir algo acerca de Dios. Tan sólo historias pueden ofrecernos símiles de lo que Dios es.

Esto se halla íntimamente relacionado con una segunda convicción. Nosotros creemos que a Dios podemos encontrarlo únicamente cuando cambiamos nuestras actitudes. Por eso, los símiles que nos hablan de Dios son historias en las que algo cambia; o más exactamente: los símiles son historias en las que el oyente se ve tan involucrado, que se transforma. Tan sólo si lo hace así, vislumbrará algo acerca de Dios.

Otros pueblos cuentan mitos acerca de sus dioses: mitos que transportan a otro mundo distinto. Pero nosotros narramos nuestra propia historia. Nosotros narramos acontecimientos que tienen lugar en este mundo. También Jesús narra cosas tomadas de la vida cotidiana de los hombres. Jesús piensa que Dios está cerca en esa vida cotidiana. Quiere abrirnos los ojos para que le veamos.

Si quisiéramos integrar a Jesús en la historia de la literatura universal, entonces habría que situarlo cerca de los que escribieron fábulas. También los escritores de fábulas narran breves historias que todos pueden comprender. También sus narraciones pretenden ser imágenes. Algunas veces, Jesús ha transformado fábulas. Mencionaré un ejemplo: la fábula del árbol que no producía fruto. Un padre riñe a su hijo porque no vale para nada, y le cuenta la siguiente fábula:

> «Hijo, eres como un árbol que no daba frutos aunque estaba junto a la acequia, y su amo se vio obligado a cortarlo. Pero el árbol le dijo: Trasplántame, y si entonces no doy frutos, córtame. Pero el amo le replicó: Cuando estabas junto a la acequia no diste frutos, ¿cómo los darás cuando estés en otro sitio?»[28].
>
> Jesús transforma así la historia:
>
> «Un hombre tenía una higuera plantada en una viña. Fue a buscar frutos y no los encontró. Dijo entonces el jardinero: 'Hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera y no los encuentro. ¡Córtala! ¿Para qué malgastar la tierra?' Pero el jardinero le respondió: 'Señor, déjala todavía este año; yo removeré la tierra alrededor de ella y la abonaré. Quizás dé frutos el año que viene. Si no, la cortarás'»[29].

De manera distinta a como ocurre en las fábulas, en los símiles que Jesús refiere no hablan las plantas y los animales. Tan sólo hablan los seres

28. Esta fábula se encuentra en la llamada Novela de Ajicar que, ya durante la época precristiana, se hallaba difundida en numerosas versiones.

29. Véase Lc 13,6-9.

humanos. Otra diferencia es la siguiente: Muchas fábulas tratan de preparar a los hombres para la dureza de la vida. Dicen: Si no tienes cuidado, perecerás, te devorarán o te embaucarán. En los símiles de Jesús, los hombres tienen una oportunidad, aunque otros hayan pronunciado sobre ellos la pena de muerte.

En otra ocasión, Jesús transformó en una narración nueva el motivo del padre y de sus dos hijos. Presentemos ante todo una variante del motivo en nuestro filósofo Filón:

> «Un padre tenía dos hijos, uno bueno y uno malo. El padre quería bendecir al malo, no porque lo prefiriera al bueno, sino porque sabía que el bueno era digno ya de bendición por sí mismo. Pero el malo, la única esperanza que tenía de una vida lograda, era el vaticinio pronunciado por el padre. Sin él sería el más desdichado de todos los hombres»[30].

Circulan también otras versiones de este motivo. En todos los casos, el padre se inclina más al hermano peor que al hermano mejor. Jesús recogió este tema e hizo de él una de sus más bellas composiciones literarias:

> Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: 'Padre, dame la parte de herencia que me corresponde'. Y el padre les repartió sus bienes. Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. El hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: '¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!' 'Ahora mismo iré a casa de mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros'. Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente; corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: 'Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo'. Pero el padre dijo a sus servidores: 'Traed en seguida la mejor ropa y vestidlo, ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero engordado y matadlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado'. Y comenzó la fiesta. El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza. Y

30. Filón, *quaest. in Gen.* IV, 198.

> llamando a uno de los sirvientes, le preguntó qué significaba eso. El le respondió: 'Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo'. El se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: 'Hace tantos años que te sirvo, sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!' Pero el padre le dijo: 'Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado'»[31].

Jesús narró muchos símiles de este estilo, para hablarnos de Dios y de los hombres. Estos símiles nos enseñan que Dios es distinto de como nos lo imaginamos nosotros, y que por tanto el hombre debe comportarse de manera enteramente distinta, si quiere actuar de acuerdo con Dios. Por todos estos símiles vemos que Jesús es un literato que exhorta al amor y a la tolerancia. Sus parábolas y sentencias se seguirán leyendo y gozarán de la predilección del público durante mucho tiempo.

Todo lo que escribí sobre Jesús, era cierto. Jesús era un filósofo itinerante y un literato. Pero yo sabía claramente: Jesús era más. Era un profeta. Y eso era difícil de explicar a extranjeros. Ellos se imaginaban que un profeta era una persona que vaticinaba el futuro. Profetas así los han tenido también otros pueblos. Pero nuestros profetas fueron algo singularísimo. ¿En qué pueblo hubo profetas que amenazaran al propio pueblo con la destrucción? ¿Qué pueblo creía en un solo Dios, junto al cual no había otro ninguno? ¡La singularidad de nuestros profetas estaba íntimamente relacionada con la singularidad y el carácter único de nuestro Dios! ¡Para nosotros no había más que un solo Dios verdadero! Sobre esto debía reflexionar constantemente. Tal vez estuviera ahí la clave para comprender a Jesús.

Unicamente nuestro Dios, al mismo tiempo que exigía adoración, exigía que nos apartáramos de todos los demás dioses. Unicamente nuestro Dios, al mismo tiempo que nos exigía que le reconociéramos, exigía de nosotros un cambio radical de nuestra conducta.

31. Lc 15,11-32.

En todas partes del mundo se imponen los fuertes. Pero nuestro Dios escogió lo débil: Ayudó a esclavos fugitivos de Egipto y los convirtió en su propio pueblo. Estuvo al lado de los prisioneros de guerra deportados a Babilonia. La conversión a este Dios significa conversión a los pobres y los débiles. Y, por este motivo, los fuertes y los dominadores se sienten amenazados por nuestro Dios y nos aborrecen.

Aunque yo consiguiera explicar claramente a Metilio que Jesús era un profeta de ese Dios, ¿no rechazaría entonces a Jesús con mucha más razón? ¿No aprendería leyendo nuestras Escrituras que los profetas han intervenido sin cesar en la política? ¿No se daría cuenta de que, si Jesús era un profeta, entonces sería peligroso para los políticos?

¿Qué hicieron, pues, los profetas? Impulsaron a nuestro pueblo a reconocer al único Dios verdadero y nos movieron a cambiar de conducta. Lo hicieron lo mismo que se educa a los niños: mediante amenaza de castigos y mediante promesas. En esta tarea fueron crudos e inexorables.

También Jesús amenazaba con que sobre este mundo vendría un castigo. Un «Hombre» misterioso juzgaría a todos los hombres. Este juicio caería sobre el mundo de manera repentina e imprevisible: no sólo sobre los malvados y los bribones, sino también sobre el mundo que hacía su vida normal:

Como en los días de Noé,
así sucederá en los días del Hombre:
La gente comía, bebía y se casaba,
hasta el día en que Noé entró en el arca
y llegó el diluvio, que los hizo morir a todos.
Sucederá como en tiempos de Lot:
se comía y se bebía, se compraba y se vendía,
se plantaba y se construía.
Pero el día en que Lot salió de Sodoma,
cayó del cielo una lluvia de fuego y de azufre
que los hizo morir a todos[32].

Este juicio recaerá absolutamente sobre todos, no sobre determinados grupos o pueblos. Separará a personas que vivían íntimamente unidas:

32. Lc 17,26-30. El «Hombre» es una figura celestial; esta figura –según Dan 7– viene a suceder a los reinos de las «bestias».

Aquella noche estarán dos en una cama,
a uno se lo llevarán
y al otro lo dejarán;
estarán dos mujeres moliendo juntas,
a una se la llevarán
y a la otra la dejarán[33].

El juicio tenía que causar profunda inquietud. Cada persona debía preguntarse: ¿Qué haré yo? ¿Cómo saldré bien? Según Jesús, había solamente una norma para juzgar a las personas, a saber, si habían ayudado a otras personas o no. Al fin el «Hombre» juzgaría a todos los pueblos, y no preguntaría qué religión tenía cada uno o qué filosofía profesaba o cuál era el color de su piel. Sino que diría a los que salieran bien del juicio:

Venid, benditos de mi Padre,
y recibid en herencia el Reino...,
porque tuve hambre y vosotros me disteis de comer;
tuve sed y me disteis de beber;
fui forastero y me recogisteis;
estuve desnudo y me vestisteis;
estuve enfermo y me cuidasteis;
estuve en la cárcel y me vinisteis a ver[34].

No cabe duda: Jesús pronunciaba amenazas lo mismo que todos los profetas. Pero lo hacía de manera peculiar. Amenazaba, no con el juicio de Dios, sino con el juicio de un misterioso «Hombre». Nadie estaba seguro de subsistir ante él. Pues el Juez ponía como única norma la de si se había ayudado a otras personas, no para ser «recompensado» en el juicio, no porque se quisiera servir a ese «Hombre» misterioso, sino únicamente porque se había prestado ayuda. En efecto, los justos preguntarían asombrados en el juicio:

Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer?
¿Cuándo te vimos sediento y te dimos de beber?
¿Cuándo te vimos como forastero y te recogimos?
¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?

33. Lc 17,34-35.
34. Las siguientes citas están tomadas de Mt 25,31-46.

Y el Rey les contestará y dirá:
Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos,
lo hicisteis conmigo.

¿Podría explicársele esto a un romano? ¿Podría hacérsele comprender lo que incluso muchos de nuestro pueblo no comprendían? ¿No se sentirían los romanos hondamente preocupados, si oyeran: Un «Hombre» juzgará a todos los demás hombres, también a los romanos? ¿Un «Hombre» juzgará toda ofensa, toda humillación y toda opresión de los hombres como si fuera un delito inferido a él? Estaba bien claro: Esa proclamación que Jesús hacía del juicio había que ocultársela a los romanos.

¿Y qué había que decir de las promesas? Como la mayoría de los profetas, Jesús prometía un cambio para mejor y creaba esperanza. Muchos creían entonces que la injusticia y la miseria eran indicio de que Dios había cedido a Satanás su reinado sobre el mundo. El mal reinaba en el mundo. Ese mal se ocultaba en los muchos posesos que no podían llevar una vida humana digna. Se ocultaba en la opresión por soldados extranjeros. Se ocultaba en todo lo que perjudicaba al hombre. Pero Jesús creaba la esperanza de que está siendo vencido el reino del mal. Jesús decía:

Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.
Mirad: os he dado poder
para caminar sobre serpientes y escorpiones
y para vencer todas las fuerzas del enemigo;
y nada podrá dañaros[35].

La mayoría de las personas estaban como hechizadas por el maligno. Decían: ¿No está lleno el mundo de luchas y guerras? ¿No muestran las guerras que reina el maligno? Pero Jesús daba otra interpretación distinta. En el mundo lucha el maligno con el maligno. Eso es señal precisamente de que el maligno perece:

Un reino donde hay luchas internas
no puede subsistir.
Y una familia dividida
tampoco puede subsistir.

35. Lc 10,18s.

Por lo tanto, si Satanás se dividió,
levantándose contra sí mismo,
ya no puede subsistir,
sino que ha llegado a su fin[36].

El reinado del mal –del maligno– será sustituido por el reinado de Dios: El reino de Dios se realiza allá donde el maligno pierde su poder sobre los hombres, allá donde se expulsa a los demonios y se sana a los enfermos, allá donde se sacia a los hambrientos y se consuela a los desesperados. El reino de Dios comienza cuando los hombres lo dejan todo para entregarse a este gran cambio:

El reino de Dios se parece a un tesoro escondido en un campo;
un hombre lo encuentra,
lo vuelve a esconder,
y lleno de alegría, vende todo lo que tiene y compra el campo.
El reino de Dios se parece también a un negociante
que se dedicaba a buscar perlas finas;
y al encontrar una de gran valor,
fue a vender todo lo que tenía y la compró[37].

Jesús era más que un filósofo itinerante y que un literato. Jesús era un profeta, un profeta singularísimo. La mayor parte de los profetas amenazan con el juicio de Dios, porque se vulneran las normas vigentes. Según Jesús, la cosa es diferente. Según él, entrarán en el Reino personas que, según las normas vigentes, no tenían ningún valor: niños, forasteros, pobres, humildes y castrados. En este Reino sólo tendrá vigor una norma: cómo se ha comportado uno con esas personas, más aún, con todas las personas que necesitan ayuda. Jesús era un profeta singularísimo.

¿O Jesús era más que un profeta? ¿No se había comparado Jesús con el profeta Jonás y con Salomón, Maestro de sabiduría, y no había dicho de sí mismo: Aquí está uno que es más que Jonás? ¿Aquí está uno que es más que Salomón?[38]. ¿No había ensalzado Jesús como felices a los que habían experimentado lo

36. Mc 3,24-26.
37. Mt 13,44-46.
38. Mt 12,41-42.

que los profetas y reyes habían ansiado experimentar?[39]. Lo que ellos habían ansiado, ¿no superaría a todos los profetas y reyes? ¿Era verdad, por tanto, la palabra de Jesús: La Ley y los profetas tienen validez hasta Juan. Desde entonces el reino de Dios es conquistado?[40]. ¿Comenzó con Jesús algo nuevo, que superaba incluso a los profetas?

El pueblo murmuraba para sus adentros: ¿Será él el Mesías? ¿Pudiera él ser el Mesías? ¡Nada indicaba que Jesús se propusiera echar violentamente a los romanos! ¿Pero no aspiraba él al reinado? Poco se había filtrado. Jesús debió de prometer, de hecho, a sus discípulos que, sentados con él en doce tronos, regirían a Israel[41]. Oí también rumores de que, en el círculo de sus discípulos, hubo una disputa sobre quién ocuparía los puestos de honor a la derecha y a la izquierda de Jesús[42]. Pero, según cuentan, Jesús rechazó de plano tales pretensiones. En el nuevo reino de Dios no habría jerarquías. El que quisiera ser allí el primero, debería hacerse el esclavo de todos. Pero, eso sí, habría un pueblo restaurado: las doce tribus de Israel volverían a reunirse. Afluirán a Palestina –juntamente con los gentiles– desde los cuatro vientos. Se alzaría un nuevo Templo en medio del Reino. Habría un espléndido y alegre banquete. Los pobres serían ricos, los hambrientos se saciarían, los afligidos rebosarían de alegría.

Estas y otras cosas parecidas se contaban al oído. Pero seguían siendo un misterio. Lo único claro era: Con ocasión del gran cambio radical, Jesús y sus discípulos desempeñarían un papel decisivo. Tal vez era Jesús aquel Hijo del hombre del que él hablaba a veces. Ahora Jesús, con el grupo de sus discípulos, recorría el país como una tropa de partisanos de un reino distinto. En una ocasión, Jesús llegó a decir que sus discípulos eran ladrones que con violencia arrebatan el reino de Dios[43]. No tiene nada de extraño: Para el pueblo, Jesús había comenzado a desempeñar el papel de Mesías.

39. Véase Lc 10,23-24.
40. Véase Mt 11,12-13 / Lc16,16.
41. Véase Mt 19,28 y Lc 22,29s. Es difícil que esta promesa a los «Doce Discípulos» haya surgido después de Pascua: Es difícil imaginarse que, después de la traición de Judas, se haya inventado una promesa que le asegure también a él, como uno de los Doce, el gobierno sobre Israel.
42. Mc 10,35-45.
43. Mt 11,12.

Pero yo, ante los romanos, quise presentarle sólo como filósofo itinerante y literato. Quise ocultar al profeta. Y, por supuesto, quise ocultar aquella figura que Jesús había llegado a ser en los anhelos y esperanzas del pueblo. Pero ¿si él se manifestaba en público como profeta? ¿Si los romanos llegaban a conocerle de manera distinta a como yo le había presentado?

¿Qué papel desempeñaba él, en realidad? Era un misterio. ¿Sabía, por lo menos, el papel que Jesús ocupaba en mi vida? Hacía ya mucho tiempo que Jesús no era sólo el objeto de mis indagaciones. De lo contrario, no me habría parecido tan insoportable la idea de que, por mis investigaciones, Jesús cayera en manos de los romanos, exactamente igual que era insoportable la idea de que yo pudiera poner en peligro, con mis actividades, a Barrabás. Delatando a ambos me habría traicionado yo y entregado una parte de mi ser.

¿Qué es lo que, propiamente, yo andaba buscando en Jesús? Con mi lectura de los autores griegos y romanos se me había ocurrido la idea: Tal vez estoy buscando efectivamente una doctrina que sea válida para todos los hombres, para judíos y gentiles. ¿No ofrecía Jesús tal doctrina? ¿No era comprensible también para los griegos lo que Jesús proclamaba como filósofo itinerante? ¿Y no entendían también los romanos lo que él narraba como literato? ¿No había quizás una intención, cuando Jesús relativizaba los mandamientos que nos separan de otros pueblos: los mandamientos del sábado y la pureza ritual? ¿Y cuando él radicalizaba, a la vez, otros mandamientos que nos unen con todos los pueblos: la prohibición de matar, de ser infieles, de cometer perjurio? Este profeta era comprensible para todos, pero estaba profundamente arraigado en nuestro pueblo. Todo lo que él decía y hacía, acontecía en el nombre de Dios, que había escogido a los débiles y a los marginados y que era más poderoso que los faraones y los gobernantes.

¿Podría Jesús resolver mis problemas? Problemas nacidos, todos ellos, de prejuicios y tensiones entre judíos y gentiles. ¿No vivía Jesús en la línea de demarcación entre dos frentes? ¿De algún modo, entre Pilato y Barrabás? ¿Entre gentiles y judíos? En esa región fronteriza yo había caído en humillante dependencia de los romanos. ¿No me salía Jesús al encuentro, precisamente en esa región fronteriza – como hombre libre que permanecía fiel a sí mismo y a su pueblo?

¿O se daba también en Jesús el peligro de que se basaran en él algunas personas que sólo lo consideraban como el filósofo itinerante o el literato? ¿Personas que sólo veían lo que fácilmente podía tener repercusiones más allá de las fronteras de nuestro pueblo? ¿Personas que utilizarían a Jesús en contra de nuestro pueblo? ¿Personas que no querían ver ya que Jesús era el profeta de un pueblo oprimido?

Por suerte, yo no tenía que esclarecer a un mismo tiempo todas esas preguntas. Ahora se trataba únicamente de enviar a los romanos un informe realista, pero inocuo, sobre Jesús. Como era consciente de que sólo estaba diciendo la verdad a medias, añadí a mis informes una breve carta dirigida a Metilio en la que le explicaba de paso que mi informe era el resultado provisional de mis indagaciones. Podrían decirse todavía más cosas sobre Jesús. Luego sellé los informes y las cartas. Fue muy oportuno que Baruc manifestara el deseo de visitar Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Podía confiarle las cartas para que se las entregara a Metilio. Baruc creería que se trataba de cartas de negocios, en las que yo hablaba sobre las próximas entregas de cereales con destino a las cohortes romanas.

Baruc me pidió que le concediera un permiso laboral un poco extenso. Durante unas cuantas semanas, él había hecho mi trabajo, mientras yo me había instruido mediante la lectura de muchos libros. Baruc había sido eficiente. Pero yo me daba cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte.

–Una vez que, como esenio, se ha aprendido a despreciar la riqueza, resulta difícil tratar de acrecentarla –me dijo con un suspiro.

Por las conversaciones que mantuve con él, me di cuenta de lo mucho que él echaba de menos su comunidad. Sabía que ellos no volverían ya a admitirle. Estaba expulsado. Pero no había encontrado aún una nueva patria. Tampoco en el seno de nuestra familia.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Usted señala a mi atención un punto interesante: Andrés, por razones tácticas, tuvo que quitar importancia a la «singularidad» de Jesús. Ahora bien, según el «criterio de diferencia», tal singularidad es de importancia decisiva para la diferenciación entre la tradición auténtica y la tradición inauténtica sobre Jesús. ¿No debería yo haber subrayado más, desde un principio, la incomparabilidad de Jesús, en vez de relativizar su predicación mediante analogías?

Yo dudo de que el criterio de diferencia sea practicable. Cuando, al estudiar una palabra de Jesús, no hallamos que tal palabra dependa de tradiciones judías, no se sigue de ahí que tal dependencia no haya existido nunca. Jesús podría haber experimentado la influencia de tradiciones orales. O de tradiciones que figuraban en escritos desaparecidos.

Además, el criterio de diferencia no atiende a todo lo que Jesús tiene en común con el judaísmo, como si Jesús –a diferencia de lo que pasa con otras personas– no debiera entenderse a base de su entorno histórico. El «criterio de indeducibilidad» (como se ha llamado también al criterio de diferencia) es dogmatismo encubierto: Parece que Jesús es deducible directamente del cielo. Y ese dogmatismo lleva acento antijudío: Es indeducible lo que Jesús aporta, y que contraste con el judaísmo.

Permítame, pues, formular de manera distinta el criterio de diferencia: Tienen título de autenticidad las tradiciones sobre Jesús, cuando son históricamente posibles en el marco del judaísmo de entonces, pero a la vez poseen un acento especial que explican que, después, el cristianismo haya dimanado evolutivamente del judaísmo. No sólo Jesús sino todo el cristianismo primitivo es «deducible» del judaísmo.

Por lo demás, tiene usted razón al sospechar que el «encubrimiento» de Jesús como inocuo filósofo itinerante y literato rústico pretende criticar también «inocuas» imágenes modernas sobre Jesús.

El eco que en usted han despertado mis reflexiones contribuyen mucho a dilucidar las cosas. Espero con mucho interés su próxima carta.

Disponga de su servidor y amigo:

Gerd Theissen

15

Reforma del Templo y reforma social

Unos cuantos días después que Baruc partiera con el informe para Metilio, me llegó una noticia que lo alteraba todo. Tenía que acudir lo antes posible a Jerusalén. Barrabás había sido apresado juntamente con dos zelotas. Ellos se habían defendido oponiéndose a su detención. Un soldado romano había sido gravemente herido, sucumbiendo después por la gravedad de sus heridas. Tuve que partir inmediatamente para Jerusalén. Quizás pudiera hacer algo por Barrabás, informando a Metilio. Tenía que ayudarle. Le debía la vida.

En compañía de Timón y Malco me dirigí por Samaría a Judea, sin dar el rodeo por Perea, que era el itinerario seguido por Baruc[1]. Quería adelantarme lo más posible, a fin de estar en Jerusalén antes de la Pascua.

Durante el viaje cavilaba cómo podría ayudar a Barrabás. ¿Hablaría de él como uno de los más sensatos entre los zelotas, con quien se debía tener indulgencia? ¿Informaría de que él había salido en mi defensa? ¿O sería preferible callar sobre todo ello? ¿Sería preferible interceder por los tres zelotas prisioneros y dejar en la oscuridad mis relaciones con Barrabás? ¿Pero los romanos, como venganza por el soldado romano muerto, no ejecutarían en cualquier caso a los autores? Mis esfuerzos ¿tenían alguna pers-

1. Según Josefo, por este camino se llegaba de Galilea a Jerusalén en tres días (*vita* 269). Solía evitarse el camino por Samaría por las tensiones que había entre los judíos y los samaritanos. Según los evangelios de Marcos y de Mateo, tampoco Jesús se dirige a Jerusalén pasando por Samaría (véase Mc 10,1; Mt 19,1). Sin embargo, según los evangelios de Lucas y Juan, Jesús viaja pasando por Samaría (véase Lc 9,51ss; Jn 4,1ss).

pectiva de éxito? Estos pensamientos me obsesionaron durante los tres días que duró nuestro viaje de Galilea a Jerusalén. Finalmente se me ocurrió una idea.

En cuanto llegamos a Jerusalén, lo puse en conocimiento de Metilio y solicité verle. Me recibió en su despacho del Pretorio. Los romanos se sentían alarmados. Metilio estaba tenso. Pero me saludó como a un viejo conocido.

–Llegas en el momento justo. Debemos ocuparnos urgentemente de ese tal Jesús de Nazaret. He leído todo lo que tú has escrito. Pero ahora ha sucedido algo nuevo: un incidente en el atrio del Templo. ¿Te has enterado ya?

–Acabo de llegar a Jerusalén.

–Ayer alteró Jesús el orden en el Templo.

Metilio se paseaba nerviosamente de un lado para otro.

–Nuestros soldados destacados en el atrio del Templo informan: Jesús, con algunos de sus seguidores, entró en el atrio del Templo que es accesible a judíos y gentiles. Allí causó alborotos, echando fuera a los que vendían animales para los sacrificios, volcando mesas e impidiendo a los artesanos llevar sus herramientas por el Templo. Fue sólo un pequeño incidente. Nuestros soldados, desde que pasó lo del acueducto, tienen instrucciones de mantenerse al margen y evitar toda provocación. Parece que las autoridades judías del Templo dominan de algún modo la situación. Por lo menos, después del incidente hubo discusiones entre ellos y Jesús[2].

Me puse a pensar febrilmente cómo podría presentar ese incidente como actuación desenfadada de un filósofo itinerante. Debía intentarlo, al menos, para salvar mi credibilidad:

–Verosímilmente, esos actos provocativos tienen la finalidad principal de facilitar discusiones con las autoridades del Templo. Los filósofos itinerantes recurren a veces a medios espectaculares para atraer la atención.

–¡Es posible! Pero tengo que investigar el asunto. Pues no es el único incidente en los últimos tiempos. Hace poco hemos atrapado a unos cuantos zelotas que, con toda seguridad, no eran nada inocuos.

No cabía duda de que se refería a la detención de Barrabás y de sus dos compañeros. En este punto, podía yo asegurarle con

2. Véase Mc 11,15-19.27-33.

toda verdad que no había conexión alguna con el incidente del Templo. Pero, antes que nada, pregunté:

–¿Se sabe si hay conexión entre Jesús y esos zelotas?

–De eso precisamente quería yo hablar contigo. ¿Tú qué opinas?

Reflexioné un momento. Después dije: –La actividad de los zelotas se dirige contra los romanos; el incidente del Templo va dirigido contra las autoridades judías.

–No obstante, podría haber conexión: Los zelotas combaten también contra lo aristocracia asociada con el Templo. ¡La crítica contra el Templo es crítica contra la aristocracia encargada del Templo! Por lo menos, puede favorecer mucho a esos terroristas el que los principales sacerdotes experimenten dificultades.

–¿Qué sentido pudo tener esa acción llevada a cabo en el Templo?

Metilio se paró, se encogió de hombros y dijo: –Tengo sólo sospechas.

En primer lugar: Jesús impide que los artesanos lleven al Templo sus herramientas de trabajo. Eso es una protesta contra la ampliación del Templo. En esa ampliación se trabaja ya desde hace medio siglo. Y sigue sin estar acabada. Tal vez rechaza Jesús la construcción de este Templo.

En segundo lugar: Jesús vuelca las mesas. ¿Querrá él decir con este gesto: Así «se derribará» y «se hundirá» el Templo? De todos modos, en la acción cometida veo yo una fuerte agresión contra el Templo.

En tercer lugar: Jesús impide hacer sus negocios a los cambistas de dinero y a los que venden animales para los sacrificios. Sin estos negocios no habría culto de sacrificios. Por tanto, ¿está Jesús en contra de los sacrificios sangrientos? ¿Se opone él fundamentalmente al Templo? Porque ¿para qué existe el Templo, si ya no se pueden ofrecer en él sacrificios?

Como te dije: Todo esto no son más que sospechas.

Como siempre, Metilio había tenido mucha agudeza. ¿Acaso no tenía razón? Y eso, a pesar de que él no conocía el vaticinio de Jesús de que el Templo actual será destruido, para ceder su puesto a un nuevo Templo, no construido por manos de hombres[3]. El incidente del Templo debía de estar en conexión con esa

3. Véase Mc 14,58.

profecía: Esa purificación del Templo era verosímilmente una de aquellas acciones simbólicas, con que nuestros profetas visualizaban sus vaticinios. Por eso, yo sentía tanto mayor interés por dar a todo el conjunto una interpretación inocua. Por tanto, dije:

–Dudo mucho de que Jesús quiera abolir el culto del Templo. Verosímilmente, lo que quiere es suprimir algunos abusos: sobre todo, la amalgama del Templo con los negocios. De ahí el proceder de Jesús contra los vendedores y los artesanos. Contra todos los que ganan dinero en el Templo. Jesús quiere que el Templo sea accesible sin pagar dinero. Esto se halla en consonancia con la intervención de Jesús a favor de los pobres.

Metilio movió la cabeza en señal de duda. No estaba completamente convencido: –Tengo que contarte también lo que pude saber por la discusión que siguió a este incidente. Le pidieron explicaciones a Jesús. El debía decir con qué razón había alterado el buen funcionamiento del Templo. Jesús respondió haciendo a su vez otra pregunta: Los representantes del Templo debían decir si el bautismo de Juan estaba respaldado por Dios o no.

–¿Y qué respuesta le dieron?

–Ninguna. Sus adversarios guardaron silencio. Entonces Jesús declaró: Si vosotros no me decís si Dios respalda o no al Bautista, yo tampoco os diré qué razones tengo para alterar el funcionamiento del Templo[4].

–Tal vez quería Jesús eludir de esta manera una pregunta tan desagradable.

–Yo pienso otra cosa. Tú me explicaste una vez la significación que tiene el Templo para vuestro pueblo y para toda la sociedad: el Templo, por medio de sacrificios, quita los pecados del pueblo. El Bautista ofrece el perdón de los pecados por medio de su bautismo. En el supuesto de que los funcionarios del Templo hubieran concedido que el bautismo procedía de Dios, entonces habrían tenido que aguantar esta pregunta: ¿Por qué, entonces, seguís ofreciendo sacrificios para el perdón de los pecados? ¿Por qué dais muerte a animales? ¿Por qué no vais al Jordán y, en cierto modo, os ofrecéis a vosotros mismos en sacrificio: mediante inmersión en el agua? En una palabra: Creo que Jesús quiere, en el fondo, abolir el Templo en su significación actual. Quien sostiene que se puede conseguir el perdón de los pecados

4. Véase Mc 11,27-33.

independientemente del Templo, ha minado la importancia del Templo.

–Posiblemente tengas razón. Hay una serie de filósofos itinerantes, sobre todo de la escuela de los pitagóricos, que rechazan los sacrificios sangrientos.

–Si mi interpretación es correcta, Jesús no sería más que una amenaza para el Templo: para los principales sacerdotes asociados con él y para el pueblo de Jerusalén, pero no para los romanos. Nosotros nos mantendremos apartados de los litigios religiosos internos. Pero tengo que indagar la cuestión de si existen relaciones con los zelotas. ¿Por qué algunos zelotas se muestran activos, al mismo tiempo, en Jerusalén? ¿Has logrado averiguar algo sobre posibles relaciones entre Jesús y los zelotas?

Estaba preparado para responder a esta pregunta. En el camino hacia Jerusalén había reflexionado atentamente sobre lo que debía decir: –Según mis informaciones comencé– entre las personas que se desplazaban con Jesús de un lugar a otro había un zelota, y posiblemente otros dos más. En uno de los seguidores de Jesús llamado Simón el zelota, tal cosa era segura basándose en el apodo. En el caso de otro, llamado Judas Iscariote, la cosa era probable. Pues lo de Iscariote podía equivaler a «sicario» *(sicarius)*[5]. Finalmente, era sospechoso también un tal Simón Baryona. Algunos los llaman los zelotas Baryonim, es decir, gente que merodea por los desiertos. Sin embargo, los apodos de Judas y de Simón admiten también otras interpretaciones[6].

Metilio sintió que sus sospechas quedaban confirmadas.

–Por consiguiente, hay conexiones entre Jesús y los zelotas.

Yo había contado con esta reacción y contesté: –He investigado el asunto y he llegado a un resultado sorprendente. En

5. En el Imperio Romano se llamaba «sicarios» a todos los bandoleros y luchadores de la resistencia. Josefo utiliza esta denominación para designar a un grupo más concreto de la resistencia judía contra Roma. Describe cómo apuñalaban a sus víctimas en la plaza del mercado, con pequeños puñales que llevaban ocultos, y que a continuación inmediata, en la confusión de la multitud, lamentaban a gritos el delito cometido. Una de sus primeras víctimas fue un sumo sacerdote. Sin embargo, según Josefo, no se manifestaron en público hasta tiempos del procurador Félix (aproximadamente, 52-60). A propósito de ellos, véase *bell* 2,254 = II,13,3.

6. «Iscariote» podría significar sencillamente –en arameo– «hombre de Cariot»; Baryona –así se le llama a Pedro en Mt 16,7– debe traducirse verosímilmente por «hijo de Jonás».

primer lugar, me quedé atónito porque entre los seguidores inmediatos de Jesús se encuentra también en recaudador de impuestos llamado Leví, es decir, uno de los arrendatarios y cobradores de impuestos, que tan atacados son por los zelotas. En segundo lugar reflexioné: Si entre los seguidores de Jesús hay uno que lleva el sobrenombre de «el zelota», puedo deducir con seguridad que no todos son zelotas. De lo contrario, sería absurdo dar a uno de ellos este sobrenombre para distinguirlo de lo demás.

–Pero eso no dice nada en contra de mi sospecha –opinó Metilio.

–Esa misma fue, precisamente, mi opinión. Estudié el asunto a fondo. Conseguí establecer contacto con algunos zelotas. Me enteré por ellos que Simón el zelóta había sido uno de ellos. Pero que ahora era considerado como traidor, porque se había unido a Jesús. En efecto, ese tal Jesús es considerado por los zelotas como una amenaza: Propugna la no violencia. Rechaza los métodos de los zelotas. Si Jesús gana más adeptos entre ellos y entre el resto de la población, esto significaría una dura pérdida para el movimiento de resistencia.

–Si te entiendo bien, entonces ¿hay dos clases de alboratodores que compiten en cuanto a los mismos partidarios y simpatizantes: por un lado los zelotas; por otro, Jesús?

–Yo lo expresaría de esta manera: Los zelotas señalan el problema que hay en nuestro país. Jesús podría ser la solución para ese problema o, más exactamente: El me ha llevado a la solución.

–¡A ver! ¡Explícamelo más claramente!

Metilio me miró con interés. Evidentemente estaba perplejo y no sabía cómo la administración romana debía comportarse en esta situación. Parecía agradecer cualquier idea.

Respiré hondo. Era la oportunidad esperada. Tal vez la única oportunidad de salvar a Barrabás. Todo dependía ahora de que yo fuera capaz de convencer a Metilio.

–En las aldeas de Galilea he investigado las causas de por qué los jóvenes abandonan sus hogares y su labranza y se echan al monte para unirse a los zelotas. La causa de todo ello es la angustiosa situación económica de la gente modesta: Cuando, por haber sido malas las cosechas o por algún otro revés del destino, se contraen deudas, entonces los jóvenes agricultores no pueden ya pagar los impuestos y corren a unirse a los zelotas

para huir de la esclavitud y de la prisión por deudas. Todos esos jóvenes no nacieron terroristas; las circunstancias los han hecho terroristas. Si se les ofreciera una alternativa a su vida de terroristas, una perspectiva realista de regresar a la vida normal, entonces muchos de ellos dejarían de vivir como bandidos.

Por consiguiente, formulo la siguiente propuesta, que consta de tres puntos.

Metilio mostraba vivísimo interés. Apoyó las dos manos en la mesa y se inclinó hacia mí como si no quisiera perder ni una sola de las palabras que yo iba a decir. Proseguí:

–En primer lugar: El prefecto romano de Judea y Samaría proclama una amnistía general para todos los actos delictivos cometidos por los miembros de alguna banda de zelotas; la amnistía beneficiará a todos los que estén dispuestos a regresar a una vida normal.

Metilio relajó su tensa actitud. Se enderezó y comenzó de nuevo a caminar inquieto de un lado para otro. Por una fugaz mirada que me dirigió, pude comprender su honda decepción. Sabía que había perdido. No obstante, seguí hablando:

–En segundo lugar: Mediante una remisión general de deudas se asegurará que la gente modesta que pudiera huir a los zelotas, tenga una nueva oportunidad.[7]

En tercer lugar: El Estado asentará en las regiones limítrofes a personas que no posean tierras, sobre todo a antiguos zelotas. Esas personas están ejercitadas en la lucha y pueden proporcionar al país una paz duradera.

Después de un breve rato de silencio, dijo Metilio: ¿Y qué tiene que ver Jesús con esa solución?

Respondí: –Su movimiento es una prueba de que numerosos zelotas estarían dispuestos de hecho a abandonar la vida que han llevado hasta ahora, si tuvieran posibilidad de hacerlo. Tienen cerrado el regreso a una vida normal, sea porque hayan cometido algún delito, sea porque las pequeñas propiedades que antes tenían se han vendido. La vida itinerante de Jesús, sin sujeción a nada, les ofrece la posibilidad de abandonar su vida de bandidaje. La vida con Jesús es dura: Presupone un extremo desasimiento

7. Uno de los primeros actos de los zelotas rebeldes, en la Guerra Judía, fue quemar los archivos de las deudas. Con eso esperaban ganar para la rebelión contra los romanos a todos los endeudados y pobres (véase Josefo *bell* 2,427 = II,17,6).

de todo. Si antiguos zelotas prefieren esa vida a su existencia como zelotas, ¡cuánto más favorablemente acogerán el regreso a una vida normal!

–Pero ese tal Jesús ¿les garantiza amnistía y remisión de deudas?

–Jesús no puede hablar en nombre del Estado y de los acreedores de esas gentes. Pero garantiza a todos la amnistía de Dios. Dios remite todas las deudas, todas las culpas, si una persona se convierte y comienza una nueva vida. Y Jesús nos obliga a que nos perdonemos recíprocamente nuestras deudas[8].

–Los filósofos itinerantes suelen tener ideas muy bonitas. Pero la realidad política es más cruda que esas ideas.

–Una amnistía ¿no estaría también indicada políticamente? La situación es tensa. La población sigue inquieta por las muertes que se produjeron en la manifestación del año pasado; todavía no ha digerido la muerte de inocentes peregrinos galileos; aún no se ha repuesto de la ejecución del Bautista. Para relajar un poco la tensión, sería muy oportuno un signo claro de buena voluntad. Los romanos han de demostrar que quieren poner punto final a los conflictos del pasado. De lo contrario, escalará la violencia, y se fomentarán aquellas fuerzas del pueblo que creen que la violencia se refrena únicamente por una violencia opuesta. Pronto será la Pascua. Una fiesta sería la mejor ocasión para proclamar una anmistía general de los actos delictivos cometidos por los zelotas.

Metilio sacudió negativamente la cabeza, con aire de resignación.

–Pero una remisión universal de deudas ¿no carece por completo de realismo? ¿cómo persuadirá el Estado a todos los acreedores del país a que renuncien a cobrar sus deudas?

–En nuestro país, tal cosa es posible. Tenemos una vieja ley que dispone que cada siete años habrá remisión de todas las deudas[9]. Esta ley se aplica raras veces, pero existe. Lo único que hace falta es volver a ponerla en vigor. Sobre ello podría hablarse con el sumo sacerdote y con el Sinedrio. El Sinedrio está interesado en que la situación deje de ser tensa.

8. Véase el padrenuestro (Mt 6,12). Cuando Jesús enseña que hay que pedir perdón a Dios y estar dispuesto uno mismo a perdonar a sus deudores, está pensando no sólo en las ofensas sino también en las deudas de dinero.

9. Dt 15,1ss.

Metilio me miró con irritación: –Tu propuesta es tan radical, que no sé qué decir.

–A mí me parece que lo más urgente es una amnistía. Y habría que proclamarla pronto, antes de que se produzcan nuevos disturbios.

–Sólo el prefecto puede decidir sobre este particular. E incluso él tiene atribuciones limitadas. –Por lo menos, convendría presentarle mi propuesta.

Metilio vacilaba: –Tales ideas ¿proceden de Jesús?

Contesté negativamente: –¡Son ideas mías!

–Veo que hay proximidad entre tus propuestas y lo que se propone ese tal Jesús. Tú quieres reformar la sociedad; Jesús quiere reformar el Templo, quizás toda vuestra religión. Jesús dice: El Templo no funciona ya como lugar central para la remisión de los pecados. Fuera del Templo se ofrece también esa remisión: por medio del bautismo o adhiriéndose a él. Tú dices: La sociedad no funciona ya porque las cargas están repartidas de manera insoportable. Debemos buscar nuevos caminos para la remisión de las deudas. Jesús ofrece la amnistía de Dios. Tú pides que el Estado proclame una amnistía. Tales ideas guardan relación íntima.

Entonces dije: –¿Puedo responder con una parábola? –Conté una parábola de Jesús, pero omitiendo toda referencia al reino de Dios que llega:

–Dios es como un amo que quiere ajustar cuentas con los administradores de sus bienes. Nada más comenzar, le trajeron a un hombre que le debía la bonita suma de un millón. Como el deudor no podía pagar, el amo ordenó que le vendieran juntamente con su mujer y sus hijos y los bienes que poseía y que el producto de la venta se aplicara a saldar la deuda. Pero el deudor se arrojó a sus pies y le suplicó: «¡Ten paciencia conmigo y todo te lo pagaré!». El amo sintió compasión; le dejó en libertad y le remitió la deuda.

Apenas había salido de la presencia de su amo, encontró a uno de sus compañeros en la administración, que le debía una pequeña suma de dinero. Le agarró por la garganta casi hasta ahogarle y le dijo: «¡Págame lo que me debes!». El deudor se postró de rodillas y le suplicaba encarecidamente: «¡Ten paciencia conmigo!». Pero no quiso dejar libre a su deudor sino que ordenó que le metieran en la cárcel hasta que hubiera pagado por completo su deuda.

Los demás, al verlo, se sintieron enojados. Corrieron a ver al amo y se lo contaron todo. El amo hizo que le trajeran a aquel hombre y le dijo: «¡Qué malvado eres! Yo te perdoné toda tu deuda, porque me lo pediste. ¿No podías tener, tú también, compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?».

Entonces, lleno de cólera, le entregó a los torturadores hasta que le hubiera pagado toda la deuda[10].

Metilio había escuchado atentamente. Con un poco de escepticismo preguntó: –Eso es una parábola. ¿Nos exige realmente que perdonemos el dinero que nos debe la gente?

–Según y como –dije yo. –Pero la gente modesta, llena de deudas, a quienes Jesús cuenta sus parábolas, pensarán sin quererlo en sus deudas de dinero.

Enrolló juntas las hojas de papiro con mis informes y las introdujo cuidadosamente en un estuche de cuero. Metilio consideraba evidentemente como terminada la parte oficial de mi visita. Pero todavía no me despidió. Sino que se tomó tiempo para guardar el estuche de cuero con mis informes en el cajón de un pequeño armario y para echar una breve mirada a la calle por la ventana de la habitación, viendo cómo la calle, al igual que todos los años, se llenaba de peregrinos antes de la fiesta de la Pascua. Después vino hacia mí, puso la mano en mi hombro y me hizo una pregunta que yo no había esperado en aquel momento.

–Andrés, ¿por qué no libráis de accesorios sin importancia vuestra grandiosa filosofía acerca de Dios?

Me quedé sin palabra. ¿No tendría ahora Metilio nada más importante que hacer que discutir conmigo sobre cuestiones religiosas? Prosiguió:

–Tú has presentado una propuesta de reforma radical, que desemboca en una modificación de nuestra política. ¿Me permites que te diga ahora lo que, en opinión mía, podríais cambiar en vuestra religión?

Metilio se sentó en la silla que estaba frente a mí. Se concentró.

–Desde nuestra última conversación he encontrado un judío de Alejandría, con el que he conversado largo y tendido sobre vuestra religión. En opinión suya, las leyes deben entenderse

10. Mt 18,23-35.

simbólicamente. El mandamiento del descanso sabático significaría únicamente que el hombre puede volverse a Dios con tranquilidad interior. La circuncisión sería símbolo del dominio de las pasiones e impulsos. Ni el sábado ni la circuncisión habría que practicarlos en sentido literal[11]. Si tales ideas se imponen, el judaísmo podría llegar a ser una filosofía influyente. Se adherirían a ella muchos que quieren adorar a un solo Dios que nos obliga a ser buenos con los débiles, pero esas personas se abstienen actualmente por la circuncisión y las normas sabáticas.

–Ese judío alejandrino habla en nombre de un pequeño grupo dentro del judaísmo, de un grupo que se halla en desaparición –dije prudentemente.

Metilio hizo un gesto con sus manos para desechar esa cuestión.

–Piensen lo que quieran unos cuantos judíos de Alejandría, a mí lo que me interesa es lo que piensas tú.

Le miré fijamente a los ojos. ¿Era un interrogatorio? Metilio pareció adivinar mis pensamientos.

–A mí no me interesa eso como funcionario romano. Me interesa personalmente. Desearía tener ideas claras sobre vuestra filosofía.

–El problema es –comencé titubeando– que la fe judía no es una filosofía. No es algo de lo que únicamente se está convencido en el corazón, sino una cosa que hay que hacer visiblemente. Es una forma de vida. Nos gozamos de poder adorar a Dios en muchos actos pequeños y grandes. También mediante la observancia de preceptos relativos a los alimentos y de numerosos ritos menores que hemos recibido por tradición. No basta escuchar los mandamientos de Dios y comprender su sentido profundo. Sino que, además, hay que ponerlos en práctica[12].

–Pero todos esos mandamientos contienen muchas cosas que dificultan el trato entre judíos y no judíos. ¿Por qué no hacéis

11. Filón de Alejandría, en su escrito titulado «Sobre la migración de Abrahán», critica a los judíos que no interpretan simbólicamente las leyes. Como ejemplo, menciona la concepción arriba esbozada del sábado y la circuncisión (*de migr*. 89-93).

12. Cuando el rey Izates de Adiabene (primera mitad del siglo I de nuestra era) se convirtió al judaísmo, le aseguró primeramente un comerciante judío que, si quería adherirse a la fe judía, no era absolutamente necesaria la circuncisión. Pero después llegó Eleazar de Galilea y sostuvo la opinión de que no era suficiente leer las leyes sino que lo decisivo era «hacer lo que ellas ordenan». A continuación, el rey hizo que le circuncidasen (Jos. *ant* 20,38-48 = XX,1,4).

distinción entre dos grupos de mandamientos: los mandamientos morales, que son de cumplimiento absolutamente necesario para la convivencia entre los hombres, y los mandamientos rituales, que se basan en la tradición, pero que no se hallan vinculados necesariamente con la fe en el único Dios verdadero? ¿No va en este sentido la predicación de Jesús?

–¡Jesús no dice en ninguna parte que no se debe circuncidar a los niños! ¡Ni ha cuestionado jamás por principio el sábado!

–Pero, a través de él, ¿no se llegaría a tales ideas?

–Personas como ese judío alejandrino podrían llegar a tales ideas. Pero no lograrán imponerlas entre nosotros. Tú subestimas lo importantes que son para nosotros los numerosos mandamientos recibidos por tradición, incluso aquellos mandamientos que observamos únicamente porque figuran en nuestra tradición. Por el cumplimiento de los mismos, nos aseguramos recíprocamente y de manera pública y visible, que permanecemos fieles a nuestra fe.

–Pero ¿no se podría hacer eso mismo de una manera distinta? Cuando yo pregunté a uno de vuestros grandes maestros qué era lo más importante, me dijo: «No hagas al prójimo lo que no querrías que te hicieran a ti. Esto es toda la Torá. Lo demás es interpretación de la misma. ¡Ve y apréndelo![13]. ¿Para qué, entonces, los otros numerosos mandamientos? ¿Para qué la circuncisión y los preceptos relativos a los alimentos?

Tuve que reflexionar. ¿Metilio se hallaba realmente interesado en nuestra religión? ¿O buscaba sólo en ella nuevas corrientes que permitieran un trato y relación sin conflictos entre judíos y gentiles? Los romanos, por razones políticas, ¿se proponían fomentar tales corrientes? Finalmente dije:

–¿Qué sucedería si permitiéramos que los judíos se casaran con mujeres que no comparten nuestra fe? ¿O que gentiles incircuncisos se casaran con mujeres judías?[14]. El cónyuge pagano seguiría adorando a sus dioses. Educaría en su fe a los hijos. Nuestro Dios se convertiría en un dios junto a otros muchos,

13. Esta sentencia se atribuye al rabí Hillel (hacia el 20 a.C) (en *Schab* 31a). Otra cuestión es si él la pronunció de hecho o no. Pero el que se pusiera la 'Regla de oro' en labios de los más afamados maestros, muestra el alto aprecio de que gozaba.

14. Incluso la casa real de la familia de Herodes exigía a los yernos que se hicieran circuncidar (véase Jos. *ant* 20,139 = XX,7,1).

aunque fuera reconocido como el dios supremo. La fe en un solo Dios verdadero se puede mantener únicamente mediante una práctica existencial, mediante una práctica que ha de admitir en toda su vida el que se casa para formar una familia judía. Mientras nuestra fe nos segrege tan radicalmente de todo nuestro ambiente, hemos de diferenciarnos también en nuestra manera de vivir.

–Pero, algún día, ¿no reconocerán todos los pueblos al único Dios verdadero?

–En eso tenemos puesta nuestra esperanza.

Metilio se levantó entonces y señaló hacia fuera de la ventana:

–Y entonces todos esos peregrinos venidos de todos los países ¿no serán sólo judíos sino individuos de todos los pueblos? ¿Todos tendrían, entonces, acceso al Templo?[15].

–Actualmente está abierto ya el Templo a todo el que se convierte a Dios.

Metilio me dio las gracias por la conversación. Prometió presentar a Pilato mi idea de una amnistía. Si fuera necesario, Pilato mismo me llamaría a una audiencia. Luego me despidió. ¡Si todos los romanos fueran como Metilio! Era innegable: desde nuestra primera entrevista, él comprendía mucho mejor nuestra religión. Y hacía progresos. ¿Sería también una persona que se hallaba entre dos frentes?

15. En el judaísmo se esperaba que en la era mesiánica se produjera una «peregrinación de las naciones» a Sión: véase Is 2,2s; Miq 4,2; Is 56,7; 60,3; Tob 13,13.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Su amable carta me hizo al principio sonreír de satisfacción. En efecto, usted ha consultado mis datos biográficos y ha descubierto que yo, en 1968, me hallaba en edad de ser revolucionario. Más aún, llevo el sello de esa edad revolucionaria. No he conseguido serlo nunca. Y no desearía negarlo, entre otras cosas, porque sentí aversión a las faltas de tacto que entonces se cometieron con la generación mayor.

El contenido de su carta me ha hecho reflexionar. Al escribir yo, no me había dado cuenta –cosa que usted ha visto al leer– que yo elaboro las experiencias de mi generación: las exageradas esperanzas de reformas, el fracaso de las anteriores estructuras de poder y de las propias ilusiones, el gran desencanto originado por unas, y el deslizamiento hacia la violencia y el terror en otras. ¿No es mi imagen de Jesús una proyección de mi generación? Es muy delicado por su parte que usted me invite a que sea yo mismo quien saque una consecuencia. Porque esa consecuencia podría estar anticuada.

Desde luego, para mí hay una cosa importante: Las experiencias de mi generación se van sedimentando en la acción que sirve de marco. Por ella se ve menos afectada la imagen de Jesús. Queda abierta a diversas interpretaciones. Su claridad y distinción la adquiere a partir de la perspectiva de Andrés. La estructura de la narración está dispuesta conscientemente de tal modo, que a nadie se le puede ocurrir que aquí se refleja una imagen de «Jesús en sí». Es «Jesús» visto desde la perspectiva de determinadas experiencias sociales.

Esa perspectiva ¿es arbitraria? La acción que sirve de marco se desarrolla en un mundo que puede reconstruirse históricamente por los datos que nos porporciona Josefo: así se podía experimentar entonces a Jesús. La pregunta es incluso si no había que experimentarlo necesariamente así, si aceptamos nuestro éxodo de la inmadurez debida a nuestra culpa: nuestro éxodo de la «Ilustración». ¿No se perdería algo insustituible, si la religión volviera a retirarse al terreno de mero diálogo entre Dios y el alma?

Por lo demás, supongo que también usted se habrá encontrado alguna vez en edad de ser revolucionario. ¿Qué pasó entonces con usted? Claro está que no hace falta que responda usted a esta pregunta indiscreta.
Le queda muy agradecido su servidor y amigo:

Gerd Theissen

16
El miedo de Pilato

El día siguiente era el que precedía a la fiesta de la Pascua. Para sorpresa mía me citaron muy de mañana para que fuera a ver a Pilato. Era un asunto urgente, dijo el mensajero. Fui a toda prisa al pretorio. ¿Desearía Pilato proclamar una amnistía? ¿Se habrían conocido mis relaciones con Barrabás? Oscilaba entre las esperanzas y los oscuros presentimientos. Fue un mal día. ¡Ojalá no lo hubiera vivido nunca!

Pilato parecía muy serio. Me saludó amablemente y me condujo a una pequeña habitación con sólo una ventana. Despidió a su guardia personal. Debía esperar a la puerta, hasta que él llamara. Evidentemente, Pilato quería discutir algo que no estaba destinado a los oídos de todos. Cuando nos hubimos quedado solos, comenzó:

–Me he enterado con interés de tu propuesta de amnistía y de remisión de deudas. Me recuerda ideas por las que en mi juventud sentí especial afecto: la remisión de deudas ordenada por Solón para los ciudadanos de Atenas y la lucha de nuestros dos Gracos por disminuir las diferencias sociales[1]. Ves que no rechazo sencillamente tus ideas. Pero, yendo a la cuestión: Una amnistía general sobrepasa mis competencias. Políticamente sería de tanta importancia, que sólo el emperador puede pronunciarla.

1. En los años 594/563 Solón llevó a cabo extensas reformas en Atenas: Abolió, entre otras cosas, la esclavitud por deudas: Ningún acreedor podría ya vender como esclavo a su deudor por impago de deudas, ni podría ya someterlo como siervo obligado a cultivar parte de los terrenos del amo. Los dos Gracos se habían esforzado en el año 133 y en los años 123/122 a.C. para que se llevara a cabo en Roma una distribución justa de las tierras.

No pude ocultar mi desilusión. Pilato prosiguió:

–Ahora bien, lo que está en mi poder es conceder amnistía para casos concretos. A los tres zelotas apresados hace poco se ha añadido otro caso más. Durante la noche tuvo lugar otra detención. El caso debe tratarse hoy mismo. Estás familiarizado con él. Se trata de Jesús de Nazaret. Es sospechoso de suscitar movimientos mesiánicos. El sumo sacerdote cree que lo mejor es despachar el caso antes de Pascua, para que no cause demasiada sensación.

Me quedé aterrado. ¡Habían prendido a Jesús! Mi corazón latía aceleradamente. Mi cuerpo temblaba. Todo se había agravado amenazadoramente.

Pilato prosiguió: –He leído tu esbozo sobre Jesús. Yo lo clasificaría como persona inocua. Los filósofos y los literatos deben vivir en paz en esta tierra. Pero, si pretende ser el Mesías, entonces constituye un peligro para el Estado.

Había que ponderar bien todas las palabras. Por suerte, en mi pensamiento, yo había ensayado una y otra vez todos los argumentos con que pudiera defender a Jesús. Comencé en seguida con el argumento más importante:

–Una doctrina central de Jesús es la de no resistir al mal. Lejos de eso, hay que ofrecer la mejilla izquierda, cuando a uno le han golpeado la mejilla derecha. ¡Una persona así no es peligrosa!

Pilato no se dejó impresionar: –Una doctrina así no pone en peligro el Estado de la manera corriente. Pero puede ponerle en grandes apuros. Más aún, puede hacerle más desvalido que cohortes enteras de levantiscos zelotas.

–Pero si en el país todos se comportan como Jesús, no habría ya luchadores de la resistencia –objeté.

–La experiencia me ha enseñado muchas cosas. Lo que estás diciendo, me recuerda algo que sucedió al principio de mi gobierno[2]. Cuando Tiberio me envió a Judea, hice transportar secretamente a Jerusalén, durante la noche, imágenes del emperador que servían como estandartes. Al día siguiente, esto provocó entre los judíos un gran alboroto. Estaban convencidos de que se había pisoteado su ley, que prohíbe que en la ciudad se erija una imagen o representación de algo. No sólo se irritaron

2. La siguiente historia, según Josefo 2,169-174 = II,9,2s (trasladada a primera persona).

los habitantes de la ciudad, sino que además los habitantes del campo acudieron en gran multitud. Se pusieron en camino hacia donde yo estaba, en Cesarea, y me suplicaron con el mayor encarecimiento que quitara de Jerusalén aquellos signos y que no violara las leyes de sus padres. Yo me negué a hacerlo. Entonces rodearon mi palacio, se tumbaron con la cabeza hundida en la tierra y permanecieron así cinco días y cinco noches, sin moverse del sitio. Después de esto, me senté en la silla del tribunal sobre la calzada y convoqué al pueblo, como si quisiera darles allí una respuesta. A continuación, según lo convenido, di a los soldados una señal para que rodeasen a la multitud de los judíos. La vista inesperada de la triple fila de soldados, en formación de batalla, que los rodeaba, dejó rígidos de espanto a los judíos. Amenacé con aniquilarlos a todos si no estaban dispuestos a tolerar imágenes del emperador e hice indicación a los soldados para que desenvainaran las espadas. Sin embargo, los judíos, como de común acuerdo, se arrojaron al suelo, muy apiñados, y ofrecían el cuello y gritaban que preferían morir a ver que se quebrantaban las leyes de sus padres. Me impresionó hondamente el ardor de su fe y di orden de que se retiraran de Jerusalén los estandartes.

Andrés, comencé con una derrota mi período de gobierno: una derrota sufrida no frente a un ejército armado o frente a peligrosos luchadores de la resistencia, sino frente a una multitud de hombres indefensos. No sólo me ofrecían la espalda sino el cuello. Me pedían no sólo que los golpeara, sino que los matara. Ese malhadado comienzo de mi mandato me ha creado muchos problemas. Tuve siempre que velar mucho por mantener mi autoridad. Créeme: Un Estado puede hallarse más indefenso ante una multitud de manifestantes sin armas que frente a legiones de soldados.

–¡Pero Jesús de Nazaret dijo: No resistáis al mal!

–¿Ah, sí, lo dijo? ¡Pero él mismo no se atiene a su propia doctrina! Hace unos cuantos días alteró el orden en el atrio del Templo. Expulsó de él a los negociantes y volcó las mesas de los cambistas de dinero y de los que vendían palomas. Eso fue violencia contra personas y cosas[3]. ¿No será un zelota?

3. Véase Mc 11,15-17.

–¡Pero él se ha distanciado clarísimamente de los zelotas! Jesús declaró: Hay que dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios[4].

–Sí, sí, he leído tu informe –dijo Pilato un poco disgustado– pero ¿cuál es tu argumento para rebatirlo? Esa historia de la moneda ¿no encaja admirablemente con el incidente del atrio del Templo? En él atacó Jesús a los cambistas de moneda. Allá están sentados los cambistas para cambiar toda clase de dinero por aquellas típicas monedas de Tiro que son las únicas que se aceptan en el Templo. Las monedas tirias no tienen, desde luego, la efigie del emperador, pero tienen otra cosa peor: llevan grabada la imagen del dios de Tiro, Melkart, a quien nosotros llamamos Heracles. Si hay que devolver al emperador las monedas de plata, porque en ellas figura la efigie del emperador, entonces lo lógico sería exigir: Devolved al ídolo Melkar sus monedas. En concreto: No se las deis en ningún caso a nuestro Dios, a aquel Dios que está en el templo de Jerusalén y que no tolera junto a sí a ningún otro dios.

–¿Pero no se podría sacar también la conclusión de que ese tal Jesús no tendría nada que objetar contra la idea de emplear el dinero sagrado del Templo para fines tan profanos como una traída de aguas?

Pilato se rió: –Desde ese aspecto, podríamos sacar incluso algún provecho de su doctrina.

No cejé: –Y también desde otro aspecto Jesús favorece a los romanos: El rechaza la campaña de los zelotas para que la gente se niegue a pagar impuestos.

Pilato se encogió de hombros. –¿Qué quiere decir eso? Que haya que devolver al emperador las monedas del emperador, no quiere decir mucho. En efecto, según vuestras ideas, el emperador ha transgredido la ley de vuestro Dios. Ha ordenado que se grabe su imagen. La prontitud para devolver sus nefandas monedas no prueba sin más una actitud de lealtad hacia el Estado. En esas palabras de Jesús podría verse también menosprecio: ¡Devolved al impío sus impías monedas! ¡Dios es mucho más que el emperador! Algo así descubro yo en las palabras de Jesús.

Tuve que empezar otra vez desde el principio: –Y, no obstante, ese Jesús nos muestra el único camino para que nuestro país salga de la crisis.

4. Véase Mc 12,13-17.

–¿El único camino? Yo te puedo decir cual es el único camino seguro. En vez de tener aquí estacionados 3500 soldados, habría que tener dos legiones. Entonces la gente entraría en razón y el país estaría en paz.

–Pero ¡eso se consigue también sin legiones!

–¡En el Imperio Romano no se logra nada sin las legiones!

–Pero entre nosotros sí se lograría. La causa de la intranquilidad que hay en el país es la enemistad entre los autóctonos y los extranjeros: los griegos y los sirios de los Estados-repúblicas vecinos y los romanos. Los judíos autóctonos se sienten oprimidos y aborrecen a los extranjeros. Puesto que, económicamente, les va mal, mientras que florecen las ciudades de los extranjeros, ese aborrecimiento se nutre cada vez más. Cuando desaparezca el aborrecimiento, no habrá ya ataques terroristas, no habrá manifestaciones violentas y no habrá alborotos. Los extranjeros dicen a su vez: Todo iría mejor, si nosotros los judíos reconociéramos a sus dioses. Si nosotros comprendiéramos que nuestro Dios forma parte de la gran familia de dioses, entonces nosotros seríamos recibidos también en la gran familia de las naciones en la que todos se sienten emparentados. Pero esto no es ningún camino para nosotros. Nuestra religión nos obliga a permanecer fieles a ese único Dios verdadero, aunque por ello nos veamos aislados entre las demás naciones. Nada podrá apartarnos de nuestra fe. Tanto más que vuestros mejores filósofos saben muy bien que no existe más que un solo Dios verdadero.

–¿Y cómo sustituirá ese Dios a nuestras naciones?

–Jesús enseña: Este Dios quiere que no sólo amemos a los autóctonos sino también a los extranjeros. Jesús dice: ¡Amad a vuestros enemigos! Ese Dios hace que luzca el sol sobre todos: sobre los romanos y los griegos, sobre los sirios y los judíos. Le imitaremos, si derribamos las fronteras que separan a las naciones.

–¡Imposible! ¡Amar a sus enemigos! Entre nosotros sabe cualquier niño que un hombre bueno hace bien a sus amigos y hace daño a sus enemigos[5].

–Jesús enseña una nueva doctrina. ¿Será imposible por ser nueva? Esa doctrina sería un camino para que nosotros los judíos

5. Como ejemplo, mencionemos a Jenofonte, *Memorabilia Socratis*, II,6,35: Hay que sobrepujar a los amigos haciéndoles bien, y a los enemigos, haciéndoles mal.

permaneciéramos fieles a nuestra fe y nos abriéramos a todas las naciones, como vaticinaron viejas promesas[6]. ¡Entre nosotros esa doctrina tiene una gran oportunidad!

–¡Entre vosotros! No sois capaces de defender vuestro país. De eso nos preocupamos los romanos. Se encarga nuestro ejército. He prestado servicio mucho tiempo en él para saber: Tan sólo cuando hacemos frente enérgicamente a los enemigos, podremos conservar la paz. Doctrinas, como las que Jesús enseña, son propias de un pueblo sometido. A nosotros no nos sirven. Desmoralizarían a nuestros soldados. Por eso, ese tal Jesús no hace más que embrollarlo todo. Es persona peligrosa porque lo embrolla todo. ¡Y la gente susurra que es el nuevo rey!

Yo le contradije: –Todo lo que he investigado sobre Jesús, demuestra que él no quiere ser rey ni mesías.

–Pero otros esperan que él sea el nuevo rey. Ahí está el problema. Por mí, cualquier demente puede considerarse a sí mismo rey. No tengo nada en contra. Lo peligroso es cuando otros comienzan a creer en él. Y Jesús es peligroso aunque él, personalmente, no crea en su dignidad real. La expectación que hay en torno a él crea ya perturbaciones. Pues todos piensan que ahora llega la gran revolución. Y, en un caso como éste, aun los ilusos son un peligro para la seguridad.

–Bueno, tal vez sea un iluso. Pero precisamente por eso habría que soltarle, no en secreto, sino en el marco de una amnistía. Aunque la gente esperara de él que sea el nuevo rey, ¿cómo podría ser peligrosa una persona que sostiene doctrinas que producen la desmoralización entre los soldados? ¿Dónde reclutará él sus tropas? ¿Y para qué valen unas tropas que aman a sus enemigos? ¿Que no ofrecen resistencia?

Pilato no me escuchaba en absoluto. Se había levantado y llegado a la ventana. Me di cuenta de cómo en su mente todo estaba en ebullición. Sus ojos miraban hacia donde yo estaba, pero miraban a otro punto distante. Sus manos se movían, como si formulase algo. Pero ningún sonido salía de sus labios. Finalmente se sentó suspirando. Y en voz baja dijo:

–Tengo miedo...

Le miré atónito. Continuó así:

6. Véase, por ejemplo, Is 2,2-5: Este oráculo profético promete que, algún día, todos los pueblos peregrinarán a Jerusalén.

–Tengo miedo de que la cosa se me vaya de las manos. No, no puedo hacerlo.

¿Me lo estaba diciendo a mí o se lo estaba diciendo a sí mismo? Pilato se sumergió en cavilaciones. Casi me daba la impresión de que se había olvidado de mí. Carraspeé. Levantó sus ojos. Su mirada volvía a estar clara. Su voz sonó con firmeza y decisión:

–Reflexioné seriamente si debía soltar por Pascua a esos tres bandidos de los que hablé al principio. Sí, estaba resuelto a hacerlo. Pero luego tuve noticia de ese nuevo movimiento mesiánico en torno a Jesús. La fiesta se acerca. Un gran gentío afluye a Jerusalén. La situación puede hacerse crítica. El riesgo es muy alto.

–Pero ¿no se puede aplazar la ejecución de los tres bandidos? Si la fiesta trascurre pacíficamente, quizás algunas cosas aparezcan a una luz distinta–. Me di cuenta, mientras hablaba, de lo inútil que era mi intento. Pilato movió la cabeza en sentido negativo.

–El riesgo es muy alto. No puedo dejarlos en libertad a todos. Podría interpretarse mal, más aún, podría inducir a algunos visionarios a creer que somos débiles. No podemos causar esta impresión, ahora menos que nunca, cuando hay fermentación en el pueblo. No obstante, recogeré tu propuesta. No toda la propuesta. Una parte de la misma: Dejaré en libertad a uno. Uno solo... será un riesgo limitado. Veremos si vale la pena ser benignos.

Hice un nuevo intento: –¿No se podía dejar libres a dos? ¿A un zelota y a Jesús? Esto agradaría a diferentes sectores de la población.

–¡No, con uno basta! Dejaré que el pueblo decida a quién elige. Así veré si ese tal Jesús, con sus ideas, tiene o no una oportunidad en este país. O si debo seguir contando con la resistencia violenta por parte del pueblo.

Me quedé aterrorizado. Pilato convertía mi idea de una amnistía para la reconciliación con el pueblo en un experimento para calcular mejor sus propias perspectivas de poder. Sentí intenso dolor de estómago. Mi garganta estaba como anudada. Un sudor frío recorría mi cuerpo. Otra vez me sentía en las garras de la bestia. Intenté no aparentar nada. Pilato me miró y dijo:

–Sería muy justo que los mandase ejecutar a todos. Pero durante nuestra conversación me he dado cuenta de que hay dos

clases de alborotadores. Creo que ambos son peligrosos. Probaré a ver quién cuenta con las simpatías del pueblo. Como ves, estoy dando una oportunidad a tus ideas.

–¿Y quién será elegido junto a Jesús para que el pueblo decida?

–Un tal Barrabás.

Tenía que contemplar impotente cómo las cosas se precipitaban hacia una catástrofe. No pude ocultar por más tiempo mi horror. Todo mi cuerpo temblaba. Pilato me miró asombrado:

–Estarás realmente contento. Tú me has sugerido la idea de la amnistía. Tú me has convencido de que en todo esto hay diversos movimientos. ¡Habrá que decidirse entre ellos! Esa alternativa es idea tuya. ¡Una buena idea!

Me dominé lo más que pude, concentré todas mis energías y di las gracias a Pilato por haber recogido mi idea de una amnistía, mientras que al mismo tiempo maldecía aquella idea que me había llevado a un conflicto sin solución. Pilato tuvo, además, palabras de agradecimiento por mi labor. ¡Qué bien que había tenido ocasión de hablarme, antes de pronunciar sentencia sobre el caso «Jesús»!

No sé cómo llegué del pretorio a casa. Bullía dentro de mí el caos. De cualquier manera que se desarrollaran los acontecimientos, sería horrible. Y, no obstante, anhelaba llegar a ese fin horrible. Un fin en el que yo estaba funestamente implicado. Un fin que yo no había querido. Y, no obstante, había dicho Pilato: «Es idea tuya. ¡Una buena idea!» Oía en mí su voz y me estremecía, como si cada palabra fuera un latigazo.

Las casas temblaban ante mis ojos. Sus oscuras puertas me miraban con hostilidad. En todas partes oía personas que susurraban con voces que brotaban de mi interior: ¡Ahí va el traidor, el que creía que iba a engañar a los romanos! Pero ahora ha caído en su trampa. ¡A él es a quien han engañado! No ha conseguido nada. Cualquiera que fuese la decisión, sentía mi parte de culpa en la muerte de aquel sobre quien recayese la suerte. Aunque yo me repetía sin cesar: Tú no los has traicionado. Tú has salido en favor de todos. Tú querías que todos fueran amnistiados. No eres culpable.

¿Era yo realmente inocente? Al comienzo de nuestra conversación, ¿Pilato habría dejado libres a ambos, a Jesús y a

Barrabás? ¿No se le había ocurrido después, durante nuestra conversación, que aquí había una alternativa?

No cabía duda: Yo era parte en que se llegara a esa decisión entre Jesús y Barrabás. ¿Tenía culpa de ella? ¡No, exclamaba a gritos, no! Todo en mí se rebelaba contra ello. Soy inocente. ¡Soy inocente! Pero, en cuanto se apagaba mi voz, se oían también en mi interior otras voces que me susurraban: ¡Eres culpable! No podía ahogarlas. Era un atormentado regreso a casa.

Una vez llegado a casa, envié a Malco para que me informara de cómo se desarrollaban las cosas. Debía situarse cerca del pretorio y comunicarme cuál había sido la decisión popular. Yo me sentía demasiado débil para presenciar los acontecimientos.

Transcurrieron horas de angustia. Finalmente llegó Malco con la noticia: Barrabás, a petición del pueblo, fue puesto en libertad e inmediatamente desapareció. A Jesús le habían crucificado en las afueras de la ciudad. Juntamente con los otros dos zelotas.

La decisión estaba tomada. Me quedé algo más tranquilo. Me sentí lo suficientemente fuerte para dirigirme a las afueras de la ciudad. Al menos, quería ver a Jesús desde lejos. En Galilea había seguido constantemente sus huellas. Pero jamás había dado con él. Ahora iba a encontrarme con Jesús: iba a encontrarme con un hombre ejecutado como malhechor. Timón y Malco me acompañaron en el camino.

Desde la muralla de la ciudad pudimos ver el lugar de la ejecución. En él se alzaban tres cruces. Tres hombres torturados y escarnecidos pendían de otras tantas cruces, con angustias y dolores de muerte. La gente susurraba: Uno de ellos está muerto ya. Los romanos le han ejecutado, porque temían que fuera el Mesías.

Miré desde lejos la cruz de la que pendía Jesús. Era la cruz del medio. A la derecha y a la izquierda de él pendían los dos zelotas condenados. ¿Serían quizás dos de los jóvenes que yo había encontrado en Arbela? ¿Tal vez los dos que nos habían conducido de la cueva a la libertad? ¿Quién sabe? Sobre ellos estaba el sol poniente. Difundía su fulgor sobre la cruz de Jesús y sobre las de los zelotas, sobre el muerto y sobre los dos moribundos. Arrojaba su luz sobre los soldados romanos y sobre los espectadores, que en parte con curiosidad y en parte con horror seguían los acontecimientos.

Estábamos a la sombra del Galileo. Sentíamos que aquellos hombres no eran delincuentes. Habíamos conocido a los zelotas.

Habíamos oído hablar a Jesús. Malco dijo: Si el sol pudiera ver y sentir como nosotros, se oscurecería de pesar. Si la tierra pudiera sentir, temblaría de cólera.

Pero el sol no se oscureció. La tierra se quedó tranquila. Era un día normal. Sólo dentro de mí había tinieblas. Sólo dentro de mí temblaban los cimientos de mi vida. Sólo dentro de mí me decía por lo bajo una voz: ¡Eres culpable! La voz se fue haciendo cada vez más intensa. Cada vez más penetrante. Perdí el vigor para resistirme a ella. Acallaba toda voz mía de protesta. Sentí vértigos. Perdí la conciencia.

Timón y Malco me llevaron a casa. Más tarde me contaron que durante tres días y tres noches había tenido fiebre, inmerso en una especie de letargo. Algunas veces había delirado, hablando de una bestia que me amenazaba. Entonces gritaba y me revolvía de un lado para otro.

Ahora, en mi estado, tenía sólo recuerdos confusos. Sin cesar pasaban por mi cabeza escenas atormentadoras. Constantemente veía ante mí a los tres crucificados. Sus dolores eran mi angustia. Cuando me quedé más tranquilo, se me fueron ocurriendo frases incoherentes, adquiriendo forma de oración. Me lamenté[7]:

Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?
¿Por qué callas?
¿Por qué estás tan lejano?
Te invoco día y noche pidiendo ayuda.
Pero eres inexorable.
Sé que nuestros antepasados fueron salvados.
Pero aun esto es en mí un recuerdo muerto.
Apenas soy todavía un ser humano.
Soy un animal, un gusano, nada.
¡Todo se burla de mí!
Todo celebra triunfo por mi derrota.
Muchos enemigos me rodean.
Me cercan.
Hocicos de bestias me amenazan.
Estoy a merced de su violencia.
Me deshago.

7. Según motivos del salmo 22. La historia de la Pasión, que se refiere en los evangelios, contiene citas y referencias a este salmo.

Mis huesos se dislocan.
Mi corazón duele,
mi garganta está reseca,
la lengua se me pega al paladar.
Estoy tendido en el polvo, como si estuviera muerto.
Rodeado por todas partes,
no veo ninguna escapatoria.
Sin embargo, tú me encargaste que viviese.
Sin ti no puedo siquiera respirar.
¡Acércate,
porque nadie me ayuda!

Estuve tres días entre la vida y la muerte. Pero, después de tres días y tres noches, estaba más tranquilo. La decisión había sido en favor de la vida. Esa decisión se había tomado sin mi colaboración. Pasaría aún mucho tiempo hasta que yo la aceptase. Durante mucho tiempo aún estuvieron desgarrándome las imágenes de los últimos acontecimientos. La imaginación me atormentaba incesantemente con todas esas imágenes. Sobre mi vida se proyectaba una sombra. Por las noches solía dar gritos, cuando agitaban mi alma perturbada pesadillas de una fatídica bestia.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Me ha dado a conocer su opinión sobre el último capítulo con palabras personales que me han afectado mucho. También usted sintió rebeldía, cuando en los años 50 se discutió el rearme de nuestro país. En aquella ocasión, usted tomó el Sermón de la montaña en su mano para fundamentar decisiones políticas. Hoy día es usted escéptico ante tales intentos. Usted comparte el escepticismo de Pilato ante los argumentos de Andrés. También usted experimentó cómo sus esperanzas eran crucificadas.

Claro que tiene usted razón: Ningún ministro de defensa puede asegurar a un atacante que no va a devolver el golpe. El ministro de hacienda no puede acumular tesoros únicamente en el cielo. El ministro de economía no debe tomar como modelo los lirios del campo y las aves del cielo. Ningún ministro de justicia podrá suprimir los tribunales. Por tanto, las exigencias del Sermón de la Montaña ¿estarán destinadas únicamente a la esfera personal? Ante el espejo de sus exigencias radicales ¿no haremos más que reconocer nuestra imperfección?

He llegado al resultado de que tales exigencias deben determinar indirectamente nuestra actuación política: Una sociedad debe instituirse de tal modo, que en ella sea posible el experimento del seguimiento radical de Cristo. Una sociedad llegará a ser humana, cuando también el que renuncie a la acusación y los procesos, no se halle perdido. Una sociedad llegará a ser humana, cuando permita ostensiblemente el amor a los enemigos. Una sociedad será humana cuando acepte a los «outsiders» que quieren vivir despreocupadamente. La acción política no puede tomar directamente como norma el Sermón de la montaña, pero debe cuidar de que se den las circunstancias para que individuos y grupos se orienten por esa norma.

Para prevenir un malentendido: No pretendo que, en la sociedad, debe haber en alguna parte un hueco apartado para el Sermón de la montaña, algo así como un «parque ético natural que goce de la protección del Estado». No, sino que la estructura de toda la sociedad debe ser tal, que permita pueda realizarse el experimento de un seguimiento

radical. Entonces los grupos que practiquen ese seguimiento podrán causar un impacto sobre la sociedad total y ser «luz del mundo» y «sal de la tierra».
Tal vez no repruebe usted por completo el sueño de su época de rebeldía.
Le saluda cordialmente su amigo y servidor:

Gerd Theissen

P.D. Hasta ahora han estado separadas la acción que sirve de marco –un producto de ficción– y la historia de Jesús. En los dos últimos capítulos, ambos elementos se entremezclan. Por eso, conviene acentuar: Todo lo que se dice sobre la puesta en libertad de Barrabás o de Jesús, es pura ficción, y no pertenece a la realidad histórica.

17

¿Quién fue culpable?

Permanecí tres días más en Jerusalén. Y como ni Metilio ni Pilato enviaron a buscarme, consideré que mi misión estaba cumplida. Me guardé muy bien de ir espontáneamente al pretorio. Tal vez, sin que nadie se diera cuenta, podría zafarme del asunto.

Me sentí contento de poder dedicarme otra vez a mis negocios normales. Y, así, viajé por el país como comerciante en cereales y aceitunas y me distraje con mis cotidianas negociaciones, compras y ventas. Pero no logré liberarme de mis tensiones internas. En mi vida había una presión paralizadora. Llenaba las horas con agotadora actividad.

Cuando me hallé de nuevo en Cesarea, asistí al culto de la sinagoga, y, para sorpresa mía, encontré allí a Metilio. Quise ocultarme. Pero él ya me había visto. Me quedé atónito al verle recitar también el *Sh*ᵉ*má*. Por lo menos, sus labios se movían, cuando recitábamos la confesión de fe de todos los judíos en un solo y único Dios verdadero[1]:

«Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Dios. Servirás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas».

Metilio escuchaba devotamente, cuando en la segunda parte del culto divino se leyó en público la Torá, un fragmento de los cinco libros de Moisés (Pentateuco), a los que siguió una lectura de un fragmento de los profetas. Y siguió también con atención

1. El *Sh*ᵉ*má* se llama así por la primera palabra de la confesión de fe judía: «Escucha, Israel» = *Sh*ᵉ*má Yisrael*. Se recita tres veces al día y tiene un lugar determinado en el culto de la sinagoga.

las breves palabras del predicador. ¿Era Metilio un «temeroso de Dios»? ¿O incluso un «prosélito»?[2]. ¿O estaba allí de espía? ¿Deseaba únicamente tener contactos con los judíos? Para mí fue inquietante que el jefe del espionaje romano participara en el culto divino de una sinagoga judía.

Después del culto divino, me saludó amistosamente. Me invitó a su casa: una invitación privada, como me dijo. Acababa de enterarse que había sido trasladado a Antioquía, a la Legio VI Ferrata, a «la Legión de hierro» y se alegraba mucho de tener ocasión de despedirse de mí.

Yo seguía desconfiando: Todo podía ser un ardid para ganarse la confianza. Como es lógico, todos se inclinaban a contar más cosas de las que debieran a un oficial que, dentro de poco, no va a estar ya en el país. Me propuse ser prudente, pero acepté de buena gana su invitación, entre otras cosas, con la esperanza de saber algo más concreto sobre las razones que habían conducido a la condena de Jesús.

La casa de Metilio no quedaba lejos del puerto de Cesarea, mandado construir por Herodes. Teníamos una vista maravillosa de la ciudad y del mar[3]. La entrada en el puerto era por el Norte, ya que el viento norte era el más agradable del lugar. En la entrada en el puerto había de cada lado tres estatuas de tamaño sobrehumano, que se alzaban sobre columnas. Las casas colindantes con el puerto eran de piedra blanca, y las calles de la ciudad iban a parar al puerto, y estaban trazadas a igual distancia unas de otras. Frente a la entrada del puerto, sobre una colina, se hallaba un templo dedicado al emperador: un templo que se señalaba por su hermosura y grandiosidad. En él había una ingente estatua del emperador Augusto, que no desdecía en nada de su modelo, el Zeus de Olimpia, y otra estatua de la diosa de Roma. Como Herodes había edificado la ciudad en honor del emperador, la llamó Cesarea.

2. Precisamente algunas personas de las clases cultas que simpatizaban con el judaísmo, permanecían como «temerosos de Dios» sin pasar plenamente al judaísmo, es decir, sin hacerse circuncidar Uno de esos temerosos de Dios que simpatizan con el judaísmo fue, por ejemplo, el centurión Cornelio de Cesarea (Hech 10,1ss).

3. La siguiente descripción de Cesarea sigue estrechamente a Josefo *bell* 1,413s = I,21,7

La perspectiva era hermosa. Cesarea, en conjunto, era una ciudad muy bonita. Tenía anfiteatro, teatro y plazas para el mercado. En ella los romanos se sentían como en casa.

Metilio ordenó a un esclavo que trajera frutas. Comíamos mientras conversábamos. Pregunté:

–¿Asistes a nuestros cultos de la sinagoga?

–¿Por qué no? He aprendido entretanto hebreo y arameo.

–¿Lo haces para conocer nuestra religión, en cierto modo como estudioso?

Cogí un dátil. Su sabor era agradablemente dulce. Metilio asintió con la cabeza.

–Así comenzó todo. Por mi profesión debía ocuparme de vuestra fe. He leído las Sagradas Escrituras. Algunas cosas me han llegado mucho al alma. Sobre todo, la fe en un solo Dios. Esa fe no nos es desconocida. Uno de nuestros filósofos me citó a un griego llamado Jenófanes, que vivió durante el reinado de los etruscos sobre Roma. Por lo visto, Jenófanes dijo ya: «No hay más que un solo Dios, el mayor entre los dioses y los hombres y que no se parece a los mortales ni en la figura ni en los pensamientos»[4]. Vuestras Escrituras son más radicales aún. Y, así, leí en la primera mitad del libro de Isaías un oráculo de vuestro Dios, que dice: Yo soy el Señor, y no hay otro, no hay ningún Dios fuera de mí[5]. Jenófanes, a pesar de todo, seguía hablando de dioses.

–¿Quieres hacerte judío? –le pregunté de manera provocadora.

–No precisamente –respondió. –En ese caso sería difícil que siguiera ejerciendo mi profesión militar. ¿Cómo iba a observar el sábado, si la tropa estaba de servicio en ese día? ¿Cómo me iba a sustraer de los sacrificios?[6]. De vez en cuando visitaré vuestras sinagogas y tomaré únicamente de vosotros lo que vea claramente: la fe en un solo Dios verdadero. Pero tengo también algunas dificultades–. Vaciló y prosiguió:– ¿Puedo preguntarte

4. Jenófanes, *Fragmento* n 23 Jenófanes vivió aproximadamente en los años 570-475 / 470 a C Es uno de los llamados «presocráticos»

5. Isaías 45,5. Los capítulos 40-55 del libro de Isaías no fueron escritos por Isaías sino por un profeta desconocido que vivió en el destierro babilónico (Déuteroisaías = segundo Isaías) Este profeta es el primero en formular de manera inequívoca la fe en la existencia de un solo Dios verdadero

6 Por esta razón los judíos estaban exentos de prestar servicio militar en las guerras

algo? Quizás pronto no tenga ya a nadie con quien pueda conversar sobre vuestra religión.

–¡Claro que sí! –dije y añadí sonriendo: –Pero yo no soy tu interlocutor más adecuado. No tengo estudios de teología y procedo de una familia que oculta en casa un ídolo.

–No importa –me tranquilizó Metilio. –Quizás por eso comprendas mejor mi problema. He aprendido por la filosofía estoica que todas las cosas están impregnadas por la razón divina. Esta se siente en todas partes: en el orden de la naturaleza, en el retorno del día y de la noche, en las órbitas de los astros. Los estoicos a esa razón la llamamos Dios. Es un Dios a quien se puede experimentar. Pero vosotros decís que Dios creó una vez el mundo de la nada. ¿Cómo puede creerse eso? ¡Nadie estuvo presente el día de la creación! ¡Nadie puede atestiguarla como atestigua la presencia de la razón en todas partes!

–En todo instante eres tú testigo de la creación: Tan universalmente experimentable como la razón en las cosas es también que esas cosas han sido creadas de la nada.

–No lo entiendo.

–Precisamente es difícil de describir porque está tan cerca: tanto, tanto, que no se puede ya percibir. Porque es algo que abarca a uno mismo. Al propio ver, percibir, pensar, a la propia existencia.

–Sigo sin entender nada.

–En todo instante hay un tránsito del ser a la nada. Cada instante transcurre, aun antes de que lo hayamos registrado por completo. Ahora es. Pero, en cuanto lo he observado, ya no es.

–Pero era una vez.

–Lo que era, ya no es. Ha pasado definitivamente. Todo se hunde en la nada. Nuestros antepasados, que una vez fueron, ya no son. Nosotros pasaremos. Incluso las montañas no serán ya alguna vez.

–Pero la creación sería el proceso inverso: el tránsito del no-ser al ser.

–También de eso eres testigo en cada instante: El instante futuro no es todavía. Nosotros mismos no somos todavía lo que seremos. En cada instante sucede un tránsito del no-ser al ser. Eso queremos decir, cuando afirmamos: Dios crea de la nada todos los instantes. Y Dios conserva cada instante hasta que vuelve a hundirse de nuevo en la nada.

–Eso suena como si las cosas pudieran transformarse en cada instante. Pero las cosas siguen siendo las mismas. Y precisamente en eso se manifiesta, según la filosofía estoica, la razón divina: en todo lo que está regularizado, ordenado, en todo lo que sigue las leyes y permanece.

–Según nuestra fe, Dios creó también el orden del mundo. Y lo vuelve a crear en cada instante. Dios no permite que el orden se hunda en el caos.

–Pero ¿podría él en cada instante cambiar algo?

–Podría. Nosotros no creemos que el orden del mundo sea ya definitivo. En él se manifiesta la razón de Dios. Pero esa razón tiene que realizarse incesantemente de nuevo en todo el mundo. Nos señala hacia algo que está más allá del estado actual.

Metilio suspiró hondamente. Se inclinó sobre la mesa junto a la cual estabamos recostados y cogió un racimo de uvas moradas. Después de un silencio dijo: –En estas cuestiones siento a veces un terrible vértigo. Entiendo perfectamente a la gente que dice: Todo eso son especulaciones abstractas, sin sentido para la vida.

Yo le contradije: –Tiene mucho sentido para nuestra vida. Un estoico dirá: En este mundo tengo la misión de vivir en armonía con la naturaleza. Esto quiere decir: En armonía con el orden divino y eterno, que se manifiesta en la naturaleza. El acepta el mundo tal como es. Pero nosotros no creemos en un orden eterno. En cada instante es creado de nuevo ese orden. En cada instante es arrancado del caos y de la nada. Nosotros creemos en la misión de vivir en armonía con el Dios verdadero, cuya creación tiende hacia un orden nuevo.

–Por eso sois tan rebeldes: El Dios que lo crea todo de la nada, puede hacer también que los perdedores sean ganadores, y que los desterrados sean conquistadores.

–Si, así es. En un himno cantamos:

El derribó a los poderosos de su trono,
y elevó a los humildes.
Colmó de bienes a los hambrientos
y despidió a los ricos con las manos vacías[7].

–¿Comprendes tú que un oficial romano tenga sus dificultades con ese Dios? Y, no obstante, hay algo que me atrae. No sé qué es. Desearía ir en su seguimiento, incluso en otro país distinto.

7. Del llamado «Magnificat» o «Cántico de María» (Lc 1,52-53).

–¿Te gustaría más quedarte en Palestina?

–He cogido cariño a este país. Es una paradoja, pero así es. Cuando uno coge simpatía a la fe judía, tiene que marcharse de aquí.

Guardé silencio.

–Como soldado vivo en un ambiente hostil a los judíos. Nuestros soldados no son romanos. Son sirios y griegos de Palestina. Aborrecen a los judíos. Si pudiera darle un consejo al emperador, le diría: A esos soldados debería trasladarlos a otras partes y traer aquí soldados romanos[8].

–¿Pero no hay también entre ellos muchos antisemitas?

–Sí, es cierto. Pero aquí es ya tradición bien asentada. He tratado de que me explicaran a qué se debe ese antisemitismo. Los últimos reyes independientes de los judíos, los reyes asmoneos, sometieron y esclavizaron a las ciudades sirias y griegas circundantes. Desde entonces, esas ciudades y sus habitantes no temen a nada más que a un reino judío poderoso. Son especialmente desconfiados con todos los reyes judíos.

–¡Pero ya no hay reyes judíos!

–No directamente, pero hay personas que afirman que ellas son el esperado rey judío, o que esperan que otros se manifiesten como reyes o mesías, como ese Jesús a quien hemos ejecutado hace poco.

–¿Y tales pretendientes al trono son odiados por los soldados?

–¡Y hasta qué punto! ¡Qué no hicieron nuestros soldados para escarnecer a ese Jesús! Después de estar ya condenado y desfigurado por las torturas, convocaron a toda la cohorte y pusieron a Jesús una vestidura de púrpura, tejieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. Después comenzaron a saludarle: ¡Salud a ti, rey de los judíos! Y golpeaban con una caña su cabeza, le escupían, se arrodillaban ante él y le hacían reverencias[9]. Se mofaban de aquel pobre hombre. En esas crueldades se expresaba todo su odio a los judíos.

8. Las mismas cohortes que habían intervenido en la ejecución de Jesús, manifestaron abiertamente más tarde su odio a los reyes judíos en la muerte del rey judío Argripa I (44 de nuestra era): Arrastraron a un burdel imágenes de las hijas del rey y celebraron públicamente, en Cesarea, la muerte de Agripa. El emperador Claudio pensó entonces seriamente en trasladar de allí a las cohortes (véase Josefo *ant* 19,356-359.364-366 = XIX,9,1s).

9. Mc 15, 16-20.

–¿Y por qué vosotros, los oficiales, no intervenisteis?

–No todos piensan lo mismo que yo. Pilato mismo no tiene mucha simpatía por los judíos. Y el hombre fuerte en Roma, Seyano, es, según dicen, un enemigo decidido de los judíos.

–Pero entonces el odio contra los judíos fue culpable de la ejecución de Jesús –exclamé.

–También lo fue. Pero en este punto se juntaron muchas razones –opinó Metilio–, razones sobre las que tú, seguramente, sabes más que yo.

Volví a sentir desconfianza: ¿Quería Metilio sonsacarme cosas sobre Jesús? Los romanos tenían que estar interesados en recoger informaciones sobre el movimiento suscitado por Jesús. Ese movimiento podía quizás reavivarse o encontrar seguidores.

Sin embargo, Metilio prosiguió: –¿Por qué el pueblo de Jerusalén se decidió en favor de Barrabás, y no de Jesús?

Me encogí de hombros. En realidad no lo sabía. Metilio dijo:

–Entretanto me he enterado de más cosas acerca de aquel curioso incidente del Templo. Jesús expresó un oráculo sobre el Templo: «Esta casa hecha con la mano será destruida y se erigirá otra, no construida con la mano»[10]. La expulsión del Templo de algunos cambistas de dinero y de algunos vendedores de animales para los sacrificios debía ser una ilustración de esa profecía. Pero con tales oráculos y provocaciones Jesús no se creó amigos en Jerusalén. Casi toda la ciudad vive de la santidad del Templo. Todos los sacerdotes y principales sacerdotes, que se benefician de las ofrendas que se hacen al Templo. Todos los artesanos del Templo, que trabajan en su reparación y construcción. Todos los que tienen posadas en las que se hospedaban los numerosos visitantes. Todos los que trafican con animales para los sacrificios, hasta los curtidores que trabajan los cueros de los animales sacrificados. El que atenta contra la santidad del Templo, está minando el fundamento económico de esos artesanos y de sus familias que viven en Jerusalén. Pilato lo experimentó amargamente, cuando quiso introducir en Jerusalén imágenes del emperador y le propuso emplear dinero de las arcas del Templo para fines profanos.

A mí se me ocurrió también que las enseñanzas de Jesús sobre lo puro y lo impuro causaron inquietud en muchos: Si no existían

10. Mc 14,58.

ya alimentos puros, objetos puros, mercancías puras, entonces se podía comprar de todo tanto a los gentiles como a los judíos. Pensé en nuestro lucrativo negocio con aceite de oliva «puro» en las comunidades de la diáspora de las ciudades sirias. Pero orienté la conversación hacia otro punto:

–El Consejo Supremo de los judíos, el Sinedrio, entregó a Jesús. ¿No le pudieron soltar, sencillamente? ¿Por qué lo hicieron?

Metilio opinó que también sobre este particular había sólo sospechas: –Con toda seguridad, muchos miembros del Sinedrio se benefician del Templo. Todos los principales sacerdotes viven del diezmo y de otras ofrendas que se hacen al Templo, tal como se halla prescrito en la Ley. Por eso, estaban interesados en la santidad inviolable del Templo y de la ley. Pero Jesús adoptó una actitud crítica ante el Templo y no se atuvo a todos los preceptos de la ley. ¿No debían temer que se disolviera la ley y con ella la base de su existencia?

–Pero Jesús fue ejecutado por razones políticas, como pretendido Mesías.

Metilio lo confirmó: –Sí, es cierto. El oráculo contra el Templo y la postura de Jesús en cuestiones religiosas no desempeñaron ningún papel ante Pilato. Pilato condenó a Jesús como pretendiente al trono judío y como persona que, en calidad de tal, constituía un peligro para el dominio romano. ¡Esa fue la razón decisiva!

–¿Y con esta acusación le entregó el Consejo Supremo judío en poder de los romanos? ¿Por qué lo hizo?

–Los motivos del Consejo Supremo son clarísimos: El Consejo, lo mismo que toda entidad política, se halla interesada en conservar el poder. Sabe que ese poder es limitado. Ante nosotros, los romanos, justifica su existencia únicamente porque mejora la paz y la tranquilidad en el país: mucho mejor que si nosotros nos encargáramos de todo. Por consiguiente, el Consejo tiene que evitar a toda costa que se produzcan alborotos. Eso es lo que le interesa decisivamente. Pues los romanos intervendrían inmediatamente, en cuanto la situación no estuviera ya bajo control. Si es necesario, suprimiríamos el Consejo Supremo[11].

11. En este punto, el evangelio de Juan juzga con asombroso realismo: El Sinedrio procede contra Jesús con el siguiente argumento: «Si le dejamos seguir así, todos creerán en él, y los romanos vendrán y destruirán nuestro Lugar santo y nuestra nación» (Jn 11,48).

–¿Pero era justificado ese temor, en el caso de Jesús? ¿Era Jesús, realmente, un agitador?

–Tal vez, Jesús era completamente inocuo. Pero su movimiento hubiera conducido fácilmente a alborotos. Personas que habían afluido con él a Jerusalén para la celebración de la Pascua, le aclamaron como Mesías[12]. Jesús molestó en el atrio del Templo a los comerciantes. El despertó la esperanza de que ahora tenía que ocurrir algo decisivo. Iba a llegar el reino de Dios. ¡La situación era tensa!

–¿Acaso no se le consideraba como persona no peligrosa?

–En efecto él no era peligroso. Peligrosa era la gran multitud que había acudido a la celebración de la Pascua. Nosotros tenemos nuestras experiencias. Por reunirse tan gran multitud, en los días de la Fiesta viene el prefecto con una cohorte para reforzar a los soldados que están de servicio permanente en la ciudad. ¿No sabes la historia de aquel pedorro que casi desencadena una guerra?[13].

Moví negativamente la cabeza. Metilio contó: –Cuando se reunió una vez la multitud para celebrar en Jerusalén la fiesta de los panes ázimos y la cohorte romana había ocupado posiciones en el techo del peristilo y en el santuario (como te dije, en las grandes festividades, los soldados, con todos sus pertrechos, vigilan la muchedumbre congregada, para que no se inicie una revuelta), se alzó un soldado, levantó significativamente su ropa y volvió el trasero indecorosamente a los judíos; al mismo tiempo, dejó escapar una ventosidad. El pueblo se encolerizó vivamente y exigió a gritos al prefecto que castigara al soldado. Algunos jóvenes, poco dados a refrenarse, y otros del pueblo, que tenían ganas de insurrección, pasaron a la acción, cogieron piedras y comenzaron a lanzarlas a los soldados. El prefecto temió entonces que todo el pueblo atacara; hizo que vinieran más soldados bien pertrechados. Cuando éstos se esparcieron por las galerías porticadas, los judíos sintieron un miedo irresistible; se dieron la vuelta e intentaron salir del santuario y huir a la ciudad. La violencia del gentío que se acumuló en las salidas fue tan grande, que se pisoteaban unos a otros, habiendo 3000 muertos.

12. Véase Mc 11,1ss.

13. El siguiente incidente –expuesto según el relato de Josefo *bell* 2,224-227 = II,12,1– sucedió en tiempo del procurador Cumano (48-52 de nuestra era).

Una cosa así puede ocurrir siempre en las fiestas. La gente está excitada. Su arrogancia es tenida a raya, sí, por los soldados. Pero la presencia de soldados excita a la gente mucho más. Sobre todo, cuando los soldados realizan provocaciones antisemitas. Por eso, creo yo que el emperador debía retirar esos soldados y sustituirlos por genuinos soldados romanos. Tales provocaciones innecesarias, como la de ese pedorro, serían más raras.

–Pero Jesús no provocó a la gente de esa manera.

–Las alteraciones, cuando Jesús se enfrentó con los que vendían animales para los sacrificios y con los cambistas de dinero, fueron una provocación, de índole, claro está, muy distinta. Pero si por un pedorro estalla casi una guerra, ¡qué puede surgir de una provocación dirigida contra los que comercian en el atrio del Templo! Por eso, el Consejo Supremo de los judíos, el Sinedrio, actuó rectamente al entregar a Jesús.

–¿Le detuvieron a continuación inmediata de sus alteraciones del orden en el atrio del Templo?

–No, eso no habría sido prudente. Eso habría conducido a verdaderos alborotos. En efecto, nosotros sabíamos perfectamente: Jesús, en sí, era completamente inocuo. Pero cuando hay una multitud excitada, las consecuencias pueden ser imprevisibles. Por eso, el Sinedrio le detuvo en medio de la noche y de la niebla, cuando él estaba solo, en compañía únicamente de sus seguidores más allegados.

–¿Cómo se supo dónde se encontraba Jesús?

–Uno de sus seguidores le traicionó por dinero.

Pregunté a Metilio: –¿Crees que Jesús es culpable? ¿Es justo que se le haya dado muerte?

Metilio vaciló: –Yo creo que él era inocente. Tal vez, había ocasionado dificultades. Pero eso no es un delito.

–¿Y quién es culpable, en opinión tuya, de la muerte de Jesús?

Otra vez se quedó Metilio pensativo durante bastante tiempo: –Es un error buscar culpables. Tal vez sea un error hablar incluso de culpa. La muerte de Jesús tuvo muchas causas. Una de ellas son las tensiones entre sirios y judíos. Sin el antisemitismo de las cohortes romanas e incluso del prefecto, las cosas habrían transcurrido de manera muy distinta. Otra de las causas son las tensiones entre judíos y romanos. Sin el miedo de los romanos a los alborotos mesiánicos, no se hubiera detenido a Jesús. Otra causa más son las tensiones entre los habitantes de la ciudad y

los habitantes del campo: Tal vez el pueblo de Jerusalén hubiera pedido que se dejara libre al otro, si no hubieran desconfiado tanto de los profetas venidos del campo que atentan contra su santo Templo. Pero otra de las causas son las tensiones entre la aristocracia y el pueblo sencillo: La aristocracia quiere mantener su poder. Por eso, entrega a los romanos las personas sospechosas de provocar alborotos. Y quiere dominar a los judíos. Por lo mismo, la aristocracia vela recelosamente sobre la ley que sirve de fundamento a sus ingresos y a su poder. Todas estas causas vienen a confluir: Jesús se ve aprisionado entre muchas ruedas. Fue lacerado por las tensiones que hacen sufrir a todo el pueblo.

–¿Pero no tiene Pilato la responsabilidad principal? ¿No es él el culpable?

–Si se busca a un culpable concreto, entonces lo es Pilato. El dictó la sentencia. El es el responsable, en sentido jurídico.

–¿Por qué le condenó? ¿Por qué no le dejó escapar como se hace con un iluso?[14].

–Creo que Pilato tenía miedo de que todas esas tensiones y conflictos acabaran con él. Prefirió hacer morir a Jesús, para sobrevivir él.

–¿Crees tú que logrará lo que se propuso? ¿Crees que seguirá gobernando sin preocupaciones?

Metilio se encogió de hombros: –En este país son posibles muchas cosas. ¡Cuántas veces he tenido que modificar mi valoración de una situación! ¡Cuánto he tenido que ir aprendiendo! No me atrevo ya a hacer predicciones. Ni siquiera estoy seguro de que la cuestión de Jesús pueda darse por terminada.

–¿Pues qué va a pasar, si él está ya muerto?

–Tiene seguidores. También después de la muerte de Juan Bautista se pensó: Ahora ha quedado la cosa despachada. Pero después apareció Jesús.

14 A un loco los romanos, indudablemente, le hubieran soltado y dejado escapar En el año 62 de nuestra era, un profeta oriundo del campo y llamado Jesús, hijo de Ananías, causó mucho revuelo con sus profecías de destrucción contra Jerusalén, el templo y el pueblo La aristocracia judía le prendió, le sometió a interrogatorio y le entregó a los romanos Sin embargo, el procurador llegó a la conclusión de que el profeta no era más que un demente y le soltó y le dejó escapar (Jos. *bell* 6,300-309 = VI,5,3) No puede pasarse por alto el paralelo con el «caso Jesús de Nazaret» También Jesús causó revuelo con una profecía crítica contra el Templo. También él era oriundo del campo, no de la ciudad También en el caso de Jesús el proceso pasó por dos jurisdicciones

–¿Sabes algo sobre los partidarios y seguidores de Jesús?

–Se han congregado en Jerusalén. Creen que Jesús no está muerto. Pretenden haberle visto vivo en visiones.

–Después de la muerte del Bautista, dijeron también algunos: Jesús es el Bautista resucitado de entre los muertos.

–Entonces la tragedia comenzaría otra vez desde el principio. Pero esos seguidores de Jesús no creen que él haya vuelto a la vida, sino a Dios. Dios, dicen, le levantó de entre los muertos.

–Pero eso es absurdo.

–¿Por qué? No es más absurdo que la fe en Dios que en todo instante crea el mundo de la nada. Te confesaré: Al preguntarte sobre la creación de la nada, tenía ya en el fondo de mi mente la cuestión acerca de Jesús. ¿Puede suceder algo así: volver a crear a un ser humano y hacerle salir de la muerte? ¿Se da actualmente la creación? Pero tal vez todas estas ideas nos conduzcan demasiado lejos. Tal vez se trate únicamente de una reacción de testarudez de los discípulos, que no pueden aceptar la muerte de su Maestro. O de alguna otra cosa.

La conversación con Metilio produjo en mí un resultado positivo: Espero que, con el traslado de Metilio, no recibiré ya de los romanos más misiones. En algún momento destituirán también a Pilato. Quizás pronto, si no logra afirmarse en los pequeños y en los grandes conflictos. Y entonces seré definitivamente libre.

Muy estimado Sr. Kratzinger:

El último capítulo contiene, según el parecer de usted, secciones muy diversas: Por un lado, un sobrio análisis de los posibles factores que condujeron a la ejecución de Jesús; por otro lado, una interpretación de la fe pascual mediante la idea de la «creación de la nada». Tiene usted razón: con todo ello no sólo pretendo exponer una fe del pasado sino además interpretar esa fe para el presente.
Claro que la idea de una creación de la nada puede ya atestiguarse a partir del siglo II a.C. Aparece por primera vez en 2 Mac 7,28. Filón está familiarizado con ella. Pablo la da por supuesta (Rom 4,17); más aún, en 2 Cor 5,17, él interpreta verosímilmente su «aparición» ante las puertas de Damasco con imágenes tomadas de la fe en la creación.
Concedo de buena gana que yo no habría podido escribir esas secciones sobre la creación y la resurrección, sin tener conocimiento de la «teología de la creación», de origen danés. En esa teología aprendí que la existencia y la no-existencia, la creación y la aniquilación en el tiempo se hallan presentes en todo momento. Giramos aquí en torno al mismo misterio que preocupa a todos los teólogos y filósofos, que piensan en torno a la cuestión: ¿Por qué hay algo y no nada? Este misterio lo encontramos en la fe pascual.
Mi «exégesis narrativa» desemboca aquí en «hermenéutica narrativa». Esto quiere decir: no me interesa la significación que una vez se ha atribuido a la fe pascual, sino la significación que hoy podemos extraer de ella.
Le saluda cordialmente su amigo y servidor:

Gerd Theissen

18

El sueño del Hombre

En la conversación con Metilio me di cuenta de una cosa: Cada grupo y cada individuo procura afirmarse a costa de otros. Todos aprenden que hay que tener consideración con los débiles. Pero en los conflictos estamos dispuestos a sacrificar a otros en favor nuestro. Y lo hacemos por miedo de perecer nosotros mismos.

De esta opinión fue el Consejo Supremo: Era preferible que un hombre muriera a que todo el pueblo perdiera su independencia. Sacrificaron a un solo hombre en interés de la colectividad[1].

Pilato actuaba según la misma consigna: Es mejor que muera otro que no que él vea amenazado su propio poder. Tenía miedo de que, si no daba muerte a Jesús, no pudiera controlar el próximo movimiento mesiánico.

El pueblo no pensaba de manera distinta: Para conservar sus propios intereses, exigió la crucifixión de Jesús. Temía la ruina económica, si el Templo y la ciudad no se consideraban ya como lugares santos a los que afluían peregrinos de todo el mundo.

También Barrabás había sacado provecho de esa ley. Otro había muerto en su lugar.

Y, así, veía que todos estaban involucrados en el afán de asegurar la propia supervivencia, a costa de los marginados y condenados.

Desde luego, en ese drama cruel me había correspondido a mí un papel secundario. Pero el carácter secundario de mi papel descargaba poco mi conciencia. ¿No éramos todos animales sal-

1. Véase Jn 11,47-50.

vajes que vivíamos a costa de nuestros semejantes más débiles? Más aún, ¿no continuábamos entre nosotros esa ley del devorar o ser devorados, que en la naturaleza observábamos casi siempre entre especies diferentes? Cada uno vive reprimiendo a otros. Nadie puede sustraerse a esta ley. ¡Aunque se me demostrara mil veces que Dios instituyó el mundo de esta manera, jamás me haría yo a este hecho!

Sentí asco de haber participado en el drama y aborrecimiento de seguir participando en él. No veía escapatoria, a no ser que se cambiase el orden fundamental del universo. Hace un poco hablaba con Metilio de ese orden. Pero ahora su idea me parecía absurda. ¿Quién iba a llevar a cabo ese cambio? ¿Nosotros los hombres íbamos a enmendar la plana a la creación? ¿Habría que esperar de Dios que él hiciera una nueva creación?

Me había retirado a nuestra casa. Mis pensamientos se entenebrecían. Cavilaba sin resultado alguno.

Me hallaba en este estado de ánimo, cuando al atardecer tuve visita: Baruc se hallaba ante mi puerta. No nos habíamos visto desde hacía casi medio año. Llegó en el momento oportuno. Mi actividad en favor de los romanos había tenido, al menos, un resultado bueno: ¡Había recuperado a Baruc para la vida! Le había encontrado como una ruina humana. Ahora se hallaba ante mí sano. Esta vez era yo el desorientado, confundido y extraviado.

Nos acomodamos en el aposento de arriba. Había oscurecido. Una lamparita de aceite nos daba luz. Baruc me contó: Me había buscado en Séforis, y luego me había seguido en mis viajes. De casa me había traído una carta sellada que allí habían entregado para mí unos forasteros. Tenían todos los bienes en común. Los hambrientos eran saciados; los tristes, consolados. Los hombres y las mujeres, los libres y los esclavos tenían los mismos derechos[2].

¿Había vuelto a caer Baruc en las redes de una secta? ¿También en ese aspecto había yo fracasado? Pero sólo escuchaba a medias. Otra cosa bien distinta absorbía mi intención. Creí conocer la caligrafía del exterior de la carta. ¿Era una carta de Barrabás? Con gran excitación rompí el sello.

2. Véase las presentaciones que se hacen de la comunidad primitiva en Hech 2,42-47; 4,32-37 y Hech 1-6.

Baruc seguía hablando. Me contaba cosas y más cosas. Me hablaba de las comidas que celebraban en común. De gozo y amor. Del Espíritu de Dios. De milagros. De curaciones. Presté atención, cuando dijo:

–Nuestra comunidad tiene su origen en Jesús de Nazaret, por quien tú antes te interesaste.

Protesté: –¡Jesús está muerto! Ha fracasado como muchos otros profetas.

–¡No! ¡No está muerto! Fue visto después de su muerte, en forma transfigurada[3]. No había quien frenase la locuacidad de Baruc.

Había recuperado una vez a Baruc para la vida, pero no para la vida de comerciante. Yo no podía darle lo que él había buscado en la comunidad del desierto: cobijo en el seno de una comunidad que se había sustraído de la maldad de este mundo. Y ahora Baruc había encontrado lo que buscaba.

Propiamente debiera haberme alegrado de su entusiasmo. ¿No era un contraste con su conducta autodestructora en el desierto? ¿O era una recaída en aquel sueño de una vida completamente distinta, que él había soñado como esenio? Pero lo único que lograba Baruc con sus palabras era que yo me hiciera más consciente de mi propia sensibilidad herida. Todo lo que tenía que ver con Jesús, abría en mí heridas y causaba dolores. Todo eso me recordaba únicamente que, con las mejores intenciones, puede uno verse involucrado en relaciones funestas. Baruc no podía presentir lo que estaba pasando en mi interior.

¿Tal vez habría encontrado Barrabás una salida? ¡Tal vez a él le había recuperado para la vida! Sin preocuparme de la locuacidad de Baruc, leí la carta:

Barrabás desea a Andrés

Shalom!

Quema esta carta, en cuanto la hayas leído. ¡Que nadie te la encuentre! Nadie debe saber lo que en ella te digo. Te escribo principalmente para

3. La tradición más antigua sobre las apariciones figura en 1 Cor 15,3-7. Pablo cita allí una tradición que le fue trasmitida. A los testigos que allí se mencionan –Pedro y Santiago–, los conoció él personalmente tres años después de su conversión, es decir, en los años treinta. No puede haber duda sobre la autenticidad subjetiva de las tradiciones sobre las apariciones.

agradecerte. He oído lo mucho que has hecho por mí. He escapado de la muerte por un pelo. El precio fue muy alto. Otro murió en mi lugar. Dos de mis amigos fueron crucificados con él. Desde entonces me pregunto: ¿Por qué les tocó a los otros? ¿Por qué a Jesús? ¿Por qué no a mí?
Sé que Jesús tiene tus simpatías. Tú defendiste su forma apacible de rebelión y rechazaste mi ideal de resistencia. Ahora estoy indisolublemente unido con él. Pienso incesantemente qué significa eso para mí.
Si él ha muerto en mi lugar, entonces yo estoy obligado a vivir para él. Tú dirías probablemente que estoy obligado a seguir su camino. Pero yo he llegado a otro resultado distinto. Nuestros dos caminos son opuestos y, no obstante, se hacen referencia el uno al otro.
La rebelión apacible de Jesús será tomada en serio por los poderosos, únicamente si saben que la alternativa sería la rebelión violenta que encierra riesgos imprevisibles. Sólo en tal ocasión tienen las personas como Jesús una oportunidad. Sólo teniéndonos a nosotros como trasfondo, pesa lo que ellos digan.
Pero también se nos aplica a nosotros: Nuestro camino duro tendrá una oportunidad, sólo cuando el otro camino sea viable. Nosotros podemos trastornar el orden establecido, pero con nuestros métodos no podemos crear un orden nuevo. Corremos peligro de ser atrapados por las consecuencias de nuestros actos de violencia: la violencia engendra más violencia. Una vez que hayamos logrado imponernos, tendremos que echar mano del perdón y la reconciliación.
Tenemos que andar nuestros caminos pensando los unos en los otros. Nuestros caminos son diferentes y a menudo opuestos. Sé que Jesús no aprobaría nuestro camino. Pero, no obstante, dependemos los unos de los otros. El camino de Jesús se halla en peligro de perder de vista cuál es nuestra meta.
Al final nuestros caminos convergerán: más aún, ya se han unido. Con Jesús fueron crucificados dos de mis amigos. Son ya cosa de él. Jesús murió como «Rey de los judíos», y nuestra gente murió como personas de su séquito[4]. Reconozco que Jesús es superior. Pero él nos necesita a nosotros. El necesita nuestro trabajo sucio. El necesita a los de su séquito. En la muerte estuvimos al lado de Jesús, cuando estaba abandonado por sus discípulos. Si caigo otra vez en poder de los romanos y sufro el destino que sufrió Jesús, estaré unido con él.
¡Dios sea misericordioso con todos nosotros!
Tu amigo:
Barrabás

Mientras yo leía, Baruc había seguido hablando. Mi atención estaba dividida. La voz del lejano Barrabás me llegaba de más cerca. La voz de Baruc, de más lejos. Y, sin embargo, esta voz

4. Con Jesús fueron crucificados dos «ladrones» (Mc 15,26s).

era importante para mí. Pues sin la presencia de este hombre, yo me habría entregado a una impotente desesperación. Me di cuenta en seguida: Barrabás terminaría lo mismo que Jesús. Ni su camino ni el camino de Jesús eran viables. También mis ideas eran ilusiones. Había soñado en reformas. Para ello había que tener poder. Y el poder estaba en manos de los romanos. Mientras ellos estuvieran persuadidos de que con tropas podían ahogar todo descontento, no tenían interés alguno en que las circunstancias mejorasen. Nada era posible. Todo era absurdo. No se podía hacer cosa alguna.

Por suerte, en ese instante yo podía hacer algo, por lo menos: quemar la carta. Mantuve la hoja de papiro sobre la llama de la lámpara. El fuego lamía la hoja hacia arriba. Un resplandor inquietante se esparció por la habitación. El rostro asustado de Baruc se proyectaba en una sombra que se agitó por poco tiempo. Por primera vez se dio cuenta de que mis pensamientos estaban lejos de él.

–¿Qué estás haciendo? –me preguntó consternado.

–Quemo esta carta. En mí llameaba el asco y la repugnancia y trasformaban en cenizas toda la fe. Me sobrevino el placer de destruirlo todo.

–Baruc –dije: –Algunas veces hay que quemar una carta y, con ella, la propia fe.

–¿Qué quieres decir?

¡Qué lejos estábamos el uno del otro con nuestros pensamientos! Dudaba de que, aquella tarde, el diálogo pudiera acercarnos.

–Baruc –dije: –No olvides por qué te expulsaron los esenios. Descubriste que era una ilusión el rumor de sus tesoros. Te diste cuenta de que ese rumor servía para que las personas se entregaran a la comunidad y renunciaran a sus bienes. ¿No ves que los seguidores de Jesús abrigan ilusiones parecidas?

–Ninguno de nosotros afirma que posee tesoros escondidos.

–Pero, en cambio, hablan de un tesoro en el cielo. Creen en un muerto que en el cielo ha recibido el poder en favor de ellos. Sin esa fe no moverían a nadie a entregar voluntariamente todos sus bienes para la comunidad.

–Un viviente ha recibido para nosotros todo poder en el cielo y en la tierra. Ahora bien, si Dios puede vivificar a un muerto,

¿no podrá llenar también con espíritu vivo nuestros corazones y capacitarnos para cosas que nadie ha considerado posibles?

–¿En qué está la diferencia entre tesoros ocultos en la tierra y un mediador y representante oculto en el cielo? ¡Ambas cosas son incontrolables! ¡Ambas podrían ser ilusión! Todo grupo necesita precisamente unas cuantas mentiras para vivir, para mantenerse unidos, tanto los esenios como vosotros.

–Tú dejas de ver una diferencia: Ninguno de los esenios vio los tesoros. Pero Jesús fue visto por muchos. Muchos hallaron verdad en las palabras de Jesús. A muchos se les apareció él después de su muerte.

–¿Y si esas apariciones fueran imaginaciones y alucionaciones?

–¿Por qué no iba Dios a utilizar imaginaciones y alucionaciones para hacernos llegar un mensaje?

–¿Qué mensaje?

–Que Dios se pone de nuevo del lado de Jesús, incluso después de su muerte.

–¿No sería más acertado decir que los discípulos se han puesto de nuevo del lado de Jesús?

–¡El Espíritu de Dios les impulsó a ello!

–¿En qué reconoces tú en todo eso el Espíritu de Dios?

–Porque Dios ha actuado siempre así con nosotros. Dios escogió siempre a los débiles y a los marginados. Exactamente igual que ha escogido ahora al Crucificado.

–Dudo de que ese Espíritu de Dios se haya posesionado jamás de un grupo de personas. Cada grupo necesita sacrificios y marginados. Con mis preguntas escépticas ¿no me arrojaríais al desierto, exactamente igual que te arrojaron a ti los esenios?

Baruc protestó: –Nosotros no tenemos tesoros ocultos que sirvan de cebo para atraer a las personas. En una ocasión, un matrimonio quiso mantener ocultos de hecho algunos tesoros. Y ¡vaya lo que resultó!

–¿Qué les pasó?

–Habían vendido un campo y supuestamente pusieron a disposición de la comunidad todo el producto de la venta, pero en realidad se guardaron la mitad. En una reunión de la comunidad se comprobó que habían pecado contra el Espíritu de nuestra comunidad[5].

5. Hech 5,1ss.

–¿Se les perdonó?

–El juicio fue para ellos una gran conmoción. Ambos murieron en pocos minutos.

Salté con excitación y exclamé: –¿No experimentaste ya tú mismo lo que ocurre cuando se peca contra el Espíritu santo de una comunidad? Te abandonaron para que perecieras de hambre. E impulsáis a la muerte a dos de vuestros miembros, porque no hicieron una cosa buena con la perfección que vosotros deséais.

–Nadie deseaba que murieran. Sucedió todo porque sí.

–Baruc –exclamé–, ¡cómo puedes pertenecer a una comunidad como ésa! ¿Se actuó según el espíritu de Jesús? ¿No comió él a menudo con recaudadores de impuestos, que constantemente defraudaban dinero? ¿Empleó él su poder para que personas algunas se desplomaran muertas?

Baruc, perplejo, guardó silencio.

Después dijo con voz apagada: –Quizás tienes razón. Tampoco nosotros somos perfectos. Sin embargo, en nuestra comunidad hay mucho amor y disposición para ayudar. ¿Por qué hablas tan duramente contra ella? ¿Quieres sacarme de esa comunidad?

¿Lo quería en realidad? ¿Por qué había intentado con tanto ardor herir a Baruc en su fe? ¿Lo hice porque yo mismo estaba herido? Necesité bastante tiempo antes de responder:

–Cuando te saqué de la comunidad de los esenios, todo era distinto. Entonces te iba mal. Hoy soy yo el que tiene problemas. Con ese Jesús ha quedado destrozado algo en mi interior. Yo había esperado mucho de él. También la solución de problemas personales. Pero ahora he perdido todas las ilusiones y no desearía dejarme convencer por nuevas ilusiones.

Para Baruc debía ser aquello bastante incomprensible. Pero me hizo bien que él dijera: –¡Ven con nosotros!

Moví negativamente la cabeza. –No soy adecuado para vuestra comunidad. Soy comerciante rico. ¡Qué pinto yo en una comunidad que desprecia la adquisición de riquezas y que es tan rigurosa con sus miembros!

Entre el entusiasmo de Baruc y mi tristeza había años luz de separación. Intentamos aún atenuar un poco el gusto amargo de un diálogo sin comprendernos, tratando de ponernos de acuerdo en cosas de la vida cotidiana que no tenían importancia. Nuestra conversación se prolongó según avanzaba la noche. Por fin nos

fuimos a dormir: Baruc a una habitación de la planta baja, y yo en la planta alta. Sabía que no me dormiría pronto, a pesar de estar muy cansado. Durante largo tiempo estuve con los ojos abiertos contemplando la noche.

Sobre mí se extendía a través de un aire purísimo la bóveda estrellada. Millones de estrellas titilaban a infinita distancia de mí. Mi vida era muy pequeña: un granito de polvo en la tierra. ¿Qué era todo aquel universo? ¿Era algo distinto de una fortuita acumulación de fango y polvo, de luz y tinieblas, de tierra y agua? Y en ese mundo vivían diversos conjuntos de polvo y se atormentaban unos a otros en la lucha por la existencia, oprimiéndose recíprocamente, explotándose, humillándose y sacrificándose. Y las personas que tenían conciencia de ello, se desesperaban. Se rebelaban. Querían evadirse. Unos se rebelaban con violencia, y caían en el círculo maldito de la violencia y de la contraviolencia. Otros, con sanguinarias imaginaciones, querían que el mundo pereciera en llamas, y suscitaban así un sufrimiento mayor que el sufrimiento por el cual el mundo merecía su destrucción. Otros se retiraban al desierto, edificaban un mundo contrario, querían ser santos en el ajetreo –nada santo– del mundo. Y enviaban también al desierto sus chivos expiatorios, cuando lo creían necesario. ¡Ni siquiera las víctimas aprendían de todo ello! ¡Ni siquiera rehusaban su asentimiento, cuando otros se convertían en víctimas! Y todos los que participaban en aquel drama cruel aducían buenas razones: Unos querían conservar la paz y el sosiego; otros querían imponer la justicia; otros, en fin, deseaban cumplir los mandamientos de Dios. Todos tenían justificaciones. Y todos se enredaban en la lógica cruel de este mundo.

De nuevo sentí náuseas de todo. Y volví a recordar palabras de nuestras Escrituras:

Yo volví mis ojos a todas las opresiones
que se cometen bajo el sol:
ahí están las lágrimas de los oprimidos,
y no hay quien los consuele.
La fuerza está del lado de los opresores,
y no hay quien les dé su merecido.
Entonces tuve por más felices

a los muertos, porque ya están muertos,
que a los vivos, porque viven todavía;
y consideré más feliz aún
al que todavía no ha existido,
porque no ha visto las infamias
que se cometen bajo el sol.
Yo vi que todo el esfuerzo
y toda la eficacia de una obra
no son más que rivalidad de unos contra otros.
También esto es vanidad y correr tras el viento[6].

¿Era eso la verdad? Pero si eso era la verdad, toda la verdad, ¿por qué había que participar en ese drama absurdo? ¿Por qué no se podía hacer huelga? ¿Por qué no decir: No quiero esa vida? ¡Me sustraigo de ella voluntariamente! ¿No sería lógico, si los muertos son más dichosos que los que viven todavía?

Miré mis manos y me imaginé cómo son las manos muertas. Palpé mi rostro, para sentir cómo son las formas de una calavera muerta: esa calavera que se escondía en mí. Traté de imaginarme cómo era un cuerpo frío y sin vida. Pero, al tocar mi cuerpo, me di cuenta de que estaba caliente. Mi corazón latía con regularidad. Mi aliento entraba y salía. Mis ojos veían el cielo cuajado de estrellas. Mi nariz olfateaba el olor de arena y agua salada. Veía, oía, olía. Yo vivía, respiraba y sentía. ¿No es un prodigio el que el polvo y la tierra vivan, piensen y sientan, duden y se desesperen? ¡Cuántos procesos se coordinaban ahora en mi cuerpo para que yo, sin dolor corporal, pudiera experimentar aquel instante! Y por ser un instante pasajero, ¿carecería por eso de valor?

Pensaba en Barrabás: ¿No pensaría él más o menos lo mismo? ¿Qué pasa con este cuerpo, que vive todavía, pero que está destinado a la ejecución? Barrabás había recibido otra vez como regalo la vida. ¿No era eso bueno, aunque parecía tan absurdo todo lo que había conducido a ello? ¿No era bueno recibir de nuevo en regalo la vida, aunque este hecho hubiera tenido conexión oscura con todas las víctimas? ¿Con todas las víctimas que, como Jesús, habían sido trituradas por los conflictos de este mundo?

6. Ecl 4,1-4.

Me di cuenta: Mi vida era una porción de vida prestada. En mí pervivía algo de todos los hombres, de los felices y de los desdichados, del Jesús que iba libremente por Galilea y de la víctima crucificada. Me pareció que era una obligación conservar esa vida. ¿No era una traición desecharla? Y si mi propia vida fuera sacrificada, en los calabozos de los romanos o en las cuevas del terror, ¿no seguiría viviendo en todos aquellos que rechazaban la idea de que la vida es posible únicamente a costa de otra vida? ¿No había en lo más hondo de mí el presentimiento de una vida que llegaba a su plenitud, no contra los otros, sino juntamente con ellos? ¿Allá donde todos, los felices y los desdichados, tuvieran entre sí tan íntima relación como los miembros de un mismo cuerpo? ¿Allá donde se cumpliera el sueño de Baruc de que todos lo poseían todo en común?

Me dormí. Y volví a soñar aquel sueño que hace tanto tiempo me perseguía. Hasta entonces había soñado únicamente fragmentos de ese sueño. Pero ahora todo él se reunió para constituir una unidad[7].

Me hallaba a la orilla del mar. Una tempestad agitaba el agua. Olas cubiertas de espuma se precipitaban unas sobre otras y rompían estruendosamente sobre la playa. Entonces del caos salió una figura. Pude reconocer sus contornos. Un león con la melena chorreando acudió a la playa, levantó las zarpas y rugió: «A mí me pertenece la tierra. ¡A mí, y a ningún otro!». Miré a mi alrededor y vi muchas personas que, aterradas, se ocultaban de la bestia. Algunas personas se quedaron paradas. Entonces el león saltó sobre ellas, cogió a una y la destrozó con sus dientes, de forma que pronto enmudecieron sus lastimeros gritos. Inmediatamente las otras personas se postraron y pidieron gracia. El león, triunfante, disfrutó del homenaje de aquellas personas. En este momento vio un grupo de personas que no se habían postrado, todas ellas, de rodillas. Furioso rugió contra ellas. Dos personas intentaron escapar, cuando el león se les acercaba. Pero el león las alcanzó y las mató. Había logrado ya su objetivo: Todas las personas estaban de rodillas ante él. El león se enderezó

7. Este sueño es una composición inspirada muy libremente en Dan 7. Los cuatro animales descritos en el libro de Daniel se interpretan como referidos a los imperios de los babilonios, los medos, los persas y los griegos. Un escrito apocalíptico judío de fines del siglo I –el llamado libro cuarto de Esdras– narra de forma nueva ese sueño. En él termina el sueño con los romanos.

sobre sus patas traseras y rugió: «¡No soy un monstruo! ¡No soy un monstruo! Establezco la paz. La paz en la tierra». Entonces desapareció su imagen.

Y de nuevo me encontraba a orillas del mar embravecido. De entre las olas que se precipitaban sobre la playa surgió otra bestia: Un oso de anchos hombros salía pesadamente del agua. Corrió hacia las personas y las persiguió separándolas en dos grupos. Un grupo recibió látigos, el otro fue encadenado. El grupo de los látigos comenzó a empujar a las demás personas al trabajo. De vez en cuando, uno de los encadenados se desplomaba por agotamiento. Inmediatamente saltaba sobre él el oso y lo devoraba. Otros consiguieron librarse de sus cadenas. Trataron de llegar a la espesura, sin que nadie los viera. Pero con rápidos pasos estaba ya junto a ellos el oso y les dio muerte. Algunas veces se aliaron los dos grupos de personas, arrojaron los látigos y las cadenas y trataron de huir. Pero el oso era más rápido: Con feroces gestos llegó al grupo y organizó un baño de sangre. Entonces se alzó sobre sus patas traseras y rugió diciendo: «Yo creo orden, orden. Un mundo lleno de orden».

Otra vez me hallaba a orillas del mar embravecido. Las olas se estrellaban rociando las alturas, como si quisieran inundar el cielo. De ellas nació otra bestia: surgió del mar un águila. En sus garras sostenía una bola. En ella había una cruz, una cruz gamada. El águila extendió sus alas y cubrió con su sombra todo el país. Las personas, llenas de pánico, se dispersaron. Dando gritos, buscaron refugio en cuevas y fosos. Pero no todos encontraron refugio. Algunos intentaron llegar a rastras hasta los demás que se habían escondido en las cuevas y en los fosos, pero fueron rechazados con violencia. Nadie quería acogerlos. Y, así, fueron vagando de un lado para otro, como desvalidos, por la llanura: mujeres, niños, hombres, ancianos. Muy pocas veces salió alguien de su refugio para darles cobijo. El águila estuvo planeando durante mucho tiempo y se cernía amenazadoramente sobre los que andaban vagando, hasta que éstos, presas del pánico, se quedaron paralizados. Entonces el águila dejó caer su bola. Sobre la llanura se oyó un enorme estallido. Humo negro ensombreció el cielo. Olía a podredumbre y sangre. Cuando se hubo disipado el humo, la llanura estaba llena de cadáveres y huesos. El águila daba chillidos diciendo: «¡Creo espacio vital! ¡Espacio para la vida! ¡Vida en esta tierra!». Después se borró su imagen y desapareció en la nada.

Pero todavía no habían terminado los horrores. El mar seguía enfureciéndose y bramando contra la tierra. Su agitación se detuvo. Nuevas bestias salieron a la playa. Esta vez eran dos gigantescos pulpos que se tendieron el uno frente al otro y con sus enormes tentáculos trataban de abarcar el mundo. En cada uno de los extremos de sus tentáculos había dos agujeros, uno grande y otro pequeño, provistos de vigilantes. Obligados por ellos, los hombres arrastraron dinero y lo fueron echando por los agujeros grandes. Los pulpos lo absorbían ávidamente. Por los pequeños agujeros salía un poco de dinero para los vigilantes. Por ese dinero empujaban con látigos a los demás hombres para que saciaran a los pulpos. Muchas personas pasaban hambre, muchas estaban enfermas, muchas estaban desnudas, y muchas vagaban dando vueltas por aquel lugar extraño. Con el valor de la desesperación, los maltratados atacaban algunas veces a los guardianes. Entonces los pulpos enviaban espadas y lanzas a los vigilantes, y con su ayuda éstos restablecían la situación. Muchos de los rebeldes fueron arrojados a prisión y muchos fueron asesinados. Y siguió prestándose servicio a los tentáculos de los pulpos. De vez en cuando ocurría que un grupo de guardianes fuera eliminado por otro grupo. Entonces un pulpo extendía sus tentáculos para que el otro pudiera meter los suyos en el agujero que había quedado. Las dos bestias se encabritaban entonces la una contra la otra y se amedrentaban con gestos de amenaza. Hicieron salir del mar muchos monstruos pequeños. En primer lugar aparecieron largos morros como tubos, después cabezas redondas que giraban a un lado y a otro sobre pesados troncos. Eran dragones o tortugas gigantes que se arrastraban hacia la tierra. Se colocaron frente a frente en dos grupos. Cada vez que una de las dos partes se reforzaba por la llegada de una nueva tortuga gigante, la otra parte hacía lo mismo. Cada vez había más monstruos acorazados situados frente a frente. Arrojaban fuego por sus fauces. En todos los tubos llameaba fuego rojo. El fuego amenazaba consumir la tierra. Los hombres que hasta ahora se habían escondido tras los monstruos acorazados, fueron presa del pánico. Huyeron alocadamente en todas direcciones. Yo aguardaba una gran catástrofe.

De repente las tinieblas ocultaron la vista. Durante un instante no se vio ni mar ni tierra. Ni estrellas ni luna. Ni árboles ni matorrales. Las quejas de los hombres habían enmudecido, los

animales habían desaparecido. Desde tierra apareció en el cielo un resplandor. Se hizo visible una figura semejante a un hombre. Difundía en torno suyo luz cálida. Con esta luz volvió a ser visible la tierra maltratada. Vi a los animales en el abismo. Estaban muertos. Los pulpos habían contraído sus tentáculos y se habían desplomado sobre sí mismos. Los monstruos acorazados eran chatarra. Por todas partes se alzaban los hombres. Respiraban con alivio. Y miraban esperanzados hacia la figura que venía del cielo. Aún no podía reconocerla. Sin embargo, me parecía conocida. De repente caí en la cuenta: era el hombre con el que había soñado en las cárceles de Pilato: Aquel que ya una vez me había librado de las garras de la fiera. Y cayeron como escamas de mis ojos, cuando oí su voz:

Felices los que trabajan por la paz,
porque serán llamados hijos de Dios.
Venid, benditos de mi Padre,
y recibid en herencia el Reino,
porque tuve hambre y me disteis de comer;
tuve sed y me disteis de beber;
fui forastero y me alojasteis;
estuve desnudo y me vestisteis;
estuve enfermo y me visitasteis;
estuve en prisión y me vinisteis a ver[8].

Era Jesús, un Jesús trasformado. Le había visto sólo una vez, desde las murallas de Jerusalén. Entonces pendía muerto de una cruz. Pero Jesús, ahora, irradiaba vida, paz y libertad. ¡Había terminado el reinado de las bestias! Me desperté, feliz y confuso.

Me levanté de la cama, salí al aire libre y contemplé el mar desde el piso alto de nuestra casa. Detrás de una blanca franja de arena se dilataba hacia el Oeste la oscuridad que iba haciéndose cada vez más intensa, aquella oscuridad de la que habían emergido los caóticos sueños. Ahora la oscuridad estaba tranquila y sin tensiones. Ningún monstruo se arrastraba hacia la tierra. Ninguna tempestad turbaba la superficie del mar. No había rompiente en la playa. Algo distinto aconteció. Desde la tierra se intensificó la luz. Allá donde se habían confundido el cielo y el mar se

8. Mt 5,9 y 25,34-36.

marcó la línea del horizonte como pálida franja, sombras de color estaban suspendidas frente al sol, todavía invisible, allá en el Oriente. Brotaron rayos de la profundidad de la tierra. Y entonces apareció el sol sobre las colinas y roció el mar con fulgente luz. La ciudad reflejaba tímida la primera claridad. Cada vez se dibujaban más nítidas las casas entre la penumbra de las calles: el Templo y la sinagoga, las casas de los judíos y de los gentiles. Todo quedó inmerso en la luz que despertaba. El sol salió sobre los buenos y los malos, sobre los justos y los injustos. En mí sentí claridad y calor.

Habían quedado vencidos los monstruos caóticos de la noche. Había pasado la angustia ante la dureza de la vida. En mi interior había terminado el dominio de las bestias. Se me había aparecido el verdadero Hombre. Y en él había reconocido los rasgos de Jesús. El me había devuelto a la tierra. La tierra no se había hecho mejor desde ayer. Lo mismo que ayer, continuaría en ella la lucha por las oportunidades de vivir. Pero esa lucha no lo era todo. Esa lucha no tenía por qué dominar todo mi hacer y sentir. Concerté un nuevo pacto con la vida.

Sentí claramente cómo me llegaba una voz que salía de todas las cosas, una voz que me ofrecía esta alianza con la vida: Nunca más maldeciría yo la tierra, nunca más renegaría de la vida. Nunca más me dejaría subyugar por las bestias del abismo. Escuché la voz, y se identificaba con la voz de Jesús. Yo tenía la certidumbre: Adondequiera que fuere, esa voz me acompañaría. En ningún lugar podría yo sustraerme a ella. Y yo respondí y oré:

Señor, tú me sondeas y me conoces:
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares;
no ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa;
es sublime, y no lo abarco.
¿A dónde iré lejos de tu aliento,

a dónde escaparé de tu mirada?
Si escalo al cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.
Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.
Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias,
porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras[9].

Durante mucho tiempo permanecí así de pie en nuestra casa, y dejé que resonara en mi interior el sueño acerca del Hombre. El reinado de las bestias no podía durar eternamente. De algún modo tendría que aparecer el Hombre, el verdadero Hombre. Y todos reconocerían en él los rasgos de Jesús.

Después me dirigí a la habitación de la planta baja y desperté a Baruc. Tomamos juntos el desayuno, compartimos el pan, bebimos de la misma copa y nos alegramos de estar en comunión.

9. Sal 139, 1-14 (según la traducción litúrgica oficial).

A MANERA DE EPILOGO

Muy estimado Sr. Kratzinger:

Me pregunta usted cómo terminaré el libro y si voy a dar algunas referencias bibliográficas. Tiene usted vivas ganas de saber qué obras científicas he consultado para trazar mi imagen de Jesús y de su época. Voy a mencionar tan sólo las obras más importantes.

A mi parecer, la mejor exposición de la vida de Jesús es la de G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret,* Salamanca ^{3}1982. Fue muy importante para mí la obra de E. P. Sanders, *Jesus and Judaism,* Philadelphia 1985. De ella he aprendido muchísimo. Una buena exposición de síntesis del judaísmo antiguo en el que se aúnan los aspectos de la historia de la religión y de la historia social es B. Otzen, *Den antike jödedom,* Copenhague 1984. Para la historia comtemporánea de Palestina son imprescindibles los trabajos de M. Hengel. Pienso especialmente en la obra sobre *Die Zeloten,* Leiden/Köln 1961, 1961, ^{2}1976 y la extensa obra sobre *Judentum und Hellenismus,* Tübingen 1969, ^{2}1973. Habrá visto usted que en la presente obra se han sedimentado muchos elementos de mis trabajos de historia de la sociología acerca del movimiento de Jesús y del cristianismo primitivo, y se habrá dado cuenta de que he aprendido también muchísimo de las investigaciones en materia de historia de la sociología realizadas por mis compañeras y compañeros en el profesorado.

Debo agradecer también su colaboración a los numerosos lectores que leyeron críticamente los primeros esbozos de mi obra sobre Jesús, y muy especialmente a Daniel Burchard, Gerhard y Ulrike Rau, Elisabeth y Katharina Seebass, Gunnar y Oliver Theissen, y sobre todo a mi esposa.

Wega Schmidt-Thomée ha mecanografiado varias veces y comentado críticamente el manuscrito. David Trobisch ha propuesto valiosas correcciones y mejoras estilísticas y narrativas.

Y, como es lógico, tengo que darle también a usted las gracias, estimado Sr. Kratzinger. Mientras yo ponía por escrito el fruto de mi imaginación narradora, usted me ha confrontado incesantemente con la rigurosa mente científica de un investigador histórico-crítico. Usted ha insistido incesantemente en que no confundiera lo histórico y la ficción, la literatura y la verdad. En este sentido me atrevo a revelar al lector, al final de mi obra, que también usted es producto de mi imaginación, y un buen ejemplo de las figuras de ficción pueden encarnar también la verdad.
¡Adiós!

Su afectivísimo servidor y amigo:

Gerd Theissen

APENDICE

Las fuentes más importantes sobre Jesús y su época

I. LOS EVANGELIOS Y SUS FUENTES

a) El *Evangelio de Marcos* es el más antiguo. Sirvió de fuente a Mt y a Lc. Apareció a comienzos de la Guerra Judía (66-70 de nuestra era) o poco después de terminada ésta, porque en 13,1ss combina la profecía sobre la destrucción del Templo con la profecía sobre acontecimientos de la guerra. Se discute cuál fue su lugar de aparición. La antigua tradición de la Iglesia afirma que apareció en Roma. A mi parecer, el evangelio procede más bien de Siria, y concretamente de aquel ambiente cristiano del que depende también Pablo. Propugna, lo mismo que Pablo, la pureza de todos los alimentos (7,18ss), cita palabras comparables de la institución de la Cena (14,22-24); designa al Mensaje, lo mismo que Pablo, como «euaggelion» (1,1), recogiendo así claramente una manera anterior de expresarse, pero es independiente teológicamente de Pablo. Procede seguramente de comunidades en las que «Juan Marcos» tenía tanto prestigio, que podía atribuírsele un evangelio, aunque él no fue apóstol. Juan Marcos trabajó sobre todo en Oriente (véase Hech 12,12; 12,25; 13,5) y, juntamente con Bernabé, pertenece a aquel ambiente cristiano del que procedía Pablo, pero del cual éste se separó (véase Hech 15,37; Gál 2,11ss). La comunidad del EvMc debió de tener una gran proporción de paganocristianos: se explican las costumbres judías (7,3); un centurión pagano es el primero que expresa la confesión de que Jesús es el «Hijo de Dios» (15,39).

b) La *Fuente de logia* (= fuente de sentencias; en abreviatura Q) fue reconstruida a base de los evangelios de Mt y Lc. Estos dos evangelios, además del material de Marcos común para ellos, tienen una serie de palabras de Jesús que coinciden tan sorprendentemente por su texto y sucesión, que debemos aceptar una fuente escrita común o –lo que es inverosímil– una tradición oral común sólidamente fijada. Lo primero es, a mi parecer, más verosímil. Como el trasfondo lingüístico de las palabras es arameo, la fuente habría surgido probablemente en el espacio siropalestinense de lengua aramea. Refleja un estado en que el cristianismo no se había desligado aún del judaísmo. Todas las palabras se entienden dirigidas a Israel. Esta colección de palabras de Jesús apareció antes de la Guerra Judía. Se espera la venida de Jesús como Hijo del hombre en un mundo en paz (Lc 17,26ss). En vez de profetizarse la destrucción del Templo, se vaticina que (Dios) «lo abandonará» (Lc 13,34s; Mt 23,37ss). Por otro lado, la historia de las tentaciones, que –juntamente con la historia del centurión de Cafarnaún– son las únicas narraciones que hay en Q, presuponen la autodivinización de Gayo Calígula (37-41 de nuestra era): él es el dominador del mundo, contrario a Dios, y que exigía que se hincara la rodilla ante él. La Fuente de logia podría haber aparecido entre los años 40 y 65. Como no se contempla aún la misión entre los gentiles, reconocida oficialmente en el Concilio apostólico (aproximadamente, 46/48), sería posible datar esta Fuente a comienzos de este período.

c) El *Evangelio de Mateo* apareció con bastante seguridad en Siria. Supone que la fama de Jesús se extiende hasta «Siria» (4,24). Parece que el autor contempla Palestina desde el (Nord?) Este: Judea queda para él «al otro lado del Jordán» (19,1). El Templo está destruido, como vemos por la interpolación de Mt (22,7) en la parábola del gran banquete. El evangelio surgió después del EvMc, pero debió de utilizarse ya en Antioquía (de Siria) Hacia el año 110: Él obispo Ignacio, que procede de Antioquía, lo cita ya. Por consiguiente, debió de aparecer entre el año 80 y el año 100. El evangelista escribe para una comunidad con tradición judeocristiana. Algunos fragmentos que él contiene, y que no aparecen en Mc ni en Q, es decir, que son su «material especial», tienen impronta judeocristiana. Por ejemplo, en Mt 5,17-19 se afirma la validez eterna de la Torá. Estas comunidades judeocristianas se abrieron a la misión entre los gentiles, pero

sin seguir –como Pablo– el camino de la crítica a la Torá. La apertura hacia los gentiles se observa en la estructura del libro: Jesús durante su vida terrena, rechaza la misión entre los gentiles (10,6). Pero, como Señor resucitado, envía sus discípulos a todas las naciones (Mt 28,18ss). Es difícil que el apóstol Mateo sea el autor. Este apóstol debía de ser ya muy anciano. Cuando existían ya varios evangelios, se procedió quizás a atribuir los evangelios, para diferenciarlos, a diferentes autores. En los sectores en que esto ocurrió, el EvMt fue el predilecto entre los evangelios sinópticos (Mt, Mc, Lc). Unicamente este evangelio, juntamente con el evangelio de Juan, se atribuyeron a apóstoles.

d) El *Evangelio de Lucas* es difícil que proceda del Oriente. Para el autor, el viento cálido que sopla del desierto no es, como en Palestina, el «viento del Este», sino el «viento del Sur», como en todos los territorios de la cuenca del Mediterráneo que quedaban al Oeste de Palestina (véase Lc 12,55). Verosímilmente, el autor viajó mucho. Un relato de viaje, que aparece en los Hechos de los Apóstoles, y que está escrito en primera persona del plural, comienza en Asia Menor (16,11s) y conduce a Roma pasando por Jerusalén. El autor conoce asombrosamente bien el Templo. Es posible que alguna vez, viniendo de Cesarea (y atravesando Samaría) haya viajado a Jerusalén. De esta manera se explicaría su actitud positiva ante Samaría (véase 9,51ss; 10,30ss; 17,11ss). Es difícil imaginarse que fuera compañero de Pablo, teniendo en cuenta la imagen que nos traza de Pablo. Pero tampoco es completamente imposible. Se discute cuándo apareció este evangelio. Es seguro que conoce ya la destrucción de Jerusalén. Esta se vaticina en Lc 21,20-24 con más detalles que en todos los demás evangelios. El autor se siente profundamente afectado por la suerte de la ciudad: En este evangelio Jesús llora sobre Jerusalén (19,41) y pide a las mujeres de Jerusalén que lloren sobre su propio destino (23,27ss). Esto nos sugiere que el evangelio se escribió en fecha no muy alejada del año 70 de nuestra era. Debió de escribirse en el mismo período que el EvMt (80-100). Mientras que el EvMt representa un ambiente judeocristiano que se ha abierto a los gentiles, el EvLc es un escrito dirigido a comunidades paganocristianas que recuerdan su origen judío.

e) Las *Tradiciones presinópticas* (se denominan sinópticos a los tres primeros evangelios): Lc 1,1-3 y Papías, obispo de

Asia Menor (de comienzos del siglo II), atestiguan la existencia de una tradición oral sobre Jesús. Los evangelios fijaron por escrito esa tradición oral, en la medida en que no deben su origen a fuentes escritas (Mc; Q). Hay que investigar cada una de esas tradiciones, en lo que se refiere a su antigüedad, origen e interés. Vamos a mencionar algunos argumentos que nos persuaden de que no podemos negar trasfondo histórico a las tradiciones sobre Jesús.

1) Sobre la posibilidad de localizar las tradiciones sobre Jesús: Muchas tradiciones acerca de Jesús llevan el sello de un ambiente palestinense. Mencionemos los siguientes ejemplos de un colorido local palestinense: Se puede hablar únicamente de un «Bautista en el desierto» (Mc 1,5) cuando se sabe que el Jordán fluye directamente por el desierto. De lo contrario, es difícil imaginarse cómo se puede bautizar en el «desierto». La historia de la mujer sirofenicia presupone que se conocen las circunstancias reinantes en la región limítrofe entre Galilea y Tiro: Las ásperas palabras acerca de los perros (= gentiles) a los que no se debe echar el pan de los hijos (= judíos) (Mc 7,27), se comprenden mejor si se tiene en cuenta que los judíos de Galilea abastecían de pan a la rica ciudad de Tiro.

2) Sobre la posibilidad de datar las tradiciones sobre Jesús: Muchas tradiciones acerca de Jesús se pueden datar en años anteriores a las fuentes escritas más antiguas que poseemos. La palabra sobre la «caña sacudida por el viento» (Mt 11,7) supondría una representación en una moneda acuñada por Herodes Antipas en los años 19/20 de nuestra era, acuñación que no volvió ya nunca a repetirse. La historia de la Pasión según Marcos presupone oyentes que sabían perfectamente quiénes eran Alejandro y Rufo (Mc 15,21), y que conocían también cuáles eran las relaciones familiares de la segunda María mencionada en Mc 15,40. ¿Es presentada como madre de Santiago y de José, o únicamente como madre de Santiago? Los oyentes sabían también perfectamente en qué «alboroto» había sido apresado Barrabás (Mc 15,6).

3) Los tradentes de las palabras de Jesús eran, en parte, misioneros y predicadores itinerantes que continuaban el estilo de vida de Jesús, que no tenía domicilio fijo. Nos han conservado los madamientos radicales de Jesús según su espíritu: Tan sólo como predicadores itinerantes lo mismo que Jesús, que no tenía

domicilio ni bienes ni familia, podían ellos representar y transmitir de manera creíble esos mandamientos, sin tener que acomodarlos a las necesidades de una vida «burguesa». Por otro lado, las necesidades y exigencias de las comunidades locales han dejado mucho menos de lo que se suponía su impronta en las tradiciones sobre Jesús: En ninguna parte se legitima mediante una palabra de Jesús a las autoridades locales (presbíteros, epíscopos y diáconos). En ninguna parte se exige, con palabras del Jesús terreno, el bautismo como «rito de ingreso» en la comunidad. En ninguna parte se rechaza la circuncisión como condición para el ingreso de los gentiles.

4) La congruencia interna de la tradición sobre Jesús. Debemos suponer que las tradiciones sobre Jesús procedentes de Q y Mc, del material especial de Mateo y del material especial de Lucas y del Evangelio de Tomás llegan por diferentes conductos de tradición. No obstante, arrojan una imagen armónica. Esto se aplica también a las formas de lenguaje empleadas por Jesús. Puesto que en cada una de las formas sinópticas en que aparecen las palabras de Jesús, encontramos casi siempre una o varias palabras de Jesús que se demuestran que son «auténticas», tenemos bastante certeza de que esas formas de lenguaje en que se transmiten las palabras de Jesús fueron utilizadas por Jesús mismo, es decir, que Jesús mismo habló con palabras de advertencia, proverbios, bienaventuranzas, ayes y parábolas (etc.). En ninguna otra parte se da esta asociación de palabras sapienciales, poesía y profecía. Esta asociación es característica y ofrece una imagen congruente y armónica.

5) El *Evangelio de Juan* se aparta tanto de los otros tres evangelios no sólo en el estilo de las palabras de Jesús sino también en la presentación de su actividad, que en él no tenemos ya la imagen de Jesús difundida universalmente sino la imagen, intensamente estilizada, de un círculo especial. Por ejemplo, se suponen conocidas las narraciones sinópticas (así, la detención del Bautista [3,24] o la elección de los Doce [6,70]), y posiblemente se dan por sabidos evangelios enteros (¿el EvLc?). El «círculo del nosotros» (1,14ss; 21,24), que habla en primera persona del plural al comienzo y al final del evangelio, se propone conducir a la comunidad a una comprensión honda de Jesús: Jesús es presentado como el Enviado preexistente, que viene del Padre y regresa a él. El EvJn apareció hacia fines del siglo I o

comienzos del siglo II. En la primera mitad del siglo II era ya conocido en Egipto, como lo demuestra un papiro (P 52). Se presupone la muerte de Pedro (año 64) (véase 21,18s). A Pedro le sobrevivió durante mucho tiempo un «discípulo» del que se había esparcido el rumor de que él no iba a morir antes de que viniese Jesús por segunda vez. Pero también él murió (21,20-23). Todo esto apunta hacia fines del siglo I. Es difícil averiguar cuál fue el lugar en que apareció este evangelio: la tradición de la Iglesia antigua menciona la ciudad de Efeso. Pero es difícil imaginarse que en esa ciudad costera se hable del «lago» de Galilea llamándole «mar» (Jn 6,16ss; 21,1ss). Muchos sugieren Siria como región en donde apareció el EvJn. Por la aceptación positiva del mensaje en Samaría, podría haber una relación con la misión en Samaría. Pero esto pertenece a la prehistoria del EvJn.

II. JOSEFO

Josefo es la fuente más importante para conocer la historia contemporánea de Palestina. Nació en Jerusalén el año 37/38, estuvo en Roma durante los años 64 a 66, después de su regreso acaudilló como gobernador militar de Galilea la insurrección judía en el Norte de Palestina, y cayó prisionero de los romanos el año 67. Fue tratado benignamente, porque profetizó al general romano Vespasiano que llegaría a ser emperador. Cuando Vespasiano llegó luego a ser realmente emperador, Josefo recobró su libertad. Sus escritos más importantes son:

a) El *bellum Iudaicum* (= bell.) o «Guerra Judía», una historia de la insurrección judía desde los años 66 al 70, publicada por vez primera en el año 73. Contiene también una exposición de la historia judía a partir del siglo II a.C. La obra pretende demostrar que es absurdo oponerse al imperio universal de los romanos. En el *bellum Iudaicum* se menciona a Pilato, pero no a Jesús. Se comprende el silencio en torno a Jesús y los cristianos: Los cristianos fueron perseguidos en Roma, en el año 66, por ser supuestamente incendiarios. Josefo guarda también silencio ampliamente sobre los movimientos mesiánicos en Palestina.

b) Las *antiquitates Iudaicarum* (= ant.) o «Las Antigüedades Judaicas» son una historia de los judíos, aparecida en los

años 90 del siglo I, que comienza con la creación y termina antes de la Guerra Judía. Un fragmento sobre Jesús (*ant* 18,63s) fue interpolado por copistas cristianos de Josefo o bien (lo que es más probable) fue refundido en sentido cristiano. Josefo menciona en *ant* 20,200 que «Jacobo, el hermano de Jesús llamado el Cristo», fue ejecutado en Jerusalén el año 62. Es una mención de Jesús nada sospechosa y tanto más fidedigna por cuanto Josefo, en su calidad de jerosolimitano, podía atestiguar de manera fidedigna la ejecución de Jacobo (o Santiago).

c) La *vita* o «Biografía de Josefo» contiene sólo un breve esbozo de la juventud de Josefo e informa principalmente de la actividad del mismo como gobernador militar de Galilea durante la Guerra Judía. En esta obra se defiende contra acusaciones. Este escrito es interesante porque gracias a él obtenemos noticias de primera mano sobre la Galilea del siglo I de nuestra era. Es verdad que tales noticias proceden de unos 40 años después de la muerte de Jesús. Pero muchas de las realidades expuestas debieron ya de tener vigencia en tiempo de Jesús.

d) El escrito *contra Apionem* (contra Apión) defiende al judaísmo contra los ataques propalados por un tal Apión.

El valor histórico de Josefo como fuente es diverso según sean las fuentes de que él dispone. Cuando fue testigo ocular y contemporáneo de los acontecimientos, sus informes suelen ser de primera mano. Muchos de sus datos han sido confirmados mediante excavaciones (por ejemplo, en Masada). Claro está que, para la época anterior a él, Josefo dependió de fuentes. Sobre todo las *antiquitates* contienen valiosas informaciones sobre conflictos en tiempo de Pilato, que encajan muy bien con lo que sobre Pilato sabemos por otras fuentes (Filón, el Nuevo Testamento, monedas y una inscripción). Ahora bien, hay que contar siempre con que en Josefo hay cierta tendencia pro romana (en el *bellum* esa tendencia es más marcada que en las *antiquitates*). Como Josefo se lee con mucho interés, debemos recomendar su lectura. Sus obras son el mejor comentario de los evangelios sinópticos.

III. FILON

Filón fue un teólogo y filósofo judío muy culto, que vivió en Alejandría, aproximadamente del año 15/10 a.C. al año 40

d.C. Escribió profundos comentarios del Antiguo Testamento, en los que él quiere ver reflejadas en la Biblia las ideas filosóficas de la cultura antigua. Pero Filón tuvo también actividad política: Encabezó una embajada de los judíos alejandrinos al emperador Gayo Calígula en el año 40 de nuestra era, para hacer algo contra los ataques de que eran objeto los judíos en Alejandría. Sobre esta embajada compuso Filón un escrito sumamente interesante, la *Legatio ad Gaium* (Embajada a Gayo). A Filón le debemos, además de interesantes noticias sobre los esenios, una importante información sobre Pilato. Filón no menciona a Jesús, pero sí dice que, en tiempo de Pilato, hubo ejecuciones injustas (entre las cuales él incluiría la ejecución de Jesús, si tuviera noticia de ella). Su silencio sobre Jesús no es muy significativo. Josefo guarda también silencio, por ejemplo, sobre Juan Bautista.

IV. LOS ESCRITOS DE QUMRAN

En 1947 se encontraron en unas cuevas situadas junto al Mar Muerto unos manuscritos («rollos») antiguos con escritos procedentes de una colonia excavada posteriormente, junto a Qumrán. Se trata de una colonia de los llamados «esenios» (verosímilmente = «piadosos»), que constituían allá en el desierto una comunidad de vida monástica. Los escritos se citan por el número asignado a las cuevas, la mayúscula Q (= Qumrán) y las iniciales del libro de que se trate:

a) 1QS es la Regla de la Comunidad de Qumrán, hallada en la cueva primera. Contiene normas muy rigurosas para la admisión de miembros en la Comunidad, y diversos castigos que llegan hasta la expulsión. La Comunidad de Qumrán se consideraba a sí misma como «Templo» de Dios. El ideal era ser siempre tan santos como si se estuviera constantemente en el Templo en la cercanía inmediata de Dios.

b) 1QM es el Manuscrito de la Guerra (de *milhmá* = guerra), hallado en la cueva primera. Describe el sueño de una gran guerra, en la que los moradores de Qumrán, protegidos por Dios y por sus ángeles, han de luchar contra los romanos y Satanás.

c) CD (= *Cairo Documents*) designa al llamado Documento de Damasco, que fue descubierto ya en una sinagoga de El Cairo

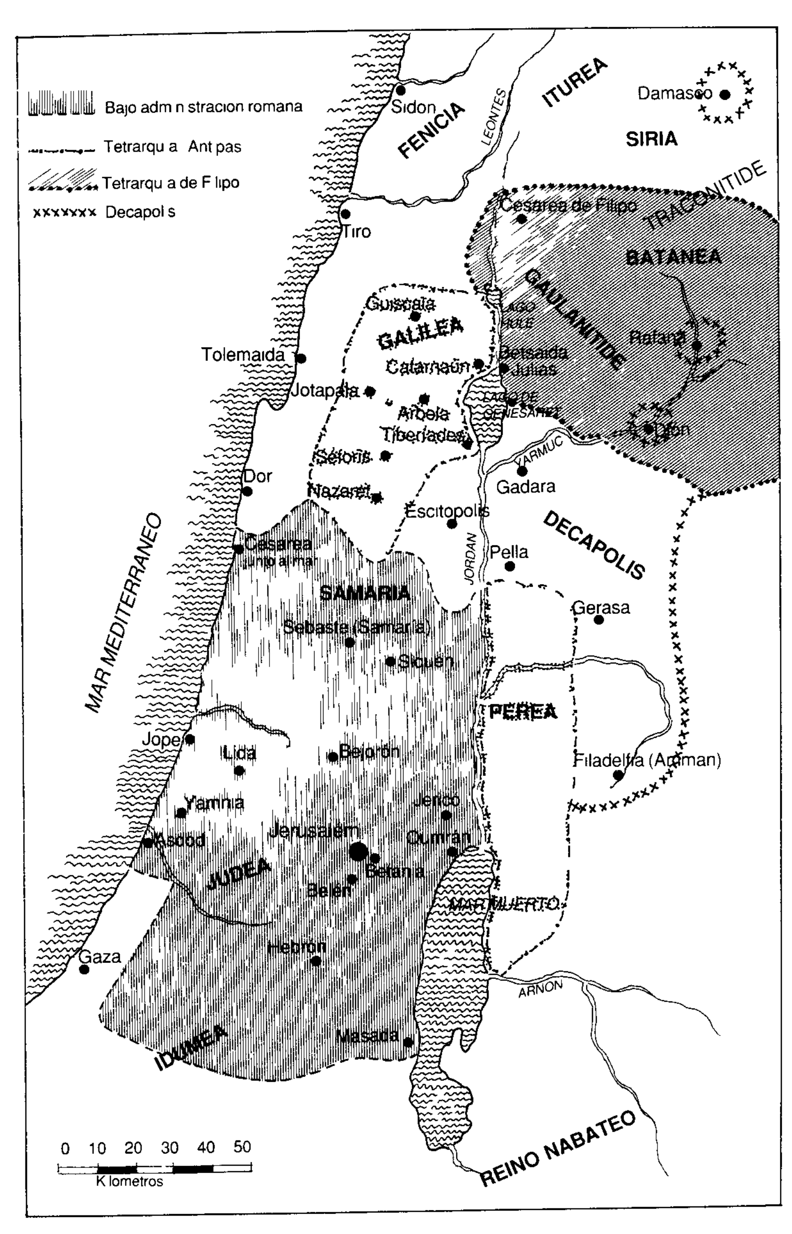
antes de los descubrimientos de Qumrán. Contiene principalmente normas de vida para los esenios que no vivían en Qumrán y que no estaban sometidos a reglas tan severas.

d) 1QpHab es un comentario del profeta Habacuc hallado en la cueva primera («p» significa «péser» = interpretación). Por el Comentario de Habacuc nos enteramos de algo acerca del Maestro de Justicia, que fundó la comunidad de Qumrán en el siglo II a.C.

Los escritos de Qumrán no mencionan en ninguna parte a Jesús ni a los cristianos (como tampoco mencionan, por ejemplo, a Herodes y a sus hijos o a Pilato). Pero son importantes para la investigación acerca de Jesús por ofrecer un contraste con la predicación de Jesús: Lo mismo que en Qumrán, Jesús da mayor rigor a varios mandamientos judíos. Pero Jesús, con ese mayor rigor, une su predicación sobre la gracia de Dios, que se vuelve benignamente hacia el pecador. Por el contrario, en los escritos de Qumrán hallamos un rigor más lineal en la interpretación de la Ley.

V. TACITO

El historiador romano Tácito nació aproximadamente en el año 55/56 y vivió hasta entrado el siglo II. En sus *Historias* nos informa también sobre la insurección judía. Sus observaciones generales sobre los judíos son muy importantes para el enjuiciamiento de los judíos en el siglo I. En los *Anales* nos informa sobre los «cristianos» con ocasión del incendio de Roma, que tuvo lugar en el año 66: «El hombre de quien se deriva este nombre, Cristo, fue ejecutado durante el reinado de Tiberio por orden del procurador Poncio Pilato; y la perniciosa superstición, sofocada por el momento, volvió a difundirse no sólo en Judea, país de origen de ese mal, sino también en Roma, adonde confluyen y se celebran todas las abominaciones y atrocidades procedentes de todo el mundo» (*ann.* XV,44,3).



Dibujo Ilse Eckart, Berlin